



*Una tierna historia
de amor ambientada
en la Regencia inglesa*

LA NOVIA
INSTITUTRIZ
DEL
Noble

DEBORAH HALE

LA NOVIA INSTITUTRIZ DEL NOBILE

DEBORAH HALE

ÍNDICE

El vizconde encuentra su otra mitad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Acerca del Autor

La novia institutriz del barón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Acerca del Autor

EL VIZCONDE ENCUENTRA SU OTRA
MITAD

UNO

Los Cotswolds, Inglaterra
1814

—¿La señorita Leonard, presumo?

La pregunta, pronunciada con una voz vibrante de barítono, sobresaltó a Rebecca Beaton cuando se inclinaba a arrancar un fragante jacinto púrpura en el jardín de Rose Grange. ¿Habría decidido Hermione Leonard abandonar su cuaderno de bocetos y aventurarse fuera para ayudarla a recoger flores?

Se incorporó y miró el jardín, pero no había ni rastro de su antigua pupila, a la que ahora servía como acompañante. La única otra persona a la vista era un caballero bien vestido, presumiblemente la persona que había hablado. Era alto, de hombros anchos, cabello moreno, frente amplia y nariz prominente y orgullosa. Sus penetrantes ojos azul pizarra se clavaban en ella con una mezcla de sorpresa y desaprobación.

Pero eso era ridículo. ¿Cómo podía censurarla si ni siquiera sabía quién era?

Rebecca se dio cuenta de que probablemente la confundía con Hermione y se disponía a corregirlo cuando él siguió hablando.

—Le ruego perdone el atrevimiento de dirigirme a usted sin que nos hayan presentado, señorita Leonard. Pero puesto que cabe la posibilidad de que pronto tengamos una relación bastante estrecha, espero que disculpe mi atrevimiento al presentarme así.

¿Qué tipo de relación estrecha iba a tener Hermione con aquel caballero?

Este le negó de nuevo a Rebecca la oportunidad de preguntar, pues siguió hablando como si le diera igual lo que ella pudiese objetar.

—Soy Sebastian Stanhope, vizconde Benedict. Acabo de llegar de Londres después de saber, para consternación mía, que mi hermano se ha prometido con usted.

Conque a eso se debía a la extraña visita. Rebecca se sintió por fin en terreno más firme, aunque le dolía descubrir que al vizconde le molestaba el compromiso de su hermano. Tenía que sacarlo enseguida de su error e ir a buscar a la verdadera Hermione para que hablara con él, a pesar de que temía que dicha entrevista disgustaría a su querida amiga.

Pero lord Benedict no le permitió meter baza.

—Estoy seguro de que tiene usted muchas cualidades, señorita Leonard. Desde luego, comprendo que su belleza le haya procurado la admiración de mi hermano.

¿Su “belleza”? Aunque su señoría hubiera hecho una pausa en aquel momento para permitirle hablar, Rebecca dudaba de que hubiese sido capaz de pronunciar palabra. Sus profesoras de la escuela le habían subrayado a menudo, tanto a ella como a las otras chicas, sus

deficiencias en ese terreno. Cada vez que se miraba a un espejo el tiempo suficiente para comprobar si estaba presentable, veía una mandíbula cuadrada poco atractiva, cabello inmanejable de un tono castaño corriente y cejas demasiado pobladas y oscuras para ser consideradas hermosas.

¿El vizconde quería burlarse de ella?

Parecía bastante sincero a pesar de sus modales bruscos e imperiosos.

—Me sorprende agradablemente descubrir que no es usted ninguna niña ingenua recién salida de la escuela.

Aquel debía de ser un modo amable de insinuar que estaba tan cerca de quedarse para vestir santos que le sorprendía que hubiese logrado tener una proposición de matrimonio. Aunque, si su señoría se hubiese expresado de un modo tan brusco, Rebecca no habría podido contradecirlo. Con su ausencia de fortuna, nunca había tenido muchas esperanzas de conseguir un esposo. Quizá habría sido distinto si hubiese poseído el encanto dorado de Grace Ellerby o la vibrante belleza morena de Evangeline Fairfax, aunque ninguna de esas dos amigas suyas se había casado tampoco.

Cada año que pasaba, se reducían más y más los sueños improbables que hubiera podido albergar a ese respecto. Sueños de un coadjutor pobre pero amable, quizás, o de un viudo que necesitara a alguien para cuidar de sus hijos y no pudiera permitirse ser muy exigente.

Rebecca apartó con firmeza tales pensamientos de su mente y se obligó a concentrarse en las palabras de lord Benedict.

—Su forma de vestir sugiere una personalidad exenta de frivolidades y apruebo también su reserva. Es refrescante conocer a una mujer que no charla como una cotorra.

Rebecca apenas pudo reprimir una carcajada. Aunque no era ninguna cotorra, habría tenido mucho que decir si su señoría le hubiese dado una oportunidad. Ciertamente, el vizconde sí era bastante hablador, aunque el dulce sonido de su voz difícilmente se podía comparar con el del pajarraco aludido.

—El gusto de mi hermano en lo relativo a las mujeres ha mejorado claramente. —El vizconde la miró desde la punta de los zapatos hasta la parte superior del sombrero—. Aun así, temo que sería un terrible error que se casase con usted.

—¿Y eso por qué? —Rebecca consiguió introducir la pregunta cuando lord Benedict hizo una pausa para tomar aliento, aunque enseguida se preguntó por qué no había aprovechado la ocasión para revelar su verdadera identidad.

El sonido de su voz sobresaltó a su señoría. ¿Había empezado a pensar que era muda? ¿O no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus dictámenes?

Fuera cual fuese la causa de su sorpresa, se recuperó rápidamente.

—Tengo múltiples y excelentes razones, se lo aseguro. Aunque mi hermano es un joven estupendo en muchos aspectos, es impulsivo y voluble en sus afectos. Usted no es la primera mujer de la que se ha enamorado. Por fortuna, he podido poner fin a sus otros devaneos antes de que alcanzaran la fase preocupante a la que ha llegado este.

Lord Benedict era un caballero apuesto e importante, que le había hecho más cumplidos en cinco minutos de los que Rebecca había recibido en toda su vida. Sin embargo, no pudo evitar formarse una opinión muy pobre de él.

Para empezar, hablaba como si intentase dirigir la vida de su hermano. Además, no le gustaba que despreciara los sentimientos del señor Stanhope por Hermione como un devaneo sin importancia sin ni siquiera haberlos visto juntos. Ella sí había visto cómo miraba el joven caballero a Hermione y cómo le hablaba. Aunque no era una experta en asuntos del corazón,

creía que sabía reconocer la diferencia entre un capricho transitorio y el verdadero amor.

Su señoría debió percibir que su razonamiento no la había persuadido.

—También está el tema de su nacimiento y fortuna. —dijo. Desestimó con una ojeada la hermosa casa antigua señorial que tenía delante—. La mujer que se case con mi hermano será un día lady Benedict. No es una posición que deba asumir una persona que no esté preparada para las exigencias que entrañará eso.

De nuevo tuvo Rebecca ocasión de decir algo, y de nuevo se impuso su curiosidad.

—¿Por qué se convertirá la esposa de su hermano en lady Benedict? Seguramente, si usted tiene un hijo algún día...

Bajó la mirada, mortificada por abordar un tema tan delicado con un hombre al que acababa de conocer. Un hombre que ni siquiera sabía quién era ella en realidad.

—Yo no tendré hijos, señorita Leonard, ni tampoco hijas. Continuar la estirpe familiar es una tarea que dejo a mi hermano y a su esposa, razón por la cual es muy importante que Claude elija bien a su prometida.

La respuesta del vizconde aumentó todavía más la curiosidad de Rebecca, pero esa vez rehusó satisfacerla con más preguntas. Estaba claro que lord Benedict quería que su hermano eligiera esposa utilizando la cabeza en lugar del corazón, y que las únicas virtudes de tal esposa debían de ser la fortuna y el rango. Hermione Leonard no era una hija de un conde con una gran dote, pero era una joven bien educada y bien dotada. Y, lo más importante en opinión de Rebecca, sería una esposa afectuosa y una madre entregada.

Lord Benedict le recordaba a los parientes altivos que habían intentado impedir el matrimonio de sus padres.

—¿Eso es todo lo que quiere decir, señor? —preguntó.

—Pues no. Tengo que hacerle una petición importante. Después de haberme escuchado con tanta educación, espero que se sienta inclinada a concedérmela.

—¿Petición? —Rebecca enarcó una ceja.

El vizconde echó hacia atrás los brazos y se irguió todo lo que le permitía su imponente estatura.

—Ahora que ha oído algunas de mis razones para oponerme a este matrimonio, debo pedirle que me prometa que no se casará con mi hermano.

Aunque su conciencia la empujaba a aclarar el error, Rebecca no quería que la pobre Hermione tuviese que hablar con aquel hombre terrible sin una advertencia previa. Además, lord Benedict no tardaría en descubrir la verdad.

—Le doy mi palabra, señor. No me casaré con su hermano bajo ningún concepto.

—¿De verdad? —Su respuesta pareció ablandar un tanto al vizconde—. ¿Así sin más? ¿Está segura de que no cambiará de idea?

—Completamente segura —Rebecca se recordó que decía la verdad—. Después de todo lo que ha dicho, nada podría inducirme a realizar ese matrimonio.

En cuanto lord Benedict creyó que había conseguido lo que buscaba, se mostró mucho más afable.

—Es muy amable y atento por su parte. Venía aquí con el temor de que esto resultara más difícil. Muchas mujeres, una vez aceptada una oferta matrimonial de un hombre con las posibilidades de mi hermano, se aferrarían a ella a toda costa. Su buena disposición a obrar en interés de todos dice mucho de su personalidad y buen sentido.

Su cordialidad logró que Rebecca empezase a lamentar haberlo engañado. Recordó a su fastidiosa conciencia que se había engañado él solo. Ni una sola vez había ella afirmado ser

Hermione. Si le hubiera dado la oportunidad de decir algo al comienzo, en lugar de hablar sin parar de un modo tan arrogante, no habría tardado en sacarlo de su error.

—Si me disculpa, señor, debo retirarme. —Rebecca temía que, si permanecía más tiempo en el jardín, Hermione acudiera en su busca y se descubriera el error.

—Por supuesto. —Su señoría le hizo el cumplido de una reverencia galante—. No la detendré más tiempo.

Sin más, se alejó con aire de estar muy satisfecho de sí mismo y Rebecca entró en Rose Grange a contarle a Hermione todo lo que había sucedido.

—¿Has hecho qué? —El honorable Claude Stanhope soltó el tenedor de plata con tanta fuerza, que podría haber astillado su plato de porcelana china.

Se levantó de un salto y miró a su medio hermano, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa del comedor.

—¿Cómo te atreves a hablar con la señorita Leonard sin mi conocimiento, y mucho menos a exigirle que rompa nuestro compromiso?

—Yo no le he exigido nada. —Sebastian siguió comiendo su porción de cerdo asado con más apetito del que había tenido desde que se había enterado del último devaneo romántico de su hermano—. Simplemente le he explicado la situación y he pedido su colaboración. Para mi sorpresa, se ha mostrado muy bien dispuesta.

—¿Bien dispuesta? —Claude resopló—. Es un auténtico ángel. Y me niego a creer que haya accedido a romper nuestro compromiso por una simple palabra tuya. Dime la verdad. ¿La has amenazado? ¿Has intentado sobornarla? ¿Le has contado mentiras despreciables sobre mí?

—Nada tan perverso, te lo aseguro. —Sebastian intentó desestimar la descripción de su hermano de Hermione Leonard como un “perfecto ángel”, pero descubrió que no podía.

Aunque su aspecto no era ideal, según los cánones objetivos de belleza femenina, su frente y barbilla sugerían una fuerza que lo atraía más que la delicadeza de porcelana que estaba de moda. Sus ojos también eran interesantes. Su cálido tono castaño dorado transmitía prudencia y constancia, mientras que los destellos de color esmeralda traicionaban inteligencia y quizá un travieso sentido del humor. Desde su encuentro, se había sorprendido recordando esos ojos y el misterio que había percibido en sus seductoras profundidades.

En aquel momento se esforzó por apartarlos de su mente para concentrarse en la discusión. Después de haber rescatado a Claude de su último apuro con tanta facilidad, lo último que necesitaba era que su hermano saliese corriendo a ver a la señorita Leonard para suplicarle que cambiase de idea. Aunque, a pesar de su reciente experiencia de lo contrario, sospechaba que no era una dama que se dejase persuadir fácilmente. Sebastian se preciaba de haber dado razones convincentes para romper el compromiso, pero también era posible que la señorita Leonard tuviese ya dudas antes de que hablara con ella.

—Yo me he limitado a explicarle mis razones para no estar de acuerdo con una unión entre vosotros —continuó—. Después le he pedido que me prometiera que no seguiría adelante. Debo admitir que me ha sorprendido su buena disposición a concedérmelo tan fácilmente. Estaba dispuesto a pagar un buen precio a cambio de tu libertad.

Liberar a su hermano de un compromiso con cualquiera de las debutantes avariciosas de las que se había enamorado en el pasado le habría costado bastante dinero. Era un gran alivio que Hermione Leonard hubiese demostrado poseer mucho más sentido común y fuerza de carácter

que las demás. Sebastian había considerado ofrecerle una compensación generosa por su cooperación, pero el admirable comportamiento de la señorita Leonard le había hecho temer que ese ofrecimiento solo serviría para ofenderla.

—¡Yo no quiero liberarme de Hermione! —Claude dio un puñetazo en la mesa, haciendo que saltaran los cubiertos y se estremeciera la cristalería—. ¿Por qué no puedes entenderlo? Quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Para desmayo suyo, Sebastian se dio cuenta de que podía entender el deseo de su hermano de tener algo más que una aventura pasajera con Hermione Leonard. Por esa misma razón, le aliviaba tanto haber podido romper el compromiso. No le gustaba la idea de sentir algo más que un afecto fraternal por su atractiva cuñada.

—Tampoco querías estar libre de las otras, ¿recuerdas? —preguntó cortante, nervioso por el interés que la señorita Leonard había suscitado en él después de un encuentro tan breve. Se creía inmune a ese tipo de sentimientos y quería seguir así—. Sin embargo, luego, más tarde, siempre me has agradecido mi intervención. No tengo dudas de que esta vez será igual.

En realidad, Sebastian no estaba tan seguro como se esforzaba en parecer. Aunque tenía muchas razones para confiar en que ese último devaneo terminase como todos los demás, su respeto por su hermano decaería considerablemente si Claude se recuperaba con demasiada facilidad de sus sentimientos por la misteriosa señorita Leonard.

—No lo será, te lo aseguro. —Los rasgos juveniles de Claude se fruncían en una mueca resoluta que le hacía parecer más mayor—. Hermione no es para nada como las otras chicas.

Sebastian no podía discutir aquello. La señorita Leonard se diferenciaba tanto de aquellas coquetas bobas como un modesto rodal fragante de lirios del valle de un prado de exuberantes lirios orientales cargados de olor sofocante.

—En consecuencia —continuó Claude—, mis sentimientos por ella van mucho más allá de todo lo que he sentido por las otras.

Su fiera hostilidad parecía moderarse, como Sebastian sabía que ocurriría. Su hermano siempre había sido propenso a pasiones fuertes y repentinas que se agotaban con rapidez. Su enamoramiento de la señorita Leonard, aunque intenso por el momento, no sería distinto. Sebastian se dijo que lo que había hecho beneficiaría tanto a la dama como a Claude. No quería que ella sufriera cuando se enfriara el ardor de su hermano.

—Te estoy agradecido —admitió Claude de mala gana—, por haberme salvado de mí mismo con las otras damas. Si no lo hubieras hecho, ahora no estaría libre para entregarle mi corazón y mi alma a Hermione.

Sebastian apartó su plato. El sentimentalismo de su hermano le quitaba el apetito.

—Creo que el vicario te aconsejaría entregar tu alma en otra parte —informó a Claude con sequedad e ironía.

Su hermano le lanzó una mirada fulminante.

—Ríete de mis sentimientos si quieres, Sebastian. Al menos yo no tengo miedo de arriesgar mi corazón después de una mala experiencia.

Sebastian se levantó para enfrentarse a su hermano.

—Te agradeceré que te prives de hablar de ese tema.

Claude avanzó unos pasos desde su extremo de la mesa en dirección a Sebastian.

—¿Por qué yo no puedo hablar de tu vida privada y tú sí te puedes entrometer en la mía? Eso no me parece justo.

—Justo o no, soy mayor que tú y el cabeza de esta familia —Sebastian se adelantó hacia su hermano—. Si me entrometo, es por tu propio bien, para que no cometas el mismo error que

cometí yo.

—Ser el cabeza de familia no te convierte en mi jefe —Claude clavó el dedo índice en el pecho de su hermano—. Y ser más mayor no te da derecho a nada.

Sebastian hizo una mueca.

—¿O sea que te revelas contra el consejo de un hombre más mayor, pero estás locamente enamorado de una mujer más mayor? —preguntó.

Sabía que su alusión a la edad de la dama era poco galante. La señorita Leonard no le sacaría más de tres años a Claude. Pero el comentario de este relativo a que temía arriesgar su corazón lo había afectado.

—¿Una mujer más mayor? —Su hermano lo miró como si se hubiese vuelto loco—. Hermione es cuatro años menor que yo.

—Eso no es posible —Sebastian negó con la cabeza—. La mujer con la que he hablado era muy atractiva, pero tenía al menos veinticinco años.

—En ese caso, no podía ser Hermione. —Claude se cruzó de brazos, retando a Sebastian a contradecirlo—. De hecho, aparenta menos años de los que tiene.

—Pues claro que era ella —Sebastian nunca había oído nada tan ridículo—. Me ha dicho... Es decir... Estaba cogiendo flores en el jardín del hacendado Leonard y...

Una expresión de regocijada comprensión y alivio abrumador iluminó la cara de Claude.

—¿La dama con la que has hablado es más o menos de esta estatura, cabello castaño y ojos de color avellana?

—Así es. —Sebastian se preguntó por qué sonreía su hermano como un bobo.

—Muy bien, Sebastian. —Claude soltó una carcajada—. Has conseguido convencer a la institutriz de Hermione de que no se case conmigo.

¿Institutriz? Sebastian apretó la mandíbula. ¡Pensar que había sido engañado por aquella criatura astuta con la traidora colaboración de su inexplicable interés por ella! Claramente su hermano no era el único que no debía repetir errores pasados.

Dos

—T odavía no puedo imaginar cómo pudo lord Benedict cometer un error así. —Hermione movió la cabeza confusa. Rebecca y ella iban andando hacia la iglesia del pueblo para atender el servicio del domingo por la mañana—. ¿Cómo pudo suponer que usted era yo?

—Es un misterio que escapa a mi comprensión. —Rebecca rehusó ofenderse por el comentario de Hermione, aunque le molestó un poco. Como había llegado a Rose Grange como una adulta de 20 años para instruir a la hija de doce del hacendado Leonard, quizá era natural que la chica la considerara una anciana sin esperanza. Cuando Hermione alcanzara la avanzada edad de veintisiete años, quizás le resultara más halagador que ridículo que la confundieran con una chica de diecinueve.

—Su señoría me pareció el tipo de hombre que se fija poco en la edad de una mujer o en el lujo de su vestuario —continuó Rebecca—. Para él, sospecho que todas las mujeres que no son nobles se parecen.

Le habría gustado expulsar de sus pensamientos al altivo vizconde con la misma facilidad. Pero se colaba en ellos con una insistencia igual a la que había usado para entrometerse el día anterior en su soledad en el jardín. Siempre que veía algo azul, se sorprendía recordando sus ojos. Retazos de la conversación se abrían paso en su mente del mismo modo molesto que hacían a veces ciertas piezas de música. En el caso de él, una resonante melodía de barítono en tono menor.

Hermione soltó un suave gorjeo de risa que hizo desaparecer la voz del vizconde de la mente de Rebecca... por el momento.

—Lo que más me sorprende es su audacia para engañar a su señoría y que no sospechara de su error.

—Yo no lo engañé —protesto Rebecca, aliviada de ver ya cerca la iglesia vieja de piedra. No sabía cuánto tiempo más podría soportar el tono de mofa de Hermione—. Ya le dije que casi no me dejó hablar. El mío fue un pecado de omisión, que solo cometí para ayudarla. Espero que eso cuente en mi favor cuando me confiese y pida el perdón divino.

—Pues claro que sí. —Hermione parecía arrepentida de sus mofas a costa de Rebecca—. Le estoy muy agradecida por haberlo mantenido alejado de mí hasta que Claude nos presente como es debido. Espero que, cuando lord Benedict me conozca, retire sus objeciones a nuestro compromiso.

—Yo también lo espero, por el bien de los dos —dijo Rebecca, aunque después de haber hablado con el decidido vizconde, dudaba que fuera a ser tan fácil disuadirlo.

Detrás de ellas sonó un golpeteo de cascos de caballos y el gruñido sordo de las ruedas de un carruaje acercándose. Luego una alegre voz familiar gritó:

—Señorita Leonard, señorita Beaton, buenos días.

Hermione se volvió.

—Señor Stanhope, ¡qué agradable sorpresa! ¿Qué le trae por la iglesia de Avoncross esta mañana?

La hacienda Stanhope pertenecía a la parroquia vecina y la familia pagaba al vicario. Rebecca nunca había visto a los caballeros asistir a aquella iglesia.

Cuando se volvía, Claude Stanhope pronunció una frase que le produjo un estremecimiento de culpa.

—Ha sido mi hermano el que ha sugerido que viniéramos aquí esta mañana. Señorita Leonard, ¿puedo presentarle al vizconde Benedict? Sebastian, es para mí un honor presentarte a mi prometida, la señorita Hermione Leonard.

Rebecca se había vuelto ya hacia el lujoso carruaje que se había detenido detrás de ellas. Los hermanos Stanhope se apearon de él y lord Benedict lanzó las riendas a un lacayo joven.

—Señorita Leonard, por fin nos conocemos. —El vizconde saludó a Hermione con una tensa inclinación de cabeza al tiempo que ella le hacía una reverencia profunda y elegante.

—Lord Benedict, es un placer conocer al querido hermano de mi prometido.

En compañía de damas y caballeros de alcurnia, Rebecca a menudo se sentía invisible. En aquel momento le habría gustado serlo de verdad para no tener que ver al vizconde con su verdadera y humilde identidad, la de una institutriz sin fortuna cuya presencia él no se dignaría notar.

Pero no era invisible y lord Benedict sí notó su presencia. Se giró sin responder al saludo de Hermione y clavó su mirada azul pizarra en ella con una intensidad de hielo.

—¿La señorita Beaton, presumo? ¿O he vuelto a confundir su identidad?

—Lord Benedict. —Ella se esforzó por mantener la espalda recta cuando se inclinaba en una reverencia, decidida a no dejarse intimidar por el vizconde—. Ya que en esta ocasión tiene la amabilidad de dejarme hablar, tengo el placer de informarle de que no está confundido.

La impertinencia excesivamente educada de su réplica hizo reír abiertamente a Claude Stanhope y arrancó una risita a Hermione.

Lord Benedict intentó fruncir los labios, pero un rincón de su boca pareció resistirse.

—En el curso de nuestra conversación anterior, le di varias oportunidades de corregir mi error, señorita Beaton. Sin embargo, usted me permitió seguir haciendo el ridículo.

Dicho así, los actos bienintencionados de ella sonaban bastante crueles. ¿Lord Benedict asumía que lo había mantenido en la ignorancia de su verdadera identidad para divertirse a su costa? Una vez más Rebecca se sintió incapaz de responder al vizconde, pero no porque este no le diese ocasión de hablar.

Para alivio suyo, la campana de la Iglesia acudió en su rescate llamando al servicio.

—Venga, señorita Beaton. —Hermione tiró del brazo de Rebecca—. O llegaremos tarde.

—Sebastian. —Claude Stanhope hizo una seña a su hermano—. Quizá podamos hablar con las damas después de la iglesia.

Rebecca siguió a Hermione al viejo santuario de piedra marrón dorada de Costwold con una mezcla de impaciencia y renuencia. Sabía muy bien por qué estaba ansiosa por escapar de lord Benedict y de su perturbadora sugerencia de que lo había engañado deliberadamente. Lo que la confundía era el deseo contrario de seguir en su compañía. Quizás fuera por la mirada perceptiva de él, que parecía verla de un modo en el que muy pocos la veían. O quizá fuera la música atrayente de su voz, que hacía aquella quisiera escucharla incluso cuando no le resultaban agradables sus palabras.

Durante el servicio, fue plenamente consciente de la hermosa voz del vizconde en las plegarias y en las respuestas de la liturgia, pues estaba colocado dos bancos detrás de ella.

—Lectura del Evangelio según San Mateo —entonó el vicario—. “No juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el mismo criterio que juzguéis, seréis juzgados. Y con la medida que midáis, seréis medidos”.

“¿Era eso lo que hacían lord Benedict y ella?”, se preguntó Rebecca, que de pronto encontró un significado nuevo en aquel pasaje familiar. Ella lo había considerado igual que sus familiares altivos y él la había considerado una mentirosa burlona. No quería pensar cuál de los dos podía acercarse más a la verdad.

—“Por lo tanto” —concluyó el vicario—, “tratad a los demás cómo esperáis que os traten a vosotros”.

La conciencia de Rebecca le preguntó cómo se habría sentido ella si lord Benedict le hubiese permitido insistir en un error cuando podía haberla sacado de él con unas pocas palabras. El día anterior no lo había engañado exactamente, pero tampoco había sido honesta. Aunque su orgullo se revelaba ante esa idea, Rebecca no podía ignorar la convicción de que debía una disculpa al arrogante vizconde. Que él la aceptara era ya otra cuestión.

POR MUCHO QUE SE ESFORZABA, a Sebastian le resultaba difícil concentrarse en el servicio. En contra de su voluntad, su mirada se desviaba a menudo del libro de plegarias a la mujer sentada dos bancos por delante.

Entendía que a su hermano le hubiese parecido gracioso que confundiese a la señorita Beaton con Hermione Leonard. La prometida de Claude había resultado ser exactamente el tipo de chica boba que Sebastian esperaba. Su modo de mover las pestañas, su voz susurrante y sus irritantes risitas le habían dicho todo lo que necesitaba saber de ella en el primer minuto de conocerla.

Claude tenía razón al decir que aparentaba menos años de los que tenía. Lo cual no era algo bueno para Sebastian. No tenía ninguna duda de que también parecería más inmadura en su comportamiento. En su experiencia, las jóvenes tan guapas como la señorita Leonard no solían tener mucho sentido común. Tendían a ser egoístas, a veces de un modo cruel, y cambiaban de opinión muy a menudo.

Si hubiera podido hablar con ella el día anterior, antes de que estuviera en guardia, quizás la hubiese convencido de liberar a su hermano de aquel compromiso nefasto. Sin duda la señorita Beaton y su pupila se habrían reído mucho a su costa. Tal vez la institutriz se felicitara por haber medido su ingenio con el de un hombre como él y haber salido victoriosa. Aunque esa idea lo humillaba, no pudo resistir una chispa de admiración por una adversaria tan capaz.

Al recordar la conversación, se veía obligado a admitir que la señorita Beaton no había pronunciado ninguna mentira, aunque tampoco le había dado ninguna razón para dudar de su identidad. No le habría sido fácil mantener ese equilibrio. Y él tampoco podía negar que el malentendido había sido en parte culpa suya. Si no hubiese estado tan decidido a decir lo que pensaba, sin interrupciones ni discusiones, la señorita Beaton quizá se habría visto impulsada a revelar la verdad.

En cuanto terminó el servicio, uno de sus conocidos abordó a Sebastian. Cuando este logró librarse, miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de las mujeres. Teniendo en cuenta el modo acusador en que se había dirigido antes a la señorita Beaton, no podía culparla por haberse ido apresuradamente de la iglesia, pero no pudo evitar sentirse decepcionado.

Al salir del santuario tenuemente iluminado, entrecerró los ojos por el brillo del sol primaveral y observó el patio de la iglesia.

Al lado del carruaje, divisó a su hermano absorto en una conversación con Hermione Leonard. En opinión de Sebastian, era terriblemente injusto que, cuando un hombre hacía una oferta de matrimonio, el honor lo obligara a seguir adelante con la boda independientemente de las circunstancias. La dama era la única que tenía derecho a cambiar de idea.

—¿Lord Benedict? —Sebastian se volvió rápidamente al oír la voz de la señorita Beaton a sus espaldas.

Cuando la vio de pie a un lado de la puerta del vestíbulo, no supo qué decir, cosa rara en él.

Ella tomó la iniciativa.

—Si me permite, señor, me gustaría continuar nuestra conversación de antes del servicio. Después de reflexionar, me doy cuenta de que ayer no me porté bien cuando vino en busca de la señorita Leonard. Tendría que haberle informado enseguida de su error en lugar de alentarle a que siguiera creyendo que hablaba con ella.

Todo su ser irradiaba sinceridad. Durante su carrera en el Parlamento y en sus tratos anteriores con mujeres, Sebastian raramente había encontrado esa cualidad en un grado tan elevado.

—Le he dado motivos para dudar de mi veracidad —continuó ella—. Pero le juro que, cuando actué así, no era mi intención burlarme de usted.

Sus palabras calmaron la indignación de Sebastian más de lo que él esperaba.

—Estoy seguro de qué tendría usted sus razones —dijo. No estaba acostumbrado a dar su brazo a torcer, pero la cándida admisión de culpabilidad por parte de ella no le dejaba otra opción.

Ella bajó un poco su indomable barbilla.

—En aquel momento creía tener buenas razones para lo que hice. Me di a mí misma una amplia variedad de excusas, la mayoría relacionadas con proteger a la señorita Leonard. Ahora entiendo que, si mis acciones hubiesen sido apropiadas, no habría habido necesidad de justificarlas.

A Sebastian lo desarmó aquello. ¿Cómo seguir culpándola cuando estaba claro que ella misma se lo reprochaba aún más?

Se encogió de hombros.

—A mí me parece que ambos cometimos errores ayer, señorita Beaton.

—Tal vez. —Ella frunció levemente el ceño—. Pero temo que mi fallo de conducta fue mucho peor que su error de tacto.

Un amago de sonrisa entreabrió los labios de Sebastian, algo que había sentido tentaciones de hacer desde que la viera.

—Entonces, ¿esto va a ser una competición sobre cuál de los dos tiene más culpa? —preguntó.

—Rebecca sonrió abiertamente. La sonrisa iluminó su rostro como ilumina un rayo de sol una vidriera de colores.

—Eso sería un poco idiota, ¿no le parece? Es usted muy gentil, lord Benedict.

Si había algo que Sebastian no podía resistir, era un cumplido sincero.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero gentil no ha sido nunca una de ellas.

—¿De verdad? —Ella miró en dirección al hermano de él y la señorita Leonard y echó a andar lentamente hacia ellos con Sebastian caminando a su lado—. ¿Y puedo saber cómo lo llaman?

Él pensó un momento.

—Arrogante... terco... despiadado...

La señorita Beaton no se apresuró a contradecirlo. Pero cuando Sebastian buscaba más insultos, actividad que le producía un perverso orgullo, ella preguntó:

—¿Le dicen algo bueno?

—Esas son las cosas buenas —respondió él, y se sintió ridículamente complacido cuando ella rio—. No lo digo enteramente en broma. Todos esos llamados defectos pueden ser provechoso si se utilizan bien.

—¿Y cómo se pueden utilizar bien? —Ella parecía dudosa.

—Luchando en el Parlamento para conseguir que nuestro Ejército y nuestra Marina tuviesen el apoyo que necesitaban para derrotar a Napoleón.

—Esa es una causa muy buena. —La cálida admiración en la voz de la señorita Beaton le resultó gratificante—. Le complacerá mucho que por fin se haya ganado la guerra.

Sebastian le sostuvo abierta la puerta del patio de la iglesia.

—Debo confesar que siento más alivio que alegría, especialmente cuando pienso en todas las vidas perdidas en ambos bandos. Aunque ese alivio está teñido por una sensación de futilidad, al no haber podido hacer yo todo lo que era necesario. Esas almas valientes consiguieron mucho más de lo que teníamos derecho a pedirles. Y lo hicieron a pesar de la negligencia e interferencia del Gobierno, más que de nuestro apoyo.

¿Por qué hablaba así? Sebastian cerró la boca. No recordaba la última vez que había compartido de ese modo sus pensamientos con nadie, y mucho menos con una mujer que además lo había irritado solo una hora atrás.

—Disculpe mi parloteo, señorita Beaton. Estoy más acostumbrado a debates parlamentarios que a conversaciones corteses con una dama.

A medida que se acercaban al carruaje, iban frenando sus pasos, hasta que al final apenas se movían.

—No se disculpe, señor. Su conversación quizá no sea cortés, si con eso quiere decir trivial e insípida, pero es muy estimulante. Hay muchas preguntas que me gustaría tener tiempo de hacerle sobre este tema, pero imagino que su hermano y usted desearán irse a casa.

Sebastian sabía que debía llevarse a Claude cuanto antes, en vez de permitir que siguiera de cháchara allí con una prometida tan poco apropiada para él. Pero descubrió que no quería abandonar la agradable compañía de Rebecca Beaton.

Entonces lo asaltó una idea que quizá le permitiría matar dos pájaros de un tiro.

—Si usted tiene preguntas para mí, en eso estamos empatados. Claude me ha dicho que fue institutriz de la señorita Leonard antes de convertirse en su compañera y carabina.

—Eso no es una pregunta, señor. —La dama entreabrió los labios con una sonrisa juguetona—. A menos que quiera inquirir si la información de su hermano es correcta, y lo es. El hacendado Leonard me contrató como institutriz de su hija poco después de la muerte de su madre. Además de educarla lo mejor que he podido, espero haber sido capaz de darle algo de la compañía y el consejo de una madre.

Aunque Sebastian sabía que debía aprovechar la ocasión perfecta que acababa de brindarle la señorita Beaton, no pudo evitar decir:

—Una madre no, claro. Es usted demasiado próxima a su edad. Me niego a creer que haya podido ser algo más que una hermana ligeramente mayor.

Sus palabras complacieron claramente a la dama.

—Es usted muy caballeroso, lord Benedict. Le aseguro que Hermione me considera más

parecida en años a su difunta madre que a ella.

Para Sebastian, eso era una prueba más de la inmadurez de la señorita Leonard.

—¿Caballeroso? Eso no puedo permitirlo. Me lo han llamado todavía menos que “gentil”. Estoy seguro de que quiere compensar la pequeña jugarreta de ayer con halagos.

—Claro que no —replicó ella—. Si de algo pecho a ese respecto, es de ser demasiado brusca para mi posición.

—Otros pueden considerarlo un defecto, señorita Beaton, pero yo no.

Le resultaba refrescante conversar con una mujer que no sonreía con afectación ni se mostraba remilgada, una mujer que admitía sus errores y poseía un sentido del humor que resultaba agradablemente contagioso. ¡Ojalá hubiera más damas casaderas en Londres parecidas a aquella insignificante institutriz rural! De ser así, Sebastian habría tenido menos reservas en permitir que su hermano fuera a la ciudad.

Claude por fin apartó la vista de Hermione Leonard el tiempo suficiente para fijarse en su hermano y la institutriz.

—Bravo, señorita Beaton. —Hizo una reverencia exagerada—. No sé cómo, pero parece tener habilidad para controlar a mi irascible hermano.

Sebastian resintió la idea de ser “controlado” por una mujer.

Pero antes de que pudiera contestar con una réplica cortante, la señorita Beaton se le adelantó.

—Me atribuye demasiado mérito, señor, y demasiado poco a su hermano. Teniendo en cuenta el lamentable comienzo de nuestro primer encuentro, se ha mostrado muy paciente, gentil y caballeroso.

Claude enarcó las cejas.

—En ese caso, solo puede haber una explicación. Este hombre es un impostor. Confiesa, villano, ¿qué has hecho con mi hermano?

Las damas se echaron a reír. Aunque la risita aguda de la señorita Leonard le seguía atacando los nervios a Sebastian, sonaba mucho más agradable en armonía con la carcajada cálida de Rebecca Beaton.

—Basta de descaro, muchacho. —Sebastian frunció el ceño con burla para fingir enfado—. ¿Por qué no invitas a las damas a Stanhope Court a tomar el té para que tía Eloisa y yo podamos conocer mejor a tu prometida? —Tuvo buen cuidado de mencionar a su tía viuda, para que las damas no pensarán que hubiera algo indecente en aquella visita.

—Nada me gustaría más. ¿Qué me dicen, señoritas? ¿Querrán animar ese viejo lugar aburrido con su presencia? —El Atractivo rostro de Claude sonreía con tal placer, que Sebastian sintió una punzada de culpabilidad que se apresuró a reprimir.

Su hermano debía de creer que la invitación indicaba que aceptaba su compromiso. De hecho, nada más lejos de la verdad.

—Estaríamos encantadas de aceptar —exclamó Hermione Leonard—. ¿Verdad que sí, señorita Beaton?

La respuesta de su acompañante fue menos apresurada, cosa que Sebastian aprobó, a pesar de la ansiedad que le producía que pudiera rehusar.

Tras considerarlo un momento, ella asintió.

—No tenemos ningún otro compromiso. Y dudo mucho de que su padre esté lo bastante recuperado del resfriado para querer nuestra compañía.

—¡Excelente! Esperaremos impacientes su visita. —Sebastian tenía más confianza en lograr su objetivo de la que había tenido desde que descubriera el engaño de la señorita Beaton. Si

conseguía asegurarse la inestimable ayuda de ella, seguro que el compromiso imprudente de su hermano quedaría pronto anulado.

TRES

—Desde luego, ha conseguido conquistar a lord Benedict. — Unos días después, Hermione miraba a su alrededor el elegante interior del carruaje del vizconde—. ¿Qué le parece que nos haya enviado este carruaje impresionante para ir a tomar el té?

—Estoy segura de que no tiene nada que ver conmigo —protestó Rebecca, alisándose la falda de su vestido limpio pero pasado de moda. Aún no habían llegado a la mansión del vizconde y ya se sentía increíblemente anodina—. Sin duda es un cumplido de su señoría a usted como prometida de su hermano.

—Difícilmente. —Hermione hizo una mueca—. ¿No vio cómo me miró el otro día ni oyó su tono de voz cuando se dignó dirigirse a mí? Estaba lleno de desdén. Estoy segura de que lord Benedict se sigue oponiendo firmemente a mi enlace con su hermano.

—¿Lleno de desdén? ¿Se sigue oponiendo? —Rebecca movió la cabeza—. Exagera. Su señoría estuvo algo frío, pero seguro que eso fue culpa mía por haberlo engañado. Es natural que no se sintiera bien predispuesto hacia nadie relacionado conmigo.

Los delicados rasgos de Hermione se tensaron en un ceño de duda.

—Al principio quizás sí, pero usted no tardó en ganárselo. Cuando terminaron de hablar, lord Benedict parecía encandilado con usted. Sin embargo, a mí seguía mirándome como si fuera la criatura más odiosa que había visto en su vida.

Rebecca extendió el brazo a través del carruaje y apretó los dedos fríos como el hielo de Hermione para darle confianza.

—Lord Benedict no la conoce. Se opone a su matrimonio con el señor Stanhope por principio, y no es un principio muy firme en mi opinión. Cuando la conozca mejor, estoy segura de que estará encantado de recibirla en la familia.

—Espero que tenga razón. —Hermione se mordió el labio inferior—. Temo que, en presencia de su señoría, no soy yo misma. Es tan altivo y severo, que me asusta. Cuando me mira con esos ojos azules tan fríos, me siento tan estúpida como él parece considerarme.

—Quizás sea un poco orgulloso, pero, teniendo en cuenta su riqueza y su posición, eso no tiene nada de sorprendente. —Lo que sorprendía a Rebecca era oírse salir en defensa de lord Benedict—. Sin embargo, no es tan orgulloso que no sepa reírse de sí mismo. Y cuando ríe, no parece nada severo.

¿Por qué se sentía impulsada a defender a cualquier persona a la que oyera criticar, aunque fuera un hombre poderoso perfectamente capaz de afrontar lo que fuera? Seguramente sería un hábito de sus días en la escuela. Lo único que había hecho que aquella miserable institución resultara soportable había sido la amistad que había forjado con un grupo de compañeras. Las cinco se habían unido para consolarse, animarse y defenderse unas a otras.

Hermione miró a su antigua institutriz con una sonrisa de cierta superioridad.

—Me parece que su señoría ha conseguido conquistarla, aunque yo no lo habría creído capaz de eso.

Aquella observación confundió a Rebecca. Hermione hablaba como si hubiera sentimientos románticos entre el vizconde y ella.

—Eso que dice es ridículo —contestó—. Simplemente intento no cerrar la mente y no permitir que una primera mala impresión influya demasiado en mi opinión del caballero. Usted debería hacer lo mismo.

—¡Por supuesto! —exclamó Hermione—. Me acaba de dar una idea brillante.

—¿Mantener la mente abierta sobre su futuro cuñado? —preguntó Rebecca—. Es una sugerencia prudente, pero yo no la llamaría brillante.

—Eso no. —Hermione se inclinó hacia ella como si quisiese comunicarle un secreto—. Puesto que lord Benedict la aprecia, ¿puede utilizar su influencia para convencerlo de que dé su bendición a nuestro matrimonio? ¡Por favor, señorita Beaton!

—¿Qué influencia puedo tener yo con un hombre como su señoría? —Rebecca desestimó con firmeza aquella idea, tanto en su mente como en la de Hermione—. No está encandilado conmigo, solo es cortés.

Cuando vio la mirada alicaída de su acompañante, cedió... un poco.

—Pero puede confiar en mí para contarle a lord Benedict sus muchas cualidades buenas —musitó.

Impaciente por cambiar de conversación, señaló por la ventanilla.

—Mire, ahí está Stanhope Court. ¡Qué casa tan hermosa! ¡Y qué vista tan soberbia debe de haber desde la cima de la colina!

Momentos después, el carruaje se detenía delante de la magnífica mansión del vizconde. Rebecca la había divisado a menudo en la distancia, pero era la primera vez que la veía tan de cerca. La fachada principal, construida con piedra de Cotswold de un tono marrón miel, resultaba majestuosa e imponente, con un pórtico alto sustentado sobre seis columnas poderosas. A cada lado de la casa y detrás de esta se extendían dos alas, que sin duda encerraban el jardín trasero que daba su nombre a la casa.

Cuando se apeó del carruaje detrás de Hermione, se sentía dividida entre la admiración y una aguda sensación de su propia insignificancia. Aunque recordaba haber vivido en casas casi tan impresionantes como aquella, nunca había sido bienvenida en ninguna de ellas. Solo había encontrado cierta aceptación y afecto en entornos más modestos.

Para su sorpresa, lord Benedict y su hermano salieron a recibirlas en persona.

—Gracias por aceptar nuestra invitación, señoritas. —Claude Stanhope les hizo una profunda reverencia—. Esta casa ha permanecido vacía tanto tiempo, que es un placer tener compañía por fin.

Ofreció su brazo a Hermione y la escoltó hacia una de las escaleras que subían hasta el pórtico.

Eso dejó a Rebecca a solas con el vizconde, cuya presencia, después de la conversación con Hermione, la cohibía más que nunca. Lord Benedict la había tratado casi como a una igual cuando la había tomado por la hija del hacendado Leonard, y sus modales del domingo se podían atribuir al momento y el lugar, pues ¿no eran todos hermanos a ojos del Señor?

En cambio, allí, delante de aquella casa grande y espléndida, resultaba patente el abismo enorme que separaba a un poderoso noble del reino de alguien que era poco más que una sirvienta.

Pero lord Benedict hizo una inclinación de cabeza y le ofreció su brazo como si ella fuera una invitada de honor.

—Me temo que soy el culpable de que Stanhope Court esté tan descuidado —comentó.

La mirada azul que posó en ella no tenía nada de fría. A pesar de la determinación de Rebecca de resistirse a fantasías tan ridículas, no pudo evitar una sensación cálida de sincero aprecio.

—¿Por qué es usted culpable? —preguntó. Deslizó la mano en el hueco del codo de él y se esforzó por que no se notara que aquel primer contacto entre ellos le producía una alegría particular.

Porque, por mucho que intentara persuadirse de lo contrario, se la producía. El brazo del vizconde traslucía una fuerza firme y segura que la atraía mucho más de lo que era razonable.

—Esta pobre casa fue víctima de mi misión de apoyar más a nuestros hombres de armas —repuso él con una mezcla de orgullo y disgusto—. Cuando no había sesiones en el Parlamento, hice dos veces el viaje hasta Portugal. Quería ver de primera mano lo que necesitaban nuestras tropas para ganar la guerra. El resto del tiempo me procuraba invitaciones a fiestas en las que podía hablar con otros miembros del Parlamento y promocionar mis puntos de vista.

El respeto de Rebecca por el vizconde creía con cada palabra que le oía pronunciar. Aunque hablaba como si se disculpara por sus actos en lugar de presumir de ellos, era evidente que había trabajado incansablemente por algo en lo que creía.

—Quizá debería haber dado usted una fiesta —sugirió, cuando atravesaban el elegante vestíbulo con su hermoso suelo de mármol— e invitado aquí a esas personas.

—No estoy seguro de que hubiesen aceptado una invitación mía al final. —Una sonrisa irónica arqueó brevemente su boca firme. Si Rebecca no hubiera estado tan pendiente de él, quizás no la habría visto—. Me había convertido en un pesado que aburría mucho con ese tema. Además, todo el mundo sabe que los caballeros casados son mucho mejores anfitriones.

—¿Y usted estaba demasiado ocupado promocionando su causa para buscar una esposa? —Rebecca recordaba qué él había mencionado en su primer encuentro que no esperaba formar nunca una familia.

Seguramente, con la guerra ya acabada, un hombre tan cotizado y atractivo no tendría problemas en conseguir esposa. Por alguna razón, la idea de imaginarlo casado le provocaba sensaciones contradictorias. Por una parte, le parecía mal que un hombre tan bueno estuviera siempre solo. Pero al mismo tiempo resentía la idea de que perteneciera a otra mujer.

Se riñó a sí misma por unos sentimientos tan poco generosos, sobre todo cuando lord Benedict frunció el ceño al oírla. Confirió entonces en no haberlo ofendido con su comentario improvisado.

Pero antes de que pudiera pronunciar una disculpa, el vizconde recuperó su buen humor y prosiguió con la conversación.

—Me temo que he descuidado un cierto número de cosas en mi celo por cumplir con mi deber, señorita Beaton. Esta casa... el bienestar de mi hermano...

Hizo un gesto triste con la cabeza en dirección a la amplia galería con retratos colgados en las paredes, por la que el señor Stanhope llevaba a Hermione en dirección a una sala de estar.

¿Por eso se tomaba tanto interés en el compromiso? ¿Porque se sentía culpable por haber fallado en su deber de hermano? Rebecca comprendía muy bien esos sentimientos. Recordó con una punzada de vergüenza su promesa de abogar en beneficio de Hermione ante su señoría. Sin embargo, no había dicho ni una palabra sobre la pobre chica.

—Respecto a eso —se apresuró a rectificar su lapsus—, el señor Stanhope no parece haber

sido víctima de ninguna negligencia. Posee unos modales encantadores y la gente de la zona ha aprendido a apreciarlo desde que se instaló aquí. Aunque usted no apruebe su vínculo con la señorita Leonard, le aseguro que ella es un partido excelente para él en todos los sentidos que de verdad importan.

Un ceño de duda oscureció el hermoso semblante de lord Benedict, pero era demasiado tarde para que dijera nada desdeñoso sobre Hermione porque habían llegado a la sala de estar.

ANTES DE QUE llevaran diez minutos tomando el té, Sebastian había empezado a preguntarse por qué su hermano no podía ver lo que a él le resultaba tan obvio. Una hija de un terrateniente como Hermione Leonard sencillamente no estaba hecha para ser la esposa de un futuro vizconde. Aparte de un breve encuentro con su tía, la joven apenas había pronunciado una palabra desde su llegada, y no porque él no se hubiese esforzado en hacerla hablar.

—¿Otro pastelito, señorita Leonard? —Le tendió la bandeja llena de pasteles y pastas—. Ha comido tan poco, que temo que nuestra hospitalidad no cuente con su aprobación.

—No es cierto. —Ella extendió el brazo hacia la bandeja con vacilación nerviosa, como si temiera que el pastelito de nuez pudiera estar envenenado.

—¡Por el amor de Dios, Sebastian! —exclamó su hermano, cortante—. No acoses a la señorita Leonard para que coma si no tiene hambre. Te dije que era demasiada comida para nosotros cinco.

Sebastian se encogió de hombros y ofreció el plato de dulces a su acompañante.

—¿Ve usted algo que le resulte tentador, señorita Beaton?

—Claro que sí, señor. —Rebecca eligió una galleta de chocolate, la colocó en su plato y tomó una tartaleta de mermelada—. La única dificultad consiste en elegir entre tantas tentaciones.

—En ese caso, tome todo lo que quiera —la alentó Sebastian—. Me gusta ver a una dama con buen apetito.

Pensó que eso encajaba bien con el resto de su personalidad. Ella no fingía una delicadeza excesiva como hacían tantas damas. Sebastian estaba seguro de que tampoco era propensa a desmayos ni a ningún otro artificio de ese tipo. Le sorprendía lo cómoda que parecía sentirse en su casa. Aunque claramente impresionada y apreciativa, no se mostraba abrumada por la gran mansión. Su comportamiento contrastaba de tal modo con la torpeza y poca comunicación de la prometida de Claude, que no pudo evitar sentirse impresionado.

—Es muy generoso por su parte, lord Benedict. —Ella sonrió animosa a los otros—. Pero temo que mi digestión sufriría si me excediera con alimentos tan succulentos.

Sebastian se preguntó cómo habría podido soportar aquella visita sin la presencia de la señorita Beaton, la cual había conseguido mantener una conversación fluida para tapar el silencio mohíno de la señorita Leonard.

—¡Qué maravillosa colección de arte tiene usted, lord Benedict! —comentó ella, llenando sin esfuerzo otra pausa incómoda más—. Ese retrato de la joven dama de rizos largos es maravilloso.

—Tiene usted buen ojo para la pintura, señorita Beaton. Esa dama es nuestra bisabuela. Posó para Lely, el pintor de la Corte durante la Restauración. Es uno de los cuadros más valiosos de nuestra colección.

—Estoy segura de que la señorita Leonard ha reconocido el estilo del artista —prosiguió la

señorita Beaton—. Ella también es una pintora con talento. Ha hecho muchos bocetos muy inteligentes de nuestros conocidos y una encantadora serie de acuarelas del jardín de Rose Grange.

Su elogio de la señorita Leonard devolvió el buen humor a Claude.

—Hermione me ha dicho que usted es bastante habilidosa dibujando y pintando, señorita Beaton. ¿Puedo persuadirla de que acepte un encargo mío?

Sebastian vio con aprobación que ella vacilaba. La vio tomar un sorbo de té y percibió que buscaba las palabras correctas para una negativa educada.

—No me gustaría contrariarlo, señor Stanhope, pero temo que Hermione ha sido demasiado amable en sus elogios de mi habilidad. Saldría mucho mejor parado si le hiciera el encargo a ella.

—Por supuesto, se lo haría. —Claude se sirvió otra pasta de la bandeja—. Pero me temo que la tarea no estaría a su alcance. Deseo un dibujo de ella, quizá pintado con acuarelas. Estoy seguro de que usted posee suficiente talento y aprecio por la modelo para conseguir un parecido halagador pero realista.

La renuencia de la señorita Beaton se transformó en una sonrisa indulgente.

—Muy bien, pues, señor. Si tiene fe en mi capacidad, estaré encantada de intentarlo.

¿Se mostraría igual de dispuesta a aceptar un encargo diferente, el que Sebastian tenía intención de ofrecerle? Tomó un sorbo de té. Aunque hacía poco que lo conocía y habían empezado con mal pie, la señorita Beaton no parecía guardarle rencor. De hecho, percibía un vínculo profundo de respeto y simpatía mutuos entre ellos y confiaba fervientemente en ganarla para su causa.

REBECCA SE VIO obligada a admitir que el té no era un éxito, a pesar de la cantidad y variedad de exquisiteces ofrecidas. Aunque lord Benedict se esforzaba por mostrarse civilizado con Hermione, la pobre chica parecía captar su velada hostilidad, lo cual la apagaba bastante. Temerosa de decir algo equivocado, apenas hablaba ni siquiera cuando los otros intentaban que se abriera. Su silencio nervioso conseguía que su señoría se mostrara impaciente y Claude Stanhope irritable.

Desesperada por llenar las pausas tensas en la conversación, Rebecca se descubrió hablando mucho más de lo que estaba acostumbrada. Aprovechaba cualquier oportunidad para ensalzar la inteligencia, la buena disposición y las muchas virtudes de su antigua pupila. Sin embargo, temía que sus alabanzas sonaran huecas ante el silencio acartonado de Hermione.

Lo único que hacía soportable la experiencia era lo atento que se mostraba lord Benedict. Parecía estar pendiente de cada una de sus palabras. Reía ante los pobres esfuerzos de ella por aligerar el ambiente con alguna broma y le ofrecía continuamente pasteles y pastas. No podía ser que Hermione acertara al suponer que el vizconde se sintiera atraído por ella. ¿O sí? Pero, por mucho que Rebecca se esforzara por ignorar esa idea improbable pero atrayente, la galantería de lord Benedict le ponía difícil negar esa posibilidad.

Por fin su señoría se levantó y se inclinó ante su tía.

—Gracias por el maravilloso té, pero si como una migaja más, temo que voy a explotar. ¿Quieren las damas dar un paseo por nuestros jardines? Son bastante hermosos, aunque el mérito no es mío. Esa es una zona en la que mi negligencia ha cumplido un propósito útil. Creo que los buenos jardineros son como los buenos generales. Consiguen sus mejores resultados cuando cuentan con suministros de sobra y un mínimo de interferencia.

Esa salida y su invitación disolvieron la tensión instalada en el grupo.

—Espléndida sugerencia. —Claude Stanhope se levantó de un salto y tendió la mano a su prometida—. Ven Hermione, tienes que ver las vistas desde el jardín de la fuente.

—Me gustaría mucho. —Hermione pareció sacudirse el atolondramiento que la había mantenido muda—. El aire fresco me sentará bien.

La joven pareja se alejó de la mano. Rebecca se levantó para seguirlos a una distancia discreta, como hacía a menudo durante su breve cortejo. Solo que esa vez, en vez de seguirlos sola como una carabina a la que se toleraba de mala gana, iba escoltada por lord Benedict. El vizconde la distraía con historias sobre Stanhope Court y sus antepasados, cuyos retratos adornaban las paredes.

Una vez en el exterior, Rebecca quedó inmediatamente encantada con los jardines, empezando por el de detrás de la casa. Estaba situado entre las alas este y oeste de Stanhope Court como un niño querido sostenido en los brazos de un padre cariñoso. Los colores de las flores destacaban en vivo contraste con el fondo de verdor.

A continuación, lord Benedict la guio por un camino de ladrillo que atravesaba una serie de glorietas hasta un jardín más pequeño situado en terrazas en la ladera de la colina. Rodeado por muros de setos, tenía el aire de una habitación secreta decorada en tonos rosa y oro. A Rebecca le habría gustado permanecer más tiempo allí, pero como Hermione y el señor Stanhope habían partido ya, ellos los siguieron.

Cuando entraron en el último jardín, Rebecca lanzó un respingo de admiración mezclado con un suspiro de placer. La pequeña glorieta situada en la ladera de la colina no estaba plantada con flores de brillantes colores que llamaran la atención. En su lugar, estaba bordeada de plantas verdes y contenía solo unas cuantas flores pálidas pero olorosas. En su centro, una pequeña fuente de piedra salpicaba y tintineaba una relajante melodía líquida. El foco de aquel jardín no era el lugar en sí, sino la impresionante vista del Valle de Avoncross.

—¡Es precioso! —exclamó Hermione—. Podría estar aquí todo el día y no cansarme de esta vista.

Mientras Hermione elogiaba el panorama, Rebecca no pudo evitar desear que su amiga guardara silencio unos minutos. Aquella perspectiva gloriosa merecía ser saboreada con solo el barboteo gentil de la fuente y la fragancia sutil de las flores para realzar la experiencia.

A pesar de las palabras de Hermione de que podía pasarse todo el día allí mirando, su interés no tardó en debilitarse y el señor Stanhope y ella echaron a andar sendero arriba. O quizá fuese para escapar de la inquietante presencia de lord Benedict.

La reacción de Rebecca fue todo lo contrario. Agradeció la oportunidad de disfrutar de un festín así para los sentidos en compañía de él.

Al final, sin embargo, el deber se impuso al deseo.

—Supongo que debemos reunirnos con los otros —dijo.

—En un momento. —El vizconde se giró hacia ella con una mirada tan azul e imponente como el ancho cielo de Cotswold—. Antes quiero pedirle algo personal.

¿Algo personal? Eso normalmente implicaba un tema delicado, a menudo de naturaleza romántica. No era posible que lord Benedict pensase declarar sentimientos por ella, ¿verdad? Después de todo, se habían visto muy poco y una relación entre ellos sería mucho más desigual que la de su hermano, a la que con tanta fuerza se oponía.

Aunque Rebecca sabía todo eso, su corazón empezó a latir con fuerza y su voz sonó entrecortada cuando contestó:

—Por supuesto, señoría. Estoy a su servicio.

Intentó deliberadamente enfatizar con sus palabras la gran brecha que había entre su posición y la de él.

El vizconde no se dio por aludido.

—No pretendo darle órdenes ni mostrarme condescendiente con usted, señorita Beaton. La respeto demasiado para eso. En muchos sentidos, creo que somos bastante iguales. En nuestro interés por aquellos a los que apreciamos, por ejemplo.

A medida que lord Benedict hablaba, su voz profunda se hacía más suave y dulce. Rebecca no hubiese podido reprimir un suspiro, si no hubiese estado en guardia para evitar semejante desliz.

—Puesto que quiero hablarle como a una igual en este tema —continuó el—, por favor, siéntase libre de llamarme por mi nombre de pila. Sebastian.

Esa sugerencia erosionó la resolución de Rebecca de mantener a raya sus esperanzas. No estaba segura de poder pronunciar su nombre en voz alta, pero a partir de ese momento, siempre pensaría en él como Sebastian.

—¿Sería demasiada libertad por mi parte llamarla Rebecca, al menos en privado? —La mirada penetrante de él se suavizó hasta que dio la impresión de que acariciaba el rostro de ella—. Es un buen nombre, orgulloso y fuerte sin dejar de ser hermoso. Parece una vergüenza no usarlo.

Oír su nombre en labios de él provocó en Rebecca una mezcla perturbadora de placer y turbación. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba otra cosa que no fuese señorita Beaton, que casi le parecía que se trataba de dos personas distintas. La “señorita Beaton” jamás consentiría semejante familiaridad por parte de un hombre al que apenas conocía. Sin embargo, “Rebecca” sentía que conocía a Sebastian. Aunque no tan bien como le habría gustado.

—Puede llamarme como quiera. —Resistió el impulso de bajar la cabeza y mirarlo a través de las pestañas. Cuando acompañaba a Hermione a las Salas de Reuniones en Avoncross, había visto a chicas atolondradas comportarse así con sus admiradores. Ella era demasiado mayor para flirtear, aun suponiendo que hubiese tenido la inclinación de hacerlo—. ¿Eso era todo lo que quería pedirme?

Sebastian vaciló un momento, como si estuviera tan absorto mirándola que hubiese olvidado lo que quería decir.

—Sí... ah... no. Era un tema muy distinto.

Inhaló profundamente y se lanzó.

—Aunque hace muy poco tiempo que nos conocemos, mi querida Rebecca, debo decirle que admiro mucho su sinceridad y sentido común.

¡Aquello era una declaración romántica! Rebecca se esforzó por seguir respirando y se pellizcó discretamente la pierna para despertarse si estaba soñando.

—Es usted muy amable. —Todavía no podía decidirse a llamarlo por su nombre de pila. Quizá cuando le diera su respuesta...

La risita ronca y taciturna de Sebastian fue para sus oídos una música aún más dulce que el tintineo de la fuente.

—Eso es algo de lo que nunca me habían acusado.

Ella volvió a salir en su defensa instintivamente.

—En ese caso, sus conocidos deben de estar ciegos ante su verdadero carácter.

—O quizás es que soy mejor persona cuando estoy con usted —sugirió él.

¿Qué mejor cumplido podía hacerle?

—Me haría muy feliz pensar eso —repuso ella.

—En ese caso, permítame volver a mi pregunta... a mi petición.

—Por supuesto.

La perspectiva de un futuro estable se extendía ante Rebecca tan invitadora como la hermosa vista desde aquel jardín. Seguridad y afecto eran cosas que siempre había anhelado. Y justo cuando había empezado a desesperar de encontrarlas alguna vez, parecía que su sueño se iba a convertir en realidad.

—Necesito que se convierta en mi aliada —murmuró Sebastian.

—¿Aliada? —repitió ella. Era un término poco habitual para una esposa. Aunque quizá no fuera tan sorprendente, dado el interés de Sebastian por los asuntos militares.

—Precisamente. —El vizconde hablaba como si la sugerencia hubiese partido de ella—. Mi aliada en el esfuerzo de acabar con el imprudente compromiso de mi hermano. Quiero que utilice su influencia para persuadir a la señorita Leonard de que lo rompa.

Rebecca se rió por haber imaginado que él pudiese querer otra cosa de ella, lo que no impidió que se sintiera como si la hubiese arrojado por el borde de aquel jardín sereno para echarla a rodar por la empinada ladera.

CUATRO

¿Qué le había ocurrido a Rebecca?

Con su petición colgando todavía en el aire, sin respuesta, Sebastian intentó adivinar el cambio repentino que percibía en ella. Un momento atrás se había mostrado bien dispuesta, como si supiera lo que le iba a pedir antes de que pronunciara una palabra. Hasta que una puerta invisible se había cerrado entre ellos.

¿Había esperado ella que dijera otra cosa? A Sebastian no se le ocurría qué. Pensaba que había mostrado sus intenciones con bastante claridad.

Rebecca retrocedió y se dio la vuelta, mirando la belleza pastoral del paisaje.

—¿Espera que persuada a Hermione de que rompa el compromiso con su hermano? —preguntó.

—Espero que esté de acuerdo en ayudarme. —El trasfondo de aversión presente en las palabras de ella hizo que Sebastian reconsiderase su plan. Por el momento, era lo único que tenía. Y después de lo que había visto de Hermione Leonard, estaba más decidido que nunca a impedir que su hermano siguiera adelante con ese matrimonio—. Es usted demasiado prudente para no ver que una unión entre mi hermano y la señorita Leonard muy probablemente fracasará.

—¿Por qué? —Rebecca volvía a posar sus increíbles ojos color avellana en él—. ¿Porque él es impetuoso e inconstante y ella no cumple exactamente con lo que usted espera? Esas fueron las razones que me dio cuando nos conocimos. No me convencieron entonces y no me convencen ahora. Tengo una opinión más elevada de Hermione y del señor Stanhope de la que parece tener usted. Creo que la quiere de verdad y ella a él. Estoy bastante segura de que pueden ser felices juntos.

No alzó la voz ni golpeó nada, cómo habría hecho su hermano. Simplemente declaró su postura con firmeza y sinceridad, y a Sebastian le resultó difícil desestimarla.

—¿Eso es un no? —preguntó.

Rebecca asintió.

—Usted ha elogiado mi sentido común y mi sinceridad, pero eso para mí no significa nada sin lealtad. También ha comentado que nos parecemos en nuestro interés por las personas a las que apreciamos. ¿Cómo puede suponer que vaya a hacer algo que le cause dolor a Hermione? Ella es muy querida para mí y no la aconsejaré en contra de algo que creo que puede ser su mejor oportunidad de conocer una felicidad duradera.

Por mucho que a Sebastian lo decepcionase ver que su plan se torcía, le preocupaba casi en la misma medida perder la oportunidad de mantener un contacto continuado con Rebecca.

—Debe usted despreciarme por sugerir algo así. —Intentaba hablar a la ligera, pero descubrió hasta qué punto le preocupaba que ella tuviese una mala opinión de él—. Al menos

ahora puedo contarla entre las personas que me consideran arrogante, terco y despiadado.

Se giró bruscamente para ella no viese en sus ojos nada que pudiese traicionar sus verdaderos sentimientos.

—Puesto que ya hemos cerrado el tema, quizás sería mejor volver.

Solo había dado dos pasos largos cuando ella dijo a sus espaldas:

—Yo no lo desprecio, Sebastian.

Sus palabras lograron que se detuviese de golpe, principalmente por la dulzura de oír la voz melodiosa de ella acariciar su nombre con calor. Sin embargo, no se atrevió a mirarla hasta que recuperó el control de las emociones que ella le había provocado.

Oyó a sus espaldas el débil ruido de sus pasos en la hierba y el sonido de su voz acercándose.

—Está convencido de que este matrimonio hará desgraciado a su hermano. ¿Cómo no voy a respetar su lealtad y su voluntad de actuar para impedirle cometer lo que usted percibe como un error?

Él había creído que su opinión de Rebecca Beaton difícilmente podía mejorar más. Pero en ese momento alcanzó alturas alarmantes.

—Esa es una actitud inusualmente magnánima. Cuando entré por primera vez en el Parlamento, conocí a hombres capaces de defender con vigor sus opiniones políticas en la Cámara, al tiempo que respetaban con calor a aquellos que más se oponían a ellas. Me temo que ese tipo de tolerancia está muriendo.

Mientras hablaba, Sebastian giró lentamente hacia ella, aliviado por la garantía de que no perdería su estima debido a su diferencia de opiniones, por grande que esta fuese.

Si hubiese sido tan tonto como para dudar de la sinceridad de ella aunque solo fuese por un momento, la mirada de sus ojos lo habría convencido de que hablaba en serio.

—Es más fácil tolerar la oposición cuando comprendemos y respetamos los motivos que hay detrás. Sé que usted quiere a su hermano al menos tanto como yo a Hermione. Solo me gustaría poder persuadirlo de lo buena esposa que estoy segura de que será para el señor Stanhope. Si lo lograra, confío en que un hombre justo como usted retiraría sus objeciones y daría su bendición al compromiso.

Sus palabras hicieron que Sebastian concibiera una idea prometedora.

—Puede que tenga razón, aunque no se me ocurre cómo podría hacerme cambiar tan completamente de opinión. —Sonrió a Rebecca, le ofreció su brazo y echaron a andar por el camino de ladrillo que subía por la colina—. ¿Sería también posible lo contrario? Si pudiese persuadirla de todas las razones por las que creo que un matrimonio entre mi hermano y la señorita Leonard haría desdichados a ambos, ¿se esforzaría por disuadirla de esa unión?

—¿Está sugiriendo que hagamos un debate? —En los ojos de ella brillaron unas chispas de interés y diversión—. ¿Como los que hacen en el Parlamento?

—Espero que sea mucho más interesante que los asuntos aburridos del Gobierno. —Cuando pasaban debajo de una pérgola, Sebastian arrancó un capullo de rosa y se lo ofreció—. Pero confío en que nos dé a ambos la oportunidad de considerar aspectos del tema en los que no habíamos pensado antes. Si nos esforzamos por mantener la mente abierta, quizá podamos alcanzar una decisión que beneficie a todo el mundo.

Rebecca se llevó el capullo de rosa a la nariz e inhaló su fragancia. Sebastian no pudo evitar notar lo bien que hacía juego con el color de sus labios.

—¿Así es como funciona nuestro sistema de gobierno? —preguntó ella enarcando las cejas de un modo que transmitía una percepción astuta.

—Algunas veces —confesó Sebastian con una risita—. Digamos que esa es la intención.

—Pero ¿no tendrá usted ventaja sobre mí? —Ella lo apuntó con la flor con un gesto de pelea—. Después de todo, es veterano de muchos debates parlamentarios y se ha medido contra algunos de los mejores oradores de nuestro tiempo. A mí ni siquiera se me permite votar, ni mucho menos servir en el gobierno.

Aunque rio ante lo absurdo de su sugerencia, a Sebastian no le resultó ridículo imaginar a una mujer de su integridad y su buen juicio creando leyes para el bien del país.

—Créame, querida, usted tiene más ventaja de la que piensa. —Para empezar, por la creciente estima que sentía hacia ella, su renuencia a contradecirla y su deseo de oír el sonido de su voz—. Yo tendría más probabilidades contra cualquier miembro de la Cámara de los Lorens.

Paseaban por el jardín íntimo bordeado por una pared de setos. Como Claude y la señorita Leonard habían seguido adelante, no se entretuvieron. Sebastian no se fiaba de sí mismo a solas con Rebecca en un lugar así. No en el estado de ánimo en el que se encontraba en aquel momento.

—Muy bien, pues —asintió ella, tras meditar varios minutos en silencio su proposición, o mejor dicho su sugerencia—. Temo que solo me esté halagando para ganarse mi cooperación, pero creo que esto representa mi mejor oportunidad de ayudar a Hermione. Además, le debo a ella considerar si hay alguna posibilidad de que este matrimonio pueda no ser lo mejor para ella después de todo.

—¿Y qué hay de sus intereses? ¿No ha pensado en eso? —Durante su carrera en el Parlamento, Sebastian había aprendido que el medio más seguro de conseguir apoyo de alguien era apelar a su propio interés.

Rebecca negó con la cabeza.

—No comprendo. El compromiso de Hermione no tiene nada que ver conmigo.

—Pero la afectará, ¿no es así? Cuando la señorita Leonard esté casada, ya no necesitará una carabina. Usted se verá obligada a buscar una nueva posición.

Rebecca respiró con fuerza, como si la hubiese golpeado en el estómago. La necesidad urgía a Sebastian a explotar la debilidad que había dejado al descubierto. Cualquier cosa que provocara ese tipo de respuesta claramente tenía gran importancia para ella y él podía aprovecharla en beneficio propio. Pero una punzada profunda de preocupación lo distrajo. Lo último que quería era causarle dolor.

Antes de que pudiese murmurar una disculpa, Rebecca contestó con su sinceridad de siempre.

—Lo que dice es cierto. No voy a fingir que tenga deseos de dejar atrás la vida que llevo en esta parte idílica del país. Tampoco estoy impaciente por ir a otro lugar y volver a empezar de nuevo. Sé que muchas personas disfrutarían de un cambio así, quizás incluso lo considerarían una aventura.

Al hablar, su voz se fue haciendo más suave y ronca hasta que se apagó por completo. Sebastian sabía lo que ella había intentado decir a continuación.

—Pero ¿usted no es una de esas personas?

Rebecca negó con la cabeza.

—Yo valoro todo lo familiar. Anhelo estabilidad y seguridad del mismo modo que otras personas ansían fama o fortuna.

Por franca y directa que fuese, Sebastian percibía que eso no era algo que diría a cualquier persona, ni siquiera a Hermione Leonard. Se sintió honrado y profundamente conmovido de que hubiese elegido confiar en él.

Ella miró en dirección a la casa.

—Le envidio este lugar, aunque no porque sea tan grande y elegante. Solo pienso en lo agradable que debe de ser recorrer los pasillos por donde antes pasearon sus antepasados, utilizar las habitaciones que ocuparon ellos, mirar escenarios que ellos contemplaron. Saber que, por muy lejos que vaya o mucho tiempo que éste fuera, siempre tendrá este hogar esperando su regreso. Y le aseguro que sentiría lo mismo aunque fuera una hacienda como la de los Leonard o incluso una casita acogedora.

Sebastian se dio cuenta de que nunca había pensado en Stanhope Court de aquel modo. Daba por sentado que siempre estaría allí, que nunca cambiaría mucho. ¿Cómo se sentiría si se viese obligado a marcharse sin saber si regresaría? ¿Si no tuviese un lugar al que llamar su casa?

—Rebecca... —Se detuvo y giró hacia ella poseído por un impulso irresistible de reconfortarla con un abrazo.

Por fortuna, ella mantenía todavía un resquicio de decoro, que a él lo había abandonado.

—Le ruego que me perdone, lord Benedict. No he debido hablar con tanta franqueza. No haga caso de mis de divagaciones.

Se soltó bruscamente del brazo de él y caminó con rapidez hacia el jardín principal, hablando aún más deprisa de lo que andaba.

—Moverse de una posición a otra es una parte natural de mi profesión. Cuando los niños crecen, su institutriz debe buscar un nuevo trabajo. He sido muy afortunada de poder permanecer como acompañante de la señorita Leonard después de que dejase de necesitar una institutriz. Sería cruelmente egoísta por mi parte desear que la querida niña no se desposase nunca para que yo pudiese continuar indefinidamente en mi puesto. Prefiero irme a otra parte sabiendo que ella tendrá la compañía de un esposo que la ama.

Cuando terminó de hablar, Rebecca respiró con fuerza.

—Por favor, espere —le pidió Sebastian, pero ella siguió andando deprisa.

Él podía haberla detenido tomándola del brazo, pero no le parecía bien. En lugar de eso, la adelantó y se inclinó alrededor de la última pérgola para bloquearle el paso.

Ella se sobresaltó al verlo de pronto delante y se detuvo con brusquedad.

—Por favor, discúlpeme —le suplicó él—. No pretendía insinuar que colocaría usted su propio interés por delante del de su amiga. Al contrario, admiro su deseo de ver feliz a la señorita Leonard aunque eso implique un cambio no deseado para usted.

—No piense más en ello, señor. —Rebecca movió los ojos como si buscase un modo de pasar—. Usted no podía saber que yo tenía opiniones tan firmes en este tema.

—Comparto su deseo de seguridad y estabilidad —confesó Sebastian—. Aunque tener una casa fija, por grande que sea, no siempre garantiza esas bendiciones.

¿Por qué narices había dicho aquello? Era un tema que nunca había abordado con nadie, ni siquiera con su hermano.

Cuando Rebecca le lanzó una mirada interrogante, temió verse tentado a hablar más. Antes de que eso sucediera, retrocedió para dejarla pasar.

—Se está nublando —dijo—. Imagino que la señorita Leonard y usted querrán ponerse en marcha antes de que empiece a llover.

Aunque le sugería que se marchara, Sebastian estaba dividido entre la necesidad de mantener su intimidad y el impulso abrumador de seguir en compañía de Rebecca.

Por un momento, dio la impresión de que ella lo iba a interrogar, pero después pareció que cambiaba de opinión.

—Tiene razón, lord Benedict. Es hora de volver a Rose Grange.

Caminaron unos momentos juntos en un silencio incómodo hasta que ella volvió a tomar la

palabra.

—Temo que nuestro debate no ha convencido a ninguno de los dos de cambiar de opinión. En todo caso, la mía está más arraigada que nunca.

Sebastian no podía negar eso. Sin embargo, lo seducía la posibilidad de continuar el debate y los encuentros con Rebecca Beaton.

—No tema. Ese debate nuestro no ha acabado aún.

—¡GRACIAS a Dios que se ha terminado! —exclamó Hermione, que se había hundido en su asiento con dramatismo en cuanto el carruaje se alejó de Stanhope Court—. No me he sentido tan amedrentada en toda mi vida. Me cuesta trabajo creer que Claude y lord Benedict sean medio hermanos. No se parecen en nada.

—¿Medio hermanos? —musitó Rebecca—. No tenía ni idea. Hay cierto parecido en su aspecto, aunque muy poco en su carácter.

Claude Stanhope era un joven atractivo de aspecto juvenil y modales atrayentes, pero Rebecca no podía negar que encontraba a Sebastian aún más atractivo en ambos aspectos. A pesar de los prejuicios de él en contra de Hermione, era un buen hombre que quería a su hermano y a su país y la trataba a ella como a una igual.

—Dígame. —la urgió Hermione con el tono de una conspiradora regocijada—. ¿Sigue negando que puede conquistar a lord Benedict? Si yo le gustara la mitad que usted, no me preocuparía nada que volviera a Claude contra mí.

—Estoy segura de que él jamás haría eso. —Rebecca saltó en defensa de Sebastian. Hasta que recordó que había intentado convencerla de que rompiera el compromiso—. Estoy todavía más segura de que a mí solo me ve como acompañante suya.

Se encogió al recordar lo fácilmente que se había engañado esperando otra cosa. ¿Qué podía haberla llevado a imaginar que el vizconde Benedict se le iba a declarar? Por fortuna, esa idea estaba tan alejada de sus verdaderas intenciones que él no se había dado cuenta de las estúpidas falsas esperanzas de ella. Si las hubiese adivinado, Rebecca se habría muerto de vergüenza.

Pero ya sabía la verdad. Que él solo cultivaba su proximidad como un medio de terminar el compromiso de su hermano. No pudo decidirse a decírselo a Hermione. La pobre chica ya se sentía bastante intimidada por el vizconde. Si, como Rebecca esperaba, el matrimonio seguía adelante, no quería que las maquinaciones de Sebastian crearan hostilidad entre su cuñada y él.

Hermione movió la cabeza con el ceño fruncido.

—Si su señoría solo pensara en usted en relación conmigo, tendría que odiarla. Y supongo que usted no cree que sea así.

—Difícilmente. —Rebecca se volvió a mirar por la ventanilla del carruaje las colinas verdes y las hileras de setos. Le recordaron los encantadores jardines de Stanhope Court—. Su señoría ha estado de lo más cortés.

Aunque sabía que en parte podía deberse a que quería ganarse su ayuda, percibía que le caía bien a Sebastian. Más aún, él parecía valorar aspectos de su carácter que otros quizá consideraran defectos.

Hermione rio para sí como ante una broma secreta.

—Está claro que su opinión de él no ha cambiado a peor. Oyéndolos hablar, cualquiera diría que son viejos amigos.

Rebecca no podía contradecir esa observación, aunque sabía que Hermione no comprendía ni

aprobaba del todo su aprecio por lord Benedict. Nunca se había sentido tan cómoda con una persona a la que hacía tan poco tiempo que conocía. Normalmente, le llevaba un tiempo comprender a los nuevos conocidos y empezar a confiar en ellos. Sin embargo, en solo su tercer encuentro, había confesado algunos de sus sentimientos más íntimos a Sebastian, por no hablar de la familiaridad con la que habían acordado llamarse por los nombres de pila. Una parte de ella lamentaba ser tan abierta, pero otra parte agradecía una cercanía tan desacostumbrada.

—¿Ha tenido ocasión de recomendarme a su señoría? —La pregunta de Hermione arrancó a Rebecca de sus meditaciones—. ¿O ha estado demasiado ocupada disfrutando de sus jardines y de su compañía?

—Los jardines son maravillosos, ¿verdad? —Rebecca confiaba en tener la oportunidad de volver a verlos, aunque dudaba de que los disfrutara tanto sin el estímulo de la compañía de Sebastian—. Lord Benedict y yo hemos hablado un poco de su hermano y de usted. Aunque nuestras opiniones sobre la pareja que hacen ustedes son completamente opuestas, eso no nos ha impedido intercambiar educadamente nuestros puntos de vista. Creo que confía en que yo cambie de idea tanto como yo confío en hacerle cambiar la suya.

Hermione se enderezó bruscamente y se inclinó hacia ella.

—No le dejaré que haga eso, ¿verdad? No sé lo que haría si perdiera su apoyo.

—No tema. —Rebecca sonrió con confianza a su joven amiga—. Aunque yo parezca callada y plácida, soy muy terca a la hora de defender lo que creo. Para hacerme cambiar de idea, se necesitaría una persuasión mucho más formidable que la que pueda ejercer lord Benedict.

—No es su persuasión formidable lo que me preocupa —repuso Hermione—. Temo que la haga cambiar de idea con sus encantos.

Rebecca tuvo que admitir, al menos para sí misma, que esa posibilidad era más probable.

CINCO

—V amos, vamos —animó Sebastian a su hermano unos días después de la visita de las damas a Stanhope Court—. No quieres llegar tarde, ¿verdad? Si tan enamorado estás, deberías estar ansioso por volver a ver a tu amada.

—Pues claro que estoy ansioso por ver a Hermione. —Claude pasó un minuto más revisando su aspecto en el espejo y ajustándose la pechera de lino—. Pero ¿por qué estás tú tan deseoso de ir a Rose Grange? ¿Has recuperado el sentido común y te has dado cuenta de la maravillosa esposa que será para mí?

—Difícilmente. —Sebastian se puso el sombrero. Cuanto más tiempo pasaba en compañía de Hermione Leonard, más se oponía al enlace apresurado de su hermano—. Sigo pensando que está demasiado verde y es demasiado rural para ocupar su lugar en la sociedad. No quiero que se repita el pasado, y si tú tuvieses algo de sentido común, tampoco lo querías.

—¡Tonterías! —Claude pasó a su lado de camino a la puerta—. Hermione no se parece nada a Lydia y a mí me recuerdan continuamente que no soy como tú en absoluto.

Bajó las escaleras, subió al carruaje que esperaba y tomó las riendas. Sebastian lo siguió con paso más mesurado.

¿Por qué parecía enfadado su hermano por lo que obviamente debería ser un cumplido? ¿Y por qué Claude no se daba cuenta de que estaba a punto de cometer el mismo error que había cometido él? Si algo se podía ganar de un pasado doloroso, tenía que ser la advertencia que ofrecía para el futuro.

Sebastian apenas tuvo tiempo de sentarse al lado de su hermano cuando Claude agitó las riendas y el carruaje salió disparado por el camino zigzagueante a una velocidad temeraria.

Antes de que Sebastian pudiera protestar, su hermano alzó la voz por encima del ruido de los cascos del caballo y el chirriar de las ruedas:

—Tienes mucho valor para burlarte de la procedencia de Hermione cuando tú estás claramente enamorado de una simple institutriz.

—¿Yo... enamorado... —tartamudeó Sebastian—... de Rebecca? ¡Ridículo!

—¿Rebecca? —gritó Claude con un tono que era a la vez triunfante y acusador—. Es obvio que estás en términos muy familiares con ella, lo que demuestra que mi teoría no es tan ridícula después de todo.

—Eso no significa lo que tú crees —protesto Sebastian—. Yo solo quería que la señorita Beaton se sintiese cómoda.

Se dijo que eso era lo único que había buscado, para que la dama se sintiese más inclinada a utilizar su influencia con Hermione Leonard. No podía negar que Rebecca... la señorita Beaton... le resultaba una mujer atractiva con muchas buenas cualidades que él valoraba

especialmente. Lo cual no significaba que estuviese enamorado de ella.

Después de todo, se conocían muy poco y sus procedencias eran muy distintas... o al menos, así lo asumía él. De pronto sintió una desesperada curiosidad por saber algo más de la familia de Rebecca y de su pasado.

¡Condenación! ¿Era posible que Claude estuviese en lo cierto? ¿Su plan de debatir los méritos del compromiso de su hermano no era otra cosa que una excusa conveniente para pasar más tiempo en compañía de Rebecca? Lo que más le preocupaba era que pudiera engañarse a sí mismo tan fácilmente.

Pero eso había terminado. Ahora que reconocía lo que le ocurría, le pondría fin. Tenía que ganar el debate, liberar a su hermano de la trampa de ese compromiso y alejarse los dos de la atmósfera peligrosamente romántica de los Cotswolds.

Tal como le había dicho a su hermano, en lo relativo asuntos del corazón, no quería repetir el pasado.

—POR FAVOR, intente estarse quieta, señorita Leonard. —Rebecca miró con aire crítico su boceto—. ¿Cómo voy a captar bien el parecido si está siempre cambiando de postura?

Puesto que el día era frío y nublado, las dos se habían refugiado en la sala de estar y aprovechado la oportunidad para empezar el encargo del señor Stanhope.

—Lo intentaré. —Hermione suspiró—. Pero no es fácil quedarse quieta sin hacer nada. Preferiría estar ocupada para no tener tanto tiempo para pensar.

—¿Pensar en qué? —Rebecca se concentró en reproducir la línea elegante del cuello de Hermione. La expresión pensativa de su rostro no encajaba en absoluto con el tipo de boceto que quería Claude Stanhope.

—En casarme, por supuesto. —Hermione cambió de posición una vez más y apoyó la barbilla en la mano alzada.

—¿Por qué? —Rebecca se esforzó por hablar con ligereza al tiempo que movía el lápiz en una y otra dirección para sugerir la cascada de rizos rebeldes de Hermione—. ¿Se arrepiente de haber aceptado la proposición del señor Stanhope?

¿Tendría razón Sebastian después de todo en sus reservas sobre el compromiso de la joven pareja? ¿Le había encantado tanto la perspectiva de que su amiga hiciese tan buen matrimonio, que había pasado por alto posibles muestras de discordia?

Hermione ignoró las súplicas de Rebecca de que no se moviese y negó con la cabeza.

—De mis sentimientos por él no, si se refiere a eso. Aunque Claude es hermano de un vizconde, no es nada orgulloso. Siempre es muy amable, agradable y...

—¿Y? —El lápiz de Rebecca volaba por el papel en su esfuerzo por captar la expresión de ternura en los ojos oscuros de Hermione.

—Y siento que necesita que alguien lo quiera. Sus padres murieron cuando era muy joven y solo ha tenido a su hermano...

Rebecca estaba contenta de haber conseguido capturar la mirada dulce y elusiva de Hermione antes de que un reflejo de aversión la sustituyera.

—Independientemente de sus diferencias con lord Benedict, estoy segura de que este quiere mucho a su hermano —respondió.

Ya estaba otra vez defendiéndolo. Pero era verdad. Si a Sebastian le importase menos la felicidad de su hermano, no se esforzaría tanto por romper una unión que consideraba poco

conveniente.

—Eso puede ser. —Hermione frunció los labios en un gesto de duda que estropeaba la forma de su boca—. Pero a su señoría no se le da muy bien expresar esos sentimientos.

Rebecca de nuevo se sintió tentada a contradecirla. En el jardín de terrazas de Stanhope Court, Sebastian se había mostrado cariñoso. Aunque, por otra parte, no había estado a punto de declararse, como ella tan estúpidamente había asumido. ¿Lo había malinterpretado también en otros sentidos?

—Quizá la muerte de sus padres afectó también a lord Benedict —dijo. En el instante en el que se le ocurrió esa idea, intuyó que podía ser cierta.

Sintió una complicidad aún más profunda con Sebastian por haber soportado el mismo tipo de pérdida que ella. Su título y su fortuna no lo habrían compensado por ello. ¿Podía ser esa la razón de su apasionado apoyo a las tropas británicas? ¿Quería reducir las bajas para que hubiese los menos huérfanos de guerra posibles?

La llegada repentina de la doncella de los Leonard distrajo a Rebecca y a Hermione de su conversación.

—Han llegado dos caballeros de visita, señorita Leonard. El vizconde Benedict y el honorable señor Stanhope.

—Hazles pasar enseguida, Mary, y después tráenos té, por favor. —Hermione se levantó de un salto y se alisó las faldas con un ademán que resultaba a la vez ilusionado y ansioso.

Rebecca sentía solo lo primero. La simple mención del nombre de Sebastian había hecho que se le acelerara el corazón. Cuando él entró en la habitación un momento después, fue como si llevara consigo una ráfaga de aire fresco primaveral.

Tras los saludos iniciales, Claude Stanhope y Hermione se retiraron al asiento de la ventana para conversar en voz baja.

Si a Sebastian le molestó que lo ignorasen de ese modo, no lo dio a entender. Se acercó a Rebecca y examinó el boceto.

—Un parecido excelente en verdad. Ha conseguido captar el aire de juventud encantadora de la señorita Leonard.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Rebecca con una sonrisa indulgente.

—¿Hacer qué? —inquirió él.

—Lograr que eso parezca un cumplido para mi dibujo —ella bajó la voz a un susurro furtivo—, pero no para Hermione.

Temía que a Sebastian le ofendiese su impertinencia, pero él soltó una carcajada.

—Otra vez esa sinceridad refrescante.

Su risa terminó en una risita suave.

—Quizá es esa la cualidad única que aporta usted al dibujo. Demasiados pintores famosos de retratos se esfuerzan tanto por halagar a sus modelos, que pierden todo sentido de la vida y la verdad. Nunca he estado satisfecho con ninguno de mis retratos. Aunque me atrevo a admitir que todos son bastante más atractivos que el modelo.

—Eso no me lo creo. —Rebecca recorrió con la mirada los rasgos de él como si quisiera memorizar su dibujo.

Cuando llegó a los ojos, se sobresaltó, temiendo lo que el vizconde pudiese pensar de su palpable admiración. Pero él pareció no darse cuenta.

—¿Estaría dispuesta a dibujarme a mí? —preguntó.

Por mucho que a ella le agradase la oportunidad de mirarlo hasta cansarse, contestó con un murmullo calculado para que no llegara a los oídos de Hermione y del señor Stanhope.

—Confiese que lo que de verdad quiere es una excusa para pasar tiempo conmigo y poder exponer todos sus argumentos en contra del compromiso de su hermano.

Sebastian parecía a punto de negarlo, pero quizá percibió que ella no aceptaría nada que no fuese la verdad desnuda.

—Quizá busque una excusa. —Sebastian se encogió ligeramente de hombros—. Pero me gustaría tener al menos un retrato mío para pasarlo a futuras generaciones de Stanhope. Uno que me muestre como soy en realidad. Por favor, dígame que aceptará el encargo.

Su discreción innata advertía a Rebecca que debía negarse cortésmente. Su afecto por Sebastian se hacía cada vez más peligrosamente profundo, aunque sabía que no había ninguna esperanza de que él correspondiera a sus sentimientos. Y no podía arriesgarse a la menor sospecha de impudor porque eso podía arruinar sus probabilidades de encontrar una buena posición en el futuro.

Pero ¿cómo negarse cuando fijaba en ella una mirada tan embaucadora? Además, si aceptaba, quizá Sebastian se mostrase mucho más receptivo a escuchar sus argumentos a favor de Hermione.

—Si está decidido, de acuerdo. —Tomó el lápiz de dibujo y señaló la silla que había dejado libre Hermione—. Podemos empezar ahora, si lo desea.

—Totalmente. —Sebastian se sentó y se dirigió a su hermano—. Mira, Claude, la señorita Beaton ha consentido en dibujar mi retrato. ¿Qué tipo de pose debo adoptar? —Asumió una postura exagerada detrás de otra, haciéndolos reír a todos... incluso a Hermione.

—Ninguna en absoluto si quiere que el parecido sea realista —le aconsejó Rebecca—. Solo quédese inmóvil y hable de algo que le interese. Eso dará animación a sus rasgos.

Claude Stanhope señaló la ventana de la sala.

—Creo que veo un rayo de sol. ¿Damos un paseo por su jardín, Hermione, para no molestar a la artista ni al modelo?

Su prometida asintió con calor y se tomó de su brazo.

—Procure no moverse si puede evitarlo —aconsejó a Sebastian—, o la señorita Beaton se enfadará con usted.

Aunque Rebecca percibía que la joven pareja estaba más interesada en su intimidad que en el dibujo, les sonrió y despidió con la mano.

Cuando salieron, retiró el dibujo de Hermione del caballete y lo enrolló con cuidado. A continuación, colocó un papel en blanco.

—Le iba a sugerir que me hablase más de sus esfuerzos por conseguir apoyos para las tropas, pero ahora creo que deberíamos reanudar nuestro debate.

—Opino lo mismo —asintió Sebastian.

Rebecca empezó a delinear la forma de su rostro con toques cuidadosos.

—Pues dígame qué más objeciones tiene usted al compromiso de su hermano.

Él pensó un momento, como si revisara mentalmente una lista en busca del argumento más convincente.

—Ahí va uno que es usted demasiado prudente para negar. No se conocen lo suficiente. Envíe a Claude aquí después de Navidad y solo estamos en mayo. ¿Cómo es posible que se conozcan lo bastante bien para comprometerse en una unión de por vida? ¿Cómo van a saber si sus sentimientos son lo bastante profundos y duraderos para mantenerse en el tiempo?

A Rebecca le tembló un poco la mano, lo que hizo que el lápiz vacilara en la curva de la oreja izquierda de él. Una semana atrás habría estado de acuerdo con Sebastian, pero últimamente había descubierto lo deprisa que podían enraizar en el corazón sentimientos por una persona

especial.

—ADMITO que Hermione y su hermano no hace mucho que se conocen —dijo Rebecca. Su lápiz emitía un suave sonido rasposo al moverse sobre el papel.

De algún modo, Sebastian sabía que el boceto lo describiría de una manera que podría apreciar. Ella parecía verlo más claramente que ninguna otra persona.

—¿Qué ha dicho? —preguntó. Estaba tan absorto viéndola trabajar, que casi no había prestado atención a sus palabras—. ¿Admite? ¿Eso significa...?

—¿Significa que admito la derrota? —Rebecca completó la frase con las palabras que sabía que diría él—. ¿Y que aconsejaré a Hermione que rompa el compromiso? No, en verdad. Aunque tengo poca experiencia en tales asuntos, creo que es posible que dos personas reconozcan rápidamente que comparten una conexión... especial.

Dejó de hablar, absorta en su trabajo. Sebastian se preguntó a qué se refería con lo de “poca experiencia”. Poca no significaba ninguna. ¿Habría habido un joven en su pasado que la había enamorado? ¿Alguien que había querido que se declarara o al que se hubiera arrepentido de no aceptar? Aunque sabía que era estúpido, no puedo reprimir un espasmo de envidia hacia el hombre que quizá le había tomado alguna vez la mano o robado un beso.

Como no se atrevía a preguntar directamente, se esforzó por enmascarar lo profundo de su curiosidad con un tono de ligereza.

—¿Alguna vez ha sentido ese tipo de conexión con alguien a quien había conocido poco tiempo?

Rebecca se agachó detrás del caballete y se enfrascó en trabajar en el dibujo.

—En la escuela conocí a un grupo de chicas y en muy poco tiempo sentimos un vínculo fuerte de simpatía mutua. Aunque ahora estamos todas esparcidas por el reino, todavía pienso en ellas con gran afecto. Nos escribimos tan a menudo como nos resulta posible, pero me encantaría verlas de nuevo a todas.

El anhelo de su voz hizo que Sebastian deseara llevarla en su carruaje a visitar a cada una de sus amigas. Le alegraba descubrir que ella no se había referido a un amor pasado y, sin embargo, también lo entristecía. Rebecca Beaton estaba hecha para ser querida y valorada, no para pasarse la vida moviéndose de una familia a otra, educando a niñas mimadas hasta que ya no requirieran de sus servicios.

—¿Y usted ha sentido alguna vez ese tipo de conexión inmediata?

La pregunta volvió las tornas sobre Sebastian. Atrapado en la inteligente emboscada de ella, estuvo a punto de decir la verdad. Por suerte, la experiencia acudió en su rescate. ¿Estaría Rebecca coqueteando, buscando conquistarlo con sus artes de atracción igual que buscaba él ganársela con sus habilidades para el debate?

—Creo que sentí ese tipo de atracción instantánea una vez. —Clavó los dedos en los brazos del sillón y su voz se volvió fría y dura—. Para mi desgracia, después descubrí que había sido engañado.

El lápiz de Rebecca quedó inmóvil y su rostro reapareció por detrás del caballete.

—Lo siento mucho, Sebastian. Usted es un buen hombre y merecía algo mejor.

Su sincera simpatía y el dulce sonido de su nombre en labios de ella fueron como un bálsamo en una vieja herida ulcerada. Si Rebecca se hubiese detenido allí...

—Sé que debe de estar ansioso por impedir que engañen a su hermano como a usted. Pero le

prometo que no debe temer eso de Hermione. Ella jamás haría daño a nadie, y menos a un hombre al que quiere tanto como a su hermano.

Sebastian se sintió peligrosamente tentado de creerla, pero había protegido a Claude durante mucho tiempo. A veces había estado tan ocupado cuidando de su hermano, que había olvidado mirar por sí mismo. Y no podía parar de pronto.

—Tal vez ella no pretenda hacerle daño. —Sebastian olvidó que posaba para el boceto y se levantó de la silla. Empezó a pasear por la sala de estar—. Pero los dos son muy jóvenes, sobre todo ella. Usted puede responder por su bondad de corazón, pero ¿qué me dice de su buen juicio y de su constancia?

Al pasar por la ventana, señaló hacia el jardín donde la joven pareja paseaba del brazo hablando y riendo. Ambos parecían inmensamente felices.

Sebastian se recordó que ese delirio era una forma de locura producida por fiebre. Cuando miró a Rebecca, temió que esa fiebre pudiese ser contagiosa.

SEIS

Una mezcla de orgullo y anhelo desesperado se instaló en el corazón de Rebecca cuando miró el dibujo de Sebastian, que todavía tenía que completar. Le maravillaba que sus manos hubiesen conseguido producir un parecido tan bueno mientras su mente estaba tan ocupada defendiendo a Hermione.

Aunque quizá no fuese un retrato tan bueno como el que podía hacer un artista profesional, se enorgullecía de haber sabido captar su espíritu dinámico. Había conseguido plasmar en torno a la boca la agudeza autocrítica tras la que él ocultaba su bondad básica y su preocupación por los demás. Y en su mirada cautelosa, ella había mostrado la sombra secreta que la había confundido... hasta que él le había contado que había sido engañado.

Entonces lo había entendido, al menos en parte. No podía imaginar totalmente sus sentimientos, sin haber experimentado nunca el dolor del amor rechazado o traicionado. Tal vez por eso su torpe esfuerzo por consolarlo había tenido tan mal resultado.

En lugar de tranquilizarse con sus palabras, Sebastian se había levantado de la silla para pasear por la habitación, haciendo preguntas sobre el buen juicio y la fidelidad de Hermione. Por mucho que Rebecca deseara defender a su querida amiga, no podía olvidar las reservas que la misma Hermione había expresado sobre el matrimonio antes de que llegaran los caballeros.

Sebastian se había detenido bruscamente al lado de la ventana y mirado a la joven pareja que paseaba por el jardín. Después se había girado a mirar a Rebecca con reproche.

—¿Cómo sabemos que aceptó su proposición porque lo quiere de verdad y no solo porque lo considera un buen partido?

La pregunta preocupó a Rebecca. Si alguna vez un hombre con una casa agradable y buenos ingresos pedía su mano, ¿lo aceptaría aunque no sintiese un cariño especial por él? Su naturaleza práctica se preguntaba si sería un pecado tan terrible en caso de hacerlo.

Picada por el tono de Sebastian y los sentimientos conflictivos que había provocado en ella, sintió tentaciones de lanzar una réplica mordaz. Hasta que divisó la sombra en los ojos de él, la misma que había captado en el dibujo. Se dio cuenta entonces de que la pregunta no tenía intención de acusarla ni de ofenderla, sino que brotaba de un dolor personal. Igual que ella no podía comprender plenamente la angustia de ser engañada, Sebastian no entendía las presiones que soportaban las mujeres jóvenes.

—Creo que Hermione ama a su hermano. —Rebecca dejó su lápiz y salió de detrás del caballete—. Usted también se daría cuenta si ignorara sus prejuicios contra ella. Me gustaría que la hubiese oído recitar las alabanzas del señor Stanhope justo antes de su llegada.

—¿Pero...? —Sebastian puso voz a la palabra que ella había reprimido.

Rebecca vaciló, dividida entre su inclinación leal de ver a Hermione bien casada y su

renuencia a dejar que una pareja joven e impetuosa cometiera un error qué pudiera lamentar el resto de su vida.

—Hermione ha dicho que no tenía ninguna duda sobre los sentimientos por su hermano.

—Pero ¿tiene dudas sobre otras cosas? —Sebastian aprovechó inmediatamente lo que la frase de Rebecca podía implicar—. ¿Le ha dicho qué aspecto del compromiso es el que le preocupa?

—¡No!

Rebecca quería taparse la boca con la mano, aunque sabía que era demasiado tarde. ¿Había traicionado una confidencia que lord Benedict podía utilizar a modo de cuña entre Hermione y el señor Stanhope?

—Pero creo que puedo adivinar cuál puede ser.

—Muy bien —la alentó Sebastian—. Adivine, pues.

¿Podría Rebecca compensar por su lapsus anterior? ¿O lo estropearía todavía más?

Fuera como fuese, no podía guardar silencio.

—Tal vez a Hermione le preocupe que personas orgullosas como usted la desprecien porque su fortuna y sus contactos no son tan elevados como los de ustedes. Quizá tema que la hagan sentirse incómoda en su sociedad. Puede que incluso se pregunte si intentarán poner al señor Stanhope en su contra y hacer que lamente haberse casado con ella.

No había sido su intención hablar tanto ni que su voz sonase tan afilada. Sebastian era un buen hombre y había llegado a gustarle mucho. Últimamente incluso temía que le gustaba de un modo que suponía entrar en territorio más peligroso. A causa de ello, empezaba a impacientarse con la terca antipatía de él hacia la chica a la que ella quería como a una hermana.

Para su sorpresa, Sebastian pareció recular ante su arrebato.

—Con lo de “personas”, presumo que se refiere a mí. ¿Comparte usted esos miedos que atribuye a la señorita Leonard? ¿Me cree capaz de sembrar discordia entre Claude y ella si se casan?

La sombra de sus ojos se había oscurecido aún más. Parecía dolido porque pudiese pensar eso de él. Pero ¿por qué demonios le importaba la opinión que tuviese de él una mujer de su posición?

Dividida entre sus confusos sentimientos por él y su lealtad a Hermione, Rebecca se vio impulsada a decir la verdad, aunque suavizó su tono en un esfuerzo por no herirlo.

—No quiero creer que usted haría algo así. Pero teniendo en cuenta su frialdad hacia la señorita Leonard y el esfuerzo que ha hecho para romper el compromiso, no puedo estar segura de lo que haría si su hermano y ella se desposaran en contra de sus deseos.

Sebastian dio un paso hacia ella, lo cual lo acercó más de lo que resultaba decente entre un caballero y una dama soltera. La discreción advertía Rebecca de que debía poner una distancia más decente entre ellos. Pero no pudo decidirse a retroceder cuando sabía que tenía razón. Además, le gustaba estar cerca de él, incluso cuando lo notaba irritado.

—Me decepciona mucho que se haya forjado una opinión tan vil sobre mí, Rebecca. —clavó en ella sus ojos azul pizarra—. Pensaba que me conocía mejor que eso.

—Le temblaban las fosas nasales y tenía la mandíbula apretada en un gesto más severo que nunca. Y, sin embargo, su aspecto general irradiaba más dolor que rabia.

Aunque Rebecca intentó resistirse, la respuesta de él la conmovió hasta el fondo de su ser. Apretó los labios, sin atreverse a hablar por miedo a echarse atrás llevada por la simpatía hacia él más que porque eso fuese lo correcto.

Sebastian debió de tomarse su mirada como una muestra de que ella había endurecido su

corazón contra él.

—Juro que yo jamás haría ninguna de las cosas que ha sugerido. Admito que, antes de la boda, haré todo lo que esté en mi poder para evitarla. Pero si mi hermano se desposa con la señorita Leonard, contribuiré todo lo que pueda para procurar que su matrimonio sea un éxito. Usted me cree, ¿no es así?

Rebecca ansiaba darle la seguridad que parecía anhelar, pero ¿cómo hacerlo? Si la familia de su madre hubiese hecho lo que Sebastian juraba que haría, su vida podría haber sido muy diferente. En vez de eso, se habían entregado a un rencor que había persistido incluso más allá de la tumba.

—Estoy segura de que es usted capaz de un comportamiento magnánimo si se lo propone. — Los dedos le cosquilleaban por el impulso de acariciarle la mejilla, pero no se atrevió a tomarse tal libertad—. Pero también sé que no es tan fácil como imagina olvidar el pasado y comportarse de una forma contraria a sus inclinaciones anteriores.

Él se acercó aún más a ella. ¿Quería susurrarle un secreto al oído? Rebecca sabía lo que le gustaría que hiciese. Le dolían los labios por el anhelo de recibir un beso suyo, por superficial y leve que fuese.

El sonido de voces que se acercaban apagó la intensidad palpitante de aquel momento como un jarro de agua fría. Los dos se separaron con un sobresalto de culpabilidad y pusieron entre ellos una distancia discreta, que más bien parecía una grieta insalvable.

Un segundo después, entraron Hemione y su prometido.

—¿Cómo va el dibujo? —Claude Stanhope se acercó al caballete de Rebecca—. Supongo que está acabado, si la señorita Beaton ya no trabaja en él.

—Todavía faltan los toques finales —repuso Rebecca.

Corrió a interceptarlo. ¿Y si el retrato traicionaba de algún modo sus sentimientos por Sebastian?

—Pero eso puedo terminarlo más tarde, sin necesidad de tener a lord Benedict posando.

Agradecía que la joven pareja los hubiese interrumpido antes de que se hubiera creado una intimidad mayor entre Sebastian y ella. Sin embargo, al alivio se sumaba una pena que se extendía en círculos cada vez más amplios por las aguas tranquilas y profundas de su corazón.

UN MINUTO más y habría besado a Rebecca.

Esa idea atormentó a Sebastian en los días siguientes, lo que lo llevó a evitar Avoncross como a la plaga, aunque eso implicase dejar que su hermano fuera solo a visitar a la señorita Leonard.

Tanto como sus inmanejables sentimientos hacia Rebecca, le preocupaba el miedo de que ella lo creyese capaz de intentar romper el matrimonio de Claude, si este se desposaba con la señorita Leonard. Sebastian habría preferido que el dibujo que le había hecho Rebecca resultase ser una caricatura grotesca antes que no estar a la altura de lo que ella consideraba una persona de bien.

Odiaba admitir hasta qué punto le había llegado a importar la opinión de ella. Sus sospechas y gentiles reproches le dolían más de lo que le había dolido nada en mucho tiempo. Se había jurado que nunca más permitiría que una mujer tuviese esa clase de poder sobre él. ¿Cómo había podido Rebecca Beaton atravesar todas sus defensas y golpearlo de un modo tan profundo?

—Estás ahí. —Claude entró en la biblioteca de Stanhope Court, donde Sebastian llevaba dos

horas fingiendo leer—. La señorita Leonard y la señorita Beaton te envían recuerdos y esperan que no estés indispuerto. Les he asegurado que estás bien de salud, pero irritado de espíritu.

—¿De verdad? —Sebastian frunció el ceño ante la ligereza despiadada de su hermano.

—Oh, sí. —Claude sonrió como si el ceño fruncido de Sebastian le resultase más divertido que amenazador—. Por eso he traído algo para mostrarte. Espero que te anime.

Sacó de detrás de la espalda una hoja larga de papel enrollado atado con una cuerda. desató esta y desenrolló el papel mostrando el dibujo terminado de Hermione Leonard hecho por Rebecca.

—Encantadora, ¿verdad? —presumió Claude, como si hubiera dibujado el cuadro personalmente—. Hasta tú tienes que admitir eso, Sebastian.

—Nunca he cuestionado la belleza de la dama —contestó Sebastian, cortante—. Ni tampoco me sorprende descubrir que la señorita Beaton le haya hecho un retrato halagador.

Admitió de mala gana para sí mismo que el boceto era más que eso. Rebecca había plasmado un brillo suave de dulzura en los ojos oscuros de Hermione Leonard. La representación de sus labios sugería paciencia y generosidad. Sebastian tuvo la impresión de estar mirando a una mujer completamente diferente y no pudo evitar preguntarse cuál de ellos veía con más claridad a la prometida de su hermano.

—Ahora es la señorita Beaton, ¿eh? —Los ojos de Claude brillaban con descaro—. ¿Ya no es Rebecca? Pensaba que, después de lo del otro día, estaríais en términos más familiares no menos.

Sebastian complementó el ceño fruncido con una mirada helada. Ambas cosas juntas consiguieron amedrentar algo a su hermano.

Claude bajó la cabeza y empezó a enrollar el papel con infinito cuidado.

—Pienso llevar esto a Londres mañana para enmarcarlo como es debido. La señorita Beaton ha terminado también el tuyo, por si te dignas recogerlo. Lo habría traído yo, pero no quería privarte de una excusa para visitar a la dama.

—No necesito excusas para visitar a la señorita Beaton. —Sebastian dejó caer al suelo el pesado libro en el que no lograba concentrarse y se levantó del sillón—. Y tampoco las quiero. Me sorprende que te puedas separar de la señorita Leonard el tiempo suficiente para ir a Londres. ¿Por fin empiezas a cansarte de ella?

—Ni lo más mínimo. —Claude no alzó la vista, ocupado en atar de nuevo el boceto enrollado—. Hermione y su padre van a hacer una visita corta a una tía de ella. He pensado que es mejor que vaya a Londres en lugar de permanecer aquí triste hasta que ella vuelva.

—¿Y dónde vive esa tía? —preguntó Sebastian—. Supongo que la señorita Beaton los acompañará.

Intentaba mostrarse poco interesado, pero nada más lejos de la verdad. Aunque se había esforzado por evitar a Rebecca últimamente, le resultaba consolador saber que ella no estaba lejos si decidía hacerle una visita.

Claude negó con la cabeza.

—No había sitio para llevar a la doncella de Hermione y a la señorita Beaton, así que esta se ha quedado en Rose Grange. Creo que piensa aprovechar el tiempo para ir buscando una nueva posición. ¿Conocemos a alguien que necesite una institutriz? Lord y lady Rayleigh tienen hijas, ¿no es así?

—Una manada de jóvenes marimachos. —Sebastian se estremeció—. Necesitan más un domador de animales salvajes que una institutriz.

No dudaba de que Rebecca sería capaz de civilizar a las hermanas Rayleigh si se lo proponía.

Pero le dolía pensar la batalla que eso sería para ella. Por no mencionar que la mansión de los Rayleigh estaba en la zona norte de Cumberland, lo cual supondría un gran cambio yendo desde los Costwolds, en especial para Rebecca, que valoraba tanto la familiaridad.

—¿Una acompañante, pues? —sugirió Claude—. ¿Quizá para lady Stevenage, que ahora es viuda?

—¿Esa bruja malhumorada y tacaña? —Sebastian empezó a alejarse—. No si de mí depende.

—No depende de ti —le gritó Claude a sus espaldas—. ¿Por qué iba a depender de ti?

“¿Por qué?”, se preguntó Sebastian de camino a los establos. El futuro empleo de Rebecca no era asunto suyo. Entonces, ¿por qué le producía tanta ansiedad y por qué le preocupaba tanto el bienestar general de ella?

Quizá fuera por la misma razón que se ponía de buen humor cuando estaba con ella y se sentía inquieto cuando no estaba. Había intentado ignorar esos cambios y, desde luego, no se atrevía a poner nombre a la complicada confusión de sentimientos que experimentaba.

En cuanto su caballo estuvo ensillado, Sebastian partió para Rose Grange a la velocidad suicida a la que habría ido su hermano. Intentó convencerse de que solo iba a pedir el dibujo que había encargado. Pero sabía que era solo una excusa patética. Lo que de verdad quería era volver a hablar con Rebecca y convencerla de que no era tan despiadado y vengativo como ella había insinuado.

Al fin acabó por admitir que eso también era solo una parte de la verdad. Sencillamente necesitaba volver a verla, a oír su voz. Si tenía suerte, quizá pudiera ver su sonrisa o escuchar el susurro amable de su risa.

REBECCA NO SONREÍA cuando entró en la sala de estar donde habían pedido a Sebastian que la esperara. Más bien parecía sorprendida por su inesperada visita. Sorprendida e incluso un poco incómoda.

—Si ha venido a buscar a su hermano, se ha marchado hace un rato. Los Leonard han partido poco después. Han ido a...

—A visitar a una tía de ella. —Una sensación de paz invadió a Sebastian en cuanto volvió a posar la vista en Rebecca—. Me lo ha dicho Claude cuando ha vuelto a casa. Vengo a verla a usted... por mi retrato.

Confiaba en que Rebecca creyese esa excusa más que él.

—En ese caso, ¿por qué no ha acompañado a su hermano cuando ha venido a recoger el retrato de Hermione? —La mirada directa de ella exigía la verdad.

—Porque... no estaba seguro de poder verla, sabiendo lo que piensa de mí. —Sebastian apenas podía creer que hubiese hecho una confesión tan franca de su debilidad.

Rebecca parecía también sorprendida.

—Pensaba que no le importaba nada la opinión de los demás. Parece enorgullecerse de que lo consideren arrogante, terco y despiadado.

—Por una buena causa —le recordó él.

—¡Ah! —Ella echó a andar hacia el caballete—. ¿Y se ha dado cuenta de que intentar romper el compromiso de su hermano no es una causa tan buena después de todo?

—No —negó él instintivamente, antes de tener ocasión de pensarlo demasiado—. Pero estoy seguro de que entrometerme en su matrimonio no lo sería. Me duele que me crea capaz de algo así.

—Yo no deseo causarle dolor. Más bien al contrario. —Rebecca se mordió el labio inferior, como para evitar decir algo más sobre el tema. Después de una larga pausa, volvió a un tema más seguro—. Ya que ha venido y mi dibujo está terminado, puede llevárselo si cuenta con su aprobación.

Sebastian avanzó hacia el caballete, tanto por deseo de acercarse a Rebecca como por impaciencia por ver su retrato. De hecho, ahora que ya faltaba poco, lo ponía nervioso la idea de ver cómo lo había reflejado ella.

Se preparó interiormente y miró el papel. Respiró aliviado.

—¿Le gusta? —El tono ansioso de Rebecca dejaba claro que, en ese caso, a ella le importaba tanto su opinión como a él la de ella.

Sebastian asintió lentamente.

—Está muy bien hecho.

El parecido era halagador, sin suavizar demasiado sus rasgos fuertes. Transmitía también una sensación de vitalidad que le gustaba. No obstante, había una parte del boceto que lo perturbaba, un atisbo de inesperada vulnerabilidad en los ojos. Era evidente que Rebecca lo veía con mucha más claridad que la mayoría de la gente. Quizá demasiado claramente para su gusto. ¿Era posible que, después de un tiempo tan breve, lo conociese ya mejor de lo que se conocía él mismo? Teniendo en cuenta los hechos de los que lo creía capaz, Sebastian confiaba en que no.

Señaló el dibujo con la cabeza.

—Tal vez deberíamos haber fijado el precio al principio, pero creo que esto vale todo lo que pueda pedir.

—Tonterías. —Rebecca pasó a su lado y retiró el retrato del caballete—. No soy artista profesional y no se me ocurriría cobrarle nada. Accedí a hacer su retrato como un favor a un amigo. La única tarifa que quiero es que le guste.

—No pretendo ofenderla. —Sebastian quería que lo mirase, pero ella mantenía la vista fija en la tarea de enrollar y atar el papel—. Solo deseo demostrarle el valor que creo que tienen el tiempo y la habilidad invertidos en este boceto.

—¿Usted solo valora lo que paga? —Rebecca le puso el papel enrollado en la mano—. En ese caso, puede quemarlo, tirarlo o hacer lo que quiera porque no aceptaré ni un penique por él. Ha sido un trabajo de amiga y no voy a menospreciar mis esfuerzos aceptando su dinero. Y ahora, si me disculpa, lord Benedict, puesto que mis señores no están en casa, estoy segura de que no tiene nada más que tratar con una simple sirvienta.

—Por favor, no se vaya. —Él agarró con torpeza el dibujo y consiguió tomarla de la mano antes de que se alejara—. Debe saber que no pienso en usted de ese modo. Si insiste en hacerme un regalo tan generoso, lo aceptaré y le ofreceré solo mi gratitud a cambio.

Ella no se volvió hacia él, pero tampoco se soltó, como habría hecho si estuviera decidida a huir.

Era posible que se hubiese quedado incluso si Sebastian le hubiese soltado la mano, pero él no quería correr riesgos.

—Por favor, dígame que sabe que no la considero una mera sirvienta.

—¿Y qué otra cosa debería asumir yo? —replicó ella con un murmullo anhelante ensombrecido de amargura—. Es evidente que su principal objeción a Hermione es que no posee el rango y la fortuna adecuados para moverse en su círculo. Comparada con ella, yo no puedo merecer ni la más mínima consideración por su parte.

Rebecca hizo por fin el esfuerzo de retirar la mano. Por mucho que Sebastian anhelara mantener ese contacto entre ellos, no lo haría por la fuerza. Tenía que encontrar otro modo de

conseguir que siguiera allí y lo escuchara.

—Tengo mis reservas sobre la idoneidad de la señorita Leonard para mi hermano por su diferencia de rango y fortuna. —Tropezó con las palabras en su apresuramiento por pronunciarlas—. Pero no por la razón que usted supone.

En el tiempo que tardó en decir eso, Rebecca dio varios pasos hacia la puerta. Allí se detuvo y se volvió a mirarlo. Obviamente había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Qué otra razón puede haber excepto que usted juzga el valor de las personas basándose en títulos y riqueza?

—Espero que nada en mi comportamiento con usted le haya dado motivos para creer eso.

—No —admitió ella, para alivio de Sebastian—. Pero he conocido a personas de rango y fortuna que desprecian a todos los que consideran que están por debajo.

Sebastian se preguntó qué personas serían esas y qué daño le habrían hecho. Pero aquella era su oportunidad de explicarse, no de hacer preguntas.

—Pues yo he conocido a personas, mujeres hermosas en particular, que utilizan artimañas para cazar a hombres ricos y nobles y avanzar así en la vida.

—¿Cómo ha conocido a tales mujeres?

Él intentó contestar con un tono de indiferencia, aunque sentía como si le arrancaran las palabras de la misma carne del corazón.

—Tuve la desgracia de casarme con una.

SIETE

—¿Está casado? —Una viscosa ola de vergüenza envolvió a Rebecca al pensar en los tiernos sentimientos que había albergado en secreto por Sebastian.

—Estuve casado —corrigió él—. Hace años, cuando era todavía más joven y tonto que mi hermano.

—¿Se divorció de su esposa? —Aunque Rebecca no tenía ningún derecho, no pudo evitar que le molestara que él hubiese entregado su corazón a otra mujer.

—¿Divorciado? —Sebastian arrugó la nariz como si notara un olor desagradable—. Probablemente tenía motivos, pero no habría soportado la humillación de hacer todo eso público ante mis colegas del Parlamento.

Después de un momento de silencio incómodo, continuó:

—Lydia murió después de pasar dos años haciéndome desgraciado.

Al oír el dolor y la amargura de su voz, Rebecca entendió por fin de dónde procedía la sombra que había en sus ojos.

—Lo siento —murmuró, consciente de que no se refería a la pérdida de su esposa—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

Apenas acababa de hacer la pregunta, cuando se dio cuenta del poco derecho que tenía a plantearla. Ella le había ocultado a él información mucho más importante. Además, no era asunto suyo que hubiera estado casado.

Para su sorpresa, Sebastian no contestó con ninguna de esas razones.

—No es algo de lo que me guste hablar. De hecho, procuro pensar en Lydia lo menos posible, aunque el compromiso de mi hermano ha removido todo tipo de recuerdos desagradables.

—Quizá le ayudase hablar de ellos. —Rebecca no sabía qué la había impulsado a hacer semejante sugerencia, en especial teniendo en cuenta que ella nunca había comentado sus recuerdos desagradables con nadie.

A veces se había preguntado si el dolor de esas memorias habría disminuido si se las hubiese contado a alguien cercano y cariñoso. Si podía persuadir a Sebastian de que confiase en ella, eso quizá espantase los fantasmas de su pasado. Y así tal vez reconociera que Hermione no se parecía nada a la esposa que lo había engañado.

Sebastian no respondió de inmediato a su oferta. Rebecca percibió que él debatía en su interior si aceptaba o rehusaba.

—¿De qué serviría eso? —preguntó al fin, con una intensidad casi salvaje—. El pasado ya está hecho y nada puede cambiarlo. Solo me queda intentar aprender de mis errores y asegurarme de que no los repitamos ni mi hermano ni yo.

A ella le dolía verlo sufrir por algo que había ocurrido años atrás, pues sabía lo que era acarrear cicatrices de viejas heridas.

—Es cierto que no podemos cambiar el pasado. —Rebecca buscó las palabras correctas y rezó una plegaria silenciosa para encontrarlas—. Pero creo que la gente puede cambiar si se muestra abierta y dispuesta. Usted cambió su opinión de mí, no porque yo hubiese cambiado mi carácter, sino porque llegó a conocerme y comprenderme mejor.

La expresión severa y taciturna de Sebastian se suavizó al oírla. Se hundió lentamente en el diván.

—¿Cree que puedo alterar mi percepción del pasado intentando entenderlo mejor? —Parecía dudoso, pero no totalmente contrario a esa posibilidad.

—Seguro que vale la pena probar. —Rebecca tomó asiento en el sillón más próximo con movimientos deliberados y cuidadosos.

—Estaba a cierta distancia de Sebastian y no directamente enfrente. El instinto, o quizá la inspiración, le advertían de que debía mantener límites físicos amplios si quería derribar los que rodeaban el corazón de él.

Como esperaba encontrar más objeciones y renuencia, casi no pudo contener la sorpresa cuando oyó sus siguientes palabras.

—Conocí a Lydia durante mi primera temporada en Londres, cuando fui a ocupar mi lugar en la Cámara de los Lores. Yo era un joven inexperto y tonto, que había permanecido enterrado en los Cotswolds cuidando de mi hermano después de la muerte de nuestro padre. No estaba preparado para los estímulos de la sociedad, en particular los de la parte femenina.

Mientras hablaba, a Rebecca le pareció que sus rasgos se parecían más a los de su hermano. Podía imaginarse fácilmente al joven que había sido. Inexperto, confiado y deseoso de que alguien lo amara.

—Era la segunda temporada de Lydia. —Sebastian miró hacia la ventana. Los colores de las flores de fuera resultaban aún más vivos en contraste con el cielo plomizo—. Cuando me la presentaron, ya nunca había visto a una criatura tan hermosa. Parecía salida de un cuadro o de las páginas de una novela.

Rebecca sintió una punzada de duda. No era de extrañar que Sebastian hubiese estado dispuesto a darle una segunda oportunidad y confiarse a ella. Su aspecto corriente y su falta de estilo no le recordarían en absoluto a su difunta esposa. Ella no poseía ninguno de los encantos que podían hacer peligrar su corazón.

No podía lamentar nada que sirviese para permitirle que se acercase a ella. Y, sin embargo, a una parte de su ser le habría gustado poseer encanto suficiente para resultarle tan atractiva a Sebastian como él a ella.

Reprimió ese deseo estúpido y centró su atención en las siguientes palabras de él.

—Cuando esa criatura fascinante alentó mis atenciones, me volví loco de alegría. Antes de que pudiera saber lo que ocurría, me encontré prometido y después casado con una mujer a la que apenas conocía. Solo después de los esponsales empezó mi encantadora esposa a mostrar su verdadero carácter. Y yo no tardé en descubrir que ese carácter era una horca alrededor de mi cuello.

Alzó la mano para aflojarse el lazo del cuello, como si todavía sintiese la soga apretándole la garganta.

—Sabía que Lydia no tenía dinero, pero yo era demasiado inexperto y estaba demasiado enamorado para que me importara eso. En cuanto nos casamos, empezó a querer más y más cosas: joyas, cuentas en todas las mejores tiendas y una pequeña fortuna en dinero para gastos.

Como si sus exigencias no bastasen, empezaron a surgir parientes suyos hasta que temí que me arruinarían. Cuando protesté que no podía mantenerlos a todos, me trató con frialdad y me amenazó con buscar a un hombre que pudiera darles a su familia y a ella todo lo que querían.

Mientras Rebecca escuchaba, una sensación de ultraje empezaba a vibrar en su interior, sensación que no hacía sino aumentar. Igual que había defendido a Sebastian de los comentarios críticos de Hermione, en aquel momento deseaba tomar las armas a su favor en contra de su manipuladora esposa y la manada de parientes codiciosos. Pero, aunque pudiese volver atrás en el tiempo, estaría impotente para detenerlos. Cualquier ayuda que pudiese dar a Sebastian tenía que ser allí y en ese momento.

Dudaba de que fuese suficiente con escucharle con simpatía, pero era lo único que podía hacer.

—Al principio intenté aplacarla. —Sebastian apoyó la frente en la palma de la mano—. Porque pensaba que la quería y no podía soportar perder su amor. Al final conseguí entender que no había nada que perder. Ella no me amaba y nunca me había amado, más de lo que ama una cerda ansiosa un buen comedero de bazofia.

La amargura de sus palabras resultaba tan cáustica que Rebecca imaginó que podían causarle llagas en la boca.

—Lo que me salvó fue descubrir que yo tampoco la había amado nunca de verdad. Me había encaprichado de una máscara hermosa. La persona detrás de la máscara era una desconocida para mí. Peor que una desconocida, una parásita odiosa.

Eso podía ser cierto, y dicha creencia tal vez hubiese ahorrado a Sebastian un dolor de corazón más serio. Sin embargo, Rebecca intuía que sus sentimientos por su difunta esposa habían sido más profundos de lo que quería admitir. El modo en que Lydia lo había usado y engañado le había dolido mucho. Quizá hubiese conseguido enterrar esos recuerdos y los sentimientos que provocaban hasta hacía poco, pero todo ese tiempo se habían infectado, preparándose para emerger más venenosos que nunca.

—Me sentí atrapado en un matrimonio que me destruía. —La voz de Sebastian fue bajando de volumen hasta que Rebecca tuvo que esforzarse para entender lo que decía—. Odiaba al hombre en que me había convertido. Una noche amenazó, una vez más, con dejarme si no accedía a sus insaciables exigencias. Le dije que no me diera esperanzas con falsas promesas. Se marchó y no volví a saber nada de ella hasta que la encontraron muerta unos meses más tarde. Cuando recibí la noticia, solo sentí alivio.

De algún modo Rebecca sabía que eso no era toda la verdad. Tal vez su reacción principal hubiese sido de alivio, pero no había sido la única. Quizá se hubiera sentido atormentado por la culpa o la pena de no haber tenido el matrimonio que había esperado al enamorarse de la hermosa muchacha.

—Ahora que conoce toda la sórdida historia —Sebastian se levantó del diván con aire de profundo cansancio—, me gustaría poder afirmar que me ha ayudado hablar de eso, pero no sería verdad. Solo espero que le haya ayudado a entender por qué siento el impulso de evitar que mi hermano repita mi error y por qué desconfío tanto de los matrimonios de fortunas desiguales.

—Lo comprendo. —Rebecca se puso en pie—. Pero eso no significa que esté de acuerdo. Conozco a Hermione Leonard mejor que casi todo el mundo. Le prometo que ella no es en absoluto como... esa mujer.

El rostro de él parecía tallado en granito y sus ojos en pizarra. Era evidente que no quería o no podía escucharla.

—Esa chica me recuerda mucho a Lydia cuando la conocí. Todo en ella era dulzura y

sonrisas, voz susurrante y risitas infantiles. El modo en que Claude la adula... Dice las mismas estupideces que decía yo palabra por palabra.

—Usted cometió el error de comprometer su vida con una mujer sin conocerla de verdad. — Rebecca se esforzaba por llegar hasta él—. No cometa ahora el error de condenar a Hermione antes de conocerla bien.

Por un momento, pensó que había tenido éxito.

Después Sebastian contraatacó.

—¿Me puede asegurar con sinceridad que Hermione Leonard habría accedido a casarse con mi hermano si fuese pobre?

—Pues...

La lealtad a Hermione la impulsaba a jurar que sí. Si lo hacía, había una probabilidad de que Sebastian pudiera creerla. Pero la verdad era más complicada que eso. Con los recuerdos dolorosos que acababa de contarle frescos en su mente, Rebecca no podía afirmar totalmente que Hermione no hubiese pensado en las ventajas de desposarse con un hombre que poseía ingresos seguros y expectativas brillantes.

Su vacilación pareció darle a Sebastian la respuesta que buscaba y esperaba.

—Eso me parecía. —Se dirigió a la puerta—. En ese caso, creo que deberíamos dar por finalizado el debate. Ambos estamos demasiado seguros de nuestras posiciones. Lo único que podemos conseguir si lo prolongamos es crear malos sentimientos entre nosotros. Eso no me gustaría nada.

—Tampoco a mí —repuso ella.

¿Esa sería la última vez que lo vería?

—¡Sebastian, espere!

Él se volvió hacia ella enarcando una ceja.

A Rebecca le dolía la perspectiva de separarse de él para siempre sin darle ninguna indicación de lo que sentía por él. Pero ¿cómo hacerlo? Una mujer como ella no podía interesarse por un hombre que estaba tan lejos de su alcance. Lo que le había contado de su matrimonio hacía que se sintiese más unida a él, pero sus revelaciones también lograban que resultase imposible comunicarle sus sentimientos. Si él adivinaba alguna vez que lo quería, la tomaría por otra cazafortunas.

Reprimiendo un sollozo de frustración, aprovechó una excusa conveniente para retrasarlo.

—Se deja su dibujo.

Lo tomó del diván y se lo llevó. Aunque se esforzó por impedir que sus manos se tocasen, no lo consiguió y sintió el roce rápido de los dedos de él, ardiente y al mismo tiempo muy dulce.

Y luego él se marchó.

SEBASTIAN INTENTABA CONVENCERSE de que no debía regresar más a Avoncross.

Si algo había aprendido de su matrimonio, era a saber retirarse a tiempo. Le había dicho a Rebecca que ninguno de los dos podría hacer cambiar de idea al otro. Pero solo había dicho una verdad a medias. Incluso después de lo que le había revelado de su pasado, ella había seguido tan decididamente leal a Hermione Leonard como antes. Mientras que, por su parte, había estado peligrosamente cerca de convencerlo a él con su razonamiento inteligente y su atrayente sinceridad, aunque estaba seguro de tener razón.

Revivir el horror de su matrimonio lo había vuelto más decidido que nunca a proteger a su

hermano. Debía abandonar su plan de conseguir la ayuda de Rebecca y buscar otro modo de liberar a Claude de aquel compromiso apresurado... antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Vienes o no, Sebastian? —Claude miró el reloj de la chimenea del comedor y después de nuevo a su hermano—. Decídete de una vez. El servicio empieza en media hora y yo pienso estar allí contigo o sin ti.

Sebastian se recordó una vez más que debía permanecer alejado de Avoncross. Solo que... no estaba seguro de atreverse a dejar que Claude fuera allí solo.

Su hermano había regresado de Londres el día anterior con el retrato de su prometida enmarcado y un anillo para sellar su compromiso. ¿Y si la señorita Leonard convencía al joven enamorado de que se largaron a Escocia para una de aquellas horribles bodas fugitivas? Sebastian no se atrevía a correr ese riesgo.

—Por supuesto que voy. —Tomó un último trago de café, se levantó y siguió a su hermano.

Aunque Claude conducía a su velocidad de vértigo habitual, llegaron a la iglesia cuando el servicio estaba a punto de empezar. Durante la siguiente hora, Sebastian siguió la liturgia como si su vida dependiese de ello. Cada vez que desviaba la vista hacia Rebecca Beaton, se obligaba a devolverla a las páginas de su libro de plegarias. Siempre que se sorprendía escuchando la voz de ella durante un himno, cantaba él más alto para ahogarla.

Desgraciadamente, la lectura del Antiguo Testamento no lo ayudó mucho a dejar de pensar en ella. *“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su valor sobrepasa grandemente al de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida”*.

Sebastian tuvo la impresión de que el escritor de aquellas palabras antiguas se burlaba de él, que no había sido capaz de encontrar a una mujer virtuosa, sino todo lo contrario. Aunque había regalado a Lydia piedras preciosas, su corazón nunca había podido confiar en ella.

Y, sin embargo, las Escrituras contenían la promesa de otro tipo de mujer, fuerte, productiva, sabia y honrada. Una imagen seductora cruzó por su mente, la imagen de Rebecca como una mujer del Israel antiguo, ataviada con una túnica suelta y un velo. La imaginaba perfectamente hilando lana con una rueca, amasando pan y arrojando a un niño por la noche. Esa visión le proporcionó un bálsamo sanador a su corazón, dolorido todavía por los recuerdos escarbados en él.

En cuanto concluyó el servicio, Claude se adelantó a hablar con la señorita Leonard y con su padre. Sebastian permaneció atrás, para evitar verse atrapado en el intercambio de saludos. No estaba preparado para que Rebecca se colocase en el extremo de su banco y esperase con paciencia a que decidiera salir.

—Señorita Beaton. —La saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, confiando en que ella no adivinase el tipo de fantasías que había entretenido su mente—. Espero que esté bien.

—Bastante bien. —Ella le dedicó una sonrisa vacilante, como si no estuviese segura de que sería bienvenida—. ¿Cree que podría pedirle un pequeño favor?

¿Podía negarle él algo? Sebastian temía que no sería capaz.

—¿Desea pedirme un pago por dibujar mi retrato? ¿No habría sido más sencillo aceptar mi oferta de dinero?

La sonrisa de ella desapareció, y Sebastian se reprochó haber sido el culpable.

—No busco un intercambio. El dibujo seguirá siendo suyo, aunque no acceda a mi petición.

—¿Y cuál es el favor, pues? —Él intentó no sentir recelo, pero en lo relativo a las mujeres eso se había convertido en una segunda naturaleza en él.

—¿Consentiría en caminar conmigo de regreso a Rose Grange? Asumo que el señor

Stanhope y usted han venido en su carruaje. Y creo que él le ofrecerá a Hermione llevarla a casa.

Sebastian no estaba seguro de poder confiar en que su hermano no saliese corriendo en dirección a Gretna Green. Aun así, no pudo evitar tenderle su brazo a Rebecca.

—Usted no me pide un favor, señorita Beaton, usted me lo confiere. Será un honor acompañarla a su casa.

Al salir intercambiaron unas palabras con su hermano y la señorita Leonard, solo las suficientes para comunicar sus intenciones a la joven pareja.

—Estupendo. —Claude parecía un niño al que acabasen de darle una golosina—. En ese caso, nos veremos en Rose Grange.

Cuando se quedaron a solas, Sebastian buscó en su mente algún tema de conversación inocuo.

Pero Rebecca parecía tener otras ideas.

—Debo confesar que no le he pedido que me acompañe a casa solo por hacerle un favor a Hermione. He pensado mucho en nuestra conversación del otro día y creo que debo hablar con usted.

—A pesar de sus esfuerzos por mostrarse impasible, Sebastian se crispó interiormente.

—¿Debemos estropear un paseo agradable hablando de nuevo de esas desgracias?

Era agradable pasear al lado de Rebecca ajustando su paso al de ella, saboreando la presión sutil de la mano femenina en su brazo y escuchando la música melódica de su voz. Siempre, claro, que ella hablase de otra cosa.

Al parecer, eso era demasiado pedir.

—Le agradezco que confiase en mí y no es mi intención causarle dolor. Pero por el bien de Hermione y de su hermano, y sobre todo por usted mismo, creo que debo. Creo que es vital que usted perdone a su difunta esposa —añadió apresuradamente, quizá para evitar que él pudiese protestar.

Su sugerencia fue como un puñetazo en una herida no cicatrizada.

—¿Perdonar a Lydia? —Sebastian casi se atragantó con las palabras—. Ella debe responder ante un poder superior. Su culpa y mi perdón ya no importan.

—Para ella quizá no —insistió Rebecca con terquedad bien intencionada—, pero para usted y las personas que lo rodean sí. La amargura que todavía alberga hacia ella estropea un carácter por lo demás bueno. Aunque lo ocurrido ya sea pasado, sigue afectando sus acciones de hoy.

—Lo dice por mi oposición al compromiso de Claude. Pensaba que habíamos acordado terminar cualquier debate futuro sobre ese tema para no arriesgar malos sentimientos entre nosotros.

—Lamentaré mucho que usted piense mal de mí por sacar este tema. Pero es un riesgo que debo correr por la opinión tan elevada que tengo de usted.

Sebastian no podía resistirse a la calidez de ella. Su interés lo conmovía más profundamente de lo que le resultaba cómodo, y sin embargo, también, de algún modo, reconfortaba los mismos sentimientos que inflamaba.

—Lo que pide es imposible. Lydia me utilizó. Me rompió el corazón y me hizo vivir dos años de tormento. Aunque sirviese de algo, no sabría por dónde empezar a perdonarla.

Al contrario de lo que él esperaba, su respuesta pareció alentar a Rebecca.

—Comprender siempre es un buen lugar para empezar. Si no puede comprender a Lydia, al menos intenté sentir algo de simpatía por Hermione... y por mí.

Él ya sentía demasiada simpatía por ella.

—No entiendo qué tiene usted en común con ellas.

—La última vez que nos vimos me preguntó si podía jurar que Hermione se casaría con su hermano si fuese pobre. Cuando no pude, asumí que quería insinuar que no lo ama de verdad. Eso no era en absoluto lo que yo quería decir. Verá, no es posible para una persona de medios limitados abordar el matrimonio del mismo modo que otra que tenga unos ingresos cómodos y asegurados. Especialmente una mujer, puesto que tiene menos oportunidades de ganar poco más que una miseria.

Sebastian aprovechó la apertura que ella le ofrecía.

—Por eso precisamente creo que son preferibles los matrimonios entre fortunas iguales.

Rebecca negó con la cabeza.

—Que una mujer deba considerar su futuro no significa que se vaya a casar solo por dinero. Desde que nos conocemos, ha elogiado usted a menudo mi prudencia y sentido común. Si tuviese la oportunidad de casarme, ¿sería prudente que lo hiciese con un hombre que no pudiese mantenerme?

—¡Por supuesto que no! —La idea de que Rebecca se uniese a otro hombre lo destrozaba, especialmente si eso la condenaba a una vida de penurias.

—Pero ese es el único tipo de hombre que tendría una fortuna similar a la mía —le recordó ella—. Ahora considere otra posibilidad. Si recibiera una proposición de un hombre que pudiera mantenerme holgadamente, ofrecerme un hogar propio por fin y permitirme educar a mis hijos y no a los de otras personas, ¿me condenaría usted por aceptarlo?

Aunque a él seguía sin gustarle la idea de que fuese esposa de otro hombre, ¿cómo la iba a culpar por buscar una unión que le daría el tipo de vida que quería para ella?

—Espero que no dude de mi respuesta a eso —dijo—. Yo no podría ser tan insensible.

—Gracias. —Ella le apretó el brazo, como si lo hubiese hecho un gran favor en lugar de simplemente responder a una conjetura—. Sin embargo, sería un matrimonio desigual. Yo solo tengo mi pequeño salario y muy pocos ahorros.

—Sé a dónde quiere ir a parar con esto —gruñó Sebastian—. Admito que puede haber veces en las que tales emparejamientos resulten aceptables, siempre que la riqueza no sea la única consideración. Aun así, no veo qué relación puede tener esto con Lydia y con que yo la perdone.

—Imagine que yo tuviese una familia a la que le fueran mal las cosas y que confiara en que yo los ayudara —le pidió Rebecca—. ¿Y si yo fuese joven y hermosa, capaz de atraer el ardor de un hombre rico? Tal vez sería demasiado estúpida e inmadura para amar a ese hombre como se merecía. Quizá amase a otro cuya falta de medios lo hiciesen inaceptable para mi familia. ¿Qué me aconsejaría entonces? ¿Que siguiera a mi corazón a costa de mi familia o fuese una buena hija y me casase con un hombre al que no amaba?

—¡No! —Sebastian se detuvo de golpe—. No puedo permitir que se compare con Lydia, ni siquiera como una suposición. Usted no se parece en nada a ella.

Excepto en el efecto que tenía sobre su corazón.

—Si usted hubiese estado en la situación que describe, sé que habría encontrado algún modo que no fuese engañar y hacer daño al hombre que la quería. Le habría contado con franqueza sus circunstancias y sus verdaderos sentimientos y luego lo habría dejado elegir si quería alejarse o intentar conquistar su amor. No lo habría engañado para sacarle hasta el último penique que pudiese conseguir.

Rebecca suspiró.

—Confío en que yo actuaría con tanta integridad, pero no puedo estar segura. El dolor, el miedo y la desesperación impulsan a la gente a hacer cosas terribles. No podemos aplaudir sus actos, pero sí podemos intentar sentir compasión por sus motivos. Es más fácil si nos

preguntamos qué haríamos nosotros en su lugar. Creo que eso es el comienzo del perdón.

Como siempre, presentaba argumentos que Sebastian no podía refutar del todo. Pero la posibilidad de que pudiera llegar a compadecer a Lydia después de todo lo que le había hecho sufrir, era como sentir el cañón frío de una pistola amartillada mordiéndole el vientre.

Reanudó la marcha como si necesitase huir.

—Sé que la Biblia nos pide perdonar, pero lo mejor que puedo hacer yo es intentar olvidar. Y hasta eso es difícil cuando temo que mi hermano esté a punto de caer en la misma trampa.

—¿No se da cuenta? —Rebecca lanzó un respingo y se esforzó por seguirle el paso—. Es así como su amargura hace daño a usted mismo y a otros. Cuando nos conocimos, me dijo que nunca se casaría ni formaría una familia. También dijo que había salvado a su hermano de otros devaneos románticos en el pasado. Aunque consiga separarlo de Hermione, temo que él jamás encontrará una esposa a la que usted apruebe. Al final, acabará por odiar su interferencia tanto como odia usted a Lydia.

Aquello sonaba a amenaza, una amenaza con un punto terrorífico de verdad. ¿Acabaría espantando a su hermano y convertido en un viejo amargado y solo?

Ese miedo lo empujó a atacar.

—¿Qué le da derecho a sermonearme en este tema? No soy uno de sus pupilos que deba aprender a portarme como es debido o lo que quiera que usted les enseñe. ¿Qué sabe usted de amargura y sufrimiento? Escondida de la vida, educando a jóvenes en todas las artes y sutilezas que necesitan para atrapar a esposos ricos.

Su estallido hizo que Rebecca le soltase el brazo y se estremeciera. En sus ojos grandes y cambiantes vio Sebastian el dolor que sus palabras habían infligido. Eso lo hizo despreciarse. Ella era la última persona que merecía su censura y la ultimísima a la que quería herir.

Le tendió la mano.

—Rebecca, yo no quería... Por favor, perdo...

¿Cómo se atrevía a pedirle perdón cuando llevaba un cuarto de hora despreciando el perdón?

Ella retrocedió como si temiese que fuera a golpearla si se acercaba demasiado.

Entonces Sebastian se dio cuenta de que habían llegado a Rose Grange.

Abrió la boca una vez más para disculparse. Pero antes de que pudiese pronunciar palabra, oyó a sus espaldas el sonido inconfundible del carruaje.

—¡Sebastian! ¡Señorita Beaton! —gritó Claude—. Felicítennos. Cuando se han ido, hemos hablado con el vicario y fijado la fecha de nuestra boda. Las amonestaciones se empezarán a leer el próximo domingo.

La primera reacción de Sebastian fue de alarma porque tenía menos de un mes para rescatar a su hermano. Luego en su mente retumbó la advertencia de Rebecca y se sorprendió cuestionándose si, después de todo, eso sería lo correcto por su parte.

OCHO

—¿Verdad que es un anillo precioso, señorita Beaton? —Hermione soltó el almohadón que estaba bordando y extendió los dedos, mostrando el regalo de compromiso que le había comprado el señor Stanhope en Londres—. Me ha dicho que estar apartado de mí estos pocos días ha hecho que esté más decidido que nunca a casarse conmigo, por muchas objeciones que ponga su hermano.

Rebecca, que escribía una carta, asintió con aire ausente. Le resultaba difícil concentrarse tanto en la carta como en la conversación de Hermione porque la seguían atormentando las acusaciones de Sebastian. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, debatiéndolas en su mente. Por mucho que intentaba convencerse de que estaba equivocado, en el fondo de su alma reconocía la verdad cuando la oía. No tenía derecho a sermonearlo a él ni a nadie más sobre perdón. No porque nunca la hubiesen tratado mal, cómo creía él, sino porque lo habían hecho.

Todavía guardaba rencor a la familia de su madre. Desde que la habían enviado a la escuela, ni una sola vez había hecho un esfuerzo por contactar con ellos. Jamás los había mencionado en sus plegarias. Igual que hacía Sebastian con su difunta esposa, intentaba pensar en ellos lo menos posible. Cuando no podía evitarlo, se concentraba en el daño que le habían infligido. Nunca había intentado hacer lo que con tanta ligereza había aconsejado a Sebastian, considerar los sucesos del pasado desde la perspectiva de ellos, buscando sinceramente entender por qué habían actuado de aquel modo.

Hermione suspiró con fuerza.

—Mi queridísimo Claude me asegura que su hermano no nos dejará en paz hasta que nos separemos o estemos irrevocablemente unidos. Puesto que no podemos soportar la idea de separarnos, debemos casarnos lo antes posible. Dice que, cuando seamos marido y mujer, lord Benedict aceptará la situación.

Se llevó la mano a los labios y se mordió la uña del pulgar, un hábito nervioso del que Rebecca había intentado curarla durante años.

—Confío en que Claude esté en lo cierto. El vizconde desaprueba tanto nuestro compromiso, que me estremece pensar lo que pueda hacer si nos casamos en contra de sus deseos.

—Estoy de acuerdo con el señor Stanhope. —Rebecca recordó la feroz negativa de Sebastian cuando ella había comentado esa misma posibilidad—. Una vez casados, su señoría la aceptará como cuñada con toda la cortesía de que sea capaz. Pero me gustaría que no dejaran que su oposición los empuje a casarse antes de que los dos estén preparados. Recuerde el viejo dicho: “Quien deprisa se casa, despacio se arrepiente”.

—Yo jamás me arrepentiré de casarme con Claude —protestó Hermione... con demasiada fuerza en opinión de Rebecca—. Espero que no deje que lord Benedict la convenza de su modo

de pensar solo porque se muestre muy atento con usted.

—Por supuesto que no. —Rebecca intentó tomar la mano de su amiga, pero Hermione se levantó del asiento y retrocedió—. Solo quiero que esté muy segura de sus sentimientos y de los del señor Stanhope antes de comprometerse con él para el resto de su vida.

—Estoy segura de dos cosas. —Hermione echó a andar hacia la puerta—. De que Claude Stanhope es el hombre con el que quiero casarme y también de que usted se ha dejado convencer por su hermano. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo ha podido permitir que ese hombre horrible la vuelva contra mí?

Salió dando un portazo, antes de que Rebecca pudiese insistir en su inocencia.

Esta se frotó las sienes en un esfuerzo por aliviar el tremendo dolor de cabeza provocado por sus preocupaciones. Había intentado no escuchar las advertencias de Sebastian sobre el compromiso, pero no podía negar que algunas tenían cierta razón. ¡Qué ironía tan cruel sería que su antagonismo provocara un matrimonio precipitado del que la joven pareja pudiese arrepentirse después! Sabía que, si acababan siendo infelices juntos, a él no le causaría ningún placer descubrir que había tenido razón.

Tenía que advertirle. Una vez que se leyeran las amonestaciones, habría demasiadas especulaciones y cotilleos si se retrasaba la boda. Por el momento, bastaba con hablar discretamente con el vicario para que Hermione y el señor Stanhope tuvieran el tiempo que necesitaban para conocerse mejor y estar seguros.

Recogió apresuradamente el material de escribir y fue a cambiarse de ropa. Cuando estuvo debidamente ataviada para ir de visita a Stanhope Court, buscó al hacendado Leonard para pedirle uno de sus caballos.

—Pero por supuesto, querida. —El rostro amable y surcado por el tiempo del hacendado mostró sorpresa ante la petición—. También puede llevarse el carruaje si quiere.

Rebecca sonrió y negó con la cabeza.

—Un caballo será menos trabajo para todos. Además, no voy lejos y hace un día hermoso.

—Como desee. Por cierto, señorita Beaton, espero que este capricho de Hermione y su prometido de casarse tan pronto no le cree dificultades por lo de encontrar una nueva posición y demás. En Rose Grange la echaremos mucho de menos después de tantos años.

—Gracias, señor. —Rebecca sintió una opresión en la garganta. Siempre le había caído bien el padre de Hermione, quién se mantenía ocupado con su pequeña hacienda y sus deberes como magistrado local. Le había confiado la educación de su hija y parecía contento con el resultado—. Yo también los echaré de menos. Pero pienso escribir a Hermione a menudo y espero oír todas las noticias de Avoncross.

Esquivó el tema de buscar una nueva posición, porque sus esfuerzos hasta el momento habían resultado infructuosos. Había escrito a todas sus amigas de la escuela, pero ninguna de ellas tenía nada en ese momento. Si no podía persuadir a Sebastian de que no empujara a su hermano a un matrimonio apresurado, tendría muy poco tiempo para encontrar un nuevo empleo.

¿Podía ser esa la razón de que de pronto la convencieran más las dudas de él sobre Hermione y el señor Stanhope? En cuanto dio las gracias al hacendado Leonard por el caballo, empezó a reflexionar sobre eso.

Lo pensó durante todo el camino a Stanhope Court y se convenció de que su principal motivo era la futura felicidad de Hermione, aunque echaría de menos la vida cómoda que había llevado en Rose Grange. Cuando salió del pueblo al campo, posó la mirada en las verdes colinas y en los setos con el aprecio añorante de alguien que debía dejarlos pronto.

Casi antes de darse cuenta, se encontró cambiando el camino por el sendero de madera que

llevaba a Stanhope Court. Al rodear el primer recodo, la sobresaltó ver a Sebastian cabalgando hacia ella.

Él pareció igual de sorprendido de verla. Tiró de las riendas con tanta brusquedad, que el caballo relinchó y se encabritó levemente.

—Señorita Beaton. —El vizconde se quitó el sombrero y se inclinó en la silla de montar—. Ha adivinado mis pensamientos. Precisamente iba a verla para darle... esto.

Tomó las riendas y el sombrero con una mano y liberó la otra para tenderle un colorido ramo de flores de su jardín.

—Y para presentarle mis disculpas por el modo grosero con que rechacé ayer su consejo bienintencionado.

Rebecca se inclinó hacia adelante para aceptar las flores. Le fue imposible hacerlo sin que su mano enguantada rozara la de Sebastian. Incluso con la doble barrera de cuero entre ellos, un dulce susurro de sensación se extendió por su brazo cuando establecieron contacto. Aunque sabía que echaría de menos los Cotswolds y Rose Grange, temía que iba a extrañar más todavía la compañía estimulante del vizconde.

Había combatido sus crecientes sentimientos por él, consciente de que de ellos no podía salir nada excepto decepción y un anhelo infructuoso. Sin embargo, su corazón se había negado a atender a razones. Cada vez que se separaban, sentía un profundo vacío en su vida. Y cada vez que volvían a encontrarse, la envolvía una potente oleada de alegría. Sabía que ya no tenía sentido esperar que un coadjutor pobre o un viudo le hicieran amablemente una oferta de matrimonio. No podía casarse con ningún otro hombre cuando su corazón pertenecía a uno al que nunca podría tener.

—Son preciosas, gracias. —Levantó las flores para inhalar su fragancia fresca y dulce y para ocultar sus ojos y que Sebastian no viera en ellos un anhelo doloroso y adivinara sus sentimientos—. Pero no me debe ninguna disculpa. Lo que dijo era cierto. No tengo derecho a sermonearle ni a usted ni a nadie sobre el tema del perdón.

—Tal vez no. —Sebastian hizo girar a su caballo y lo puso a un paso suave, mientras el de Rebecca se acoplaba a él—. Pero sé que su intención era buena y algo de lo que dijo me causó impresión. Aunque no hubiese sido así, no tenía derecho a hablarle como lo hice. Mi única defensa es que todo lo que tiene que ver con mi matrimonio es un tema doloroso para mí.

—Lo comprendo. —Por agradable que resultara cabalgar a su lado, Rebecca habría deseado ir a pie para tomarse de su brazo.

Sebastian soltó una risita nerviosa.

—¿Y eso es el comienzo del perdón?

Ella se arriesgó a mirarlo y sonreírle.

—Eso creo. Usted comprende que mi intención era buena, lo cual ha hecho que me resulte más fácil disculparme por entrometerme donde no tenía derecho.

—¿Por eso ha venido aquí? —En los ojos de él titilaba un brillo desacostumbrado de ligereza—. ¿Para que discutamos sobre quién tiene más culpa?

—No del todo. —Rebecca recordó el motivo de su visita—. También he venido a decirle que su oposición al compromiso es lo que ha inducido a Hermione y a su hermano a acelerar de este modo la boda.

Repitió lo que Claude Stanhope le había dicho a Hermione.

—Creo que es vital que no se apresuren a casarse. Necesitan más tiempo para que el vínculo entre ellos madure antes de unirse de por vida.

—¿Eso significa que ahora estamos del mismo lado? —Sebastian tiró de las riendas de su

caballo, desmontó y se acercó a ayudar a bajar a Rebecca—. Somos mucho mejor como aliados que como contrincantes.

Ella soltó un leve respingo cuando él la agarró con cuidado por la cintura y la depositó en el suelo sin esfuerzo aparente.

—Creo que siempre hemos sido aliados en desear la felicidad de las personas a las que queremos —repuso.

Permanecieron un momento en silencio, con las manos de él alrededor de la cintura de ella y las de ella en los hombros de él. Solo les faltaba un ligero movimiento para fundirse en un abrazo.

Entonces llegó corriendo un muchacho desde los establos para hacerse cargo de los caballos.

Rebecca y Sebastian se separaron. Pero después de un instante de incomodidad, él le ofreció galantemente el brazo y reanudaron la conversación.

—Si estamos de acuerdo en que la señorita Leonard y mi hermano no deben casarse precipitadamente, ¿qué podemos hacer para impedirlo? ¿Cree que nos escucharán si nos sentamos a hablar con ellos presentando un frente unido?

—Por mucho que la atrajese esa idea, Rebecca se sentía obligada a expresar sus reservas.

—Me temo que eso solo serviría para que se uniesen contra nosotros, lo cual es lo último que queremos.

Sebastian asintió de mala gana.

—¿Y qué sugiere usted?

Ella vaciló, reacia a estropear aquel momento de proximidad entre ellos, sabiendo que eso sería lo que conseguiría con su sugerencia. Pero no podía aplazar indefinidamente la respuesta y solo veía una solución.

—Creo que debe decirles que retira sus objeciones al compromiso.

—¿QUE retiro mis...? —Sebastian miró fijamente a Rebecca, preguntándose cómo su estimada aliada se había convertido de pronto en traidora—. Sabe que no puedo hacer eso. ¿Esto es una nueva estratagema que ha concebido con ellos para anularme?

—Yo no haría eso —declaró ella, con un deje de sinceridad que hacía imposible dudar de sus palabras—. Espero que me conozca lo bastante bien para creerme.

Él suavizó su mirada acusadora y enarcó levemente los labios.

—Supongo que sí. Pido disculpas por mis sospechas, pero mi respuesta sigue siendo la misma. No puedo fingir que acepto este compromiso cuando...

Rebecca lo interrumpió para terminar la frase.

—¿Cuando siempre que mira a Hermione le recuerda a Lydia?

—Iba a decir “cuando creo que sería un gran error”. Pero sus palabras no van desencaminadas.

Entraron en la casa y recorrieron la galería principal. Absorto en la conversación y en la compañía de Rebecca, Sebastian casi no se daba cuenta de dónde estaba. Podía conducir a su encantadora huésped a la sala de estar y pedir que les llevaran té. Pero eso implicaría que se soltara de su brazo, una privación que no podía soportar, así que pasó de largo por la sala de estar, el comedor y la biblioteca y salió a los jardines.

Ella estaba tan concentrada en intentar convencerlo, que parecía no darse cuenta de por dónde iban.

—Durante el camino aquí, he ensayado media docena de argumentos, pero ahora veo que es inútil apelar a la razón. Son su alma y su corazón los que debo ganarme para que usted pueda hacer lo correcto.

¿Ganarse su corazón? Sebastian tenía la sensación de que ella ya había hecho eso desde el momento en que se habían conocido.

—Usted cree que no comprendo lo difícil que es perdonar —continuó Rebecca— porque nunca me han hecho daño. Pero eso no es verdad. De hecho, hasta que vine a Rose Grange, estaba más acostumbrada a malos tratos que a amabilidades.

La idea de que alguien le hiciese daño hizo que Sebastian tensara todos los músculos del cuerpo.

—¿Quién la maltrató? ¿Sus padres?

El padre de él había poseído un temperamento volátil, que en ocasiones había pagado con sus hijos. Quizá por eso él se esforzaba por controlar su rabia. Una de las cosas que más había detestado de Lydia era lo cerca que había estado de hacerle perder el control.

Rebecca negó con la cabeza.

—Mis padres nunca. Lo poco que recuerdo de ellos es que siempre eran cariñosos y gentiles. Creo que esa primera base de cariño probablemente me ayudó a superar todo lo que vino después.

O sea que ella también había perdido a sus padres de muy joven. Sebastian apenas recordaba a su madre, muerta cuando él era muy pequeño. La pérdida de la madre de Claude había sido mucho más difícil de soportar. Lo había querido igual que a su propio hijo y, si siempre había intentado cuidar de su hermano, había sido en parte gracias a ella.

—¿Qué pasó después? —Sebastian no puede evitar acercarse más a ella.

Rebecca mantuvo los ojos bajos mirando el camino como si temiera que apareciera algún obstáculo que la hiciera tropezar.

—Ambos murieron de difteria el invierno que cumplí cinco años. Mi padre era un clérigo pobre sin familia, así que me enviaron a vivir con los parientes de mi madre. Estos eran ricos y nobles y nunca le habían perdonado a mi madre que se casase por debajo de su clase.

Sebastian entendió de pronto muchas cosas, entre ellas por qué Rebecca siempre se había mostrado tan indignada ante su oposición a los matrimonios de fortunas desiguales.

—¿Le hacían daño? —preguntó. Apretó instintivamente los puños. Quería golpear a cualquiera que se hubiese atrevido a ponerle la mano encima.

—¿Se refiere a pegarme? —Rebecca negó con la cabeza—. Eran demasiado educados para rebajarse a eso, pero podían usar palabras que dolían más que los golpes y duraban mucho más. Nunca me permitían olvidar que era una carga embarazosa para ellos. Me pasaban de uno a otro como una patata caliente que nadie quería tener en la mano. En cuanto empezaba a habituarme a una casa nueva, aprender los nombres de la gente y conocer su rutina, me enviaban a otro sitio y vuelta a empezar.

—No me extraña que le guste tanto la familiaridad —musitó Sebastian, recordando la primera vez que se había confiado a él.

Había sido en el mismo lugar en el que se encontraban en ese momento, en el jardín de la fuente que había creado su abuelo en la ladera de la colina. Aquel jardín resguardado transmitía una sensación de paz que parecía invitar a las confidencias.

—Por fin, cuando tenía nueve años —prosiguió Rebecca, mirando la tranquila campiña de los Cotswold—, decidieron que debían enviarme a la escuela. Y así lo hicieron.

—¿Esa fue la escuela donde conoció a sus amigas? —Sebastian intentó recordar si le había

contado algo más de aquel lugar.

Rebecca asintió.

—La Escuela Caritativa Pendergast para hijas huérfanas de clérigos. Es una lástima que el lugar no estuviera a la altura de ese nombre tan rimbombante. Era una institución espantosa. Fría, húmeda, escasa de personal y de provisiones. A pesar de ello, la preferí a las casas buenas de mis parientes, donde había comido y vestido mucho mejor. Al menos allí tenía amigas que me apreciaban y podía quedarme el tiempo suficiente para habituarme al lugar.

Las palabras brotaban de ella como el agua de un río desbordado. Le habló de las duras privaciones de sus años en la escuela y de la desolada confusión de ir pasando de un pariente a otro distinto. A Sebastian le dolía el pecho con una mezcla de simpatía, pena y rabia por lo que ella había aguantado. No soportaba imaginar que volviera a pasar privaciones ni tuviese que volver a irse a un lugar nuevo.

—Así que ya ve —murmuró ella al fin—. Yo sé lo que es sufrir y llevar siempre esa amargura encima.

Se volvió hacia él y ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos. Sebastian creyó que podía perderse en los de ella y descubrió que la idea le gustaba. Eran ojos de los Cotswolds, del tono marrón cálido de la piedra local, mezclado con el verde vibrante de las colinas. Allí era donde ella debía estar.

—Sé lo difícil que es perdonar a los que te han hecho daño —prosiguió ella—, porque yo nunca he perdonado de verdad a mis parientes. Como usted dijo, lo mejor que he podido hacer ha sido intentar olvidarlos.

—No se preocupe por eso. —Él le tomó las manos en las suyas. Las de ella eran pequeñas y frías, desesperadamente necesitadas de su fuerza y calor—. Esas personas no merecen su perdón.

Ella pensó un momento antes de contestar.

—¿Cuántas personas cree usted que serían perdonadas si tuviesen que merecerlo? No estoy segura de que yo lo mereciera.

—Tonterías —gruñó él, impulsado a protegerla incluso de sus propias dudas—. ¿Qué ha hecho usted que necesite perdón?

—¡Qué memoria tan corta tiene usted! —Ella le dedicó una sonrisa triste, que se apagó rápidamente—. La primera vez que nos vimos lo juzgué mal y lo engañé. Y más recientemente he sido una hipócrita al pedirle que haga lo que yo no he podido hacer.

Una fina humedad cubrió sus ojos.

—No se atormenta por eso. —Él le soltó la mano y la tomó en sus brazos—. Yo no la culpo. La comprendo.

¿No era eso lo que ella le había aconsejado que hiciese por Lydia?

Su esfuerzo por reconfortar a Rebecca fracasó miserablemente. O quizá la superó la angustia de los recuerdos dolorosos que había desenterrado. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y empezó a llorar en brazos de él. Incluso cuando quedó callada, Sebastian descubrió que no podía soltarla, pues le resultaba demasiado natural tenerla abrazada.

Y cuando ella alzó la cabeza hacia él, le pareció también natural inclinarse hacia adelante.

Antes de que la prudencia o los nervios interviniesen para evitarlo, le dio un beso que parecía haber estado acechando en sus labios todo ese tiempo, esperando justo una oportunidad así. Para alivio y alegría suyas, Rebecca no se apartó, sino que le devolvió el beso.

Era justo el tipo de beso que esperaba de ella. Sincero y generoso con un refrescante aire de inocencia. Igual que una llave largo tiempo perdida, su beso se deslizó en el corazón de él, abriendo todos los tiernos sentimientos que él había resistido y negado. Salieron entonces,

arrastrando consigo recuerdos dolorosos, y llenaron los espacios áridos y vacíos del interior de él, derrotando todos los pensamientos que no girasen en torno a ella... a ellos.

Habría podido seguir así eternamente, abrazándola y besándola.

Pero, demasiado pronto, Rebecca se movió, se puso tensa y se separó de él.

—Lo siento mucho, Sebastian... lord Benedict. No pretendía aprovecharme de su amabilidad de este modo. Tengo que irme.

Él le tomó la mano.

—Quédese conmigo, Rebecca. No solo ahora, sino siempre. Cátese conmigo, por favor. Diga que será mi esposa.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, lo asaltaron dudas sombrías. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Rebecca Beaton después de todo? No mucho más del que había conocido a Lydia cuando le había pedido matrimonio. Y Rebecca tenía aún más razones mercenarias que Lydia para aceptarlo. Ella misma se lo había dicho.

Su corazón saltó en defensa de ella, insistiendo en que Rebecca no se parecía nada a su difunta esposa. Era sincera, amable y comprensiva, un compendio de todas las mejores virtudes.

Pero ese argumento solo sirvió para que su razón recelara aún más. El ardor intoxicante que sentía por ella era demasiado familiar, aunque todavía más intenso de lo que recordaba de la última vez. Al permitirse que Rebecca le importara tanto, le había dado infinitamente más poder para hacerlo feliz... o desgraciado.

Todos esos pensamientos cruzaron por su mente mientras su proposición parecía temblar en el aire fragante entre ellos. Una parte de él anhelaba desesperadamente que Rebecca aceptara, pero otra parte estaba enferma de miedo de que lo hiciera. En cualquier caso, ya no dependía de él. Había pronunciado las fatídicas palabras que lo colocaban en poder de ella y no podía retirarlas.

—Yo... —Ella buscó en la mirada de él algo que indicara que eso era lo que de verdad quería—. Yo...

Mientras él se preparaba para su respuesta, temeroso por igual de cualquiera de las dos opciones, ella gritó:

—Tengo que irme.

Soltó su mano, se giró y echó a correr por el sendero como si sus terrores más oscuros la persiguieran mordiéndole los tobillos.

Sebastian quería correr tras ella, pero la tiranía de sus amargos recuerdos lo mantuvo paralizado en el sitio. En aquel momento se dio cuenta de que lo único peor que cualquiera de las dos respuestas que Rebecca podía haberle dado era que no diese ninguna.

NUEVE

¿Qué respuesta daría a la inesperada proposición de Sebastian?

Después de varios días de no pensar en casi nada más, Rebecca no estaba más cerca de una conclusión que cuando había salido huyendo de la tranquilidad romántica del jardín de la fuente.

Anhelaba aceptar con todo su corazón, por muchas razones. La más importante era que había llegado a sentir por Sebastian lo que nunca había esperado sentir por ningún hombre. Admiraba su proteccionismo, su preocupación por otros y su voluntad de utilizar su elevada posición para hacer el bien. Sin embargo, no era un modelo de virtudes aburrido. Su compañía iba unida a un ingenio irónico y una conversación informada y entretenida. Además de eso, sentía una fuerte conexión con él debido a las pérdidas y daños que los dos habían sufrido e intentado superar.

Estaban también su hermosa casa y su fortuna. Deseaba haber podido afirmar que no le importaban, pero no sería cierto. Para alguien como ella, que se había movido tan a menudo y sentido las humillantes privaciones de vivir de la caridad ajena, la seguridad de un hogar como Stanhope Court y liberarse del espectro sombrío de la carencia serían una bendición bien valorada.

Otra bendición era que no tendría que separarse de Hermione. Serían todavía más hermanas que antes, unidas por lazos familiares en lugar de por condiciones de trabajo. Si aceptaba casarse con Sebastian, sabía que él ya no tendría ninguna base para seguir oponiéndose al compromiso de su hermano con Hermione.

Pensar en Hermione hizo que Rebecca mirara hacia el pianoforte, donde su joven amiga practicaba una melodía romántica pero bastante melancólica. Se le ocurrió que Hermione se había mostrado muy apagada los últimos días. Se rió por estar tan ocupada con la proposición de Sebastian, que no se había dado cuenta hasta ese momento. ¿Tenía dudas Hermione sobre su matrimonio con Claude Stanhope? ¿Le preocupaba cómo la fuera a tratar su cuñado?

Se juró que abordaría el tema en cuanto Hermione terminara de tocar y volvió a sumirse en las dudas sobre la sabiduría de aceptar la proposición de Sebastian. ¡Si pudiera estar segura de que la quería tanto como había llegado a quererlo ella! Pero su manera de pedirle matrimonio dejaba claro que estaba más motivada por la lástima que por el amor. Aunque fingía otra cosa, ella sabía que era un hombre profundamente compasivo. Seguramente lo había conmovido la historia de sus penalidades y quería ahorrarle otras posibles privaciones e inseguridades futuras.

Teniendo en cuenta la profundidad de sus sentimientos por él, ¿podía conformarse con un matrimonio que prometía confort, seguridad y compañía, pero no amor? ¿Y qué pasaría con Sebastian? ¿Lamentaría pronto el segundo matrimonio en el que se había metido

apresuradamente, por pura amabilidad? ¿Sería tan desgraciado con ella como había sido con su primera esposa, aunque por distintas razones?

No podía olvidar la mirada de sus ojos cuando se había dado cuenta de que se le había declarado. Una mezcla de pánico, arrepentimiento y miedo. Sin embargo, ella había percibido sentimientos muy distintos en él cuando la había abrazado y besado. Si no la quería todavía, Rebecca pensaba que era capaz de quererla... siempre que pudiera borrar las sombras de su pasado.

Sonaron las últimas notas de la música que tocaba Hermione. Su tono hacía juego con el ánimo pensativo y anhelante de Rebecca.

—Ha sido precioso, querida —dijo. Aplaudió con suavidad—. Creo que no la había oído tocarla antes. ¿Cómo se titula?

Hermione se sobresaltó al escuchar su voz, como si hubiese olvidado que no estaba sola en la habitación.

—Es una Division de Jenkins, una melodía hermosa pero más bien triste.

Rebecca asintió.

—Opino igual. Me pregunto en qué pensaría el compositor cuando la creó.

Hermione se levantó del piano, y se acercó a sentarse en el otro extremo del diván. La expresión preocupada de sus rasgos delicados hacía juego con la música hermosa y triste que acababa de tocar.

—¿Suced algo? —Rebecca se acercó más a ella en el diván—. Últimamente no está tan alegre como antes.

Sintió remordimientos por haber descuidado a su amiga en los últimos días.

—¡Ay, señorita Beaton! —A Hermione le tembló el labio inferior—. ¿Sigue enfadada conmigo por el modo en que le hablé el otro día? Sé que usted nunca permitiría que lord Benedict la volviera contra mí, pero ¡estoy tan nerviosa y confundida! Siento mucho haberlo pagado con usted. ¿Podrá perdonarme?

—¡Queridísima amiga! —A Rebecca se le oprimió la garganta al darse cuenta de cómo había malinterpretado Hermione su ensimismamiento—. No puedo “seguir” enfadada porque nunca lo he estado.

Abrió los brazos y Hermione se echó en ellos.

—En cuanto a perdonarla, por supuesto que lo haría, pero no hay nada que perdonar. Sabía que no hablaba en serio en lo de que me había pasado al bando de Seba... ah... de lord Benedict.

—Estaba segura de que la había ofendido. —Hermione no parecía convencida del todo por las palabras de Rebecca—. Casi no me ha dirigido la palabra desde entonces.

—Ni a usted ni a nadie. —Rebecca apartó un mechón de pelo que había caído sobre la frente de Hermione—. He tenido muchas cosas en la cabeza. Nada que ver con nuestra conversación del otro día. Lamento haber estado tan distraída.

—¿Qué le preocupa? —preguntó Hermione—. ¿Encontrar una nueva posición y marcharse?

—En parte. —Rebecca vaciló, no muy segura de cuánto contarle a su joven amiga. Pero necesitaba confiarse a alguien y eso podía hacer que Hermione pensara con más cuidado en su compromiso—. El hecho es que... lord Benedict... me ha pedido que me case con él.

La noticia hizo que Hermione se incorporara de un salto.

—¿Lord Benedict? ¿En serio? Sé que se ha mostrado muy atento con usted, pero pensaba que era solo para que usara su influencia conmigo. No entiendo cómo puede quererla por esposa cuando afirma que yo no soy una buena novia para su hermano.

Rebecca movió la cabeza.

—Yo jamás bromearía con esto. En cuanto a lo otro, ojalá supiera cómo explicar esa contradicción, pero no puedo

—¿Cuál fue su respuesta? —quiso saber Hermione—. Sé que tiene mucha mejor opinión de él que yo y sería un matrimonio brillante para usted. Pero no olvide el consejo que me dio a mí. El matrimonio significa comprometerle el resto de su vida a ese hombre.

—Eso es lo que me asusta. —Rebecca se levantó del diván con un suspiro y se acercó a la ventana que daba al jardín—. Por eso no le he dado una respuesta todavía. Y casi no he pensado en nada más desde entonces.

Miró el jardín donde Sebastian y ella se habían visto por primera vez. Algunas de las flores de entonces se habían marchitado ya y otras nuevas habían ocupado su lugar. Le maravillaba cuánto habían llegado a intimar en tan poco tiempo. ¿Y si esos sentimientos se marchitaban con la misma rapidez que las flores?

—Sé que no ha visto la misma faceta de él que yo —dijo—. Pero creo que nunca me arrepentiría de casarme con él si pudiera estar segura de que él no se arrepentiría de casarse conmigo.

—Si se tratara de cualquier otro hombre —murmuró Hermione—, podría asegurarle que eso no ocurriría.

Rebecca se dio cuenta de que su amiga había puesto el dedo en la llaga. Lord Benedict no se parecía a ningún otro hombre que había conocido. Aunque admiraba y valoraba que fuera único, eso tenía también su lado oscuro.

En ese momento apareció la doncella con un mensaje.

—Un lacayo ha traído esto de Stanhope Court, señorita.

—Gracias, Mary. —Hermione se levantó del diván con la mano extendida para tomar la nota.

—No, señorita. —La muchacha tendió el papel doblado y sellado a Rebecca—. Me han dicho que se la entregue a la señorita Beaton.

—¿A mí? ¿Está segura? —Rebecca tomó la nota con cuidado, como si pudiera echar dientes de pronto, y confirmó que iba dirigida a ella.

Cuando rompió el sello y empezó a leer, Hermione despidió a Mary, quien parecía francamente curiosa.

—¿Qué dice?

—Nos convocan a Stanhope Court. —Rebecca se esforzaba en leer la letra puntiaguda de Sebastian por primera vez—. Lord Benedict enviará su carruaje a recogerlos.

Dio la vuelta al papel en su mano y murmuró:

—Se habrá cansado de esperar mi respuesta.

Eso no explicaba por qué quería que acudieran las dos.

—¿Ha decidido lo que va a decirle? —preguntó Hermione.

Rebecca negó con la cabeza.

—Tendré que decidirme pronto.

Un escalofrío recorrió su columna. Fuera cual fuese la decisión que tomase, tenía miedo de que acabara lamentándola el resto de su vida.

—LAS DAMAS LLEGARÁN PRONTO. —Sebastian miró el reloj de la chimenea y luego a la doncella—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Por supuesto, señor. —Ella apretó los labios con una sonrisita que hizo que a él se le

revolviera el estómago—. No es una tarea difícil, ¿verdad?

—Estoy seguro de que has tenido mucha práctica. —Sebastian se esforzó por ocultar su aversión lo más posible.

Necesitaba la ayuda de aquella criatura, aunque le habría gustado que hubiese otro modo. Lamentablemente, a su hermano se le acababa el tiempo y varias noches sin dormir le habían dejado la mente demasiado confusa para idear un plan mejor.

—¿Práctica? —Ella rio como reían las mujeres cuando querían halagar a un hombre al que encontraban ingenioso—. Usted y yo podríamos hacer ahora un ensayo general si quiere.

—Eso no será necesario —respondió él—. Tu papel quizá no sea difícil, pero es esencial que ocurra en el momento preciso. Así que no te despidas.

—No se preocupe, señor. —La doncella pasó al lado de Sebastian, rozándolo deliberadamente—. Puede contar conmigo.

Sacó un trapo del bolsillo del delantal y fingió que limpiaba el polvo del alféizar de la ventana.

Sebastian se giró y se dirigió a esperar la llegada de Rebecca y de la señorita Leonard. Cuando se acercaba al vestíbulo, vio un momento su reflejo en un espejo y casi no se reconoció. Estaba demacrado, desaliñado y con ojeras... casi tan mal como durante los peores días de su matrimonio. Rebecca aún no había aceptado su proposición y ya lo hacía tan desgraciado como Lydia.

Cada hora que pasaba estaba más seguro de que pedirla en matrimonio había sido un error tan terrible como el que había cometido su hermano con Hermione Leonard. ¿Por qué lo había mantenido ella en suspenso durante días, esperando que cayera el hacha, cuando no había ninguna duda de que aprovecharía aquella terrible falta de sentido común por su parte? Su fortuna y la seguridad que esta proporcionaba serían una tentación demasiado grande. Casándose con un vizconde también subiría de rango, quizá se situaría por encima de sus parientes. Podría alardear de su nuevo título delante de las personas que la habían despreciado.

Con todas esas ventajas, ¿por qué había salido huyendo del jardín? ¿Y por qué tardaba tanto en contestar? ¿Era posible que no lo apreciara y le disgustara la idea de pasar el resto de su vida con él?

Se alegró cuando vio aparecer el carruaje, porque eso lo distraía de la viciosa espiral de duda que lo embargaba desde que había lanzado la condenada proposición de matrimonio.

Unos momentos después, se inclinaba sobre las manos de las damas cuando bajaban del carruaje.

—Señorita Leonard, señorita Beaton, gracias por aceptar mi invitación con tan poco tiempo de aviso. ¿Nos reunimos con mi hermano para tomar el té?

Aunque la costumbre y su inclinación lo impulsaban a ofrecerle el brazo a Rebecca, se resistió. Puso las manos a la espalda y echó a andar, dejando que lo siguieran las damas.

—¿Lord Benedict? —La voz de Rebecca sonó con un deje de tierna preocupación—. ¿Ha estado enfermo? No tiene buen aspecto.

—No estoy peor que de costumbre, se lo aseguro. —Él alzó la voz para alertar a su cómplice de que se acercaban. Y pensó que más valía que aquella mujer no lo traicionara.

Cuando llegaron a la puerta de la sala de estar, Sebastian se hizo atrás para dejar pasar a las damas. El gesto era algo más que buena educación. Así podrían ver claramente lo que sucedía.

Un respingo de una de ellas y un grito agudo de la otra le aseguraron que la doncella había actuado justo a tiempo. Quizás acabaría triunfando en los escenarios de Londres, como deseaba desesperadamente.

Cuando Sebastian entró en la habitación, Claude balbuceaba que la sirvienta se había arrojado de pronto sobre él y lo había besado.

—No es lo que parece, Hermione. Puedo explicarlo. Bueno, quizá explicarlo no, pero... — Sus gestos salvajes y su tono frenético dejaban claro que Claude sabía que tenía pocas esperanzas de que su prometida creyera una historia tan improbable.

—¡Largo de aquí! —gruñó Sebastian a la doncella—. Ya me ocuparé de ti más tarde.

La chica se alejó, todavía con una sonrisa irónica.

En el precario silencio que descendió sobre la habitación, Sebastian esperó la reacción de la señorita Leonard. No había dicho nada después de su primer grito de sorpresa. ¿Eso era buena señal o mala?

Protectora como siempre, Rebecca se acercó a ella y la rodeó con un brazo. Pero no dijo nada. Al igual que Claude y Sebastian, parecía contener el aliento esperando oír lo que diría Hermione.

Los ojos de esta se encontraron, durante un momento largo, con los de Claude, quien parecía suplicarle en silencio su comprensión. Después volvió sus enormes ojos casi infantiles en dirección a Sebastian y este leyó en ellos una pregunta y una desgarradora profundidad de dolor inocente que resultaba casi insoportable de ver.

La voz susurrante de ella alteró el silencio expectante.

—Te creo, Claude.

El aliento contenido del joven explotó en un respingo y un sollozo. La pregunta que subió a sus labios fue la misma que resonaba en la mente de su hermano.

—¿Me crees?

¿Lo creía? ¿Dónde estaban la actitud ultrajada y la histeria posesiva que esperaba Sebastian?

Hermione asintió con la cabeza, temblorosa.

—Sé que eres un hombre bueno y honorable. Estoy segura de que nunca traicionarías mi confianza.

Una vocecita le susurró a Sebastian que aquello era de esperar. La chica codiciaba de tal modo las ventajas que conseguiría casándose con su hermano, que estaba dispuesta a pasar por alto una prueba flagrante de infidelidad.

—¡Gracias a Dios! —Claude se tambaleó hacia ella, con una mano en el pecho—. Y gracias a ti por ser un ángel tan dulce y confiado. Tenía muchísimo miedo de que esto te hiciera cambiar de idea sobre casarte conmigo.

Cuando intentó tocarla, Hermione retrocedió al refugio de los brazos de Rebecca.

—Me temo que es así.

Claude se encogió.

—Pero acabas de decir que me crees. No comprendo.

—Tal vez debas preguntárselo a tu hermano.

—¿A mi hermano? —Él miró a Sebastian—. ¿Qué tiene que ver él con...? ¡Oh, no! Sebastian, dime que tú no estás detrás de esto.

—Tenía que hacerlo. Tú me has forzado la mano. Después de que se leyeron las amonestaciones mañana, ya no habría vuelta atrás. Sé que ahora estarás disgustado, pero lo olvidarás pronto. Siempre lo haces.

—¿Olvidar? —Claude soltó un grito feroz y se lanzó contra él con el puño en alto.

Sebastian permaneció sin moverse ante el ataque de su hermano, no por valentía ni por decisión, sino porque estaba concentrado en Rebecca. Esta soltó un respingo, seguido de un gemido débil, herido. En su mirada se leía el anhelo desesperado de oírle negar que fuera capaz

de algo así.

Claude detuvo el golpe en el último instante. En su lugar, lanzó palabras que hicieron mucho más daño a Sebastian.

—¿Olvidarla? Jamás. Y a ti no te perdonaré nunca lo que has hecho.

Se volvió hacia Hermione.

—Por favor, no me castigues por los actos maliciosos de mi hermano.

—No creo que haya actuado por malicia —repuso ella—. Solo quiere protegerte.

—¡No soy un niño! —exclamó Claude—. No necesito su protección, y menos que me proteja de ti. Tú eres lo mejor que me ha ocurrido jamás.

—Eso lo piensas ahora. —A Hermione se le quebró la voz—. Pero si nos casásemos en contra de los deseos de tu hermano, se crearía una brecha entre vosotros que quizá nunca se cerrara. Un día podrías llegar a culparme por eso y a desear no haberte casado conmigo. Y yo no podría soportarlo.

Mientras Claude le suplicaba que cambiara de idea, Sebastian tenía la sensación de que le iba a estallar la mente por el esfuerzo de reconciliar dos ideas totalmente contrarias. Hermione Leonard no se aferraba desesperadamente a su compromiso después de todo. Ni lo rompía en un ataque de rabia celosa, sino por preocupación por la felicidad futura de su hermano y la de ella... y quizá incluso la de él, Sebastian. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto con ella?

Cuanto más le suplicaba Claude, más gentilmente implacable se volvía ella, como un junco que se doblara ante un vendaval, pero no se rompiera. Cuando sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas no derramadas, se volvió y enterró el rostro en el hombro de Rebecca.

—Ahora no —le advirtió esta a Claude—. Quizá más tarde.

Pero en su tono resultaba claro que dudaba de que el paso del tiempo hiciera cambiar a Hermione de idea. Lanzó a Sebastian una última mirada en la que se mezclaban lástima y repulsión y sacó a su amiga de la habitación.

Cuando se quedaron solos, Claude se enfrentó de nuevo a su hermano.

—¿No tienes ni idea del daño que has hecho, de lo que me has costado?

Después de lo que acababa de presenciar, Sebastian empezaba a percibir las devastadoras consecuencias de sus actos. Pero solo podía repetir la excusa que ya le sonaba débil incluso a él.

—Yo intentaba prote...

—¿Protegerme? —aulló Claude—. ¿O castigarme por haber encontrado el tipo de amor que tú no has conocido ni conocerás nunca? Todos estos años has sido más que un hermano para mí. Has sido madre y padre todo en uno. Pero hoy me avergüenzo de ti.

Tras ese último estallido, sus atractivos rasgos se arrugaron y huyó de la estancia.

Sebastian se tambaleó por sus acusaciones. Él jamás intentaría castigar a su hermano por encontrar la felicidad y conocer el amor. ¿O sí? Hasta ese día jamás lo habría creído, pero ya no estaba tan seguro.

¿Y podía estar tan lleno de amargura como para preferir tirar a la basura la oportunidad de ser feliz antes que admitir que podía haberse equivocado? Esa idea lo empujó a salir corriendo por la galería principal, rezando para que pudiera alcanzar todavía a Rebecca. Aunque, después de lo que había hecho, temía que no tenía derecho a rezar pidiendo nada.

Cuando bajó las escaleras desde el pórtico, vio el carruaje estacionado todavía al final del camino. Rebecca ayudaba a Hermione a subir a él con la ternura y solicitud que habría mostrado a una persona enferma o mayor.

Cuando le gritó que esperara, ella se volvió a mirarlo con ojos llameantes.

—¿Está orgulloso de sí mismo, lord Benedict?

¿Orgullosa? Sebastian negó con la cabeza. Nunca en su vida había estado más avergonzada de sus actos.

Rebecca enarcó las cejas.

—Creía que estaría encantada después de haber conseguido lo que se propuso desde el principio. Arrogante, terco y despiadado, en verdad. Pero no se le ocurra afirmar que ha actuado por una buena causa. Los dos sabemos que sería mentira.

—Por favor, Rebecca. —Él se tambaleaba al extremo de una sima negra de culpa y desesperación y solo ella tenía el poder de alejarlo del borde.

—¿A quién intentaba salvar hoy? —preguntó ella—. ¿A su hermano o a usted?

—¿A mí? —¿Qué quería decir ella?

—A usted —repitió Rebecca—. De casarse conmigo. Debía saber que yo jamás podría casarme con un hombre que se rebajaba a hacer algo tan vil.

A él le habría gustado negarlo, si no a ella, al menos a sí mismo. Pero la acusación sonaba demasiado a verdad.

Rebecca movió la cabeza despacio y con tristeza, como si no pudiera imaginar nada más ofensivo.

—No era necesario tomarse tantas molestias, ¿sabe? Ya había decidido rechazar su proposición, a pesar de lo mucho que había empezado a apreciarlo.

—¿De verdad? —¿Por qué iba a rechazar una proposición tan buena si lo apreciaba?

—Sabía que usted no me quería de verdad. —Ella apartó la vista, pero no antes de que él viera el llanto en sus ojos—. Estoy acostumbrada a eso. Aprendí hace mucho que es mejor irse sin armar jaleo.

Antes de que él pudiera decir nada más, ella subió al carruaje. Y él comprendió que lo más amable que podía hacer por ella era plegar el escalón, cerrar la puerta y mirar en silencio cómo se la llevaba el carruaje.

Fuera de su vida.

Para siempre.

DIEZ

Un mes después de que Rebecca y Hermione se hubiesen ido de Stanhope Court por última vez, la vida en Rose Grange empezaba a adoptar por fin un patrón familiar.

Rebecca se dijo que debía alegrarse de ello. Pero no era así. Se sentía inquieta, a menudo triste y a veces enfadada. Había días en los que lo único que la impulsaba a salir de la cama era la necesidad de cuidar de Hermione e intentar animarla un poco.

Eso no resultaba fácil. Su joven amiga pasaba demasiado tiempo en su habitación con la excusa de una jaqueca o una indigestión. Rebecca no entendía cómo podía sufrir de indigestión si apenas tocaba la comida. Estaba cada día más delgada y pálida, con sombras oscuras debajo de los ojos.

Quizá la habría ayudado comentar lo que le pasaba por la cabeza, pero desde aquel día se había negado a hablar del señor Stanhope o de su hermano. ¿Intentaba olvidar lo que era imposible que olvidara? Rebecca sabía por experiencia lo fútil e incluso peligroso que podía ser eso.

En aquel momento, con Hermione sentada ante el pianoforte, tocando sin piedad otra melodía lenta y triste, Rebecca de pronto ya no pudo soportarlo más.

—Ya es suficiente. —Se levantó del sillón y tiró de Hermione hasta ponerla en pie—. Vamos a ir a visitar a alguna pobre alma que no pueda salir y disfrutar del hermoso tiempo veraniego.

Hermione intentó resistirse.

—¿Y si nos encontramos a alguien por el camino? El pueblo entero estará hablando de la ruptura de mi compromiso.

Habían oído que Claude Stanhope había partido a lugares desconocidos. Lord Benedict, al parecer, estaba recluido en Stanhope Court y no veía a nadie.

—¡Tonterías! —Rebecca tiró de ella hacia la puerta—. Estoy segura de que ya se habrán cansado todos del tema y pasado a otro escándalo más novedoso.

Sabía que se mostraba despiadada, pero aquella era la primera chispa de espíritu que había visto en Hermione en muchos días.

Aun así, le sorprendió bastante ver que su amiga sonreía débilmente.

—Tal vez tenga razón. Llevo demasiado tiempo regodeándome en mi desgracia. Me vendrá bien recordar que hay gente que tiene problemas peores. Vayamos a ver a la señora Rollins. Es una mujer adorable y últimamente la he descuidado.

Para alivio de Rebecca, la visita a la señora Rollins resultó muy agradable, aunque Hermione se mostró algo apagada. Las pocas personas a las que se encontraron durante el paseo por el pueblo se mostraron amables y llenas de tacto. Eso dio a Rebecca esperanzas de que fuera más fácil convencer a Hermione de salir la próxima vez.

Cuando volvían andando a casa, tomadas del brazo, Hermione miró la iglesia y Rebecca se dio cuenta de que estaban en el lugar donde Sebastian solía estacionar el carruaje los domingos por la mañana.

—¿Cómo pudo hacerme algo tan cruel? —preguntó Hermione en voz baja, como si pensara en alto—. Yo jamás le habría hecho ningún daño a él... ni a su hermano.

—Por supuesto que no. —Rebecca le pasó un brazo consolador por los hombros—. Pero alguien le hizo mucho daño y nunca lo ha superado. La amargura convirtió los sentimientos protectores hacia su hermano en algo doloroso.

—¿Cómo puede defenderlo todavía después de lo que hizo? —lloriqueó Hermione.

—No apruebo sus actos en lo más mínimo, pero siento algo de compasión por lo que lo impulsó a actuar como lo hizo. Espero que algún día usted también la sienta. De no ser así, me temo que acabaría del mismo modo. Y eso sería una grandísima lástima.

En lo relativo al perdón, se sentía en terreno más firme que antes. Una cosa buena que había salido de todo aquello era que había dado el primer paso para hacer las paces con el sufrimiento del pasado. Había escrito una carta a su tía Charlotte, en la que no le pedía nada, pero abría la puerta a tener contacto. Claro que de eso hacía ya más de tres semanas y todavía no había tenido respuesta. Quizás su tía quisiera tener tan poco que ver con ella como cuando era niña.

Pero al menos lo había intentado. Y de algún modo, tomar la iniciativa le había quitado un gran peso del alma.

Hermione soltó un sollozo estrangulado.

—Me temo que yo puedo tener más en común con lord Benedict de lo que me gustaría admitir. Puse unas excusas muy nobles para romper el compromiso, y era sincera. Pero mi parte vengativa sabía que eso podría enfrentar a Claude con su hermano. Y sentía también que era el único modo de vengarme de él. A cambio de eso, hice daño al hombre al que afirmaba amar y renuncié a mi única oportunidad de ser feliz.

Las lágrimas que Hermione había retenido durante ese tiempo empezaron a fluir entonces. Rebecca percibió que no lloraba tanto por lo que le había hecho lord Benedict como de arrepentimiento de sus propias acciones.

—Estoy segura de que tendrá muchas más oportunidades de ser feliz. —Rebecca sacó un pañuelo y se lo tendió—. En verdad creo que lo seremos las dos —dijo.

Se preguntó si los remordimientos por los defectos propios y la compasión por los de los demás creaban esperanza, pues de pronto se sentía más esperanzada, no solo que en las últimas semanas, sino también que en muchos años.

—Me pregunto qué habrá para cenar —comentó Hermione cuando llegaron a Rose Grange. Se había secado las lágrimas y su voz sonaba animosa, como en los viejos tiempos—. El paseo me ha abierto el apetito.

La doncella las recibió en la puerta.

—Ha llegado una carta para usted, señorita Beaton.

—Gracias, Mary. —A Rebecca le dio un vuelco el estómago cuando vio la letra elegante y florida y comprendió que debía de ser de su tía.

Empezó a leer, preparándose para lo peor. A medida que avanzaba con las palabras, el comienzo de una sonrisa frunció sus labios. Cuando terminó, sonreía abiertamente al tiempo que parpadeaba para reprimir las lágrimas.

—Deben de ser buenas noticias —especuló Hermione, que había terminado de quitarse el sombrero y los guantes—. ¿Es de una de sus amigas de la escuela?

—Es de mi tía Charlotte —murmuró Rebecca, sorprendida todavía—. Lady Atherton. Ahora

está viuda y vive en Bath. Me invita a ir de visita.

—Eso son buenas noticias. —Hermione procuró mostrar entusiasmo—. Le vendría bien cambiar de escenario.

—Creo que nos vendría bien a ambas —respondió Rebecca—. ¿Le gustaría venir conmigo? Por el tono de la carta, estoy segura de que la tía Charlotte agradecería su compañía. Y yo me sentiría muy agradecida de tener a alguien conocido al lado.

—¿Puedo ir? —Hermione no tuvo que fingir su alegría—. Cuando era niña, íbamos a Bath, pero hace años que no he vuelto. Me encantaría volver. —Abrazó a Rebecca en un impulso—. Creo que tenía razón en que habrá más oportunidades de felicidad.

Rebecca asintió, pero no pudo reprimir una punzada de pena por la felicidad que podía haber conocido con Sebastian. Por mucho que sus actos hubiesen herido a Hermione, a su hermano y a ella, estaba segura de que a el mayor daño se lo había hecho a sí mismo.

LO ÚNICO PEOR que el hecho de que otros te hicieran desgraciado, era saber que te lo habías hecho tú mismo. Eso era algo que Sebastian había descubierto eso en los tres últimos meses, para dolor y vergüenza suyos. Lo único bueno que había salido de todo aquello había sido una lección dura pero valiosa sobre el perdón. Con ella había encontrado el primer asomo de paz que había conocido en mucho tiempo.

En aquel momento, paseando por los Sydney Gardens de Bath una tarde de otoño más cálida de lo habitual, temía que estuviera a punto de perder esa serenidad tan duramente ganada. Volver a ver a Rebecca Beaton le recordaría de un modo brutal lo que había destruido por sus actos arrogantes, tercos y despiadados. Rezaba para no haber destruido también la felicidad de ella, rechazando su amor y comprensión más cruelmente todavía de lo que la habían rechazado sus parientes cuando era niña.

Su oración no era solo para que las cosas sucedieran como deseaba, sino también una humilde y sentida petición elevada al Altísimo, que lo comprendía mejor que él mismo. La petición de que ella todavía pudiese amarlo y confiar en él a pesar de lo que había hecho. La parte más difícil de asimilar la verdad y recurrir a la Gracia Divina había sido reconocer que él también tenía que perdonar a quienes le habían hecho daño.

Aflojó el paso para mirar a la gente que había salido a disfrutar del buen tiempo y pasear con atuendos elegantes. ¿Sería demasiado pronto para poner a prueba su nuevo conocimiento afrontando a las dos personas a las que más daño había causado? ¿Y si Hermione Leonard rechazaba perdonarlo, como tenía derecho a hacer? ¿Y si al mirar los queridos ojos de Rebecca solo veía en ellos la amargura corrosiva que había causado? ¿Caería entonces en sus antiguos hábitos destructivos y perdería la pequeña chispa de fe que había sido su salvación?

Ese miedo lo aterrorizaba hasta lo más profundo de su alma. Sin embargo, Sebastian sabía que no podía permitir que eso lo detuviera si había la más mínima esperanza de que pudiera enmendar una pequeña parte de lo que con tanta crueldad había roto.

En aquel momento, el giro de una sombrilla atrajo su atención y reconoció dos figuras familiares en el paseo principal. Al acercarse, se dio cuenta de que estaban distintas a lo que recordaba... especialmente Rebecca. En lugar de la ropa oscura y sencilla con la que estaba acostumbrado a verla, iba ataviada con un vestido de paseo amarillo dorado, una elegante chaquetita marrón y un tocado que enmarcaba su rostro a la perfección. La señorita Leonard también estaba muy hermosa, vestida en tonos de rosa.

Al parecer, los caballeros solteros de Bath, se habían fijado en las dos bellezas que había entre ellos, pues un trío de jóvenes deslumbrantes charlaba animosamente con ellas. Sebastian se quedó atrás, renuente a interrumpirlos y dividido entre el placer de ver a Rebecca con tan buen aspecto y una zozobante mezcla de celos y desesperación. ¿Sería ya demasiado tarde?

Antes de que pudiera responder a su propia pregunta, la señorita Leonard miró en su dirección y se sobresaltó visiblemente al reconocerlo. ¿Pensaba la pobre criatura que quería insultarla delante de sus nuevos conocidos y estropear su oportunidad de asegurarse un marido?

Cuando ella le sonrió y llamó por su nombre, su generosidad de espíritu hizo que Sebastian se avergonzara aún más de sí mismo.

—Lord Benedict, ¡qué sorpresa verlo en Bath! Caballeros, les presento al vizconde Benedict. Mi casa en los Cotswolds está cerca de su propiedad, que tiene los jardines más hermosos que he visto jamás.

La señorita Leonard le presentó a los jóvenes, pero Sebastian solo tenía ojos y oídos para Rebecca. De cerca estaba todavía más encantadora que a distancia. Su complexión había adquirido un color nuevo, lo que la hacía parecer casi tan joven como su antigua pupila. Aunque sus ojos conservaban una suave sombra marrón de tristeza, estaban animados por un brillo verdoso de profunda alegría.

Los jóvenes se despidieron poco después de las presentaciones, quizá intimidados por el título de Sebastian o asustados por su reputación. A él no le molestó verlos alejarse.

—¿Qué lo trae por Bath, lord Benedict? —preguntó Rebecca—. Espero que no esté enfermo —añadió, en referencia a las muchas personas que iban a esa hermosa ciudad a beber sus aguas minerales y bañarse en ellas.

—No estoy peor que siempre —respondió él, con su acostumbrada ironía—. No necesito preguntar si ustedes están bien, porque no podrían tener un aspecto tan encantador si no estuvieran bien de salud y de espíritu.

Mientras hablaba, interceptó una mirada entre Hermione y Rebecca. La mirada parecía sugerir que, como había dicho una vez su hermano, sus palabras eran demasiado amables para el vizconde Benedict.

—Si tengo buen aspecto —repuso Rebecca—, debe de ser por mi ropa nueva. Estamos de visita en casa de mi tía, lady Atherton, quien se muestra decidida a mimarme demasiado. —Miró a su alrededor—. ¿Por casualidad ha venido acompañado por su hermano? Me gustaría mucho volver a verlo.

La mención a Claude hizo que la señorita Leonard respirase con fuerza.

Sebastian confió en no decepcionarla mucho cuando negó con la cabeza.

—A diferencia de usted, yo no he tenido la felicidad de reconciliarme con mi familia.

Aunque lo alegraba saber que la vida de ella hubiese dado un giro tan afortunado, no pudo reprimir una punzada de tristeza. La tía de Rebecca era claramente una dama de posibles, quizá ansiosa por compensar desaires pasados inundando a su sobrina con todo lo que el dinero podía comprar. Aunque él pudiese reunir valor para cortejarla debidamente, ella ya no tendría ninguna razón de peso para alentar sus intenciones.

Ignoró esa idea descorazonadora y se esforzó por concentrarse en el propósito de su visita allí.

—He sabido que mi hermano está en Londres, donde ha encontrado un empleo lucrativo con una compañía aseguradora de fletes. Aunque creo que es su modo de declarar su independencia de su entrometido hermano mayor, estoy orgulloso de él.

Las damas asintieron con la cabeza, pero la de la señorita Leonard permaneció después

ligeramente inclinada.

Rebecca parecía preocupada por su joven amiga y quizá ansiosa por escapar de la persona que la había hecho desgraciada.

—No ha contestado a mi pregunta, señor. Si no está enfermo ni viaja con su hermano, ¿qué lo trae por Bath? —preguntó, tan directa como siempre.

Sebastian respondió del mismo modo.

—Debo admitir que he venido en busca de la señorita Leonard.

—¿De mí? —preguntó Hermione con voz aguda.

Sebastian asintió.

—Desde que nos separamos la última vez, he vivido atormentado por la vergüenza del terrible mal que le causé. Y del daño espantoso que causé a mi hermano al privarlo de la mejor esposa que podría encontrar. No espero ni merezco su perdón, pero le suplico que no haga que mi inocente hermano pague por mi malvada estupidez. Una sola palabra suya bastaría para restaurar su felicidad. Cualquier cosa que quiera de mí, la haré encantado y agradecido solo con que dé a mi hermano razones para tener esperanza.

La señorita Leonard se llevó una mano delicada y enguantada a sus labios temblorosos. Cuando consiguió hablar, lo hizo con un bendito susurro de pura amabilidad y generosidad.

—¿Cómo puedo negarle el perdón cuando yo también lo necesito? Si su hermano puede perdonarme a mí el dolor que le he causado, para mí sería un gran honor y una gran alegría reunirme con él.

Demasiado conmovido para seguir de pie, Sebastian se dejó caer de rodillas, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—No hay nada que yo pueda hacer para mostrar mi gratitud como es debido.

Ella soltó una risita avergonzada, que fue uno de los sonidos más dulces que Sebastian había oído en su vida.

—Puede empezar por levantarse antes de atraer más la atención sobre nosotros. Temo que antes de la puesta de sol, todo Bath estará comentando que me ha propuesto matrimonio. Debo escribir a Claude enseguida antes de que los cotilleos lleguen a Londres y piense que el mundo se ha vuelto loco.

Su comentario hizo que Sebastian soltara una risita a pesar del nudo que tenía en la garganta, y se pusiera de pie.

—En ese caso, no las entretengo más. Si me lo permite, despacharé a mi lacayo para que entregue su carta. Unos relevos de caballos rápidos tal vez consigan superar la velocidad de los cotilleos sociales.

A pesar de la broma, le dolía el corazón al pensar en alejarse de Rebecca, quien había parpadeado para reprimir las lágrimas durante aquel intercambio con Hermione.

—Me temo que eso no será suficiente. —La sonrisa radiante de Hermione traicionaba sus palabras—. Me parece bien que su lacayo lleve mi carta a Londres, sí. La tendré lista para enviarla en una hora. Pero en cuanto a los cotilleos, temo que solo hay un modo de cortarlos de raíz.

—¿De verdad? —El brillo de picardía en los ojos de ella puso algo nervioso a Sebastian—. ¿Y cuál es?

—Que vuelva a declararse a mi amiga, por supuesto. —Cuando Rebecca la miró de hito en hito e intentó protestar, Hermione prosiguió—: Veo que nuestra vecina, la Sra. Goddard, está aquí. Volveré a casa con ella para que ustedes dos puedan hablar en privado.

Miró a su alrededor, a toda la gente que los observaba.

—Al menos todo lo en privado que pueden hablar en medio de Sydney Gardens.

Se alejó, llamando a la señora Goddard, y Rebecca se quedó atrás claramente turbada.

—No sé quién ha educado a esa muchacha para que sea tan abominablemente directa. Por favor, no se sienta obligado a declararse porque ella lo diga.

Pero Sebastian volvió a arrodillarse, esa vez sobre una sola rodilla, para que lo vieran todos los presentes.

—Yo diría que la ha educado usted muy bien. Y me gustaría no haber estado demasiado ciego para apreciar sus muchos méritos antes. Es dulce, paciente, inteligente e ingeniosa. Por no mencionar lo bastante perspicaz para pedirme que haga lo que deseo con todo mi corazón. Yo diría que será la mejor esposa del mundo para mi hermano, pero eso quizá no fuera toda la verdad. Si usted consiente en casarse conmigo, queridísima Rebecca, hasta un parangón de virtudes como Hermione solo puede quedar en segundo lugar. No tengo derecho a pedirlo, ni mucho menos a esperar que acepte, pero, si lo hace, mi felicidad estará asegurada.

El parque entero pareció contener el aliento con él esperando la respuesta de Rebecca.

En lugar de contestar, ella hizo otra pregunta.

—Ha encontrado el modo de perdonar a Lydia, ¿verdad?

—No sin esfuerzo —confesó él—. Pero sí. Después de hacer daño a la gente que amaba, descubrí que podía empezar a entenderla, como me aconsejó usted. Perdonar a su familia debió de requerir más bondad de la que yo podría conseguir, pero no me sorprende que usted lo consiguiera. Estoy encantado de ver lo feliz que eso la ha hecho. Y próspera —añadió—. Me temo que ya no tengo nada que pueda tentarla a casarse conmigo. Excepto mi corazón, y sabe mejor que nadie el lastimoso estado en que está. Pero decida o no decida aceptarlo, le pertenece y siempre será suyo.

—Yo no habría osado desposarme con un hombre que no podía perdonar. —Rebecca parecía haberse olvidado de la audiencia—. Y no podría haber sido una buena esposa hasta que aprendiera a hacerlo yo misma. Ahora creo que sí podemos ser felices juntos. Y prefiero su lastimado corazón a todo el oro y los títulos del mundo.

Sebastian se incorporó. Aquello era mejor que buena suerte. Era pura gracia, preciosa e incomparable.

—¡Adelante, bese a la dama! —gritó alguien entre la multitud, haciendo que Sebastian y Rebecca volvieran a ser conscientes de la audiencia—. No van a provocar más comentarios de los que ya han provocado.

Los espectadores se echaron a reír. Sebastian y Rebecca rieron también y se abrazaron. Sus labios se encontraron en un beso de una intensidad tan tierna, que ninguno de los dos oyó nada cuando la multitud aplaudió con fuerza.

Nada excepto el pulso de sus corazones, sanados y unidos por el poder del amor.

EPÍLOGO

*Los Cotswolds,
Junio 1815*

—¡P or fin unidos! —exclamó Sebastian con voz triunfante cuando salió con su esposa desde la iglesia hasta el carruaje que los esperaba en medio de una lluvia de arroz y pétalos de rosa—. Empezaba a pensar que este día no llegaría nunca.

Rebecca rio con alegría desde lo profundo del corazón mientras él la ayudaba a subir al carruaje para ir a Stanhope Court, donde se celebraría el banquete de bodas.

—Ocho meses no es un noviazgo tan largo. Cualquiera que os oyera quejaros a tu hermano y a ti, pensaría que Hermione y yo os habíamos hecho esperar ocho años.

Se volvió a saludar con la mano a sus nuevos cuñados, que recorrían en ese momento el pasillo de arroz y pétalos de rosa hasta el segundo carruaje, situado detrás del primero. Su mayor deseo era que disfrutaran de muchos más momentos de felicidad como aquel en años venideros.

Sebastian subió al carruaje a su lado, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Supongo que me vas a recordar que era yo el que ponía objeciones a que las parejas se apresuraran a casarse antes de conocerse bien.

—¿Por qué te lo voy a recordar? —Ella alzó el dedo índice para tocarle la nariz con gentileza—. Pareces muy consciente de tu posición. Y debo confesar que, aunque he disfrutado conociéndote mejor estos últimos ocho meses, también estoy impaciente por empezar nuestra vida juntos.

Hermione y ella habían insistido en que, si alguno de los caballeros deseaba romper el compromiso en cualquier momento, podrían hacerlo sin reproches. En consecuencia, ambas novias podían tener la feliz certeza de que sus recientes esposos deseaban el matrimonio tanto como ellas.

—Creo que estas nupcias se recordarán durante mucho tiempo en Avoncross. —Sebastian hizo lo posible por garantizar eso sacando una bolsa llena de monedas que procedió a arrojar entre el montón de niños del pueblo—. No solo ha sido una boda doble de la Casa de Stanhope, sino que además nos hemos casado con las dos damas más hermosas y dotadas de la parroquia, pero al producirse tan poco tiempo después de la gran victoria de Waterloo, toda Gran Bretaña se puede regocijar con nosotros. Recuerda mis palabras, esta vez Bonaparte está acabado para siempre.

—Eso sí es un motivo de alegría. —La sonrisa feliz de Rebecca se debilitó un poco—. Aunque me entristece pensar en la cantidad de mujeres que han perdido a sus esposos en esa horrible guerra mientras yo he sido bendecida con uno tan bueno.

Sebastian, que había vaciado la bolsa de monedas, hizo señas al cochero para que continuara y volvió a tomar la mano de su esposa.

—Tu compasión por otros es una de las cualidades que más admiro de ti, querida mía. Encontraremos el modo de ayudar a esas mujeres, te lo prometo. Esa será mi nueva misión en el Parlamento, procurar que nuestras tropas y sus familias estén bien atendidas ahora que la guerra que han ganado ellas se ha terminado. Pero espero que tu preocupación por los demás no disminuya tu felicidad en nuestro día especial.

Ella lo miró a los ojos.

—Nada podría hacer eso, te lo aseguro. Hoy es una celebración de nuestro amor. Me ha complacido ver cuántos de mis parientes han venido a la boda. La tía Charlotte ha debido empapar tres pañuelos durante la ceremonia. Solo me gustaría...

—¿Qué? —preguntó Sebastian, deseoso como siempre de que ella tuviera todo lo que deseara su corazón.

Algún día entendería que lo único que necesitaba para hacerla feliz era su amor.

—Habría sido bonito que alguna de mis amigas de la escuela viniera a la boda. Pero todas están lejos y tienen la obligación de sus trabajos.

No podía evitar preguntarse si Evangelina, Leah, Hannah y Grace habían decidido no asistir también por miedo a parecer pobres y poco elegantes en una ocasión así.

Antes de que esa idea pudiera entristecerla, Sebastian tomó la palabra.

—Pensaba llevarte a Viena o a Italia para una luna de miel lujosa. Pero si lo prefieres, podemos hacer una gira por nuestro país y parar a visitar a cada una de tus amigas por el camino. ¿Te gustaría eso?

—Me gustaría mucho. —Rebecca vaciló un instante y luego recordó que por fin estaban casados. Seguro que a una recién casada se le podía perdonar un impulso ardiente el día de su boda. Le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla—. Mis amigas me reconfortaron y ayudaron mucho en momentos oscuros. Espero que todas encuentren algún día la felicidad que he encontrado yo contigo.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Después de ganar el prestigioso premio Golden Heart™, Deborah Hale ha escrito más de dos docenas de novelas románticas históricas, plagadas de inspiración y fantasía para Harlequin™ Enterprises. Ha sido traducida a muchos idiomas y vendido millones de ejemplares en todo el mundo. En los últimos años ha empezado a publicar de un modo independiente tanto obras nuevas como versiones revisadas de sus libros antiguos. Deborah y su familia viven en la bella Nueva Escocia, en Canadá, un lugar impregnado de historia y romance.

Visita su página web www.deborahhale.com o la página de Facebook <https://www.facebook.com/AuthorDeborahHale>

LA NOVIA INSTITUTRIZ DEL BARÓN

UNO

Berkshire, Inglaterra
1814

Muchas institutrices que fueran a encontrarse por primera vez con un posible futuro empleador, habrían hecho todo lo posible por presentar su mejor aspecto.

Grace Ellerby hizo todo lo contrario.

En su pequeña habitación de la posada George, en Reading, sacó de su baúl un espejito agrietado para revisar que ni un solo mechón de cabello rubio asomase por debajo de la cofia. Con largas ínfulas colgando a cada lado, era el tipo de cofia que llevaban mujeres más mayores, que habían renunciado por completo a la esperanza de encontrar marido. A Grace le gustaba porque le estrechaba el rostro y hacía parecer sus rasgos más planos y corrientes. Su blancura almidonada conspiraba con el tono marrón de su vestido de cuello alto para borrar todo el color de su piel. Cuando se pusiera las lentes para oscurecer los ojos, estaría preparada para conocer a lord Steadwell.

Las campanas de una iglesia cercana anunciaron la media hora. Tenía que ponerse en marcha.

Guardó el espejo y se colocó el chal y el gorro oscuros. A continuación, salió de la habitación y se dirigió a la cafetería de Old Castle donde le habían indicado que se encontrara con el caballero.

Según la experiencia de Grace, todo aquel proceso era altamente irregular. La mayoría de las familias que buscaban una institutriz se limitaban a preguntar entre sus conocidos hasta que alguien les recomendaba una candidata apropiada. Cuando se veían obligadas a poner un aviso en los periódicos, la contratación tenía lugar mediante un intercambio de correspondencia. Grace no había oído nunca que citaran a una posible institutriz para una entrevista, y menos a una de tan lejos, y le proporcionarían fondos para cubrir sus gastos de viaje.

Esa irregularidad había sido una ventaja, como ella misma se recordó cuando recorría las calles de Reading, con la mirada baja con modestia y, sin embargo, alerta a cualquiera peligro potencial. Había podido ahorrar un poco del dinero que lord Steadwell le había enviado para el viaje, viajando en la parte exterior de la diligencia, comiendo poco y tomando las habitaciones más baratas. Incluso si no conseguía el puesto, seguramente tendría más probabilidades de encontrar otro allí en el sur. El dinero para el viaje de regreso junto con el que ya había ahorrado la mantendrían una temporada si era cuidadosa.

Esperaba no tener que llegar a eso.

Cuando vio el cartel de la cafetería, revolvió en su bolsito y sacó las lentes que eran su único

recuerdo tangible de su difunto padre. Cuando miró a través de los gruesos cristales, el mundo giró y se tambaleó, obligándola a guiñar los ojos en un esfuerzo por enfocar la vista.

Rezó una plegaria ferviente para que la entrevista fuera bien y cruzó el umbral del café. Miró a su alrededor en busca de su señoría. El barzón y su esposa se habían tomado muchas molestias y gastado bastante dinero para encontrar la mejor institutriz posible para sus hijas. Lord Steadwell también le había escrito cartas interesantes, claras y directas, sin el aire de superioridad que Grace habría esperado en alguien de su rango. Todo eso le hacía confiar en que un empleo con su familia fuese más agradable que cualquiera de los anteriores que había tenido.

En cuanto hubo entrado, un caballero se levantó de una mesa próxima a la puerta y se acercó con una reverencia respetuosa.

—¿Tengo el honor de dirigirme a la señorita Ellerby de Lancashire?

Grace, que guiñaba los ojos tras las lentes de su padre, no podía verle claramente los rasgos, pero percibió que era alto, delgado y moreno. Su voz tenía un timbre muy agradable, profundo y a la vez melodioso. Su cortesía hablaba bien de él, pues se dirigía a una humilde institutriz como si fuera una dama. Si la hubiese visto sin su disfraz, Grace habría sospechado de sus intenciones. Pero no podía haber nada que temer con su aspecto de ese momento, y menos por parte de un hombre felizmente casado.

—Soy Grace Ellerby, señor. —Grace hizo una reverencia con cuidado de no sonreír. No se atrevía a arriesgarse a nada que pudiera añadirle algún atractivo—. ¿Usted es lord Steadwell, con quien me he escrito?

—Así es —repuso él—. Espero que el viaje al sur haya sido tolerable. Le agradezco que haya satisfecho este capricho mío de encontrarnos en persona antes de ofrecerle el empleo. Como hombre nacido y crecido en el campo, no puedo resignarme a comprar un caballo a ciegas, y menos cuando se trata de la educación de mis hijas.

Algunas mujeres habrían resentido la comparación, pero Grace la agradeció. Había algo en los modales francos del barón que hacían que se sintiera más cómoda en su compañía que en la de la mayoría de los hombres.

Una vez más, combatió el peligroso impulso de sonreír.

—Mi viaje ha sido bastante satisfactorio, señor. Y su preocupación por la educación de sus hijas habla bien de usted.

Eso era lo que más raro le resultaba a Grace de aquella situación. En su experiencia, el caballero de la casa raramente se tomaba interés en contratar a una institutriz a menos que hubiera un hijo pequeño de la familia entre los pupilos antes de ser enviado a un colegio.

—Charlotte, Phoebe y Sophie lo son todo para mí. —El tono afectuoso con que lord Steadwell habló de sus hijas le hizo subir varios puntos en la estimación de Grace—. Vamos a retirarnos a un saloncito privado donde podamos hablar con calma de sus cualificaciones y de de mis hijas.

La guio por la sala principal, donde había varios hombres sentados leyendo periódicos y hablando en tonos bajos. A Grace se le hizo la boca agua por el rico aroma a café y chocolate que impregnaba el aire.

Siguió a lord Steadwell por unas escaleras estrechas hasta un saloncito caliente en el piso superior.

—Por favor, siéntese, señorita Ellerby. —Él señaló un par de sillones y un pequeño diván colocados alrededor de una mesita baja—. Y dígame qué tipo de refresco quiere que pida para usted. ¿Prefiere café o chocolate?

Aunque el lujo apetitoso del chocolate tentaba a Grace, lo último que quería era relajarse y

disfrutar.

—Café, si no le importa, señor —repuso, sentándose en uno de los sillones. El brebaje amargo y estimulante la ayudaría a mantenerse alerta.

Mientras esperaban a que llegaran las bebidas, lord Steadwell le habló un poco de su casa.

—Nethercross está a diez millas al noreste de aquí, en la ribera del Támesis. Ha sido la casa de mi familia durante más de doscientos años. El campo es de los más hermosos que he visto, aunque yo no soy un gran viajero. ¿Por qué aventurarse en el extranjero cuando uno ha sido bendecido con una casa tan hermosa?

—Su casa parece el lugar ideal para criar niños. —El deseo de Grace de conseguir el empleo se intensificó. Nethercross parecía un lugar maravilloso para vivir y trabajar.

El barón asintió.

—De pequeño me daba pena dejarla para ir al colegio y me hacía muy feliz regresar siempre que tenía ocasión.

Grace simpatizaba con su renuencia a marcharse al colegio, aunque envidiaba sus posibilidades de regresar en las vacaciones. Ella no había vuelto a ver la vicaría de Oxfordshire desde que la habían enviado a la Escuela Pendergast, a la edad de ocho años.

—Mis hijas también adoran el sitio —prosiguió el barón—. Aunque Charlotte solo tiene trece años, se interesa mucho por la administración de las tareas del hogar. La semana pasada me sugirió que cambiáramos el papel de la pared del cuarto de música. Sophie, la más pequeña, tiene seis años y lo que más le gusta es explorar la casa desde los sótanos hasta el desván. Una vez desapareció durante horas y la buscamos con frenesí hasta que la encontramos durmiendo en el asiento de una ventana de la parte de atrás.

Las hijas de lord Steadwell recordaron a Grace a dos de sus amigas de la escuela. Hannah, aficionada a las tareas domésticas, y Leah, la intrépida exploradora. Estaba segura de que se entendería mejor con ellas que con algunas de las pupilas orgullosas, mohínas y claramente maliciosas a las que había tratado en sus empleos anteriores.

—¿Y su otra hija? —Grace buscó en su memoria el nombre de la niña mediana, que tenía diez años, y lo recordó de la carta del barón—. ¿Phoebe ama Nethercross tanto como sus hermanas?

En ese momento llegó un camarero con café para ambos y un plato de magdalenas. Grace fingió una tos para cubrir el murmullo de su estómago vacío.

—¡Ah, Phoebe! —El barón recibió la pregunta de Grace con una mezcla de risita indulgente y suspiro exasperado—. Me temo que está más interesada por los establos y las tierras que por la casa. Dormiría con su pony, si se lo permitieran.

Mientras Grace añadía nata y azúcar a su café, se sentía aún más atraída por la hija mediana de lord Steadwell que por sus hermanas. Admiraba y envidiaba el espíritu indomable de Phoebe.

—Pero basta de mí y de los míos. —El barón se recostó en su sillón y tomó un sorbo de café—. Hábleme de usted, señorita Ellerby, y dígame por qué cree que sería una buena institutriz para mis hijas.

—Muy bien, señor —repuso Grace—. Me eduqué en la Escuela Pendergast, en Westmoreland, donde trabajé después como profesora adjunta antes de convertirme en institutriz privada. Desde entonces, he estado empleada con tres familias en el norte, la última con los Hesketh de Burnley, en Lancashire. Tengo una carta de recomendación de la señora Hesketh, si quiere leerla.

Sacó la carta de su bolsito y se la tendió a lord Steadwell.

El barón desdobló la carta y ojeó rápidamente su contenido.

—Está en orden y dice las mismas cosas que la mayoría de las cartas. Lo que yo quiero saber, señorita Ellerby, es qué es lo que la distingue de las demás y hace que esté cualificada de un modo único para la posición de institutriz de mis hijas.

Aunque se sentía aliviada porque el barón hubiese encontrado aceptable la recomendación de la señora Hesketh, Grace no sabía cómo responder a su pregunta poco ortodoxa. La dura experiencia le había enseñado que la paz y la seguridad solo se conseguían mediante la conformidad. Se había esforzado mucho por enmascarar su singularidad.

—No sé qué decirle, señor. —Bajó la vista a su regazo, donde sus dedos jugueteaban con las tiras de su bolso—. No estoy acostumbrada a recomendarme a mí misma. Me han enseñado desde muy joven la importancia de la humildad. Solo puedo decir que deseo mucho este puesto y que, si lo consigo, haré todo lo que esté en mi mano por cumplir bien.

Lanzó una mirada por encima de las lentes de su padre y vio por primera vez claramente el rostro de lord Steadwell. Parecía más joven de lo que esperaba, con rasgos fuertes y atractivos y ojos oscuros. Él recibió su respuesta con un gesto de asentimiento, como si fuese lo que quería oír. Pero ¿cómo era posible eso?

—Usted es la última de las solicitantes que he entrevistado, señorita Ellerby, y sospecho que la más indicada para el puesto.

En la garganta de Grace se alojó un sollozo de alivio.

—Gracias, señor.

—Pero, antes de poder ofrecerle el empleo, hay un asunto que debemos aclarar. —Aunque el barón hablaba con un tono amable, sus palabras preocuparon a Grace—. Tres puestos distintos en diez años es más de lo que cabría esperar de una institutriz que diera satisfacción en su trabajo. ¿Cómo explica eso en su caso?

¿Por qué tenía que hacer la única pregunta entre todas las posibles que ella no podía soportar contestar? La respiración de Grace se aceleró y la invadió la incertidumbre. ¿Cómo reaccionaría lord Steadwell si le decía la verdad, que había huido de esos hogares después de recibir avances no deseados de hombres?

En labios de una mujer con el aspecto que ella tenía en ese momento, probablemente pensaría que estaba completamente loca. Pero no se atrevía a quitarse la cofia y las lentes y mostrar su verdadera apariencia. El barón parecía un caballero honorable, pero Grace conocía demasiado bien el efecto que su perturbadora belleza causaba en los hombres.

LA SEÑORITA ELLERBY PARECÍA PERFECTA... en apariencia al menos.

Mientras Rupert Kendrick esperaba la respuesta a su pregunta, no podía evitar aprobar su aspecto. Era, sin duda, una de las mujeres menos casaderas que había visto en su vida. Pálida y poco agraciada, la pobre criatura no se ayudaba precisamente con aquella ropa puritana y fea. En todo caso, eso servía para proclamar su absoluta falta de interés en conseguir esposo.

Ese era el tipo de institutriz que Rupert quería para sus hijas. Por eso había dado el paso poco ortodoxo de insistir en ver a las postulantes para el puesto antes de tomar una decisión.

La institutriz anterior de las chicas los había abandonado para fugarse con el hijo menor de una familia vecina. Su desaparición repentina había disgustado a sus hijas, sobre todo a la pequeña Sophie.

Tras la deserción de *Mademoiselle* Audet, Rupert se había jurado dos cosas. La primera, que contrataría a una institutriz que permaneciera con las chicas todo el tiempo que la necesitasen. La

segunda, que superaría el dolor por la muerte de su difunta esposa y buscaría a las chicas una nueva madre que las quisiera y cuidara.

Como encontrar una institutriz apropiada le parecía más urgente y fácil que buscar una esposa apropiada, había acometido la tarea con su determinación habitual. Pero después de poner anuncios en varios periódicos, revisar las cartas de todas las candidatas y organizar entrevistas con las más prometedoras, todas le habían parecido demasiado jóvenes y atractivas para su gusto. Hasta que había conocido a la señorita Grace Ellerby, quien era la personificación de todo lo que buscaba.

Una parte de él había querido ofrecerle el puesto en cuanto le había echado la vista encima. El interés de la señorita Ellerby por sus hijas lo había predispuesto más aún a su favor. Pero la prudencia no le permitía avanzar más hasta que ella contestara a satisfacción suya la pregunta sobre sus empleos anteriores. Claramente, no se había marchado de las otras casas para fugarse, pero se había ido, o le habían pedido que se fuese, por alguna razón. Para asegurarse de que la señorita Ellerby permanecería en Nethercross hasta que Sophie tuviese edad de abandonar el aula, tenía que descubrir cuál era esa razón.

¿Era demasiado estricta con las niñas? ¿Tenía teorías revolucionarias sobre la educación? ¿Bebía en secreto?

Esa última posibilidad hizo sonreír a Rupert. Pero su arraigado sentido de la cautela borró la sonrisa antes de que se desarrollara del todo. ¿Por qué tardaba tanto la señorita Ellerby en responder una pregunta sencilla? ¿Era posible que tuviese algo que ocultar?

—Perdóneme, señor. —Ella dejó la taza de café en la mesa con manos temblorosas—. De pronto no me encuentro bien.

Rupert podía haber sospechado que esa afirmación era un engaño para eludir contestarle, pero una mirada a la señorita Ellerby eliminó sus dudas. Su rostro había palidecido aún más y su respiración se había vuelto rápida y superficial. Vio que se llevaba una mano a la frente.

—Lamento mucho oír eso. —Él se inclinó hacia ella—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

La mujer no contestó, sino que se levantó de la silla y corrió hacia la puerta.

Rupert dejó su taza en la mesita y se levantó para seguirla. Cuando la señorita Ellerby se tambaleó y derrumbó, como si sus huesos se hubiesen vuelto de gelatina, casi no llegó a tiempo de sujetarla antes de que cayese al suelo.

—Perdóneme. Tendría que haberme dado cuenta de que no se encontraba bien. —La tomó en brazos y la depositó en el diván. Se arrodilló a su lado y le dio palmaditas en la mano en un esfuerzo por despertarla—. Quédese quieta y enviaré a buscar a un boticario.

Vio con alivio que ella abría los ojos. Pero cuando lo vio inclinado sobre ella, se sobresaltó con violencia y retiró su esbelta mano.

—Eso no será necesario, señor. No requiero píldoras ni pociones. Solo he sentido un ligero desmayo. El viaje al sur ha debido de cansarme más de lo que creía.

Su situación suscitó el fuerte instinto protector de él, por no hablar de una punzada de culpabilidad por quizá haberla alterado con el tono receloso de sus preguntas.

Al ver que se esforzaba por sentarse, protestó:

—No se mueva tan pronto o podría desmayarse otra vez.

La señorita Ellerby rehusó hacerle caso.

—Descansaré un momento, pero le aseguro que ya me encuentro mucho mejor.

La tensión temblorosa de su voz contradecía esa afirmación, y sus ojos también. Detrás de las gruesas lentes, parpadeaba rápidamente. Rupert creyó detectar una fina capa de lágrimas no vertidas.

—Pues no lo parece. —Tomó el café de Ella y se lo puso en las manos—. ¿Ha comido hoy? Cuando ella se llevaba la taza a los labios, le lanzó una mirada breve y luego apartó la vista.

—Me parecía que no —murmuró Rupert.

Se levantó y tocó el timbre. Enseguida apareció un sirviente. Rupert le encargó una comida sustanciosa sin dejar de mirar con preocupación a la señorita Ellerby.

—Eso no era necesario —dijo ella cuando se quedaron solos.

Rupert regresó a su asiento.

—Eso lo juzgaré yo.

—De verdad, estoy bastante recuperada —insistió ella—. Por favor, concluyamos esta entrevista para que pueda marcharme.

La entrevista. Distráido con la preocupación por Elle, Rupert casi la había olvidado.

—Me niego a permitir que salga de aquí hasta que haya comido y esté convencido de que no se va a desmayar en la calle. Debo advertirle de que tengo una bien merecida reputación de terquedad, así que no sería inteligente por su parte llevarme la contraria.

—Muy bien, pues. —La mujer se subió las lentes, que habían empezado a resbalar por su nariz—. Si insiste...

Tras un momento de silencio incómodo, Rupert decidió que bien podía proceder con la entrevista mientras esperaban que llegase la comida.

Después de lo sucedido, temía volver al tema del historial de empleo de ella por miedo a alterarla todavía más. Además, probablemente habría una explicación inocente. Dejó a un lado sus sospechas y enseguida encontró una.

—Respecto a sus posiciones pasadas... —Intentó hablar con un tono suave para no asustarla—. No pretendía acusarla de nada impropio. Es solo que quiero que la institutriz que contrate permanezca con nosotros muchos años, hasta que todas mis hijas hayan crecido. No creo que para ellas sea bueno tener muchos cambios.

—Estoy de acuerdo, señor. —La señorita Ellerby tomó otro sorbo de café—. Nada me gustaría más que tener una posición duradera.

Al oír el anhelo de su voz, Rupert percibió que ella no había cambiado tanto de casas por voluntad propia.

—Debe de ser difícil verse en la necesidad de buscar un nuevo empleo cuando crecen las chicas y dejan de necesitar una institutriz —comentó.

La señorita Ellerby asintió con lentitud. Su gesto sugería cansancio y desánimo.

¿O sea que la explicación era así de sencilla? Rupert se rió por sacar conclusiones precipitadas. La pobre señorita Ellerby debía de haber tenido la mala suerte de enseñar a una sucesión de chicas mayores, que solo necesitaban una institutriz durante dos o tres años. Sin duda por eso estaba deseosa de encontrar un puesto más seguro. Rupert podía imaginar pocos destinos peores que verse obligada a moverse tan a menudo de sitio en sitio sin un lugar al que considerar su hogar.

—En ese caso —anunció—, estoy satisfecho. El puesto es suyo si lo quiere.

—¿Lo dice en serio, señor? —La señorita Ellerby parpadeó rápidamente detrás de sus gruesas lentes—. ¿Así sin más?

“Así sin más”, pensó Rupert. No estaba acostumbrado a tomar decisiones con tanta rapidez, pero la culpa, la lástima y la necesidad habían conspirado para forzarle la mano. Esperaba no tener que arrepentirse más tarde.

Asintió firmemente con la cabeza, decidido a no dejar traslucir ninguna muestra de incertidumbre.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué pregunta eso?

La señorita Ellerby se mordió el labio inferior.

—Porque pensaba que quizá querría consultar con su esposa antes de tomar una decisión final.

Hacía ya un tiempo que Rupert creía que lo peor de su pena había pasado. La vida en Nethercross proseguía como siempre... excepto por la ausencia de Annabelle. Pero la mención de la señorita Ellerby a su difunta esposa, como si esta siguiera viva, le hizo temer que nunca se recuperaría del todo de su pérdida.

—No tengo esposa —repuso cortante. Luego se dio cuenta de cómo habría sonado eso—. La tuve, por supuesto, pero murió hace cuatro años.

Cuatro años, cinco meses y once días. A Rupert le sorprendió ver con qué exactitud llevaba la cuenta.

—Lo siento mucho. —La señorita Ellerby parecía dividida entre el temor por su respuesta bronca y la compasión por él—. Usted no había dicho... O sea, su carta hablaba de “nosotros” y asumí que quería decir...

Rupert negó con la cabeza.

—Me refería a mis hijas y a mí.

Se dijo que era un error comprensible, y culpa suya, por ser tan reacio a mencionar su estado de viudo. En las terribles semanas y meses que siguieron a la muerte de Annabelle, había tenido la tonta ilusión, de que, si no hablaba de su pérdida, no sería definitiva. Poco a poco, esa resistencia primera se había ido convirtiendo en un hábito.

Todavía le resultaba incómodo hablar de su pérdida. Esa incomodidad lo impulsó a cambiar de tema lo más rápidamente posible.

—Así que, ya ve, la decisión de contratarla depende solo de mí y yo deseo ofrecerle el puesto. Si está dispuesta a aceptarlo, podemos partir para Nethercross de inmediato.

Posó la mirada en la señorita Ellerby, esperando su respuesta. Seguramente aceptaría. Después de todo, había viajado hasta allí con la mera esperanza de conseguir el puesto. Y Ella misma había dicho cuánto lo deseaba.

¿Qué era, entonces, lo que la hacía vacilar?

GRACE MIRÓ en dirección al barón, que esperaba su respuesta. En esas circunstancias, no podía ir con él a su casa. ¿O sí?

En su último trabajo no había tenido que sufrir avances no deseados por parte del dueño de la casa. Su problema habían sido los caballeros solteros que visitaban a la familia. No obstante, había habido alguna mirada o palabra ocasionales que le habían hecho dar gracias porque los votos matrimoniales del señor de la casa la protegieran de algo más. Con lord Steadwell no tendría esa protección. Solo su cautela y su disfraz.

El barón ya la había sobresaltado al tocarla para recogerla y llevarla al diván. Al despertar de su desvanecimiento y verlo inclinado sobre ella, apenas había podido reprimir un grito. Sin embargo, debía admitir que había actuado empujado por la amabilidad y no por la indecencia.

Lord Steadwell carraspeó.

—Se me ocurre que, si mi objetivo es encontrar una institutriz que dure, debería ofrecer algún incentivo. Creo que mencioné en mi carta un salario de veinticinco libras anuales. Estaría dispuesto a ofrecer un aumento de una libra anual por cada año que permanezca en Nethercross.

¿Eso le resultaría satisfactorio, señorita Ellerby?

Más que satisfactorio. Grace hizo cálculos mentales. A ese ritmo, si permanecía en Nethercross diez años, podría guardar unos ahorros modestos para sus últimos años. Todo lo que había conseguido ahorrar hasta el momento lo había gastado en los períodos de incertidumbre entre un puesto y el siguiente.

—No he vacilado para que subiera el salario, señor. —Por mucho que una parte de ella ansiara aceptar la generosa oferta, otra parte se resistía. Estaba muy bien soñar despierta con permanecer años en la casa del barón y ahorrar dinero. Pero ¿cómo podía estar segura de que no se repetirían los problemas anteriores? ¿Podría mantener tanto tiempo su disfraz sin que lord Steadwell descubriera su secreto?

—Entonces, ¿por qué duda, señorita Ellerby? —La pregunta de él interrumpió la batalla que libraba ella consigo misma—. Parecía deseosa de conseguir el puesto hasta que se lo he ofrecido. ¿Existe alguna dificultad que yo desconozca?

El miedo a que él retirara su oferta la hizo decidirse.

—Solo que todo esto parece demasiado bueno para ser cierto, señor. No esperaba que me ofreciera una posición con tan poco esfuerzo y en unos términos tan generosos. La vida me ha acostumbrado más a los infortunios que a la buena suerte. Desconfío de esta última porque no me resulta familiar. Si me hubiese interrogado durante horas y me hubiese hecho esperar varios días hasta conocer su decisión, quizá la habría aceptado más deprisa.

¡Qué perversos sonaban sus sentimientos cuando intentaba ponerlos en palabras!

Sin embargo, lord Steadwell la escuchaba con un gesto de comprensión.

—¿Le ayudaría saber que esta situación no será precisamente un sueño hecho realidad? Aunque adoro a mis hijas, no estoy completamente ciego a sus imperfecciones. Tendrá mucho trabajo enseñando a las tres. Charlotte se considera mayor y cree que no tiene nada más que aprender. Sophie tiene la cabeza tan llena de fantasías, que casi no le queda espacio para conocimientos del mundo real. Y Phoebe... ¡Que Dios la ayude a conseguir que se esté quieta el tiempo suficiente para aprender algo!

Aquello sonaba a desafío. Pero era un reto que Grace estaba deseando asumir.

—Y con la ausencia de mi esposa... —prosiguió lord Steadwell, aunque parecía que le costara pronunciar las palabras—, mis hijas necesitan algo más de una institutriz que solo aprender en los libros. Por un tiempo al menos es posible que busquen en usted la guía y el cariño de una madre.

Esa posibilidad tampoco desalentaba a Grace. Había anhelado durante mucho tiempo un vínculo más estrecho con sus jóvenes pupilas, pero las mujeres con las que había trabajado hasta ese momento a menudo se habían mostrado celosas de los vínculos que había intentado cultivar con las jóvenes a su cargo. Buscaban asegurarse el cariño de sus hijos permitiéndoles todos los caprichos y dejándole a Grace la tarea de imponer disciplina. Si sus pupilas se portaban mal, sus padres la reñían a ella por fracasar en sus deberes. No obstante, si intentaba ejercer algún control sobre ellas, las chicas sabían que solo tenían que quejarse a sus madres para escapar al castigo. Ese sistema conseguía crear un resentimiento mutuo entre sus pupilas y ella.

A pesar de los peligros de trabajar en un hogar sin madre, Grace reconocía que podía haber también ventajas.

—Además de esas dificultades —concluyó el barón—, Nethercross es un lugar aislado y no tengo por costumbre llevar a mi familia a Londres durante la temporada. Estamos lo bastante cerca para que yo pueda ir durante la semana cuando se requiere mi presencia en la Cámara de los Lores. Me temo que encontrará pocas diversiones en sus medios días libres.

¿O sea que el barón estaría fuera de casa gran parte del tiempo en primavera y otoño? Quizá había menos que temer en esa situación de lo que Ella había creído.

—Eso no es problema, señor. Mis diversiones principales son leer, escribir cartas y dar paseos solitarios en el buen tiempo.

Lord Steadwell lanzó un suspiro exagerado.

—En ese caso, me temo que Nethercross le parecerá un paraíso. Espero que eso no incremente su renuencia a unirse a mi casa.

Su amabilidad burlona era difícil de resistir.

—No, señor, no lo hará. Ni tampoco ninguna otra de sus “funestas advertencias”. Si sigue dispuesto a contratarme, será un placer aceptar.

¿Había tomado la decisión correcta? En cuanto Grace pronunció esas palabras, la asaltaron de nuevo las dudas.

El empleo en la casa de lord Steadwell prometía más seguridad de la que había conocido en muchos años, pero contenía también una amenaza sutil de peligro.

Dos

Había algo claramente extraño en la nueva institutriz que había contratado. Esa tarde, durante el camino a Nethercross, Rupert observaba a la mujer sentada enfrente de él, que dormía con la cabeza hacia un lado.

Por alguna razón, parecía más joven y atractiva que cuando estaba despierta. Las odiosas lentes le habían resbalado por la nariz y tenía los rasgos relajados en una expresión menos severa. El leve rubor del sueño sentaba bien a su complexión pálida. Por inocente que pareciera, él no podía evitar la sensación de que la señorita Ellerby ocultaba algo. Pero aquello era ridículo. ¿Qué podía ocultar una mujer como ella?

Su aire de vulnerabilidad apelaba a su naturaleza caballerosa y deseaba protegerla... hasta de sus propias dudas.

Pero tenía que pensar en sus hijas. Su bienestar le importaba mucho más que el de una mujer a la que acababa de conocer. La señorita Ellerby no le había explicado por qué había cambiado tanto de casa, sino que le había permitido sacar sus propias conclusiones, que podían no ser acertadas. Estaba también su curiosa vacilación sobre si quería o no trabajar para él. Al principio se había mostrado deseosa, casi desesperada por conseguir el puesto. Pero, cuando se lo había ofrecido, de pronto se había vuelto reacia. ¿De verdad se debía solo a que no podía creer en su buena suerte?

Sus situaciones eran bastante opuestas en ese sentido. Durante la mayor parte de su vida, él no había conocido sino buena suerte, hasta que Annabelle había desaparecido de su vida con una crueldad repentina. Las experiencias pasadas de la señorita Ellerby la hacían desconfiar de las cosas buenas que le llegaban con demasiada facilidad. ¿Y a él la pérdida le había hecho aferrarse demasiado a las cosas y a las personas que valoraba, por miedo a que se las quitaran también?

Se riñó interiormente por haberle ofrecido a la señorita Ellerby el puesto con tanta rapidez y después haber insistido en que lo aceptara cuando Ella tenía dudas. Rupert lo achacaba a su vena de terquedad. Había ido a Reading con la intención de contratar a la candidata menos atractiva, y no se decidía a desviarse de ese plan ni siquiera cuando surgían dudas respecto a su idoneidad.

Rupert estaba tan absorto en la contemplación de la mujer, que no se dio cuenta del tiempo que llevaban viajando hasta que el carruaje salió del camino de Bath y se dirigió al norte, bordeando Ashley Hill. Ese camino era más agreste e irregular que el caminó principal, con lo que el carruaje se movía más. Las sacudidas no tardaron en despertar a la señorita Grace Ellerby.

Abrió los ojos e inmediatamente se encontraron sus miradas. Rupert se sintió avergonzado, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo indebido. Ella lanzó un respingo y se apresuró a colocarse las lentes.

—No se alarme, señorita Ellerby. —Él se movió en su asiento y recogió las piernas estiradas

—. Ha dormido un rato, lo cual está muy bien. Ya hemos dejado atrás la parte más larga del viaje. Unas cuantas millas más y habremos llegado a Nethercross.

Ella se asomó por la ventanilla del carruaje. Rupert se preguntó si lo hacía solo para evitar mirarlo.

—Es un campo precioso. No me extraña que no le guste dejarlo —comentó ella.

Rupert pensó que su vista debía de ser peor de lo que pensaba. Miró los campos lóbregos y húmedos y los árboles desnudos bajo un cielo gris lloroso.

—Si ahora le parece encantador, le espera una agradable sorpresa dentro de unas semanas. Cuando los árboles muestran sus hojas de primavera y las campanillas azules alfombran el bosque, es maravilloso de ver. Es muy amable de su parte elogiar la belleza de Berkshire. Yo pensaba que este paisaje no la impresionaría nada viniendo del norte.

La señorita Ellerby negó con la cabeza.

—Los páramos y valles pueden ser espectaculares, pero son demasiado salvajes e intimidatorios para mi gusto. Prefiero una campiña más amable como esta. Me recuerda a mi antiguo hogar en Oxfordshire.

¿Oxfordshire? Eso explicaba otro misterio menor que había suscitado las sospechas de Rupert. Cómo una mujer de Lancashire podía hablar sin rastro de acento del norte. Quizá todas las demás preguntas que tenía sobre ella tuvieran respuestas igual de inocentes, y acabaría por descubrirlas si era paciente.

—En ese caso, se sentirá como en casa en Nethercross, señorita Ellerby. Oxfordshire está a poca distancia río arriba. ¿De qué parte de ese condado procede usted?

Ella respondió a regañadientes, como si él fuera un salteador de caminos que le exigía que le entregara sus preciadas joyas.

—Me crie en Witney, donde mi padre era vicario.

¿Cuántas hijas de clérigos acababan de institutrices? Rupert nunca había pensado en eso. Supuso que bastantes. Tenían los modales y la educación apropiada para la tarea, al tiempo que necesitaban un medio respetable de ganarse la vida.

—¿Su familia vive todavía en Oxfordshire? —preguntó—. ¿Cómo acabó buscando empleo tan al norte?

De nuevo contestó ella de mala gana.

—Cuando murió mi padre, me enviaron a la Escuela Pendergast, que se fundó para educar a hijas huérfanas de clérigos.

—¡Ah! —Rupert lamentaba no haber reprimido su curiosidad. Pero no había podido evitarlo, el halo de misterio de la mujer lo desafiaba a descubrir todo lo que pudiera sobre ella—. Lo siento mucho.

—No hay nada que sentir, señor —murmuró Elle—. Todo eso fue hace mucho tiempo.

—Tal vez. —Él no podía perdonarse tan fácilmente haber curioseado en su pasado y despertado recuerdos desgraciados—. Pero hay penas que el tiempo nunca puede sanar por completo.

Un débil suspiro escapó de los labios de ella.

—Eso es verdad.

Mientras recorrían las últimas millas hasta Nethercross, Rupert pensaba que aquella institutriz nueva era una criatura muy singular. Tan pronto suscitaba sus sospechas como su compasión. En ese momento se sentía tentado a confiar en ella más de lo que había confiado en nadie desde la muerte de su esposa. Pero, por el bien de sus hijas, no podía permitirse bajar fácilmente la guardia.

Tenía que vigilar de cerca a la señorita Ellerby hasta que estuviera seguro de que era totalmente de fiar.

ERA EVIDENTE que lord Steadwell no se fiaba totalmente de ella. Grace no podía culparlo por eso, puesto que ella tampoco se fiaba de él.

Le sorprendía haber bajado tanto la guardia como para quedarse dormida cuando los dos estaban solos en el carruaje. La única explicación que se le ocurría era que el agotamiento y el alivio habían vencido a sus recelos.

Por suerte para ella, el barón no había hecho ningún esfuerzo por aprovecharse de su vulnerabilidad. Su disfraz la había protegido de intereses indecorosos. Eso y un aliado inesperado... la devoción de su señoría por su difunta esposa. Por el modo en que hablaba de ella, era evidente que le importaba más su recuerdo que ninguna mujer viva.

Esa pena prolongada producía a Grace admiración mezclada con lástima. Aunque sabía que esos sentimientos podían mantenerla a salvo en Nethercross, una parte de ella deseaba tener el poder de calmarlos.

Entre lord Steadwell y ella se instaló un silencio incómodo. Grace sabía que era inútil fingir que dormía. No quería que la observara y acabara quizá traspasando su poco interesante fachada.

Tampoco quería que le hiciera más preguntas sobre su pasado. Provocaban demasiados recuerdos dolorosos que prefería mantener encerrados. Además, no le gustaba la idea de que él la conociera demasiado bien. Una vez en Nethercross, estaría ocupado con sus deberes y sus pasatiempos y dejaría el cuidado de sus hijas en sus capaces manos. Si se parecía a los padres de sus pupilas anteriores, sus caminos se cruzarían muy poco, lo cual era exactamente lo que ella quería.

Por el momento, sin embargo, estaría encerrada con él en el carruaje un rato más. Si quería evitar que siguieran interrogándola, tenía que cambiar las tornas.

—Dígame, lord Steadwell, ¿alguna de sus hijas se parece a su madre?

Su pregunta pareció sorprenderlo, pero no tardó en recuperarse.

—Las tres me recuerdan a Annabelle, cada una a su modo. Sospecho que Charlotte será la viva imagen de su madre cuando crezca, aunque su temperamento es más como el mío. Phoebe tiene la impulsividad y la voluntad fuerte de su madre.

—¿Y Sophie? —preguntó Grace. Cuanto más sabía de las chicas, más deseo tenía de conocerlas—. ¿En qué se parece a su madre?

—Sophie... —La calidez de la voz de él al hablar de su hija pequeña hizo que Grace lo mirara por encima de las lentes. Su amplia boca estaba relajada en una sonrisa muy atrayente—. Es la que más se parece a su madre. Tan imaginativa y llena de curiosidad.

La difunta lady Steadwell parecía haber sido una mujer fascinante. Llenar, aunque solo fuera una parte del vacío que había dejado tras de sí en Nethercross, sería una tarea abrumadora.

Quizá a lord Steadwell no le gustara que le recordaran tanto su pérdida, pues apartó la vista de ella para mirar por la ventanilla.

—Ya estamos en tierras de Nethercross. —Su voz traslucía un orgullo casi tan grande como cuando hablaba de sus hijas—. Estas son algunas de las granjas periféricas de mis inquilinos.

De nuevo miró Grace por encima de sus lentes para ver mejor. No pudo por menos de apreciar las casitas y los graneros bien cuidados, los campos sembrados y las vacas y ovejas que pastaban en los prados.

—Tiene una hacienda muy hermosa, señor.

El barón asintió.

—Lleva generaciones en mi familia. Cuando estoy a la sombra de uno de nuestros grandes robles, a menudo me pregunto cuál de nuestros antepasados lo vio siendo un retoño.

Mientras pasaban más granjas acogedoras y bien cuidadas, Grace pensaba que debía de ser una gran bendición tener una sensación tan fuerte de pertenencia a un lugar. Ella sabía muy poco de sus antepasados. Cuando había llegado a la edad de interesarse por tales asuntos, estaba ya sola en el mundo. El único lugar donde se había sentido a gusto había sido entre su círculo de amigas en la escuela. Ellas no envidiaban su aspecto, sino que comprendían la carga que era para ella. Rebecca y Evangelina se apresuraban a ponerse de su parte en cuanto alguna de las chicas más mayores intentaba meterse con ella. Hannah siempre le ofrecía consuelo y comprensión, y la eterna alegría de Leah a menudo conseguía levantarle el ánimo.

El carruaje no tardó en entrar en un camino largo y serpenteante con hileras de árboles grandes a cada lado.

—Debe de ser un camino muy agradable cuando salen las hojas —murmuró Grace. ¿Por qué todo el mundo admiraba la belleza en la naturaleza y en la mujer provocaba envidia y lujuria?

—Muy agradable, sí —asintió el barón—. Solo superado durante el breve periodo en que los tilos están en flor. Entonces este camino tiene un olor tan adorable como su aspecto. Cuando llegue el momento, recuérdeme que vayamos con las niñas a dar un paso en un carruaje abierto.

Grace esperaba ansiosa un regalo así, aunque no se le escapó la nostalgia que traslucía la voz de lord Steadwell y se preguntó a qué se debería.

Dejó de pensar en ello en cuanto vio la casa. Era una curiosa mezcla de estilos, que claramente se habían ido añadiendo a lo largo de los años. La parte frontal estaba hecha de piedra clara, curtida por el tiempo, con ventanales alargados de cristales emplomados. Estaba rematada por gabletes holandeses, un tejado de tejas rojas y racimos de chimeneas altas. Al lado había un edificio pintoresco de ladrillos blancos y grises con un ventanal grande de cristales policromados.

Cuando el carruaje se detuvo ante la entrada abovedada, lord Steadwell se apeó enseguida e inhaló profundamente, como si el aire del hogar fuese el único que valía la pena respirar.

Ayudaba a bajar a Grace cuando se acercó un chico montado en un pony negro.

—Has encontrado una institutriz, ¿verdad, papá? Espero que hayas elegido bien.

—¡Phoebe! —El barón emitió un gruñido—. ¿Cuántas veces te he dicho que no le pidas pantalones a los chicos de los establos y no montes a horcajadas?

La chica se echó a reír.

—Contando esta, doscientas treinta y siete veces. Sigo esperando que te acabes cansando y te rindas.

Phoebe desmontó y se quitó la gorra, liberando una cascada de rizos oscuros.

—Sabes que odio montar a estilo amazona. Es mucho más difícil subir y no puedo ir tan rápido. Y tú no quieres que me caiga, ¿verdad?

—Claro que no. —El barón la abrazó con calor—. Aunque apruebo todo lo que te haga montar un poco más despacio.

Con el brazo sobre los hombros de su hija, se volvió hacia Grace.

—Esta es la nueva institutriz. Tus hermanas y tú juzgaréis si he elegido bien. Espero que la señorita Ellerby tenga más suerte a la hora de domarlos que la pobre *Mademoiselle* Audet.

—Yo espero que no. —Phoebe hizo una mueca, pero tendió la mano de un modo franco y entusiasta y estrechó la de Grace—. Bienvenida a Nethercross, señorita Ellerby. Si no me da

mucho la lata para que me comporte como una “señorita decorosa”, nos llevaremos muy bien.

Aunque no le gustaba la idea de colocarse en medio de un choque de voluntades entre Phoebe y su padre, Grace no pudo resistirse a la personalidad franca y refrescante de la chica. Aunque tuvieran diferencias, sospechaba que Phoebe las resolvería por su cuenta y no iría a quejarse a su padre.

—Espero que ayudes a la señorita Ellerby —le advirtió lord Steadwell—. Ahora guarda el pony en el establo y ven a casa. La próxima vez que te vea, quiero que estés vestida como una joven señorita.

—Sí, papá. —Phoebe alzó los ojos al cielo y Grace tuvo que morderse la mejilla por dentro para reprimir una sonrisa.

Lord Steadwell pareció no darse cuenta o fingió no hacerlo.

—Venga dentro, señorita Ellerby. Le mostraré el ala infantil y le presentaré a las otras chicas.

Sostuvo abierta una de las dos puertas de madera gruesa que terminaban en punta en el medio y Ella entró en un vestíbulo de techo alto donde había una amplia escalera de roble en la pared derecha. En cuanto entró, oyó pasos bajando las escaleras, unos rápidos y ligeros y otros más lentos.

—No tan deprisa, Sophie —dijo una voz de chica—. Si te caes y te rompes el cuello, me echarán la culpa.

—No me caeré —fue la respuesta sin aliento de Sophie—. Quiero ver a papá y a *Mamzell*.

—Ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas? —contestó la otra chica, que debía de ser Charlotte—. Papá no va a traer....

Antes de que terminara de hablar, Sophie llegó al último rellano y bajó corriendo el último tramo de escaleras. Grace captó una imagen flotante de unos rasgos delicados, ojos grandes y una mata de pelo de color jengibre.

—¡Papá! —La niña incrementó aún más la velocidad en los últimos escalones.

Si su padre no la hubiera alcanzado, quizá se habría caído. Pero él se las arregló para alzarla en vilo y estrecharla contra su pecho. Un instante después apareció Charlotte. Aparte del color berenjena oscuro del pelo, parecía una versión más mayor de su hermana pequeña. Aunque fruncía la boca en una expresión de enojo, era evidente que iba a ser una belleza.

El primer impulso de Grace fue compadecerla por ello, aunque tal vez su aspecto no fuese una carga tan grande para una chica de buena familia.

—Tienes que hacerle caso a tu hermana, monito —riñó lord Steadwell a su hija menor—. Las escaleras no son para correr.

—Pero quería verte. —La niña le llenó la mejilla de besos—. Te echaba de menos. Tenía miedo de que te cazara un troll de debajo de un puente. Y quería verla a ella también.

Sophie dejó de besar a su padre el tiempo suficiente para alargar el cuello y mirar a la entrada.

Grace se permitió una sonrisa débil. No quería que su aspecto severo asustara a la niña.

Pero la pequeña la atravesó con la mirada como si fuese invisible.

—¿Dónde está, papá?

Antes de que lord Steadwell pudiera contestar, intervino Charlotte.

—La nueva institutriz está ahí, tonta. He intentado decírtelo.

La niña volvió la vista a Grace, a la que miró con una intensidad inquietante.

—Buenas tardes, Sophie... Y Charlotte. —Grace saludó con una inclinación de cabeza a cada una de las niñas—. Soy la señorita Ellerby. Vuestro padre me ha contado algo de vosotras y estoy deseando saber más a medida que nos vayamos conociendo mejor.

—Bienvenida a Nethercross, señorita Ellerby. —Charlotte hizo una reverencia cortés—. Confío en que haya tenido un viaje agradable.

—Muy agradable, gracias. —Grace tenía la incómoda sensación de que se dirigía a alguien superior—. Este es un país hermoso.

Miró esperanzada en dirección a Sophie, pero la niña comenzó a llorar y hundió la cabeza en el hombro de su padre.

—Ella no es *Mamzell*. ¡No la quiero! Dile que se vaya, papá, y trae de vuelta a *Mamzell*.

A Grace se le cayó el alma a los pies. Mucho se temía que las hijas de lord Steadwell no deseaban tanto como ella que fuera su institutriz.

CON LA PEQUEÑA Sophie apretando la cara en su hombro y llorando con una mezcla feroz de pena y frustración, Rupert no pudo por menos de preguntarse si había hecho mal en elegir para sus hijas una institutriz tan distinta a la anterior.

Su hija menor no solo estaba triste por haber perdido a su adorada *Mamzell*, sino también irritada porque su mundo se había trastocado. Rupert sospechaba que se sentía además impotente por no tener ningún control sobre la situación.

Podía empatizar con los sentimientos de Sophie porque reflejaban los suyos propios cuando su esposa había desaparecido de sus vidas de un modo tan rápido y brutal.

—Calla. —Apretó a la niña contra su cuerpo para hacerle saber que todavía lo tenía a él... y para satisfacer su necesidad de aferrarse a la parte de Annabelle que le quedaba—. Ya te expliqué por qué *Mademoiselle* Audet no puede ser más tu institutriz. Ahora está casada con el capitán Rundell y tendrá una familia propia a la que cuidar. Si la quieres tanto como dices, deberías intentar alegrarte de su felicidad.

Miró a la nueva institutriz por encima de la cabeza de Sophie. La pobre criatura parecía dolorosamente fuera de lugar en aquel vestíbulo elegante con Sophie recibéndola con lágrimas y Charlotte observándola con frialdad.

¿Era un hipócrita por esperar que su hija menor aceptara de buena gana la nueva situación cuando él había resentido todos los esfuerzos bienintencionados de la gente por consolarlo de la pérdida de su esposa?

Al menos podía ofrecerle un atisbo de esperanza a Sophie.

—Puede que vuelvas a ver a *Mademoiselle*, ¿sabes? Quizá su esposo y ella vengan de visita a Bekshire y nos venga a ver.

—¿Tú crees que lo hará? —Sophie respondió a sus palabras reduciendo el llanto a una serie de hipidos húmedos puntuados con resoplidos—. ¿Cuándo?

Rupert sabía que no sería pronto, pero se cuidó de decirlo en voz alta. La familia del joven capitán no ocultaba que se sentía deshonrada por la fuga de él con una institutriz francesa. Ni tampoco que lo consideraban responsable a él, Rupert, por haber llevado a *Mademoiselle* Audet a la zona.

—No puedo predecir cuándo va a venir, así que tendrá que ser una agradable sorpresa. Por el momento, tenemos que hacer lo que podamos para que la señorita Ellerby se sienta bienvenida. Ha hecho un largo viaje, ¿sabéis? Vamos a mostrarle el ala infantil.

No esperó a que Sophie contestara, sino que fingió dar por sentado su asentimiento.

—Por aquí, señorita Ellerby.

Con Sophie todavía en los brazos, echó a andar hacia la escalera y Charlotte se apresuró a

alcanzarlo.

—De verdad, papá —lo regañó en un susurro—. ¿Tenías que contratar a la más fea y peor vestida que podías encontrar?

Él la silenció con una mirada acerada y miró hacia atrás, con la esperanza de que la señorita Ellerby estuviera demasiado lejos para oír. Satisfecho de que era así, contestó en voz baja, para que lo oyeran solo sus hijas:

—Pues sí, y deberías saber por qué. Lo último que quiero es que se repitan los últimos acontecimientos.

Sophie no podía entender su respuesta para contratar a la señorita Ellerby, pero confiaba en que Charlotte sí.

—Además —murmuró—, no debéis juzgar por las apariencias. Puede que resulte ser muy amable y que le toméis cariño.

Charlotte expresó sus dudas con un pequeño resoplido.

Rupert se dio cuenta, con una punzada de culpabilidad, de que él no estaba dando buen ejemplo a la hora de hacer que la nueva institutriz se sintiera bienvenida. Frenó intencionadamente el paso para que pudiera alcanzarlos y alzó la voz para incluirla en la conversación.

—Falta poco, señorita Ellerby. Espero que no encuentre Nethercross demasiado viejo y sombrío en comparación con las otras casas en las que ha vivido.

Las paredes de paneles de madera oscuros y los suelos de parqué tenían para él una belleza especial nacida de la familiaridad. Pero no podía esperar que una desconocida los viera del mismo modo. Ni siquiera Annabelle había apreciado al principio las sutiles delicias de su adorada casa.

La respuesta de la señorita Ellerby le sorprendió.

—Al contrario, señor, esta casa tiene una atmósfera de haber sido bien vivida y amada durante muchos años. Ni la mayor fortuna ni los mejores arquitectos del mundo pueden imitar eso.

Rupert pensó que tal vez hubiera esperanza para la nueva institutriz después de todo.

—Ha descubierto la mitad del secreto para ganarse mi aprobación, señorita Ellerby. Que aprecie sinceramente mi hogar —dijo.

—¿Y la otra mitad, señor? ¿Me lo dirá o tengo que descubrirla por mí misma?

La pregunta, pronunciada en otro tono y por un tipo de mujer completamente diferente, podría haber sonado coqueta. En labios de la señorita Ellerby transmitía preocupación sincera.

Aun así, a Rupert le divirtió.

—Dudo de que tarde mucho en descubrir que me siento bien predispuesto hacia cualquiera que elogie a mis hijas.

Aquello podía resultar difícil para la nueva institutriz, teniendo en cuenta lo que había visto hasta el momento de las niñas. Por suerte, la llegada a su destino evitó que ella tuviese que contestar.

—Este será su reino, señorita Ellerby. —Rupert le hizo señas de que entrara delante por la puerta que había abierto Charlotte—. Si todo va bien, yo no interferiré en su labor en esta zona.

La miró mientras ella inspeccionaba la zona espaciosa que servía de cuarto de juegos y lugar de clase para las chicas. Annabelle había insistido en empapelar los paneles de madera con un dibujo claro estampado. Entrar allí desde el pasillo oscuro producía la impresión de salir a un jardín soleado. A Rupert le preocupó darse cuenta de hasta qué punto le importaba la reacción de la señorita Ellerby.

Para alivio suyo, la actitud de ella pareció favorable. No sonrió. Rupert se preguntó si sabría hacerlo. Pero asintió repetidamente con la cabeza.

—Hay mucho espacio y las ventanas están orientadas para proporcionar mucha luz por la mañana y oscurecerse pronto por la noche. Casi se podría pensar que toda la casa se organizó en función del ala infantil.

—Puede que sí. —Su aprobación complació a Rupert, quizá porque percibió que no era una mujer que se dejase impresionar fácilmente—. Los niños han sido desde hace tiempo el tesoro de Nethercross.

Su familia estaba relacionada, a través de sus tías, sus tías abuelas y de generaciones, con varias de las dinastías más poderosas del reino. Aunque con menos dote que algunas otras, las damas Kendrick habían sido muy solicitadas como esposas por su belleza, personalidad y su habilidad para producir hijos varones. La línea directa nunca había carecido de herederos masculinos... hasta ese momento.

Rupert se estremeció al pensar que Nethercross cayera en manos de algún primo lejano que no supiera apreciar como él su historia y sus tradiciones. Era su deber volverse a casar y producir un hijo varón o dos. En los últimos años había permitido que su pena se interpusiera en el camino de su deber.

Pero, por el bien de Nethercross y el de sus jóvenes hijas, tenía que empezar a buscar una esposa apropiada.

TRES

—Venga, chicas, es hora de dormir. —Grace se esforzó para que su voz no traicionara su agotamiento.

Tenía la impresión de que hubiesen pasado varios días desde que despertara en la posada de Reading, cuando había sido solo esa mañana. La pequeña siesta en el carruaje durante el viaje a Nethercross no había ayudado a paliar su agotamiento. Para estropearlo todo aún más, le dolía la cabeza por tener que llevar aquellas lentes brutales.

Cuantas más cosas veía de Nethercross, más le parecía el tipo de santuario que estaba buscando. Pero las primeras horas con sus nuevas pupilas le habían hecho temer que perdería ese puesto si no conseguía su aprobación. Era evidente que lord Steadwell adoraba a sus hijas de un modo poco común. Por deseoso que se hubiera mostrado de contratar sus servicios, Grace no se hacía ilusiones de que siguiera manteniéndola allí en contra de las protestas de sus hijas.

—Estamos acostumbradas a acostarnos más tarde —repuso Charlotte a su anuncio de que era hora de acostarse.

Phoebe se dirigió a la puerta.

—Yo me iré a la cama en cuanto compruebe que Jem está cómodo para pasar la noche.

Salió antes de que Grace pudiera prohibírselo. Aunque se había mostrado más animada y cooperativa que sus hermanas, era evidente que Phoebe no tenía intención de permitir que una institutriz nueva interfiriera en el bienestar de su adorado pony.

Sophie no dijo nada, pero miró a Grace desde detrás de las faldas de Charlotte como si la nueva institutriz fuese una bestia come niñas que podía atacar en cualquier momento. Grace no sabía qué le preocupaba más, si el miedo exagerado de Sophie, la indiferencia amable de Phoebe o las continuas contradicciones de Charlotte. Nada de eso conducía a una relación bien llevada y la mezcla de las tres sería una receta para el desastre.

Guardó las horribles lentes en el bolsillo de su delantal y se frotó las sienes palpitantes.

—Diez minutos más. Eso dará a Phoebe tiempo suficiente para dar las buenas noches a su pony.

—Sí, si solo hiciera eso. —Charlotte rodeó con sus brazos a Sophie como si quisiera protegerla—. Pero Phoebe normalmente quiere rascar a Jem una última vez y darle una manzana. Dudo de que vuelva en menos de una hora. Y vendrá apestando a establos.

Grace pensó que habría estado bien saber eso antes de permitir que la niña saliera corriendo.

—En ese caso, hablaré con Phoebe cuando vuelva. Espero que vosotras dos os preparéis para ir a dormir en diez minutos.

—Ya se lo he dicho. —Charlotte acarició el pelo de Sophie—. Estamos acostumbradas a acostarnos más tarde.

—Y yo estoy acostumbrada a que mis pupilas me obedezcan —repuso Grace, más cortante de lo que era su intención.

Todos los cambios del día parecían haberla golpeado de pronto. No deseaba nada más que retirarse a sus aposentos y recuperar la compostura.

Sophie soltó un sollozo estrangulado y se aferró a Charlotte con fuerza, lo que hizo que Grace se sintiera como un ogro.

Se recordó que aquello era también un gran cambio para las chicas, cambio que les había sido impuesto por las acciones de otros. Aunque la experiencia le había mostrado que, si quería controlar a sus pupilas, tenía que establecer su autoridad pronto, se preguntó si en aquel caso no funcionaría mejor un enfoque más amable.

—Quizá podamos alcanzar un compromiso —sugirió, suavizando deliberadamente el tono de voz—. Si os preparáis para acostaros ahora, os leeré hasta que vuelva vuestra hermana.

Charlotte frunció el ceño, dudosa, pero Sophie respondió con rapidez.

—¿Qué historia nos va a leer?

En cuanto terminó de hablar, pareció darse cuenta de que era la primera vez que se dirigía directamente a la nueva institutriz. Enseguida volvió a esconder el rostro contra su hermana y miró tímidamente a Grace.

Esta recordó lo que había dicho el barzón de la imaginación activa de su hija menor y confió en que eso pudiera ser un modo de llegar a ella.

—Dejaré que la elijas tú, Sophie. ¿Tienes alguna favorita?

La niña asintió con impaciencia y un amago de sonrisa asomó a sus labios.

—*La Cenicienta*. ¿La conoce? Está en nuestro libro de *Cuentos de Mamá Oca*.

Grace movió la cabeza.

—No conozco esa historia. Pero si tenéis el libro, la leeré encantada.

—Tenemos el libro. —Sophie se soltó de los brazos de su hermana—. Ven, Charlotte. Ayúdame a encontrar *Mamá Oca* para la señorita... ¿señorita...?

—Señorita Ellerby. —Grace se permitió una sonrisa breve, con la esperanza de convencer a la niña de que no era tan estricta como podía sugerir su aspecto.

—Ah, muy bien —dijo Charlotte con un suspiro exasperado—. Pero me sé ese cuento de memoria después de todas las veces que nos lo ha leído *Mademoiselle*. Podría recitártelo.

—¡Qué suerte! —exclamó Grace—. Así, si me equivoco, puedo contar con que me corregirás.

Intentó que pareciera que la niña le haría un favor. Quizá así lograra que Charlotte tuviera menos ganas de buscarle defectos a la menor oportunidad.

Cuando las niñas se alejaban para prepararse para irse a la cama, la llamó:

—Charlotte.

Ella se volvió.

—Sí. ¿Qué pasa?

Grace se esforzó por controlar su impaciencia con la actitud de la chica y centrarse en algo positivo.

—Sophie es muy afortunada de tener a una hermana tan amable y capaz para ayudarla en este periodo de cambio. Cuando yo tenía su edad, me habría gustado mucho tener una hermana mayor que me ayudara.

Su comentario pareció pillar por sorpresa a Charlotte. En sus mejillas blancas aparecieron dos puntos rojos.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo—. Es inútil esperar que lo haga Phoebe. No le importa

nada a menos que tenga cascos y relinche.

Se volvió a girar y se acercó a su hermana más con el aire de una madre que el de una hermana.

Poco después, las tres estaban instaladas en el diván de la zona infantil y Grace hacía esfuerzos por leer el cuento favorito de Sophie tal y como las niñas estaban habituadas a oírlo. El cuento en sí mismo le gustó. Hablaba de una huérfana acosada por su despiadada madrastra, que tenía envidia de la belleza de la chica. Aunque la trataban como a la más humilde de las criadas, la protagonista al final encontraba seguridad, éxito y amor. Era agradable pensar que se podían producir esas maravillas contra toda esperanza. Grace tenía sueños mucho más modestos para sí misma.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que las tres alzasen la vista. Grace se disponía a decirle a Phoebe que su visita al establo le había hecho perderse el cuento cuando se dio cuenta de que no había entrado la niña, sino su padre.

—¡Papá! —gritó Sophie, cuando las dos chicas se levantaron para recibirlo—. La señorita Ellerby nos está leyendo *La Cenicienta*.

Con una punzada de pánico, Grace recordó sus gafas. Las sacó del bolsillo del delantal y se las puso, tirando el libro al suelo en el proceso. Se levantó de un salto del diván para recogerlo con una mano, mientras comprobaba con la otra que no hubiera escapado ningún mechón de pelo de la cofia.

—Buenas noches, señor. —Su saludo sonó apresurado, con la misma falta de calor que le había mostrado Charlotte antes a ella—. Ahora iba a acostar a las niñas. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Se recordó que lord Steadwell estaba en su casa y podía ir donde quisiera y cuando quisiera. Pero, a pesar de su amor por sus hijas, Grace había confiado en que no pasaría por el ala infantil más de lo que habían pasado los padres con los que había tratado antes... y menos por la noche.

¿Y si insistía en quedarse a hablar con ella después de que se acostaran las chicas?

—No, señorita Ellerby. —El barón alzó a Sophie con un brazo y pasó el otro por los hombros de Charlotte—. He venido a dar las buenas noches a mis hijas y oír sus oraciones.

Hablaba como si aquello fuese un ritual nocturno en Nethercross.

—¿De verdad, papá? —Sophie se abrazó a su cello—. ¡Qué bien!

La entusiasta respuesta de la niña dejaba claro que la aparición súbita de su padre era un placer inesperado. ¿Cuál era la verdadera razón de su visita?

A Grace no le costó adivinarlo. Quería ver cómo se desenvolvía ella.

Esa desconfianza le provocó una oleada de indignación ardiente. ¿Qué esperaba sorprenderla haciéndoles a sus preciosas hijas? ¿Temía que las criticara y las ridiculizara? ¿Que las enviara a la cama con hambre? ¿Que las azotara? Ella había sufrido todos esos castigos y otros peores en la Escuela Pendergast y se había jurado no infligírselos jamás a sus pupilas por muy desagradables que se mostrasen. Le ofendía ser sospechosa de tal comportamiento.

Si lord Steadwell pretendía convertir en costumbre esas visitas sorpresa a las niñas, sería peor que cien madres metomentodo. Ya iba a ser bastante difícil lograr que la aceptaran sus hijas para tener que lidiar además con su vigilancia constante. Charlotte era lo bastante inteligente para adivinar en seguida que su padre no confiaba en ella, lo cual erosionaría aún más su autoridad.

Pero ¿qué otra opción tenía que aceptar la situación e intentar sacarle el mejor partido? El pragmatismo se impuso a la indignación. No podía permitirse dejar otro puesto tan pronto.

—Por supuesto, señor —dijo. Mantuvo los ojos bajos para no traicionar su irritación.

—Primero tenemos que oír el final del cuento, papá —insistió Sophie—. Siéntate al lado de

la señorita Ellerby y ponme en tus rodillas.

—Muy bien. —Aunque el barón no parecía deseoso de hacer lo que pedía su hija, era obvio que estaba acostumbrado a darle gusto.

A Grace le hacía tan poca gracia como a él sentarse a su lado. Cuando él llevó a Sophie al diván y se sentó en un extremo, Ella se retiró al otro y le dejó sitio a Charlotte en el medio.

El barón pareció aliviado, pero Sophie no consintió eso.

—Tiene que sentarse en el medio para que yo vea las palabras en el libro, señorita Ellerby. Ya conozco algunas.

Grace habría preferido acercarse a un mastín enfadado, pero no se le ocurrió ninguna excusa buena para negarse. Se desplazó con cautela al centro del diván, con todos los músculos rígidos, el estómago revuelto y el corazón latiéndole con tanta fuerza, que temía que lord Steadwell pudiera oírlo.

Charlotte se acomodó al otro lado de Grace con aire mohíno, quizá por toda la atención que prestaba su padre a Sophie.

Grace intentó ignorar la proximidad de él, pero ¿cómo iba a hacerlo cuando estaba preocupada por evitar que su brazo rozara accidentalmente el del barón? Incluso sin contacto real entre ellos, era tremendamente consciente de la fuerza decidida de él atemperada por el profundo cariño que tenía a sus hijas.

Decidida a terminar la historia lo antes posible, Grace leyó con rapidez, tropezando con las palabras debido a la prisa.

—A los centinelas de la verja del palacio les preguntaron si habían visto salir a una princesa. Contestaron que solo habían visto a una chica, muy pobremente vestida, que parecía más una campesina menesterosa que...

—Un momento —la interrumpió lord Steadwell—. Me falta una hija. ¿Dónde está Phoebe?

Antes de que Grace pudiera tartamudear una respuesta, se abrió la puerta y entró Phoebe apresuradamente. Parecía más un espantapájaros que la hija de un noble. Sus lazos del pelo se habían desatado y su cabello era una masa salvaje con trozos de paja sobresaliendo aquí y allá. Grace divisó una mancha en su falda a la altura de la rodilla y parecía haber perdido un botón de la chaquetilla. Charlotte había acertado en el olor a establo.

Cuando vio que la miraban fijamente, Phoebe se quedó inmóvil y bajó la vista como si notara por primera vez su aspecto desaliñado.

—Hola, papá. ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a darnos las buenas noches y oír nuestras oraciones —le informó Sophie—. ¡Qué bien!, ¿verdad?

Grace notó que el barón se movía un poco en el diván a su lado. La pregunta de Phoebe confirmaba sus sospechas de que aquella visita a las niñas a la hora de dormir era algo poco habitual.

—Mi presencia aquí importa mucho menos que tu ausencia, señorita —repuso él, cortante—. Espero que puedas darnos buena cuenta de tu paradero y de por qué has regresado en tan lamentable estado.

—Ha sido Peter, ese horrible chico de establo. —Phoebe frunció el ceño—. Se porta como si Jem fuera suyo en vez de mío, solo porque puede estar más tiempo con él. Eso no es culpa mía.

Por su tono, era evidente que envidiaba al chico del establo y que se habría cambiado por él sin dudar.

—¿Qué te ha hecho el muchacho? —Lord Steadwell dejó a Sophie en el suelo y se puso de pie. Su voz sonaba ultrajada y protectora—. Si se ha atrevido a ponerle una mano encima a mi

hija, le...

—¡No lo ha hecho! —Phoebe negó con la cabeza con tanta fuerza que descolocó aún más su cabello—. Quería darle un cachete por contestarme descaradamente. Pero él me ha esquivado una y otra vez hasta que me he caído. Y luego ese bruto ha salido corriendo.

—Comprendo. —El barón parecía irritado por perder un blanco para su rabia—. Eso no explica qué hacías tú sola en los establos a esta hora.

Se giró y miró a Grace de hito en hito.

—¿Podemos hablar un momento en privado, señorita Ellerby?

Grace se levantó del diván intentando no parecer tan culpable y tan intimidada como se sentía.

—Phoebe, ve a lavarte y ponerte el camisón, por favor.

Se volvió y entregó el libro a Charlotte.

—¿Te importa terminar de leerle el cuento a Sophie, por favor? Me parece que lo vas a hacer mejor que yo.

Siguió a lord Steadwell al pasillo, procurando no dejar traslucir sus emociones. ¿La iba a despedir en su primer día en Nethercross?

¿DE QUÉ SERVÍA TENER una institutriz que parecía estricta y severa si iba a dejar que las chicas hiciesen todas las cosas peligrosas que quisieran? Rupert salió de la estancia infantil sin saber con quién estaba más enfadado, si con su hija mediana o con Grace Ellerby.

Cuando había llegado a ver cómo se desenvolvía la nueva institutriz, le había sorprendido agradablemente encontrarse una escena hogareña, con ella leyendo a sus hijas un cuento antes de dormir. Por un momento se había sentido casi culpable por sus vagas sospechas y había intentado justificar su presencia con una excusa que no engañaba a nadie.

El regreso brusco de Phoebe había cambiado todo eso. Era evidente que había hecho bien en tener dudas sobre la señorita Ellerby después de todo.

Cuando oyó cerrarse la puerta del ala infantil a sus espaldas, se volvió hacia la nueva institutriz.

—¿Se puede saber cómo se le ha ocurrido dejar que mi hija corriera a los establos a esta hora?

Esperaba que ella ofreciera alguna excusa para sus actos, excusa que él podría refutar e iniciar así una serie de explicaciones y refutaciones hasta que él hubiera calmado su enfado y dejado claro su error a la señorita Ellerby.

Pero ella se negó a participar en eso.

—Lo siento, señor. —Apretó los labios y evitó mirarlo directamente—. No me he dado cuenta... Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Ciertamente, no puede volver a pasar. —Rupert se sentía tonto repitiéndose, pero no podía evitarlo. La disculpa directa de la señorita Ellerby le había negado la deseada oportunidad de airear sus sentimientos—. Los establos pueden ser lugares peligrosos. Los caballos son animales grandes e impredecibles y ya habrá notado que Phoebe tiende a ser impulsiva e imprudente. Sin la supervisión apropiada, podría acabar malherida.

La señorita Ellerby no hizo ningún esfuerzo por negar eso, sino que aceptó la regañina con un autocontrol taciturno que hacía sospechar que estaba habituada a las críticas. Esa idea casi lo silenció, pero había más cosas que quería decir.

—La seguridad física de mi hija no es ni la mitad del problema. Si convierte este comportamiento en habitual, podría haber un peligro aún mayor para su futura reputación. Hoy ha sido una riña inofensiva con un mozo de establo. Dentro de cinco años, podría ser algo mucho más serio.

A la señorita Ellerby no se le había ocurrido esa posibilidad. Rupert lo supo por el modo en que se encogió cuando lo dijo. Por sutil que fuese su reacción, consiguió convencerlo de que le había transmitido la gravedad de su error de juicio.

En cuanto estuvo seguro de eso, empezó a tener dudas. ¿Había hecho mal en regañar a la nueva institutriz? Era un asunto serio, pero también era su primer día allí. Además, no le había dado instrucciones claras sobre lo que se esperaba de ella. Había asumido que, con sus años de experiencia, sabría mejor que él lo que tenía que hacer. Y de pronto se descubrió cuestionándose si eso era justo.

La señorita Ellerby seguía muda.

Cuando Rupert intentaba decidir lo que iba a decir a continuación, se abrió la puerta de las niñas y salió Phoebe. Llevaba puesto el camisón y una trenza floja en el pelo.

—¿Qué haces aquí, señorita? —Él intentó fruncir el ceño con frialdad, pero la niña parecía mucho más pequeña en ese momento—. Si no recuerdo mal, te han ordenado irte a la cama.

—No, no es verdad —repuso la niña con un tono que no era insolente, solo directo—. La señorita Ellerby ha dicho que me lavara y me pusiera el camión, y lo he hecho. Ninguno de los dos me habéis prohibido salir aquí. Puesto que estáis hablando de mí, creo que debo estar presente.

—¿Y qué te hace pensar que estamos hablando de ti? —preguntó Rupert.

Phoebe alzó los ojos al cielo.

—Lo habéis hecho, ¿verdad?

Allí lo había pillado. Rupert se estremeció al pensar la adversaria tan formidable en que podía convertirse en unos años más, una auténtica rebelde sobre la que no tendría ningún control.

—Aunque hayas sido el tema de la conversación, esta es entre la señorita Ellerby y yo. Tiene que irte a la cama enseguida.

La niña se mantuvo firme.

—La señorita Ellerby no ha tenido la culpa de que fuera al establo. No le he pedido permiso. Le he dicho que me iba y me he ido. Hace semanas que voy todas las noches a darle las buenas noches a Jem. Empecé antes de que se fuera *Mademoiselle*.

Rupert se quedó pasmado. ¿El comportamiento imprudente de Phoebe había tenido lugar todo ese tiempo sin que él lo sospechara? Estaba dividido entre la indignación por la antigua institutriz y la rabia contra sí mismo por haber permitido que ocurriera.

—¿Cómo se le ocurrió a *Mademoiselle* Audet dejarte hacer eso? —En cuanto la pregunta salió de sus labios, se dio cuenta de que era la misma que había hecho a la señorita Ellerby un momento atrás. Esta permanecía tan callada e inmóvil desde la súbita aparición de su hija, que casi había olvidado su presencia.

—Sabía algo de *Mademoiselle* —confesó Phoebe con aire culpable—. La vi una vez con un hombre en su medio día libre. Con el hombre con el que se fugó para casarse.

—¿Tú chantajeaste a tu institutriz? —Aquello era mucho peor de lo que Rupert temía.

—¡No! —protestó Phoebe—. Yo no me habría chivado de ella como hace Charlotte. Ni siquiera sabía que hiciera algo malo. Pero, después de eso, me dejó hacer lo que quisiera.

¿Podía creerla? Los últimos acontecimientos habían alterado la fe de Rupert en las mujeres, incluyendo a su hija. ¿Qué más cosas habían ocurrido en el ala infantil de Nethercross sin que él

lo supiera?

—Ya he oído bastante. —Señaló con la mano la puerta de los aposentos infantiles—. A la cama, señorita. Hablaremos mañana.

La niña apretó los labios en una mueca rebelde, pero su mirada era dolida. Y sus ojos eran tan parecidos a los de su madre, que él no podía soportar ver esa expresión en ellos.

—No deberías reñir a la señorita Ellerby —murmuró cuando se retiraba hacia la puerta—. La culpa ha sido mía y de *Mademoiselle*... y del villano de Peter.

Antes de que su padre pudiera repetirle que se fuese a la cama, la niña se deslizó por la puerta y la cerró tras de sí, dejándolo solo con la institutriz. Aunque la señorita Ellerby no se movió ni habló, su reproche mudo amenazaba con dejarlo sordo.

Rupert respiró hondo y se esforzó por pronunciar las palabras que la justicia exigía de él.

—Parece que me he precipitado en mi juicio. Le debo una disculpa, señorita Ellerby.

Ella respondió con un leve encogimiento de hombros, que parecía indicar que aceptaba tanto su disculpa como la regañina anterior.

—No debí dejar que fuera, señor. Por todas las razones que ha mencionado.

Su contención debería haber logrado que él se avergonzara menos del modo en que había hablado... pero no fue así. De hecho, fue lo contrario. Se imaginó como el tirano cruel de una de las historias de Sophie. No era un papel que le gustara.

—No tenía que haber esperado que remediara usted una situación que parece que ha venido ocurriendo durante algún tiempo delante de mis narices.

La señorita Ellerby le lanzó una mirada breve, como si no creyera lo que oía. ¿Tanto le costaba aceptar que era capaz de disculparse cuando era tan obvio que debía hacerlo?

—Ha estado mal por mi parte asumir que sabría lo que esperaba de usted sin haberle hablado del tema —continuó.

—Ayudaría saber qué les está permitido hacer a las niñas y qué no —asintió Elle.

Por alguna razón, eso hizo que Rupert se sintiese mejor. Podía ofrecerle una oportunidad de compensar por su injusticia.

—Dentro de dos semanas empieza la nueva sesión del Parlamento y estaré obligado a ir a Londres durante la semana. Es vital que tengamos claras mis expectativas antes de eso. Venga al salón mañana por la noche después de acostar a las niñas y hablaremos del tema.

—Como desee, señor. —La señorita Ellerby abrió mucho los ojos detrás de sus gruesas y feas lentes, como si él hubiera propuesto algo inapropiado e incluso peligroso. Pero eso era ridículo. Seguramente había interpretado tan mal su expresión como sus actos.

La nueva institutriz era una criatura cada vez más misteriosa. Quizá un par de reuniones entre ellos lo ayudarían a comprenderla algo mejor, además de dejarle claro a ella lo que se esperaba de su trabajo.

—Lo deseo, señorita Ellerby. De hecho, insisto. Creo que es vital que hablemos por el bien de mis hijas. —Rupert hizo una inclinación de cabeza cortés—. Hasta mañana por la noche, pues.

Cuando se alejaba, ella lo llamó con voz baja pero insistente.

—Disculpe, señor.

Rupert se detuvo y giró sobre sus talones.

—¿Sí? —No pudo ocultar su impaciencia. Deseaba dejar atrás aquel incidente incómodo lo antes posible.

—Pensaba que quería oír las oraciones de las niñas.

Él percibió que, detrás de aquella fachada austera, la señorita Ellerby se divertía en secreto a

su costa. Y aunque estaba tentado a enfadarse por ello, no tuvo más remedio que admitir que se lo merecía.

MIENTRAS OBSERVABA a lord Steadwell escuchar las oraciones de sus hijas, Grace se esforzaba por encontrar sentido a lo que había ocurrido en la última media hora.

Había esperado la regañina de lord Steadwell por dejar que Phoebe saliera corriendo a los establos justo antes de irse a dormir. Aunque quería disculparse a sí misma con la excusa de su agotamiento y de que ignoraba cuánta libertad permitían a sus pupilas, sabía que había sido un serio error de juicio. Un error por el que su jefe tenía derecho a enfadarse.

Había hecho, pues, lo que había aprendido a hacer en la escuela cuando una de las profesoras la regañaba por vanidad, pereza o desobediencia. Había aceptado la crítica con un silencio sumiso, asimilando de ella lo que pudiera en un esfuerzo por mejorar. Pero cuando había llegado a ser más de lo que podía soportar sin romper en llanto, se había imaginado encerrada en una gruesa capa de hielo que nada podía atravesar para herirla. Eso amortiguaba las palabras que le dirigían hasta dejarlas convertidas en un murmullo de ruido sin ningún significado.

No había tardado en descubrir que le resultaba difícil reducir la voz de lord Steadwell a un balbuceo inofensivo. Su tono y su timbre eran tan agradables que se sorprendía obligada a escuchar con atención, aunque no pudiese esperar oír nada bueno.

La llegada repentina de Phoebe la había sacado de su trance protector. Lo último que esperaba era que esa chica impulsiva acudiera en su defensa incluso a riesgo de incurrir en la ira de su padre. Le recordó las veces en la escuela en las que Rebecca o Evengeline habían dado la cara por ella y desviado la rabia maliciosa de sus profesoras. Eso la hacía sentirse digna de algo mejor que culpabilidad y menosprecio.

Sin embargo, si el comportamiento de Phoebe la había sorprendido, la reacción de lord Steadwell la había dejado atónita. Después de oír a su hija, no solo había desviado su irritación con Grace, sino que además había admitido que había hecho mal en culparla. Había llegado incluso a pedirle perdón.

Eso era contrario a todas sus experiencias previas. Aunque hubiera quedado probado que la habían castigado injustamente, ninguna de sus profesoras de la Escuela Pendergast había mostrado ni el más leve arrepentimiento por su error. La disculpa de lord Steadwell era aún más sorprendente porque no estaba del todo equivocado al hacerla responsable de lo que había ocurrido.

¡Ojalá lo hubiera dejado allí, en una simple disculpa!

A Grace se le revolvía el estómago al recordar su sugerencia de que se encontraran a la noche siguiente para hablar de sus deberes. Habría preferido que siguiera enfadado con ella. Al menos eso le habría ofrecido una capa extra de protección contra cualquier atención no deseada por parte de su nuevo señor.

—Dios, bendice a papá —la nota ferviente en la vocecita de Sophie dejaba claro que creía que hablaba directamente con su Padre Celestial, quien la escuchaba con suma atención, dispuesto a concederle su petición de cuidar de su papá—. Y Dios, bendice a Charlotte, a Phoebe y a Mamzell.

Cuando Sophie hizo una pausa, su padre se inclinó y le susurró algo al oído, después de lo cual, la niña continuó:

—Dios, bendice a la señorita Elle y ayúdanos a portarnos bien para que quiera quedarse en

Nethercross. Amén.

¿De verdad creía el barón que ella podría irse porque sus hijas se portaran mal? ¿Si supiera que le preocupaba mucho más el comportamiento de él! Aunque no le había dado ningún motivo para ello. Todavía.

—Que duermas bien. —El padre de Sophie la arropó y le dio un beso en la frente—. Y sueñes con los angelitos.

—Gracias, papá —respondió la niña con un murmullo adormilado—. ¿Vendrás mañana por la noche a oír nuestras oraciones?

El barón se encogió levemente ante la pregunta de su hija y lanzó una mirada furtiva a Grace.

—Puede que sí. Creo que debería venir por aquí más a menudo. Al menos hasta que la señorita Ellerby se acostumbre más a nuestros hábitos.

Aunque Grace deseaba que él mantuviera las distancias, sabía que debía alegrarse de su presencia por el bien de sus hijas. Para ellas no sería fácil que su padre se marchara a Londres varios días seguidos cuando estaban intentando acostumbrarse a una institutriz nueva.

Cuando lord Steadwell le dio las buenas noches, ella hizo una reverencia y le deseó lo mismo. En cuanto se cerró la puerta tras él, se quitó las lentes y se frotó los ojos cansados. ¿Se acostumbraría alguna vez a usar aquel disfraz horrible? Se consoló pensando que el barón pronto estaría fuera de Nethercross durante la semana. Entonces no sería necesario estar tan vigilante.

Impaciente por acostarse después de un día agotador, Grace se acercó a mirar si las niñas dormían. Vio que Phoebe estaba de cara a la pared, pero percibió que estaba despierta. Permaneció un momento observando en silencio y escuchando hasta que un movimiento de los hombros de Phoebe y un resoplido bajo traicionaron la aflicción de la chica. Grace reconocía muy bien las señales. ¿Cuántas veces había llorado ella al final de un día duro en la escuela y se había visto obligada a apagar sus sollozos por estar en un dormitorio lleno de chicas?

Aunque una parte de ella quería respetar la intimidad de Phoebe, pudo más la necesidad de aliviar la pena de la niña.

Se sentó en el borde de su cama.

—Has sido muy valiente saliendo en mi defensa —dijo—. Muy valiente y amable.

La ropa de la cama de Phoebe se movió un poco cuando la chica se encogió de hombros.

—¡Ojalá no hubiese tenido que hacerlo! Ahora mi padre no me dejará ir a darle las buenas noches a Jem. La última persona a la que verá siempre será Peter. Mi pony pensará que es del chico del establo y no mío.

¿Y por qué has hablado si sabías que habría consecuencias desagradables? —Grace, aunque agradecida, sentía curiosidad.

Phoebe volvió a encogerse de hombros.

—Sabía que mi padre prohibiría las visitas al establo cuando se enterase. Y no era justo que la castigara a usted por lo que he hecho yo. Siento que se haya enfadado con usted en su primer día aquí.

—Disculpas aceptadas. —Grace pasó una mano por el hombro de la chica en una caricia comprensiva. Ya se sentía más unida a Phoebe que a ninguna de las chicas con las que había trabajado antes, ninguna de las cuales habría dudado en convertirla en chivo expiatorio de sus travesuras—. Entiendo que el cariño por tu pony te ha impulsado a hacer lo que de otro modo no harías.

—¿De verdad? —Phoebe resopló con fuerza.

—Sí. —Aunque siempre había temido buscarse problemas en la escuela, Grace había violado cierto número de reglas a lo largo de los años para ayudar a sus amigas—. No puedo prometer

nada, pero hablaré con tu padre para buscar el modo de que pases más tiempo con Jem.

—¿Lo hará? ¿Por qué? —La niña se giró hacia Elle. Tenía los ojos y la nariz rojos e hinchados y el pelo revuelto. Y, por alguna razón, resultaba más adorable que cualquier otra niña bien acicalada—. ¿Y por qué ha intentado echarse parte de la culpa después de que le dijera la verdad a mi padre?

—Por la misma razón que tú, supongo. Porque era justo y cierto. —Grace recordó entonces una lección que había aprendido en la escuela, lección que muy probablemente no habrían querido enseñar las profesoras—. Y quizá porque he pensado que, si tu padre estaba enfadado con las dos, no podría estar muy enfadado con ninguna de nosotras.

Phoebe pareció sopesar esa noción.

—Ha funcionado. Un poco al menos. ¿Cree que podrá convencerlo de lo de Jem?

—No estoy segura. —Lo último que quería Grace era decepcionar a la niña—. Tu padre parece un hombre de voluntad fuerte con ideas fijas, sobre todo en lo relativo al bienestar de tus hermanas y el tuyo. Pero lo intentaré.

—Mi padre me trata como si tuviese la edad de Sophie —gruñó Phoebe—. Y tengo casi once años.

Rumiar sus quejas contra su padre no ayudaría a la niña a dormir bien.

—¿Por qué no te sientas y dejas que te arregle el pelo? —propuso Grace—. Estoy segura de que descansarás más cómoda si está un poco más colocado.

Phoebe se sentó y se secó los ojos con la manga del camisón mientras Grace tomaba el cepillo del pelo.

—Espero que no sea usted como *Mademoiselle*, siempre riñéndome por mi aspecto. Hay cosas mucho más importantes.

—Eso es cierto —asintió Grace con fervor. Cepilló el pelo de la chica y lo recogió en dos trenzas—. Y solo te pediré que intentes estar limpia y decorosa. Tú no querías que tu pony fuese por ahí con la piel sucia y la crin y la cola apelmazadas, ¿verdad que no?

Phoebe movió la cabeza con violencia y volvió a tumbarse.

—Entonces la gente pensaría que no lo cuidaba bien.

—Exactamente. —Grace la arropó bien—. Y a mí no me gustaría que la gente pensara que no os cuido bien a tus hermanas y a ti. Y menos que lo pensara tu padre. Eso lo comprendes, ¿verdad?

Phoebe emitió un vago murmullo de asentimiento.

—Sabía que lo harías. —Grace sentía el impulso de darle un beso de buenas noches, pero podía ser demasiado pronto para tanta familiaridad, así que se conformó con ponerle una mano en la cabeza—. Eso es lo que esperaría de una señorita de casi once años.

Su comentario pareció complacer a Phoebe, quien se abrazó a su almohada con una sonrisa.

Cuando Grace se retiró a sus aposentos y empezó a desempaquetar sus escasas pertenencias, se felicitó por haber hecho progresos con al menos una de las hijas de lord Steadwell. Era demasiado lista para pensar que sería igual de fácil ganarse a las otras dos.

Y en lo relativo a su padre, se sentiría mucho más cómoda en Nethercross cuando él se fuera a Londres.

CUATRO

—Parece que se adapta bastante bien a Nethercross, señorita Ellerby. —Rupert le señaló un sillón de brocado del salón—. Después del lamentable incidente de anoche, espero que Phoebe la obedezca más.

—Sí, señor. —La institutriz tomó asiento en el sillón indicado con una postura tan puritana y rígida como su fea cofia almidonada y con las manos unidas con fuerza en el regazo—. Nos llevamos bastante bien. Es una niña encantadora.

La voz de la señorita Ellerby transmitía un aprecio genuino.

—¿Lo es? —Rupert se dejó caer en un sillón próximo—. O sea, por supuesto que lo es. Aunque debo confesar que no esperaba que usted viera tan pronto esa faceta suya. *Mademoiselle Audet* la consideraba una niña difícil. Y yo he tenido más problemas con ella que con sus hermanas. Habrá notado que es voluntariosa y no especialmente obediente.

—Phoebe tiene una gran voluntad. —Aunque la señorita Ellerby parecía estar de acuerdo con él, ponía un énfasis distinto en el temperamento de su hija—. Es abierta, valiente y sincera. Pocas chicas de su edad se habrían arriesgado a provocar su enfado por una desconocida, como hizo ella por mí anoche.

—Supongo que eso es cierto. —Rupert había estado tan preocupado por el comportamiento imprudente de Phoebe, que no se había parado a pensar lo admirable que era por su parte confesar la verdad—. De todos modos, espero que haya obedecido mi orden de no ir a los establos por la noche. ¿Usted se ha asegurado de que no se haya escabullido a escondidas?

La señorita Ellerby frunció el ceño con un ademán de indignación.

—No creo que Phoebe haga eso jamás, señor. Puede verse empujada a mostrarse abiertamente desafiante, pero no al engaño.

—¿Empujada? ¿Insinúa usted que yo provoqué que mi hija se porte mal? —Rupert se rebeló ante aquella idea—. Conozco a Phoebe desde el día en que nació. Usted la vio por primera vez ayer.

Su tono afilado hizo que la señorita Ellerby se encogiera levemente, pero se negó a retractarse.

—Eso es cierto, señor. Quizá sus recuerdos de ella como niña pequeña le impidan ver que está creciendo. Cuando le da órdenes o le impone un castigo sin tener en cuenta sus sentimientos, cree que la trata como a una niña mucho más pequeña y resiente mucho eso.

—¿Lo resiente? —Aunque a Rupert le habría gustado desestimar los comentarios de la señorita Ellerby, no podía negar que contenían algo de verdad—. Mi hija tiene que darse cuenta de que el respeto hay que ganárselo.

Los labios apretados de la institutriz se relajaron un poco.

—Eso fue lo que le dije a Phoebe y pareció entenderlo. ¿Usted no cree que su sinceridad de anoche merece algo de respeto? Yo creo que sí.

—Tal vez. —Rupert se preguntó a dónde iría a parar aquello—. ¿Qué es lo que propone?

Aunque la señorita Ellerby pareció agradablemente sorprendida por la pregunta, tenía una respuesta preparada.

—Creo que debería demostrarle su respeto dándole a Phoebe algo más de libertad y permitiéndole demostrar que es capaz de usarla de un modo responsable.

—¿Qué clase de libertad? —Rupert no podía ocultar su renuencia. Quería mantener a sus hijas seguras. La libertad conllevaba riesgos.

—Dele permiso para ver a su pony antes de acostarse.

—Imposible. —Rupert se levantó y empezó a andar adelante y atrás detrás de su sillón—. ¿Usted no oyó nada de lo que dije anoche sobre los problemas que podría traer eso?

—Claro que sí. —La señorita Ellerby parecía intimidada por la resistencia de él, pero decidida a prevalecer de todos modos—. Por eso sugiero un límite de tiempo estricto, que podría ampliarse si Phoebe demuestra que es capaz de cumplirlo. Por supuesto, tendría que ir acompañada de un sirviente de confianza que se asegurara de que no le ocurriese ningún daño ni se pelease con los mozos de estable.

Rupert apretó la mandíbula en un esfuerzo por ocultar cualquier señal de que estuviera ablandándose. ¿Cómo era posible que aquella institutriz tímida pusiera a prueba de ese modo su terca resolución? ¿Podía ser que percibiera que los dos querían lo mismo, pero difería su modo de encarar el problema? Incluso así, Ella parecía entender su preocupación e intentar calmarla.

—Lo pensaré —dijo.

—Gracias, señor. —Los labios apretados de la señorita Ellerby florecieron en una sonrisa radiante que desapareció con tanta rapidez como había llegado e hizo que Rupert se preguntara si no la había imaginado.

—¿De verdad, señorita Ellerby? —La sonrisa que iluminó el rostro de Phoebe cuando se enteró de la decisión de lord Steadwell era tan brillante que a Grace le escocieron un poco los ojos—. ¿Puedo ir a ver a Jem antes de acostarme?

—Eso es lo que dijo tu padre.

Desde que Phoebe se despertara esa mañana, se había esforzado por averiguar algo de la conversación de Grace con su padre. Y la institutriz había pensado que aplazar satisfacer la curiosidad de la niña podía ayudarla a entender la valiosa oportunidad que le había sido otorgada.

—Gracias. —La chica la abrazó y apretó con tanta fuerza que amenazó con romperle las costillas—. No pensaba que podría convencer a mi padre.

Grace dio un respingo para recuperar el aliento que el abrazo violento de Phoebe había alejado de sus pulmones.

—Ha puesto condiciones y es muy importante que las cumplas. Tienes que llevarte siempre a Bessie contigo y solo puedes quedarte diez minutos para empezar. Si demuestras que se puede confiar en que te comportes de un modo responsable, puede que esté dispuesto a conceder más privilegios.

—Lo haré. —Phoebe aflojó el abrazo—. Lo prometo.

Grace se colocó la cofia, que la chica había torcido en su entusiasmo.

—Sospecho que a tu padre también le gustaría que te aplicaras más en los estudios —dijo.

El barón no había dicho nada de eso, pero ella pensaba que valía la pena aprovechar al máximo la gratitud de Phoebe.

La niña asintió con fuerza.

—Eso no será difícil. Estudiar con usted es mucho más interesante de lo que era con *Mademoiselle*, con sus agotadores bordados y las prácticas musicales. Me encanta hacer cuentas y aprender de lugares lejanos.

—*Mademoiselle* hacía un buen trabajo —murmuró Charlotte, poniéndose los guantes—. Nos enseñaba lo que necesitan saber las damas jóvenes, no todas esas tonterías de aritmética, historia y geografía. Los caballeros no admiran a las marisabidillas sin gracia.

Alzó la vista lo suficiente para lanzar una mirada desdeñosa a su institutriz y su hermana.

—Ni a los marimachos.

El comentario cruel de la niña hirió a Grace, aunque no por su insinuación de que ningún caballero se interesaría por ella. No podía imaginar mayor bendición que ser ignorada por todos los hombres que conociera. Lo que le preocupaba era la afirmación de que aprender podía ser un menoscabo para las mujeres. La mayoría de sus antiguos señores habrían estado de acuerdo con Charlotte. Si en los trabajos anteriores de Grace no hubiera habido también algunos pupilos, sus enseñanzas no habrían servido de mucho.

—Supongo que habrá caballeros que prefieran damas capaces de sostener conversaciones inteligentes además de otros logros más convencionales. —Lanzó el comentario a la ligera, mientras miraba a las chicas para cerciorarse de que iban adecuadamente vestidas y arregladas para la iglesia.

No quería entrar en una discusión con Charlotte, quien parecía disfrutar contradiciéndola a cada paso. Por mucho que intentara concentrarse en las buenas cualidades de la chica, que eran numerosas, Charlotte parecía decidida a mostrarle antipatía. Peor aún, alentaba a Sophie a seguir su ejemplo.

—*Mademoiselle* no lo creía así. —Charlotte abrochó los botones de la pelliza de Sophie—. Y consiguió hacerse con un buen marido, así que ella lo debe saber.

Aunque el tono de la chica hacía que pareciera que no se dirigía a nadie en particular, Grace se sintió aludida. En otro tiempo había esperado que el matrimonio la rescatara de la monotonía, la indignidad y la inseguridad de ser una institutriz, igual que el príncipe del cuento de Sophie había rescatado a la protagonista sirvienta. Para su desmayo y dolor de corazón, había aprendido que los hombres a los que atraía su aspecto no tenían intenciones honorables para con una mujer joven sin fortuna ni contactos.

El dolor de esos recuerdos hizo que le resultara imposible dejar pasar el comentario de Charlotte sin refutarlo.

—Tu padre parece pensar de otro modo. Además de la conversación sobre Phoebe, hablamos también largo y tendido del tipo de instrucción que debo daros. Él opina que os sería beneficioso tener una instrucción más rigurosa y yo creo que las tres sois lo bastante inteligentes para aprovecharla.

La invocación a su adorado padre pareció silenciar a Charlotte en el tema. Pero frunció el ceño de un modo tan fiero que hizo temer a Grace que había ganado la batalla solo para perder la guerra.

—¿Cómo consiguió que mi padre aceptara, señorita Ellerby? —preguntó Phoebe cuando Grace le volvía a atar los lazos del pelo—. Casi nunca cambia de opinión una vez que se ha decidido.

—¿De verdad? —Grace recordó algo que había dicho el barón durante su entrevista en

Reading. Algo sobre la terquedad. ¿Por eso había insistido en contratarla a pesar de los recelos mutuos de ambos? ¿Porque había tomado una decisión y no podía o no quería cambiarla? —. Me parece que es un hombre razonable que haría casi lo que fuera por el bien tuyo y de tus hermanas. Yo me limité a apelar a su razón y su cariño por ti.

Puesto así, sonaba muy fácil. Grace sabía que había hecho falta mucha persuasión por su parte para superar la considerable reticencia del barón. Aún no sabía qué le había sorprendido más, si la disposición del lord Steadwell a reconsiderar su decisión o la terca insistencia de ella en que lo hiciera. Nunca había hablado así a ninguno de sus empleadores anteriores. ¿Por qué se había arriesgado a hacerlo con él?

¿Y qué era lo que le había hecho cambiar de opinión? Desde luego, Grace no había empleado argucias femeninas, de las que había visto a menudo que utilizaban las mujeres con sus esposos. Fuera cual fuera la causa, Grace no podía evitar sentirse halagada por haber logrado una hazaña que otros habían intentado y pocos habían conseguido.

—Si no salimos pronto, llegaremos tarde a la iglesia. —El comentario brusco de Charlotte ahogó los pensamientos de Grace, quien de inmediato se sintió culpable.

Era ella la que debía estar pendiente de la hora y meter prisa a las chicas, no al revés. En el futuro debía de tener cuidado con no dejar vagar sus pensamientos de ese modo.

—Tienes razón, Charlotte —guió por señas a Phoebe y a Sophie hacia la puerta—. Vamos, chicas, no queremos hacer esperar a vuestro padre.

Si esperaba que esa concesión suavizara la aversión de Charlotte hacia Elle, se equivocó. La chica agarró a Sophie de la mano y se alejó con prisa, dejando que Grace y Phoebe las siguieran.

—Ya estáis ahí. —Lord Steadwell guardó su reloj de bolsillo cuando las cuatro aparecieron en las escaleras—. Pensaba que tendría que asistir al servicio solo.

—Le pido perdón, señor. —Grace lo miró por encima de las lentes y no pudo evitar notar lo atractivo que estaba esa mañana, con una levita azul bien cortada que realzaba su figura alta y esbelta y sus rasgos distinguidos—. Estaré más atenta la próxima vez.

Él abrió la puerta para que salieran las chicas y ella.

—No tema, señorita Ellerby. Comprendo que es la primera mañana de domingo que prepara a las chicas para la iglesia. Estoy dispuesto a hacer concesiones.

—Estábamos preparadas hace rato —gruñó Charlotte de camino al carruaje—. Al menos Sophie y yo —siguió, ya sentada—. Phoebe se ha desatado los lazos, como siempre, y luego la señorita Ellerby se ha quedado quieta pensativa hasta que le he recordado la hora.

Grace, sentada al lado de Phoebe, se preparó para una regañina de lord Steadwell.

En lugar de eso, él lanzó una sonrisa cálida a Charlotte, se sentó a su lado y puso a Sophie en sus rodillas.

—Ha sido muy amable de tu parte ayudar a la señorita Ellerby —comentó.

Grace apenas pudo contener un respingo. ¿Acaso él no se daba cuenta de que ayudarla a Ella era lo último que su hija tenía en mente?

—Gracias, papá —respondió Charlotte con falsa dulzura y una sonrisa de triunfo—. Siempre puedes confiar en mí.

Grace pensó con amargura que eso era verdad. Podían confiar en que Charlotte socavara su autoridad siempre que pudiera e informara de todos los errores que cometiera su institutriz.

DE CAMINO A LA IGLESIA, Rupert pensó que las opiniones de sus hijas sobre su nueva institutriz

parecían estar tan divididas como las de él.

Sophie seguía echando claramente de menos a *Mademoiselle* Audet y se aferraba a Charlotte, quien parecía resentir la presencia de la señorita Ellerby. ¿Le habría pasado lo mismo con cualquier persona a la que hubiese contratado o la nueva institutriz había hecho algo concreto para provocar la aversión de su hija? A Phoebe, sin embargo, después de años de causar problemas a *Mademoiselle*, parecía que le gustaba la señorita Ellerby.

La niña iba sentada al lado de su nueva institutriz y parecía satisfecha consigo misma y con el mundo.

—Quiero darte las gracias, papá. La señorita Ellerby me ha dicho lo que has decidido sobre que visite a Jem. Haré todo lo que has pedido, lo prometo. Te probaré que puedo ser responsable.

—Me alegraré de que así sea. —contestó Rupert. Entendía por qué Phoebe estaba contenta con la señorita Ellerby. Pero el motivo no le preocupaba, pues aquel era un cambio muy agradable en su hija mediana. Solo esperaba que durara—. No voy a negar que tenía algunas reservas. Pero me pareció muy bien por tu parte que hablastes en favor de la señorita Ellerby. Esa prueba de carácter me convenció de que mereces tener la oportunidad de seguir dándonos más pruebas de él.

Los ojos de Phoebe brillaron con el mismo afecto que solía reservar para su pony. Desde la muerte de su madre, Rupert y Ella se habían enfrentado más veces de las que él quería recordar. Ella era muy distinta a sus hermanas, impulsiva y terca. Él no la quería menos por eso. Pero temía por ella y se sentía obligado a protegerla de su propia temeridad. ¿Había tomado la niña sus esfuerzos por desaprobación u opresión?

Aunque le disgustaría mucho haberse equivocado, confiaba en que Phoebe estaría a la altura y justificaría la fe de la señorita Ellerby en ella. Por el momento, le complacía disfrutar de esa nueva unión con su hija... una bendición que tenía que agradecer a su institutriz.

Lanzó una mirada a la señorita Ellerby, una mirada breve, pues sospechaba que no le gustaba que la observaron. Percibió una suavidad nueva en la severidad habitual de sus rasgos, similar a la sonrisa pasajera de la noche anterior. ¿Por qué parecía estar en guardia contra tales muestras si estas hacían su aspecto mucho más agradable?

No tuvo tiempo de pensar en ello, porque el carruaje se detuvo enfrente de la iglesia parroquial.

—Parece que no llegaremos tarde después de todo. Aún no han empezado a sonar las campanas —murmuró.

Salieron del carruaje y se dirigieron a la iglesia con Charlotte y Sophie tomada de sus manos y Phoebe caminando al lado de la institutriz. Rupert saludaba con inclinaciones de cabeza a los vecinos y campesinos que lo saludaban.

Detectó miradas curiosas y de desaprobación en dirección a la señorita Ellerby y se sorprendió indignándose en su nombre. ¿Por eso proyectaba un aire tan mohíno y severo? ¿Porque estaba acostumbrada a que la juzgaran con dureza por su falta de atractivo? Ahora que era una miembro más de su casa, Rupert no podía reprimir el impulso de defenderla incluso de la censura silenciosa de sus parroquianos. Los cristianos precisamente deberían recordar que la belleza era una cualidad vana, pasajera y aleatoria.

—¡Yuju, lord Steadwell! —Una voz femenina jadeante arrancó a Rupert de sus pensamientos.

Se volvió y vio que la señora Cadmore y su hijo corrían para alcanzarlos. La propiedad de los Cadmore lindaba con Nethercross y Rupert había sostenido una relación cordial con su difunto propietario.

—Buenos días. —Saludó con una inclinación de cabeza—. Vaya, Henry, creo que has crecido varis centímetros en las dos últimas semanas. Pronto serás más alto que tu madre.

—Me temo que es más alto que fuerte —declaró la señora Cadmore, con afecto nervioso—. Por eso no me decido a enviarlo de vuelta al colegio este próximo trimestre. Y hablando de colegios, veo que ha encontrado una sustituta para la institutriz francesa. Siempre me pareció que era demasiado mundana. Espero que esta vez haya encontrado una buena institutriz inglesa.

Aunque Rupert dudaba de que la nacionalidad de *Mademoiselle* Audet hubiese tenido algo que ver con su fuga, se apresuró a presentarle a la señorita Ellerby.

La señora Cadmore la miró con una sonrisita rígida y una mirada bastante crítica, pero al final asintió con aprobación.

—Bienvenida a nuestro pequeño rincón del reino, querida. Parece usted la persona indicada para ofrecer lo que necesitan las encantadoras hijas de su señoría. Si alguna vez necesita un consejo femenino sobre la educación infantil, estaré encantada de ofrecérselo.

—Gracias, señora —murmuró la señorita Ellerby.

—Dudo de que necesite ayuda de esa naturaleza. —Rupert no sabía qué lo impulsaba a hablar como si la defendiera—. La señorita Ellerby ha educado niños casi tanto tiempo como nosotros hemos sido padres.

La señora Cadmore rio como si él hubiese hecho una broma intencionada.

—No dudo de que esté bien cualificada, pero difícilmente podemos comparar la experiencia de una institutriz a sueldo con la de una madre entregada.

La guapa vecina parecía decidida a defender su postura todo lo que hiciese falta. Por suerte, el tañido de la campana de la iglesia los convocó a todos al interior.

Durante el servicio, Rupert se encontró en varias ocasiones pensando en Barbara Cadmore. Su esposo había muerto hacía poco más de un año, pero ella parecía haber dejado atrás la pena y seguido adelante con su vida de un modo sensato. Una parte de él le envidiaba su paz mental. Al año de la muerte de Annabelle, la herida abierta en su corazón lo había atormentado a él aún más que al principio. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si su vecina se habría recuperado mucho más deprisa de la pérdida de su esposo porque no lo había querido hasta un grado tan peligroso.

Rupert empujó ese pensamiento a la parte trasera de su mente y se levantó con la congregación para uno de sus himnos favoritos.

—“Canto el inmenso poder de Dios, que hizo alzarse las montañas”.

Las familiares palabras le brotaban sin esfuerzo. A decir verdad, a menudo se sentía más cerca de su Creador cuando veía los primeros brotes verdes de maíz surgir de la tierra o escuchaba el trino del ruiseñor una tarde tranquila de primavera, que en aquel atractivo edificio antiguo de piedra y cristal. Las partes de la Biblia que más conmovían su alma eran las que hablaban de las glorias de la naturaleza.

Cuando empezó el segundo verso, fue consciente de una voz pura y dulce que vibraba con las palabras del himno. Oyendo cantar a la señorita Ellerby, algo se movió en su interior, igual que cuando oía trinar a un ruiseñor. Al principio, le resultó irónico que una canción tan hermosa brotara de una fuente tan anodina. Después se recordó que no eran el magnífico pavo real ni el elegante cisne los que producían los trinos más encantadores de la naturaleza, sino las pequeñas alondras marrones y los tordos.

Esa idea le hizo sonreír para sí. Por un momento sintió el corazón henchido y ligero como no lo había sentido en mucho tiempo.

LORD STEADWELL TENÍA una buena voz para cantar. Grace la admiró en secreto durante el himno. Poseía una profundidad cálida y rica que añadía un significado especial a las palabras. De algún modo, eso la acercaba más a sus hijas y a él, la hacía sentirse más parte de la familia que en ninguno de sus trabajos anteriores.

Luego se apagaron los acordes finales del himno y la frágil ilusión se quebró. Phoebe y su padre parecían dispuestos a aceptar a la nueva institutriz, y Sophie quizá le diese una oportunidad... de no ser por Charlotte. Pensando en su anterior intercambio de palabras con la hija mayor de lord Steadwell, Grace imploró en silencio al Altísimo que le diera más paciencia y la ayudara a encontrar el modo de ganarse, al menos, el respeto de la niña si no podía ganarse su cariño.

No le llegó ninguna revelación brillante, pero salió del servicio sintiéndose fortalecida y alentada. Como aseguraban las últimas palabras del himno... dondequiera que fuese la semana siguiente, la presencia de Dios iría con ella.

Al salir de la iglesia, lord Steadwell le presentó al vicario, quien la saludó con cordialidad.

—¿Ellerby? ¿No estará por casualidad emparentada con el reverendo Jonah Ellerby, el difunto vicario de Witney?

—Soy su hija, señor. ¿Conoció usted a mi padre?

El vicario sonrió.

—Fuimos juntos a la escuela. Era un buen hombre y un predicador muy motivador. Su muerte fue una pérdida triste para la iglesia y sus amigos. Pero es un placer conocer a su hija. Tengo que pedirle a mi hermana que la invite a tomar el té en la vicaría para que nos conozcamos mejor.

Una rara sensación de felicidad inundó el corazón de Grace. Podía imaginar pocas cosas más agradables que la oportunidad de conversar con un viejo amigo de su padre.

—¡Vaya, gracias, señor! —Olvidó su resolución de no sonreír en presencia de lord Steadwell—. Sería un gran placer...

—Es muy amable de su parte, vicario —la interrumpió el barón—. Quizá cuando cierre el Parlamento en verano, la señorita Ellerby no estará tan ocupada con mis hijas como en mi ausencia.

—Sí, por supuesto. —El vicario sonrió con aire de disculpa—. Tenía que haber pensado en sus deberes, señorita Ellerby. Cuando esté menos ocupada, quizá.

Aunque ella asintió con aire sumiso, su corazón se rebeló. ¿Por qué la había interrumpido su señoría de un modo tan imperioso? ¿Pretendía insinuar que una breve visita a la vicaría interferiría con sus deberes?

Mantuvo un silencio helado mientras cruzaban el patio de la iglesia, pero el barón no parecía notar que estuviese enfadada con él. O lo notaba, pero le daba igual.

La mayoría de los parroquianos habían partido ya para sus casas, pero la señora Cadmore y su hijo seguían en la verja. Ella era una mujer atractiva, que parecía unos años mayor que Grace, con abundante cabello peinado de un modo elaborado. Su pelliza de color lavanda y su elegante sombrero gris sugerían que había salido hacía poco del periodo tradicional de luto. Su hijo se parecía mucho a ella.

Aunque la mujer había sido lo bastante amable, de un modo algo condescendiente, su estilo le recordaba a Grace mucho a su madrastra. Percibía que la vecina del barón solo aprobaba su presencia porque era poco atractiva. Si hubiese asistido esa mañana a la iglesia sin la cofia blanca

almidonada y las lentes y vestida con ropa más elegante, no tenía dudas de que la respuesta de la señora Cadmore habría sido muy diferente.

—¡Ah, lord Steadwell! —La mujer alzó una mano cubierta con un guante gris y movió los dedos en un saludo coqueto—. Se me ha ocurrido una buena idea. Ahora que ha contratado una institutriz, tiene que traer a sus hijas de visita a Dungrove. Sé que a Henry le complacería tener compañía, ¿verdad, hijo?

El muchacho asintió, aunque sin gran entusiasmo.

—¿Podemos ir, papá, por favor? —preguntó Charlotte.

Lord Steadwell negó con la cabeza.

—Me temo que yo debo ir a Londres la próxima semana y tengo montones de tareas que atender antes de eso. Pero la señorita Ellerby puede llevar a las chicas a visitarlos cuando usted desee.

—Eso sería... muy agradable. —La señora Cadmore parecía tan poco encantada con la idea como Grace.

Obviamente, la invitación se había hecho pensando en lord Steadwell. Esa idea irritó a Grace, aunque no pudo decidir por qué. No se le había ocurrido la posibilidad de que el barón pudiera volver a casarse en algún momento. La prudencia le decía que un acontecimiento así iría en su beneficio. Pero se estaba acostumbrando a servir en una casa sin dueña y había descubierto que le gustaba más de lo que había anticipado. Con suerte, cuando lord Steadwell regresara al Parlamento, su situación mejoraría aún más. Durante varios días a la semana, estaría sola al cargo de las niñas. Tal vez eso alentara a Charlotte y a Sophie a aceptarla como una parte inevitable de sus vidas.

Además, después de haber sufrido a una madrastra muy desagradable en su juventud, no deseaba una prueba así para las hijas de lord Steadwell.

Ni siquiera para Charlotte.

CINCO

Cuando Rupert volvía a casa después de su primera semana en la Cámara de los Lores, iba pensando cómo les habría ido a las chicas en su ausencia.

Había sido una semana ajetreada, con mucha legislación nueva pendiente una vez acabada la guerra... si es que se había acabado de verdad, pues circulaban rumores perturbadores de que Bonaparte había escapado de la isla de Elba. Rupert no podía imaginar cómo demonios había permitido la Marina Real que ocurriese eso. Lo que más lo confundía era que muy pocas personas parecían considerar alarmante esa noticia. Para él, desde luego, lo era, aunque por el momento sus pensamientos estaban ocupados con un conflicto en potencia a una escala más íntima.

No le había resultado fácil despedirse de sus hijas para marcharse a Londres. Sophie se había aferrado a él llorando, suplicándole que no se fuera y Charlotte le había suplicado que las llevase con él. Solo Phoebe se había mostrado resignada a su marcha, aunque lo había despedido con el abrazo más cariñoso que le había dado en bastante tiempo. Rupert confiaba en que la señorita Ellerby no hubiese dejado a su hija mediana campar a sus anchas ni se hubiera mostrado demasiado estricta con sus hermanas. Durante la última semana que él había pasado en Nethercross, la institutriz se había mostrado más silenciosa y fría que nunca.

Rupert se cuestionó una vez más si había sido un error elegir una institutriz para sus hijas basándose principalmente en que fuera poco probable que atrajera pretendientes. Y al recordar la atención que le había prestado el vicario, pensó que ni siquiera podía confiar en eso. Quizá aquello no fuese un interés romántico, pues el hombre era lo bastante mayor para ser su padre, pero eso también podía ser una razón más para que el vicario no pudiera permitirse ser muy exigente si buscaba esposa.

La cautela había impulsado a Rupert a desalentar cualquier futuro encuentro entre los dos. Si la señorita Ellerby necesitaba compañía de adultos, haría mejor en cultivar a la de la señora Cadmore, a quién parecía que le había caído bien.

Rupert miró el campo oscurecido y frunció el ceño. Los Lores habían terminado tarde la sesión y uno de los caballos del tiro se había clavado una piedra en el casco durante el viaje. Esos retrasos habían acabado con su esperanza de llegar a casa a tiempo de dar las buenas noches a las niñas y oír sus noticias de la semana.

Por supuesto, siempre podía ver a sus hijas al día siguiente. Pero esperaba tener un día ajetreado conferenciando con su administrador sobre la siembra de primavera y yendo a caballo a inspeccionar los progresos de algunas mejoras que estaba implantando en la propiedad. En parte envidiaba a sus compañeros nobles, que podían instalarse en Londres durante meses y dejar la administración de sus tierras en manos de personas contratadas. La familia de Rupert nunca

había hecho eso.

Cuando el carruaje se detuvo delante de Nethercross, no pudo evitar mirar las ventanas del ala infantil, aunque sabía que era demasiado tarde. Quizá las chicas habían suplicado que las dejaran quedarse despiertas más tiempo para recibirlo.

Pero las ventanas estaban oscuras.

Rupert reprimió una punzada de decepción. ¿Habían puesto en duda sus hijas que regresaría esa noche? ¿Se habían acostado sintiendo que les había fallado? La fiabilidad era una cualidad que valoraba en otros y se esforzaba por cultivar él. Le dolería que sus hijas pensaran de él otra cosa.

Cuando bajó del carruaje y entró en la casa en silencio, se le ocurrió una posibilidad más agradable. ¿Y si las chicas habían esperado su regreso esa noche, pero la señorita Ellerby había desestimado sus súplicas y las había enviado a dormir a la hora habitual? Eso parecía mucho más probable. La nueva institutriz daba una imagen estricta y rígida, y probablemente no comprendía bien los puntos más sensibles de las niñas. Tendría que hablar de eso con ella. En Nethercross, esperaba que la rutina sana y la disciplina estuvieran acompañadas de comprensión y bondad.

Rupert rumiaba esos pensamientos mientras subía las escaleras y recorría el pasillo oscuro hasta la zona infantil. No se le ocurriría despertar a sus hijas si estaban dormidas, pero se sentía obligado a ir a verlas.

Se deslizó en el dormitorio de las niñas con movimientos lentos y silencioso y permaneció callado, escuchando para oír la respiración tranquila de las chicas que le asegurara que todo iba bien. En vez de eso, oyó un gemido en la dirección de la cama de Sophie. Tuvo la sensación de que el sonido entraba en su pecho y le estrujaba con fuerza el corazón.

Pero antes de que pudiese correr al lado de su cama, otro sonido lo detuvo.

Era un murmullo bajo y reconfortante.

—Estoy aquí, Sophie. No pasa nada. Has tenido una pesadilla. Sé que te pueden asustar, pero te prometo que no son reales.

¿Era posible que fuese la institutriz estricta?

—Parecía real. —El gemido quejoso de Sophie logró que Rupert quisiera abrazarla con fuerza y no soltarla jamás.

Pero parecía que a su hija la estaban consolando bastante bien sin él.

—Quizá ayudaría que me contaras tu sueño —le pidió la señorita Ellerby—. Así podrías ver que no puede ser verdad.

Sophie vaciló un momento y después empezó a hablar. Su voz sonaba ya menos llorosa, como si el esfuerzo por recordar el sueño la ayudara a liberarse de su oscura servidumbre.

—Yo estaba explorando la casa, buscando a la gente, pero algunas habitaciones no eran de la casa. Donde tendría que estar el salón era como el interior de una iglesia y el estudio de papá parecía una tienda del pueblo. No sabía cómo había llegado eso a Nethercross.

—No es posible, ¿verdad? —La voz de la señorita Ellerby no se parecía a nada de lo que Rupert le había oído antes... exceptuando cuando cantaba himnos los domingos—. Lo que significa que tu sueño no podía ser real.

—Llamaba a *Mazell* y a papá —continuó Sophie—. Me parecía que oía sus voces detrás de las puertas. Pero cuando las abría, las habitaciones estaban vacías.

Rupert había tenido un sueño como ese. Mientras escuchaba a Sophie contárselo a su institutriz, la frustración y la decepción se iban apoderando de él y abrumándolo. Soñaba que deambulaba por una casa vacía buscando en vano a Annabelle. A veces captaba el susurro prometedor de su voz detrás de una puerta cerrada, pero, cuando la abría, Ella siempre se había

ido, dejando solo un eco lejano de pasos para impulsarlo a seguir.

—Eso seguro que te ha asustado. —La voz de la señorita Ellerby trasmitía una comprensión profunda, como si ella también hubiera estado perdida en aquel sueño perturbador y solitario—. Nadie quiere estar sola sin la gente a la que queremos.

De nuevo percibió Rupert que la mujer hablaba por dolorosa experiencia. Estaba sola en el mundo y lo había estado durante muchos años. ¿Cuántos años tenía cuando había perdido a sus padres? ¿La edad de Charlotte? ¿La de Sophie? A pesar de lo duro que había sido soportar la pérdida de su esposa, él había vivido esa pena acompañado por el dolor de sus hijas por su madre. Rupert tenía la fe suficiente para no temer a la muerte por sí mismo, pero no soportaba la idea de dejar huérfanas a sus hijas. E, incluso si ocurría, al menos se tendrían unas a otras. Grace Ellerby no tenía a nadie.

¿Era de extrañar que se mostrara tan misteriosa y solitaria? Quizá tenía miedo de dejar que la gente se acercara demasiado por temor a perderla. Él comprendía muy bien ese instinto de autoprotección. Y sintió una punzada de remordimientos al recordar cómo la había desalentado de visitar al vicario.

—No estás sola, Sophie —susurró la señorita Ellerby. Rupert apenas divisaba su figura inclinada sobre su hija, quizá alisándole el pelo o acariciándole la mejilla—. Tu padre vendrá pronto a casa. Charlotte y Phoebe están durmiendo cerca y yo estoy aquí contigo. Me quedaré todo el tiempo que me necesites.

—¿De verdad? —Sophie sorbió con fuerza—. *Mamzell* se enfadaba conmigo cuando me despertaba por la noche.

—No creo que se enfadara de verdad —le aseguró la señorita Ellerby—. Algunas personas reaccionan con mal humor cuando las despiertan de pronto.

—¿Usted también?

—Algunas veces. Pero esta noche no, y nunca cuando me necesites. ¿Quieres saber lo que hago yo para volver a dormirme cuando he tenido una pesadilla?

Sophie seguramente asintió, porque la institutriz continuó hablando.

—Cierro los ojos y me imagino de vuelta en el sueño. Solo que esta vez estoy un poco despierta y puedo hacer que pase lo que yo quiero.

—¿De verdad? —La chica parecía dudosa. Rupert no la culpaba por ello—. Pero yo no quiero volver a ese sueño.

—Lo sé, pero si lo intentas, te prometo que hará que te sientas mucho mejor. Solo escucha mi voz e imagina lo que yo digo. Estoy segura de que puedes hacerlo, porque eres muy buena imaginando cosas. Piensa que es uno de los cuentos de *Mamá Oca*. Solo que esta vez el cuento es sobre ti en vez de sobre Cenicienta o el gato con botas.

—Está bien —murmuró Sophie, después de una pausa vacilante—. Lo probaré.

—Eres una chica valiente. —El afecto tranquilizador que expresaba la voz de la señorita Ellerby hizo sonreír a Rupert en la oscuridad.

—Ahora imagínate en una de esas habitaciones. ¿Cuál vas a elegir?

Sophie pensó un momento.

—El cuarto de la música. Estoy en la puerta y alguien está tocando el piano. Es una pieza que tocaba mucho *Mamzell*. Pero cuando abro la puerta, no hay nadie.

—No te precipites —le aconsejó la institutriz con paciencia gentil—. Estás en la puerta de la sala de música y oyes tocar el piano. Pero no entras sin avisar. Llamas educadamente a la puerta y esperas un momento.

—Está bien. Ya he llamado.

—Muy bien. —La voz de la señorita Ellerby contenía una risita reprimida—. Ahora el piano se queda en silencio y tú oyes pasos que se acercan a la puerta. ¿Los oyes?

—Creo que sí. —Sophie terminó la frase con un bostezo.

¿Era posible que aquella ocurrencia poco ortodoxa de la institutriz ayudara a la niña a volver a dormirse?

—Concéntrate en los pasos —sugirió la señorita Ellerby—. ¿Son pasos ligeros y llenos de gracia como los de Charlotte o pasos rápidos como los de Phoebe? O...

—Son los pasos de papá. —Sophie parecía sorprendida por los detalles que podía producir su imaginación—. Más pesados que los de mis hermanas, pero casi silenciosos y no muy rápidos.

Rupert se dio cuenta de que él efectivamente andaba así... con pasos medidos y silenciosos.

—Excelente. —La voz de la señorita Ellerby se volvió más baja—. Escucha esos pasos. Se acercan. Ahora se abre la puerta y allí está tu papá, muy atractivo con su levita azul y sus pantalones negros.

¿La mujer lo consideraba atractivo? Rupert se irguió un poco y su pecho se expandió.

—Te sonrío —prosiguió la institutriz—. Y sus ojos oscuros brillan. Te tiende la mano y dice: “Sophie, gracias a Dios que has llegado por fin. Ahora iba a ir a buscarte. Estamos preparando un concierto y tú vas a ser la invitada de honor”.

—¿Yo? —preguntó Sophie con un murmullo somnoliento. Rupert notó que le hablaba a su imagen de él.

—“Pero, por supuesto” —respondió la señorita Ellerby—. “Ven a escuchar la música sentada en mis rodillas. Después nos retiraremos al comedor a tomar café y ponche”.

—¿La señorita Elle también cantará? —preguntó Sophie, medio dormida.

—“¿Te gustaría que cantara?” —preguntó la institutriz, con una voz tan suave que Rupert tuvo que esforzarse para captar sus palabras. ¿Detectaba un amago de emoción en su voz?

—Ah, sí. —Sophie volvió a bostezar—. Me gusta cómo canta.

—“En ese caso, enviaremos a buscarla para que venga. Phoebe, llama a la señorita Ellerby. Dile que Sophie quiere oírla cantar”. —Cuando hablaba la institutriz como si fuera él, a Rupert le parecía que podía oír las palabras con su propia voz.

—Le das la mano a tu padre y entras en la sala de música. *Mademoiselle* te sonrío desde el piano y empieza a tocar tu melodía favorita. —A medida que describía la escena, la voz de la señorita Ellerby se iba haciendo cada vez más suave, hasta que Rupert ya no pudo entender sus palabras.

Pronto murió también el murmullo de su voz y a él no le cupo duda de que Sophie se había vuelto a dormir.

Al parecer, la idea de la señorita Ellerby había funcionado perfectamente. ¿Quién iba a pensar que esa mujer tenía tanta capacidad para consolar y cuidar?

“Yo no”, reconoció Rupert, molesto consigo mismo. En vez de eso, había hecho exactamente lo que le había dicho a Charlotte que no hiciera: juzgar a la miembro más reciente de su casa basado en las apariencias. Después de esa noche, dudaba mucho de que volviera a ver a la señorita Ellerby del mismo modo.

¿SE HABÍA GANADO A SOPHIE? Grace, sentada en el borde de la cama de la niña, escuchaba su respiración tranquila con la esperanza de que ese proceso hubiese empezado por fin. El hecho de

que la niña hubiera querido incluirla en el sueño con el resto de su familia era un buen augurio.

Se estremeció y reprimió un bostezo. Ahora que su pequeña pupila se había dormido, era hora de regresar a su lecho. Pero algo le hizo permanecer más rato cerca de la niña dormida, saboreando el recuerdo de tener a Sophie en sus brazos. Eso contribuía a llenar un vacío en su corazón, pero también le recordaba que dicho vacío existía... algo que se había esforzado mucho por negar.

El último cambio en su vida había hecho que llevara tiempo sin noticias de sus amigas. Les había escrito a todas para hablarles de su nuevo trabajo y decirles dónde podían localizarla, pero todavía era demasiado pronto para esperar respuestas. Y Grace anhelaba tener noticias de lo que hacían y comprobar que seguían apreciándola después de tantos años separadas.

Besó suavemente a Sophie en la frente, con cuidado para no alterar su descanso. A continuación, se levantó en silencio de la cama para volver a la suya. Solo había recorrido unos pasos cuando una figura grande y oscura salió de las sombras a su paso.

En su garganta se formó un grito estrangulado y retrocedió de un salto.

La otra persona se sobresaltó también.

—Disculpe, señorita Ellerby —susurró con rapidez—. No era mi intención asustarla.

Eso era lo que lord Steadwell había hecho, aunque no hubiera sido su intención. A Grace le latía el corazón con tal fuerza que temía que saliera disparado de su cuerpo. Tragó aire varias veces seguidas, que no parecían suficientes. No tenía aliento para hablar, lo cual probablemente era una bendición, pues temía las palabras que pudiese pronunciar.

El barón seguramente se sintió obligado a romper el silencio.

—Acabo de volver de Londres y quería ver si las niñas están bien. Tenía que haber hecho notar mi presencia de inmediato, pero tenía miedo de que eso le impidiera lograr que Sophie se volviera a dormir.

Los nervios alterados de Grace empezaban a asentarse y comprendió que él probablemente tenía razón.

—Lamento haberla asustado. ¿Se siente mareada? —Lord Steadwell seguramente pensaba en la entrevista en el café Reading. Extendió el brazo en la oscuridad, rozó el brazo de ella y lo sujetó—. Quizá deba venir abajo y tomar una taza de leche caliente para calmar los nervios.

¿Bajar a la luz, donde la vería sin las lentes, la cofia ni ninguna de sus protecciones habituales? Aunque eso resultaría peligroso en cualquier momento, Grace no podía permitirse que ocurriera en esa hora oscura y con poca ropa, lo que la hacía más vulnerable.

—No. Ah... gracias, señor. Eso no será necesario. No corro peligro de... de desmayarme, se lo aseguro.

Mientras pronunciaba esas palabras con un susurro jadeante, retiró su brazo con fuerza y se tambaleó hacia atrás. Una parte estúpida de ella lamentó la necesidad de romper el contacto con él con tal brusquedad. La mano de él no le había resultado amenazadora en ningún sentido, solo preocupada y protectora. Y Ella había respondido al contacto con algo más que miedo.

—Por su voz, no parece estar bien —insistió el barón—. Está asustada y confundida, lo cual es culpa mía. Por favor, dígame lo que puedo hacer para resarcirla por esto.

—Nada, señor. Es decir... no es necesario. —Grace había recuperado por fin el aliento y su corazón se había frenado hasta un ritmo parecido al de sus latidos normales.

Sin embargo, todos sus sentidos parecían estar en alerta. A pesar de la oscuridad, podía distinguir el contorno del perfil de lord Steadwell. Sus oídos captaban cada una de las respiraciones de él y el brazo le cosquilleaba con el recuerdo de su contacto.

—Sé que no pretendía asustarme. Tendría que haberlo oído llegar, pero estaba muy distraída

con Sophie.

—Desde luego que sí. —El tono aprobador de él prometía satisfacer un anhelo interior de ella, siempre que se dejara—. Y ha hecho un trabajo excelente calmándola. La próxima vez que me despierte una pesadilla, tengo que probar su consejo de volver al sueño y hacer que termine mejor.

—¿Usted tiene pesadillas? —Grace no sabía por qué le sorprendía tanto aquello. ¿Había asumido que, como los hombres tenían mucho más poder y capacidad de decisión en sus vidas, no podían ser presa de miedos incomprensibles e infundados?

Tan aturdida por el tenor íntimo de la conversación como lo había estado por su contacto, Grace no supo qué contestar. Una parte de ella quería cambiar de tema, preguntarle cómo había ido su primera semana en Londres. Para su sorpresa, su ausencia no le había producido tanto alivio como esperaba. Más de una vez durante la semana se había sorprendido pendiente de sus pasos en el corredor a la hora de acostarse de las niñas. En ese momento, a pesar del susto que le había dado, se alegraba de tenerlo en casa... por sus hijas, por supuesto. Habían echado de menos a su padre y esa sensación parecía ser contagiosa.

Pero el deber y la prudencia le impedían entregarse a una charla nocturna con su señoría que podía despertar a sus hijas durmientes.

—Las chicas se alegrarán mucho de verlo mañana, señor. Y ahora, si me disculpa, tengo que retirarme a dormir.

—Por supuesto, señorita Ellerby. No pretendía entretenerla. Espero que su sueño sea tan placentero como el que ha ayudado a tener a Sophie. —Él retrocedió para dejarle espacio para pasar a su lado y dirigirse a la habitación contigua.

Una vez allí, Grace cerró la puerta en silencio tras de sí y pensó si debía echar el cerrojo. Decidió no hacerlo. Estaba segura de que lord Steadwell no sentía ningún interés de ese tipo por la aburrida y fea institutriz. Y empezaba a tener confianza en que él nunca haría nada deshonesto, aunque llegase a verla sin el disfraz.

¿QUÉ TENÍA la señorita Ellerby que hacía que él se sintiese capaz de hablarle de Annabelle? Cuando se despertó a la mañana siguiente, después de una noche de sueño reparador, Rupert pensó en su conversación en susurros de la noche anterior. ¿Podía ser porque era una extraña que no había conocido a su difunta esposa? ¿O era la sensación que tenía él de que ella había vivido una gran pérdida en su propia vida y podía comprender los sentimientos que a menudo lo confundían tanto como lo herían?

Fuera cual fuese la razón, tenía un día ajetreado por delante y no podía perder tiempo ponderando tales cuestiones. Saltó de la cama para afeitarse y vestirse. Cuando se ponía la ropa, se le ocurrió que debía desayunar en el ala infantil con sus hijas. Tenía que comer en alguna parte y eso le daría ocasión de pasar tiempo con ellas.

Cuando llegó, encontró a las chicas vestidas y en el proceso de que las peinaran.

—¡Papá, estás en casa! —Sophie se apartó de la señorita Ellerby y se arrojó en sus brazos—. ¿Acabas de llegar? ¿Por qué no viniste anoche?

—Lo siento, pero llegué muy tarde. —Rupert abrazó a la niña con fuerza y se inclinó a besar a sus hermanas, que se habían acercado también. Explicó las circunstancias que lo habían retrasado—. Vine a veros, pero ya estabais dormidas. ¿Puedo quedarme a desayunar para que estemos un rato juntos antes de empezar a trabajar en los asuntos de las tierras?

Lanzó una mirada a la señorita Ellerby, enarcando una ceja para pedirle permiso sin palabras. Después de todo, estaba en sus dominios.

Antes de que ella pudiera contestar, se le adelantó Charlotte.

—Por supuesto, papá. ¿Por qué te iba a impedir alguien eso? Te hemos echado mucho de menos esta semana.

Pronto estaban todos apretados en torno a la mesa, disfrutando de un sano desayuno campestre. La señorita Ellerby parecía vacilar en unirse a las chicas con su padre allí, pero Rupert insistió. No consiguió saber si se sentía complacida por ser incluida en la familia o molesta por la perturbación que había creado él. Tal vez un poco de ambas cosas.

—¿Dónde se clavó la piedra tu pobrecito caballo, papá? —Phoebe parecía más interesada por eso que por ninguna otra cosa que pudiera contar él.

Sophie tiró de la manga de su padre mientras esta contaba todos los detalles del caballo cojo.

—Anoche tuve una pesadilla, papá. Pero vino la señorita Elle y se pasó.

Rupert la escuchó con atención, como si aquello fuese nuevo para él. Sin embargo, no pudo evitar lanzar una mirada a la señorita Ellerby. De algún modo, esperaba que se portara de un modo diferente después de lo de la noche anterior, pero se mostraba tan a la defensiva como siempre. De no ser porque su hija le contaba lo ocurrido, él habría podido preguntarse si todo lo que había oído habría sido un sueño.

—No había necesidad de despertar a otra persona, Sophie. —Charlotte pinchó con el tenedor en su plato con ceño ofendido—. Si tenías una pesadilla, podías haberme llamado a mí.

Sophie negó con la cabeza.

—Llamé y llamé, pero no viniste. La señorita Ella sí vino y me dijo cómo hacer que desapareciera la pesadilla.

La explicación de la niña no pareció aplacar a Charlotte, quien cambió de tema con brusquedad.

—¿Has tenido una buena semana en Londres, papá? ¿Qué has hecho?

Él les habló entonces de algunos asuntos de la Cámara de los Lores, pero no mencionó ninguno de los preocupantes rumores sobre Napoleón.

—Y el miércoles por la tarde asistí a una fiesta social.

—¿Te gustó, papá? —preguntó Charlotte—. ¿Hubo baile? ¿Las damas llevaban vestidos hermosos?

—En esos acontecimientos siempre hay baile. —Él había bailado unas cuantas piezas para mostrarse sociable—. Y todo el mundo iba muy bien vestido.

Su hija se las arregló para extraerle unos cuantos detalles más, pero Rupert se abstuvo de mencionar el propósito con el que había ido a la fiesta: buscar una futura esposa. A ese respecto, el evento había sido una decepción. Dondequiera que miraba, había madres ambiciosas empujando a sus hijas casaderas en su dirección. Nunca había conocido a tantas jovencitas en una noche, todas con la cabeza llena de expectativas románticas sobre el matrimonio. Y Rupert no tenía la menor intención de alentarlas.

Lo que necesitaba en una esposa era madurez, compatibilidad y la voluntad práctica de conformarse con el tipo de matrimonio que él podía darle. Eso no incluía la profunda intimidad que había compartido con Annabelle. Después de haberse asomado brevemente al mercado matrimonial, empezaba a preguntarse si pedía demasiado.

—Contadme qué habéis hecho vosotras esta semana —pidió a las chicas.

—No ha pasado nada interesante —murmuró Charlotte—. Excepto que la señora Cadmore nos ha enviado una invitación para ir a Dungrove el próximo jueves. Será agradable ir de visita,

aunque preferiríamos ir a Londres contigo, papá.

—Hablar por ti, Charlotte. —Phoebe puso una cara que hizo que la señorita Ellerby se mordiera el labio inferior y se llevara la taza de té a los labios para dar un trago largo—. Yo soy mucho más feliz en el campo.

Mientras las niñas discutían sobre las ventajas de la ciudad frente a las del campo, Rupert se sorprendió pensando en Barbara Cadmore. Era una mujer atractiva, que poseía las cualidades que buscaba en una esposa. Era madre de un hijo, y lo bastante joven aún para tener más. Una unión entre ellos la beneficiaría también a ella. Podría ayudar a cuidar de Dungrove hasta que su pequeño Henry fuese mayor de edad y se hiciese cargo. Cuanto más pensaba en la dama como candidata al matrimonio, más sensata le parecía esa elección.

Su corazón protestó, pero él lo silenció con determinación.

—Niñas —intervino la señorita Ellerby cuando la discusión entre Charlotte y Phoebe amenazaba con escalar hasta una riña fuerte—. Tened la amabilidad de ser educadas o vuestro padre quizá no quiera compartir más comidas con nosotras en el futuro. ¿No es así, señor?

—Desde luego que sí. —Aunque no hubiese estado de acuerdo, Rupert se habría sentido obligado a apoyarla—. No puedo permitir las riñas. Ya tengo más que suficientes en el Parlamento. Disfruta de la libertad del campo mientras puedas, Charlotte. No pasará mucho tiempo hasta que me vea obligado a llevarte a Londres para presentarte en sociedad.

—A mí la semana se me ha pasado deprisa. —Phoebe movió la cabeza en un gesto de desafío con su hermana mayor—. Me gustan todas las cosas nuevas que nos enseña la señorita Ellerby. He aprendido mucho.

Una sonrisa momentánea iluminó el rostro de la institutriz antes de que ella se diera cuenta y la reprimiera.

—Yo estoy muy contenta con sus progresos. Sus hijas son muy inteligentes, lord Steadwell.

Él le había dicho en una ocasión que elogiar a sus hijas era un modo seguro de ganarse su aprobación. Sin embargo, percibía que sus palabras eran sinceras, lo cual hacía que su elogio lo complaciera todavía más.

—Además de ser una alumna muy atenta —continuó la institutriz—, Phoebe ha seguido fielmente sus instrucciones para ir a los establos. Creo que se ha ganado un periodo de visita más largo.

—Me complace mucho oír eso. —Rupert extendió el brazo y le dio a su hija una palmada cariñosa en el hombro. Ese era un caso en el que no le importaba haberse equivocado—. Muy bien, señorita Ellerby. Si cree que Phoebe ha mostrado suficiente responsabilidad para merecer más tiempo, lo tendrá.

—Gracias, papá. —La niña le tomó la mano y se le llevó a los labios—. No te fallaré.

—Tengo fe en ti —contestó él. Sonrió a Phoebe y luego volvió la sonrisa a la institutriz, agradecida por el modo en que había lidiado con su rebelde hija mediana. Era como si hubiera conseguido suavizar a una yegua joven y terca y empezado a entrenarla para ser una campeona.

La institutriz apartó la vista para fijarla en las chicas, en su desayuno, en cualquier lugar que no fuera él. No importaba. Rupert podía tolerar su poca sociabilidad siempre que trabajara tan bien con las chicas.

—Yo también he aprendido, papá. —Los ojos de Sophie brillaban con la inteligencia vivaz de su madre—. Ya sé leer veinte palabras nuevas y encontrar una docena de países en la esfera. Quiero visitarlos todos algún día.

—No digas tonterías —murmuró Charlotte—. Cuando seas mayor, irás a Londres y quizá a una buena casa en el campo, si tu marido tiene una. No necesitarás todos estos conocimientos

inútiles que nos están metiendo en la cabeza.

Aunque no le gustaba contradecir a su hija, Rupert se sintió obligado a señalar:

—Yo no creo que ningún conocimiento sea totalmente inútil. Es mejor estar bien informadas que ser ignorantes.

Charlotte palideció como si la hubiese abofeteado, lo cual hizo que a Rupert se le contrajera el estómago en una bola tensa de culpabilidad. La señorita Ellerby se arreglaba bien con las chicas. ¿Qué había hecho para antagonizar a su hija mayor? ¿O era culpa de él por haberse apoyado tanto en Charlotte tras la abrupta marcha de *Mademoiselle*, que la niña se sentía desplazada por una institutriz nueva, fuera quien fuera?

El reloj de la chimenea dio la hora, lo que le recordó sus deberes como propietario de tierras, que chocaban con su deseo de ser un padre atento.

—Me temo que debo marcharme. Hay muchos asuntos que requieren mi atención.

Las caras alicaídas de las niñas fueron como un reproche para él.

—Pero quizá podáis venir conmigo. Charlotte y Phoebe pueden montar sus ponis y Sophie venir en mi caballo. ¿Os gustaría eso?

Phoebe lanzó un grito de alegría muy impropio de una dama y Sophie asintió con entusiasmo con la cabeza. Charlotte era la única que no parecía deseosa de aceptar la invitación.

—Prefiero quedarme en casa a bordar, papá. Últimamente he tenido muy poco tiempo para eso.

—Como quieras. —Rupert intentó suprimir una punzada de decepción—. Otro día, pues.

Su hija crecía demasiado deprisa y él temía haber acelerado el proceso. La chica necesitaba una madre que la guiara en los próximos años, en el camino hasta convertirse en mujer. Todas la necesitaban.

Quizá durante el recorrido de ese día, Phoebe, Sophie y él pudiesen hacer una visita breve a los Cadmore.

SEIS

¿Charlotte la aceptaría alguna vez?

Grace suspiró pesadamente y hundió la punta de la pluma en el tintero para empezar una carta a su amiga Hannah Fletcher. Hacía poco que había acostado a las chicas y estaba libre para entregarse al placer de la correspondencia. El día anterior había recibido una larga carta de Hannah y cada una de sus palabras parecía atravesar las millas que las separaban con un interés tierno y comprensión. No era lo mismo que sentarse para una larga conversación cara a cara, pero era lo más próximo a eso que tenían.

¡Cuánto deseaba Grace volver a ver a sus amigas! Después de dejar la escuela, no había conocido a ninguna otra persona a quien pudiera hablar con la misma libertad. Las institutrices vivían en una especie de tierra de nadie, por debajo de las familias que las contrataban, pero por encima de los sirvientes. Y no se veía bien la familiaridad con ninguno de los dos grupos. A ella no le había importado eso, hasta hacía poco.

De pronto se encontraba queriendo a Phoebe y a Sophie más profundamente de lo que había querido a sus anteriores pupilas. ¿Era porque crecían sin madre igual que ella? Percibía lo que necesitaban y anhelaba proporcionárselo. Le habría gustado hacer lo mismo por Charlotte, si la niña se lo hubiera permitido. Pero cuanto más se esforzaba Grace, más se cerraba la chica en sí misma. Quizá Hannah pudiera aconsejarla sobre cómo manejar la situación. Siempre había tenido una cabeza muy sensata sobre los hombros.

Grace, impaciente por dar rienda suelta a su frustración en el papel, se recordó que debía sentirse agradecida de haberse ganado a las otras dos chicas. También había sido afortunada en lograr el apoyo de su padre, aunque no estaba segura de hasta dónde se podía extender.

La pluma rascaba suavemente el papel mientras escribía sobre el día en que Charlotte había rehusado fríamente ir a montar con sus hermanas y su padre.

Más tarde oí sollozos apagados y la encontré acurrucada en el asiento de la ventana, viendo alejarse al resto de su familia. Hablé con ella con toda la gentileza que pude y le pregunté si había cambiado de idea respecto a ir con ellos.

Se levantó de un salto, con una mirada tan feroz que temí que me iba a pegar. Contestó que a mí no me importaba nada lo que Ella sintiera y me exigió que la dejara sola. Aunque su grosería me irritó bastante, el dolor y la tristeza de sus ojos me conmovieron. Creo que su resentimiento por mí la hace más desgraciada a ella misma que a ninguna otra persona.

Desde ese día, Charlotte y Grace parecían estar inmersas en un estado de tregua armada que

amenazaba con explotar en guerra abierta en cualquier momento, un poco como la tensa situación en Europa con el regreso de Napoleón al poder. Grace no quería que volviese a haber guerra tan pronto. Pensó en Hannah, cuyo empleador era un oficial que había vuelto hacía poco a casa después de años sirviendo en la caballería. Tampoco quería que escalaran sus hostilidades con Charlotte. Pero no podía comprar la paz al precio de su autoridad sobre el ala infantil de Nethercross.

Cuando hizo una pausa para dejar que se secase la tinta, oyó ruidos débiles en la habitación de las niñas.

Desde la noche de la pesadilla de Sophie, había empezado a dejar la puerta de su dormitorio levemente entreabierta por la noche por si la llamaba la niña.

Pero no era eso lo que oía en ese momento, aunque se preguntó si Sophie estaría murmurando en sueños, suplicando a las personas que había perdido que volvieran. Grace dejó la pluma en el escritorio, se levantó y se acercó a la puerta en silencio, esforzándose por encontrar sentido a los susurros procedentes del otro lado.

No era Sophie la que hablaba. Al menos, no era solo ella. Parecía que las tres niñas sostenían una conversación en murmullos y empezaban a alzar la voz más de lo que habría sido su intención. Grace se disponía a decirles que se fueran a dormir cuando captó una frase entre los murmullos y esa frase le sirvió de clave para comprender todo lo demás.

—... tenemos que enfrentarnos a la señorita Ellerby —exigió Charlotte a sus hermanas con un susurro fiero que llegó claramente a oídos de Grace. ¿Tan empeñada estaba la chica en decir lo que quería que no notaba que había alzado la voz? ¿O le daba igual que la oyera su institutriz? —. Si no, hará lo que quiera y pondrá a papá en contra nuestra.

—Tú estás enfadada porque papá se puso de su parte el otro día y porque está contenta conmigo en vez de contigo, para variar —replicó Phoebe.

—A mí no me gustaba la señorita Elle al principio —Sophie apenas se molestaba en bajar un poco la voz—, pero ahora sí. Comprende muchas cosas.

—Sois imposibles las dos —siseó Charlotte—. También os ha vuelto contra mí.

—No es cierto —repuso Phoebe, cortante—. Eso te lo haces tú sola.

—Yo no estoy contra ti, Charlotte. —La voz quejumbrosa de Sophie sonaba preñada de lágrimas—. ¿Por qué te enfadas conmigo? Intentaré que no me guste la señorita Elle si tú no quieres.

Grace había oído ya bastante. Había pasado por alto las críticas y la insolencia de Charlotte con la esperanza de ganarse su cooperación con amabilidad. Era evidente que eso no había funcionado y no iba a tolerar que la chica pagara su frustración con sus hermanas.

Abrió la puerta y entró en la estancia, esforzándose por mostrarse más controlada y segura de sí misma de lo que se sentía.

—Chicas, me temo que vuestros susurros se han vuelto demasiado altos para ignorarlos.

Fue directamente a la cama de Sophie y rodeó a la niña con sus brazos.

—Charlotte, no estoy dispuesta a tolerar más tus insolencias. Sé que no me quieres en Nethercross, pero esa decisión es de tu padre, no tuya. Y te equivocas si crees que intento ponerlo en contra tuya.

La niña no discutió con ella abiertamente, como habría hecho Phoebe. En vez de eso, se escondió tras un silencio malhumorado, que parecía agrietarse como hielo fino bajo los pies de Grace.

—¡Calla, Sophie! —Grace le acarició el pelo—. Tu hermana no está enfadada contigo y estoy segura de que no pretendía entristecerte. ¿Verdad que no, Charlotte?

La interpelada tardó un momento largo en hablar.

—Lo siento, Sophie —dijo al fin—. No quería hacerte llorar. Sé que tú no estás contra mí.

—Nadie está contra ti —insistió Grace, mientras seguía consolando a Sophie—. Pero debo insistir en que me trates con obediencia y respeto. Si no, no podré llevarte con nosotras cuando vayamos a ver a los Cadmore.

Intentaba hablar con voz tranquila, para no provocar a Charlotte ni alterar más todavía a su hermana. Pero su declaración de las consecuencias que tendría para ella su continua insolencia sacó a la chica de su silencio malhumorado.

—¿No me llevará a ver a los Cadmore? No se atrevería. Se lo diría a papá en cuanto volviera de Londres y la despediría en el acto por haberme tratado así.

¿Eso podría costarle el puesto que empezaba a disfrutar más cada día que pasaba? La amenaza de Charlotte hizo vacilar a Grace. Hasta ese momento, lord Steadwell se había mostrado sorprendentemente dispuesto a apoyarla. Pero ese apoyo podía tener sus límites. Su experiencia pasada advertía a Grace de que los padres siempre acudían en defensa de una hija agraviada, sin pensar en absoluto en las dificultades de su trabajo. ¿Por qué iba a ser el barón diferente?

No obstante, no podía decidirse a echarse atrás. Después de todo, no pedía nada irrazonable. La actitud de Charlotte no solo le causaba problemas a ella, sino que también afectaba a sus hermanas. Y, además, también era por el bien de la chica. Si Charlotte seguía así, esperando salirse con la suya sin consideración por los sentimientos de los demás, un día se encontraría con algo mucho peor.

—Lamento que pienses así. —Grace eligió sus palabras con cuidado—. Pero debo mantenerme firme. No pretendo que esto sea un castigo, sino una elección que tú puedes tomar libremente a través de tus acciones. Si quieres acompañarnos a ver a los Cadmore, ya he dejado claro el comportamiento que espero de ti. Espero que tomes la decisión más inteligente.

Charlotte soltó un bufido rabioso, se tumbó en la cama y dio la espalda a Grace con todo el ruido posible.

—Eso no suena muy prometedor, ¿verdad? —le susurró Grace a Sophie.

La niña negó con la cabeza.

—Gracias por defenderme antes. —Grace la besó en la frente—. Eso ha sido muy amable y valiente por tu parte.

Primero Phoebe y luego Sophie. Desde que había salido de la escuela, nadie la había defendido así. Confiaba en que su enfrentamiento con Charlotte no le costara esa oportunidad de cuidar a niñas a las que estaba empezando rápidamente a querer.

DESPUÉS DE UNA semana tumultuosa en el Parlamento, Rupert estaba más deseoso que nunca de volver a la paz del campo y la compañía amorosa de sus hijas. Tras haber ignorado el peligro del regreso al poder de Napoleón, el Gobierno había recuperado por fin el sentido común y enviado tropas a Europa. Rupert temía que su renuencia a actuar hubiera dado ya una ventaja preocupante al tirano.

Cuando su carruaje se acercó a la casa, divisó a Charlotte esperándolo en la puerta principal. Seguramente su querida niña estaría pendiente de su llegada para salir a recibirlo.

Sin embargo, cuando se apeó del carruaje, ella no lo saludó con la sonrisa cálida que esperaba sino con el rostro pálido y los ojos llameantes.

—¿Qué te pasa, querida? —Él le abrió los brazos—. ¿Le ocurre algo a alguna de tus hermanas?

La mera idea de que pudiera pasarles algo malo a sus hijas le partía el corazón.

—¡Ah, papá! —Charlotte se echó en sus brazos con su esbelto cuerpo temblando y sollozando—. Es la señorita Ellerby. Es horrible. ¿Por qué la contrataste?

¿Aquel estallido en lágrimas era culpa de la señorita Ellerby? Todas las dudas primeras de Rupert respecto a la institutriz regresaron con fuerza.

—Vamos, vamos —musitó, intentando consolar a su hija—. ¿Qué ha hecho la señorita Ellerby que te ha disgustado tanto?

Le pasó un brazo por los hombros y entró con ella en la casa. Charlotte no necesitó que la alentara mucho para desahogarse. El problema parecía ser que la institutriz le había negado la oportunidad de ir de visita a Dungrove.

—Pero no puede ser que ella decida si yo puedo ir. Tú aceptaste la invitación para nosotras tres, ¿no es así, papá? La señorita Ellerby no tenía que haberme obligado a quedarme en casa sin consultarte.

¿Qué podía haber hecho Charlotte para merecer un castigo así? En el pasado, su hija mayor siempre se había comportado de un modo impecable y nunca había causado ningún problema a *Mademoiselle* Audet. Perderse esa visita habría sido una privación terrible para ella. Charlotte casi no había hablado de otra cosa desde que la señora Cadmore les hiciera la invitación.

Rupert sacó un pañuelo y se lo puso a su hija en la mano.

—No temas. Aclararé esto. Dile a la señorita Ellerby que quiero hablar con ella en mi estudio.

—Gracias, papá. —La niña se secó los ojos y estos se iluminaron al instante—. Sabía que podía confiar en ti.

“¿Confiar en mí para hacer qué?”, se preguntó Rupert.

Charlotte corrió escaleras arriba con una rapidez por la que habría reñido a sus hermanas más pequeñas. Rupert, por su parte, se dirigió al estudio con un suspiro. Había esperado escapar de los problemas de Londres al llegar a la pacífica Nethercross, pero parecía que allí también había habido conflicto.

Acababa de entrar en su estudio cuando volvió Charlotte, seguida de su institutriz, quien mostraba un aire preocupado.

—¿Quería verme, señor?

—Pues sí, señorita Ellerby. —Él se levantó y le indicó con un gesto que tomara asiento.

Charlotte iba a marcharse con aire de triunfo mal disimulado, pero él le hizo señas de que se quedara.

—Tengo entendido que ha habido algún... problema esta semana que tuvo como resultado que prohibiera a Charlotte que fuera a Dungrove con las otras chicas y con usted. ¿Es así?

El ceño de la señorita Ellerby se hizo más profundo.

—No exactamente, señor.

—En ese caso, quizá pueda explicarme lo que ocurrió.

—Muy bien. —La señorita Ellerby cambió de postura en su asiento—. Llevaba tiempo notando que Charlotte resiente mi presencia en Nethercross. A menudo se queja de mis métodos de enseñanza y encuentra defectos en gran parte de lo que hago.

—¡Eso no es verdad! —gritó Charlotte—. Además, no tiene nada que ver con lo que pasó.

Rupert se sentía inclinado a estar de acuerdo, pero la señorita Ellerby habló con tranquilidad.

—Le ruego que me perdone, señor, pero creo que la actitud de su hija para conmigo tiene

mucho que ver con esta situación. ¿Puedo continuar?

Cuando Charlotte intentó protestar, Rupert la silenció alzando la mano.

—Tú has podido contarme tu versión de la historia sin interrupciones. Tu institutriz se merece la misma oportunidad. Por favor, continúe, señorita Ellerby.

Ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—El asunto alcanzó su punto álgido el lunes por la noche cuando oí a Charlotte criticándome delante de sus hermanas y pidiéndoles que me desobedecieran.

—¿Has oído eso, papá? —quiso saber Charlotte—. Admite que nos escuchó a escondidas.

—Las chicas tenían que estar ya durmiendo —explicó la señorita Ellerby—. Pero sus murmullos alcanzaron tal volumen, que me fue imposible ignorarlos.

Mientras Rupert mandaba callar a Charlotte con una mirada severa, la señorita Ellerby le explicó la elección que le había dado a su hija. Cuando terminó, él guardó silencio durante unos momentos tensos, mientras asimilaba todo lo que había oído por las dos partes y decidía lo que iba a hacer.

Por fin habló.

—Señorita Ellerby, le pido disculpas por la conducta de mi hija.

Habría sido difícil juzgar quién de las dos se quedó más sorprendida por sus palabras, si Charlotte o su institutriz. Ambas lo miraron con la boca abierta y ojos atónitos.

—Quizá también te debo una disculpa a ti, Charlotte —continuó él, aprovechando el silencio—. Por haber puesto tanta responsabilidad sobre tus jóvenes hombros, que ahora te cuesta abandonarla. Eso no ha sido justo contigo.

—Pero, papá —aulló Charlotte—. ¿Cómo puedes ponerte de su parte antes que de la mía? ¿También te ha puesto contra mí, como yo temía que pasaría?

Rupert negó con la cabeza.

—Nada más lejos de la verdad, querida mía. Aquí no se trata de ponerse de parte de nadie. Solo intento hacer lo que creo que es mejor para todos. Eres una chica inteligente y más madura de lo que indican tus años y espero que entiendas que pienso en ti más que en nadie. No quiero que seas desgraciada, pero, como ha intentado hacerte ver la señorita Ellerby, la elección es tuya. A partir de ahora, espero que la obedezcas como si fuera yo ya la trates con el mismo respeto.

—Pero, papá...

—¿Has entendido, Charlotte?

—Sí, papá. —El tono obediente pero resentido de la niña hizo que Rupert temiera haber perdido por completo su cariño—. ¿Puedo irme ya?

—Puedes.

Charlotte se levantó. Hizo una pequeña reverencia a él y otra a su institutriz, como si fuera una marioneta de madera. Sus rasgos estaban inmovilizados en una expresión neutra que él temía pudiera enmascarar sentimientos turbulentos. Le recordó a la señorita Ellerby. ¿Era esa otra razón de que las dos hubiesen empezado con tan mal pie... que eran demasiado parecidas?

En cuanto su hija salió de la habitación, la institutriz espiró con fuerza, temblorosa.

—Gracias por lo que le ha dicho a Charlotte. Sé que no ha debido de ser fácil para usted no darle la razón.

Rupert se esforzó por soltar una risita, pero salió más bien como un suspiro.

—Espero no habérselo puesto aún más difícil a usted.

DOS SEMANAS DESPUÉS, Grace pensaba en esa conversación y todavía le costaba trabajo creer que lord Steadwell la hubiese apoyado cuando su hija prácticamente le había exigido que la despidiera.

Se recordó que eso no significaba que ella le gustara especialmente. Simplemente había defendido el principio de que sus hijas debían respetar a la institutriz que había contratado para ocuparse de ellas. Sin duda también reconocía que Charlotte necesitaba aprender a tener más consideración por los demás. De todos modos, con su defensa había conseguido que Grace confiara más en su autoridad. La hacía sentirse valorada en Nethercross de un modo como no se había sentido en sus puestos anteriores. ¡Si al menos los actos del barón hubiesen tenido un efecto tan positivo en su hija!

En la superficie, Charlotte parecía hacer todo lo que le había pedido su padre. No había criticado ni corregido a Grace ni una sola vez desde aquella tarde y no había habido más susurros nocturnos en su contra. Charlotte parecía haberse vuelto aún más protectora con Sophie, quizá para asegurarle a la niña que no estaba enfada con ella. ¿O se trataba de una guerra encubierta por el cariño de Sophie? A Grace no le habría extrañado, pues tenía la sensación de que Charlotte esperaba su momento y vigilaba todos los errores que pudiese explotar.

Por su parte, Grace intentaba no mostrarse exultante por la confianza de lord Steadwell, sino que hacía todos los esfuerzos que podía por hacer borrón y cuenta nueva. Y todas las noches rezaba para que Charlotte bajara sus defensas y le diera una oportunidad de intimar más con ella.

Una noche oyó que se cerraba suavemente la puerta del ala infantil y se volvió desde la ventana, donde estaba mirando el día lluvioso, iluminado aquí y allá por las flores de primavera. Las chicas se habían esforzado tanto en sus estudios últimamente que les había prometido una tarde completa libre para que hicieran lo que quisiesen. Había confiado en que ese día brillara el sol para que pudieran salir al aire libre, pero no había sido así.

Phoebe se había ido a los establos y Charlotte había preguntado educadamente si podía ir a la cocina para una clase de cocina. Grace había asentido, aunque se preguntaba si no sería una excusa de la chica para alejarse lo más posible de ella. Sophie no había conseguido decidir lo que quería hacer. O quizá no había querido decirlo con la esperanza de marcharse sola.

—¡Sophie! —Grace se acercó a la puerta. Recordó que lord Steadwell le había dicho en su primer encuentro que la pequeña se había ido a merodear en una ocasión y habían tardado horas en encontrarla.

Cuando miró el pasillo y no vio ni rastro de su pupila más joven, el corazón le dio un vuelco.

—¿Dónde estás, Sophie? —llamó—. Por favor, deja que vaya contigo.

Un instante después, la niña asomó su pequeña cabeza por una esquina del pasillo.

—He decidido ir a explorar. ¿De verdad quiere venir?

—Pues sí. —Grace avanzó hacia ella. Su pulso empezaba a recuperar el ritmo normal—. Es una casa muy antigua e interesante y he visto poco aparte del ala infantil.

Sophie pareció encantada con la idea de tener una compañera de exploraciones. Se tomó de la mano de Grace.

—Puedo enseñarle montones de cosas que no ha visto todavía. Hay muchos cuadros de gente. Papá dice que son familiares nuestros que vivieron hace mucho tiempo. Algunos llevaban ropa muy rara.

Mientras hablaba la niña, Grace tuvo una idea para enseñar historia a Sophie y sus hermanas relacionando fechas y acontecimientos con sus antepasados de ropa extraña. Sin duda la familia había jugado un papel importante en las distintas épocas, como hacía lord Steadwell en la suya, asistiendo fielmente al Parlamento cuando habría preferido permanecer en el campo con sus

hijas. Grace había llegado a admirar su diligencia y su sentido del deber.

Sophie la guio a lo largo de pasillos estrechos, galerías anchas y escaleras inesperadas. En una de las habitaciones, Grace admiró una cama enorme rodeada de cortinajes de hermoso brocado.

—¿Quién duerme aquí? —preguntó a Sophie—. ¿Tu padre?

Nunca había visto al barón hacer alarde de su riqueza, hasta el punto de que Grace a menudo olvidaba la enorme distancia que los separaba.

—Mi papá no duerme aquí. —Sophie rio como si su institutriz hubiese hecho una broma intencionada—. No duerme nadie. Esta es la cama del rey. No recuerdo de qué rey, pero uno vino a Nethercross y durmió aquí hace mucho tiempo. Me lo dijo papá. Pregúntele a él.

—Desde luego, lo haré —musitó Grace. Quizá su señoría podría explicarle cómo se vinculaba la historia de su familia con la del reino.

—Ese es mi cuadro favorito. —Sophie señaló un retrato magnífico que estaba colgado sobre la chimenea. Mostraba a una dama con un vestido de color coral en el estilo de la corte de los Estuardo, con faldas voluminosas y mangas muy abullonadas. Su cabello oscuro colgaba en masas de bucles morenos con un borde de rizos más ralos sobre la frente.

—Papá me dijo que se llamaba Sophia, casi como yo. Era mi tata-tata-tata-tatarabuela.

Grace sonrió cando Sophie contó el número de “tatas” con los dedos. Con lord Steadwell pasando tanto tiempo en Londres, se esforzaba menos por no sonreír. Y tampoco se molestaba en llevar las viejas lentes de su padre durante la semana. Las chicas daban por sentado que era fea y ya no parecían fijarse más en su aspecto.

—Es preciosa. —Grace notó un fuerte parecido con el padre de Sophie en el pelo moreno, los ojos oscuros y los rasgos elegantes—. Y el vestido es espectacular. Puede que a ti te parezca raro, pero yo me imagino que la Cenicienta de tu cuento podía haber llevado uno así al baile del príncipe.

—¿Usted cree? —Sophie abrió mucho los ojos—. ¿Le gustaría verlo?

—¿Ver qué? —preguntó Grace—. Ya veo el cuadro.

—Eso no. El vestido. —Sophie la tomó de la mano y la condujo a una estancia más pequeña, que seguramente había sido en otro tiempo un vestidor.

Dos lados de la habitación estaban ocupados por armarios que llegaban casi hasta el techo. Una tercera pared tenía dos espejos enormes. Sophie fue de armario en armario asomándose a su interior.

—Creo que es este —anunció por fin.

—¿Qué es? —Grace abrió la puerta del armario y vio a Sophie alzando la tapa de un baúl enorme.

—Ten cuidado de no pillarte los dedos. ¿Te permiten estar aquí, revisando todas estas cosas antiguas?

—Es este. —Sophie alzó el cuerpo del elaborado vestido bordeado de encaje del retrato—. Huela.

La niña inhaló profundamente y Grace la imitó. Del baúl abierto surgió el olor dulce e intenso a lavanda seca mezclado con el aroma más acre del cedro, que seguramente había mantenido las polillas a raya todos esos años.

—Es muy hermoso. —Grace tomó una de las mangas entre los dedos y acarició la rica tela—. Imagínate llevando algo así. —Un suspiro de nostalgia remató sus palabras.

—No tiene que imaginarlo. —Sophie le tendió el vestido—. Póngaselo.

Grace se apartó sorprendida, como si la hubieran invitado a cometer un asesinato.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —La chica parecía perpleja.

—Porque... no es mío.

—No lo va a robar —insistió Sophie—. Y nadie lo ha llevado en muchos años. ¡Pobre vestido! Imagínese lo triste que debe ser estar metido en un baúl todo este tiempo, aunque huelga bien.

Grace intentó devolver el vestido a su lugar de descanso, pero sus manos se negaron a cooperar.

—Sophie, sabes que los vestidos no son criaturas vivas con pensamientos y sentimientos.

—Lo sé. —La niña no parecía convencida—. Pero me pregunto cómo sería si lo fueran. ¿Y si el vestido recordara haber sido llevado e ido a sitios? ¿Eso no sería un buen cuento?

Los poderes de invención de Sophie eran tan potentes que Grace imaginó que podía oír las súplicas susurrantes del vestido antiguo, suplicándole que lo llevaran y admiraran una vez más, aunque fuese solo unos momentos. Después de todo, ¿qué daño podía haber en cumplir el capricho inofensivo de la niña?

—Muy bien, pues —murmuró—. Me lo pondré, pero solo un momento y encima del vestido que llevo.

Resultó que quedaba ridículo que el vestido marrón de manga larga y cuello severo asomara por el lujoso traje de damasco y encaje. Para llevarlo así, habría sido mejor que el vestido siguiera en el baúl. A instancias de Sophie, Grace se bajó el cuerpo de su vestido y lo dejó alrededor de las caderas, oculto por el volumen de la falda de la prenda antigua.

—Arrodílese —dijo Sophie—. Le ataré los corchetes.

Aunque una parte de Ella protestaba, Grace obedeció.

—Mírese al espejo. —Sophie aplaudió cuando Grace se levantó del suelo—. Parece la Cenicienta. Y eso seguro que quiere decir que yo soy su hada madrina.

Grace se giró al espejo y miró el reflejo de una mujer a la que apenas reconocía. El tono alegre coral de la tela realzaba el color de sus ojos e iluminaba su piel, haciendo que pareciera más nata fresca que cera fría. La delicadeza del trabajo de encaje resaltaba sus rasgos finos. El placer inesperado que le produjo su aspecto hizo que le brillaran los ojos y relajara los labios en una sonrisa encantadora.

¿Era vanidad pecaminosa, como le habían dicho a menudo, que le agradara su imagen en el espejo? No se sentía pecadora. Se sentía alegre y libre, como si la hubiesen liberado de una cárcel estrecha y lóbrega.

Su frágil burbuja de felicidad no duró mucho.

—¿Oyes pasos? —preguntó. Se giró hacia la puerta, con el corazón golpeándole en el pecho con tanta fuerza, que el encaje que bordeaba el escote del vestido empezó a temblar—. Viene alguien. Tengo que quitarme esto.

¿Cómo podía haber olvidado el peligro de prescindir de su disfraz protector?

—No oigo nada. Y esa cofia no queda bien con el vestido. —Antes de que Grace pudiera detenerla, la niña alzó la mano y tiró de una de las ínfulas de la cofia. La arrancó de la cabeza y, en el proceso, el pelo de Grace se soltó de las horquillas que lo sujetaban.

—¡Sophie! —musitó la institutriz con desmayo.

—¿Sophie? —preguntó otra voz—. ¿Estás ahí?

Cuando se abrió la puerta y entró Charlotte, el pánico inmovilizó a Grace en el sitio.

En el instante en el que la recién llegada vio a Grace, abrió mucho los ojos y lanzó un grito penetrante. Grace, que tenía los nervios de punta, gritó a su vez.

—¡Corre, Sophie! —Charlotte intentó arrastrar a su hermana hacia la puerta, pero Sophie clavó los pies en el suelo.

—¿Qué te pasa, Charlotte? Solo es la señorita Elle. Yo creo que está tan guapa como una princesa, ¿tú no?

Charlotte miró a Grace con incredulidad atónita.

—¿Señorita Ellerby?

—Así es. —Grace tomó su cofia del suelo e intentó volver a cubrirse el pelo con ella.

Si la hubieran sorprendido cometiendo un crimen terrible, no se habría sentido más avergonzada ni habría tenido más miedo por su futuro. No tenía dudas de que Charlotte aprovecharía esa oportunidad para librarse de ella.

SIETE

—No comprendo. —Charlotte se cruzó de brazos y miró a Grace con el ceño fruncido y una expresión que parecía más confusa que enfadada—. ¿Por qué finge ser fea y sin gracia si es... hermosa?

Parecía reacia a usar esa palabra en relación con la institutriz que tan poco le gustaba.

Era ya de noche, varias horas después de que Charlotte hubiese sorprendido a Grace y Sophie en el vestidor. En honor a la verdad, la niña no había mencionado todavía el incidente a nadie de Nethercross. Pero su padre regresaría de Londres dos días después y Grace sabía que no podía esperar que Charlotte guardara silencio entonces. Si algo así le hubiese ocurrido en alguno de sus puestos anteriores, habría recogido sus cosas y se habría marchado antes del regreso del barón. Esa vez, sin embargo, no soportaba renunciar al puesto que había empezado a disfrutar sin intentar al menos salvarlo.

Por eso había pedido hablar con Charlotte después de que se acostaran sus hermanas. Dada la hostilidad de la chica para con ella, dudaba de que quedara satisfecha con sus explicaciones, pero tenía que intentarlo.

—Es una larga historia. —Grace se quitó la cofia. Últimamente había empezado a sentirse oprimida y ya no tenía ningún sentido mantener su disfraz delante de Charlotte—. Baste decir que tu belleza y la de tus hermanas será una ventaja para vosotras cuando seáis más mayores. Pero para una mujer como yo, sin fortuna ni familia, un aspecto atractivo puede ser más bien una carga.

El ceño de Charlotte se iba suavizando mientras escuchaba.

—Puede hacer que algunas personas sientan envidia —prosiguió Grace, decidida a contarle a Charlotte tanta parte de la verdad como resultase apropiada para sus jóvenes oídos—. Puede hacerles asumir que soy vanidosas, egoísta... tonta.

¿Cuántas veces la habían acusado sus profesoras de esos vicios?

—No voy a decir que sea perfecta, pero no creo que mi aspecto me convierta en una mala persona. Al querer parecer fea, esperaba que otros pudieran ver mi personalidad tal y como es, en lugar de juzgarme por mi aspecto.

Grace esperaba que Charlotte la interrumpiera con preguntas, quizá con contradicciones. Pero la niña permaneció en silencio incluso después de que ella terminara de hablar.

—Me gustaría que no le contaras nada de esto a tu padre. —Grace odiaba suplicar, pero le gustaba menos todavía la idea de marcharse de Nethercross—. Me temo que podría no entenderlo.

—Lo entendería. —La necesidad de defender a su padre forzó a Charlotte a hablar—. Cuando vino usted aquí, me dijo que no la juzgara por su aspecto.

Una parte de Grace quería creer que Charlotte tenía razón y lord Steadwell no sería como otros hombres en ese aspecto. Pero se había equivocado demasiadas veces con la gente en el pasado para confiar mucho en esa esperanza vulnerable.

—Creo que una de las razones de que me contratara tu padre fue que parecía fea. Si se enterara de que ese no es mi verdadero aspecto, podría sospechar que me había propuesto engañarlo.

“Pero ¿acaso no es así?”, le susurró su conciencia. Tal vez, pero solo como último recurso y no en un sentido que pudiera perjudicar ni a sus hijas ni a él.

—¿Quién la llamó vanidosa? —quiso saber Charlotte.

Grace vaciló, porque aquel no era un tema que quisiera tratar más de lo que ya se había visto obligada a hacer.

—La primera fue mi madrastra. Pero no fue la última ni la peor.

—¿Quién fue la peor?

¿Por qué quería saber Charlotte todo eso? ¿Para presumir ante la institutriz a la que detestaba y a la que ya tenía en su mano destruir?

—Mis profesoras de la escuela —confesó Grace, sin saber muy bien qué la impulsaba a contestar. Quizá era porque tenía muy poco que perder. ¿Podía ser que estuviese cansada de ocultar su pasado y su verdadero ser? Tal vez—. Y las chicas más mayores. Había pupilas que acosaban y atormentaban a las más jóvenes. Yo era uno de sus blancos favoritos porque envidiaban mi aspecto, supongo. O quizá era porque detectaban que no se me daba muy bien defenderme.

¿Podía ser esa una de las razones de que Charlotte y ella hubiesen empezado con tan mal pie? ¿Había captado Charlotte su debilidad desde el principio?

—Esa escuela tenía que ser horrible —contestó Charlotte con fiereza—. ¿Por qué no se fue a su casa?

Grace dudó, pero no podía suprimir la verdad.

—No tenía una casa a la que ir. La escuela era una institución para hijas huérfanas de clérigos. Mi madrastra me envió allí cuando murió mi padre. Dudo mucho de que me hubiera admitido si yo hubiese querido volver... Y no quería. Por duras que fueran las condiciones en la escuela, al menos allí tenía algunas amigas.

—¿Es a esas amigas a las que escribe siempre cartas? —preguntó Charlotte.

Grace asintió.

—Ahora estamos todas esparcidas. No he visto a ninguna de ellas desde que dejé la escuela. Tú eres muy afortunada de tener a tus hermanas tan cerca.

—Demasiado cerca a veces —murmuró Charlotte—. Hábleme de esas amigas tuyas.

Grace sentía tentaciones de declarar que sus amigas no eran de la incumbencia de la niña, pero no podía arriesgarse a irritarla.

—Leah Shaw siempre hacía alguna travesura para hacernos reír. Phoebe me recuerda a ella. Rebecca Beaton era una de las más pequeñas de nuestro año, pero tan fiera como una leona si las mayores intentaban meterse con alguna de nosotras.

Si Rebecca estuviese allí, encontraría el modo de impedir que Charlotte se chivase a lord Steadwell. Pero estaba a muchas millas de distancia, en Costwolds.

Grace no tenía intención de contarle tantas cosas a Charlotte, pero una vez que empezó a hablar de sus amigas, le pareció que eso las acercaba. Estaba en mitad de una anécdota divertida sobre Leah Shaw cuando se dio cuenta de que Charlotte intentaba reprimir un bostezo.

—Seguro que es mucho más de lo que querías saber —dijo Grace—. Deberías irte a dormir.

Charlotte asintió y se levantó de la silla.

—Estoy cansada. Buenas noches, señorita Ellerby.

Grace no sabía si era su imaginación o la voz de la niña sonaba más amable. Probablemente lo primero, porque Charlotte no le había prometido que pensara guardar su secreto.

ALGO HABÍA CAMBIADO esa semana durante su estancia en Londres. Rupert se acercó a la ventana de su estudio a mirar el río. No sabía qué era lo que había cambiado ni cómo, pero percibía algo distinto en la atmósfera. En general desconfiaba de los cambios. Sus resultados podían ser positivos, pero a menudo no lo eran. Quedaba por ver qué resultados produciría ese cambio.

Había partido de Londres el viernes temprano porque no había legislación urgente en la Cámara de los Lores. Después de su conversación con Charlotte la semana anterior, quería asegurarse de que cooperaba con su institutriz tal como él le había pedido. Cuando llegó a su casa, encontró a las tres niñas ocupadas con sus clases.

Para su sorpresa, Phoebe estaba enfrascada en su libro una tarde de buen tiempo que habría sido perfecta para ir a montar. Sophie no estaba soñando despierta, sino absorta en una historia que la institutriz copiaba para ella. Charlotte parecía demasiado inmersa en la redacción que escribía para causar problemas a la señorita Ellerby.

Las tres niñas lo miraron sonrientes cuando apareció.

—Perdone la interrupción —pidió él a la institutriz—. Como la semana pasada llegué a casa tan tarde, quería compensar a mis hijas a la primera oportunidad.

—No necesita disculparse, señor. —La señorita Ellerby se recolocó las lentes, que él habría jurado que no llevaba un momento atrás—. Las chicas han trabajado muy bien en sus clases. Se merecen un tiempo libre para estar con usted.

—Es la segunda vez esta semana que tenemos un descanso de las clases —declaró Phoebe.

La institutriz hizo una mueca al oír a la chica, como si esperase que Rupert la regañase por descuidar su deber. De hecho, él estaba muy contento con su trabajo. Aunque Phoebe seguía hablando continuamente de su pony, a menudo mencionaba cosas nuevas que había aprendido en un tono que transmitía entusiasmo por sus estudios. Sophie parecía más feliz de lo que había estado desde la marcha de *Mademoiselle* Audet y Charlotte se mostraba más tranquila que antes y no tan propensa a mandar en sus hermanas.

Al principio Rupert se preguntó si seguiría enfadada con él por insistir en que obedeciera a la señorita Ellerby. Pero ella se mostraba cariñosa, a pesar de estar más contenida. Tal vez simplemente estuviese madurando, descubriendo que él podía cuestionar su comportamiento y al mismo tiempo quererla tanto como siempre.

La idea de que sus hijas crecieran detonó una voz insistente en algún lugar de su mente. Una voz que le urgía a empezar a cortejar a Barbara Cadmore. La dama había salido del luto y ya podía volver a casarse sin violar el decoro. Era una mujer atractiva, decorosa y todavía relativamente joven. Si él no indicaba pronto sus intenciones, podría adelantársele otro pretendiente.

Aunque sabía que era lo más sensato, una parte de él se mostraba aún reacia. Sin duda la misma parte que desconfiaba de los cambios.

Pasó varias horas en el ala infantil con sus hijas y percibió también un cambio en la señorita Ellerby. Se mostraba más en guardia y distante, menos como la mujer sensible y cuidadora que había atisbado él últimamente.

Las chicas se declararon encantadas cuando él sugirió que cenaría con allí con ellas. Mientras Rupert les preguntaba por lo que habían hecho esa semana, la institutriz se sentaba tensa en el borde de su asiento, como si esperase que se produjera un desastre en cualquier momento.

Después de ayudarla a acostar a las niñas, la llevó a un aparte para inquirir:

—Charlotte no le ha causado más problemas, ¿verdad?

—Ni los más mínimos, señor —repuso Ella en un tono que parecía sincero a pesar de que miró con nerviosismo en dirección a la cama de la chica.

—Eso espero. —Él bajó aún más la voz para cerciorarse de que Charlotte no lo oiría y eso lo llevó a acercarse más a la señorita Ellerby—. Si lo hace, la apoyaré en cualquier media que le parezca bien emplear. Si cree que eso puede ayudar, volveré a hablar con ella.

—Eso no será necesario —le aseguró la institutriz con un susurro enfático—. Pero gracias por su interés. Pase lo que pase, siempre estaré agradecida a su apoyo.

Después de decir eso, se alejó y Rupert volvió a su estudio más confuso que nunca. ¿A qué se refería con “pase lo que pase”? ¿Conseguiría entender alguna vez a aquella mujer enigmática que compartía su casa y cuidaba de sus hijas?

Cuando miraba por la ventana de su estudio cómo se iba oscureciendo el campo, un movimiento le llamó la atención. Reconoció a la señorita Ellerby paseando por el sendero al lado del río. ¿Qué hacía fuera a esa hora? Seguramente no habría salido para encontrarse con un hombre. ¿O sí? Por alguna razón, esa sospecha ya no le parecía tan ridícula como cuando acababa de contratarla. ¿O podía haber una explicación más siniestra para los cambios que había notado en Nethercross?

¿Era posible que la institutriz de sus hijas fuese tan desgraciada allí que quisiera suicidarse? Si ya había sido difícil para las niñas perder a la primera institutriz del modo en que la habían perdido, Rupert no podía soportar la idea de que perdieran a la segunda en circunstancias trágicas.

Pero no fue solo pensar en sus hijas lo que impulsó a Rupert a salir de su estudio, bajar las escaleras y salir por una puerta lateral que llevaba al jardín. También se sentía responsable por la mujer a la que había contratado, quizá por las razones equivocadas, y desalentado después de socializar fuera de su casa. Tendría que haber puesto más cuidado en asegurarse de que Ella se adaptaba bien a Nethercross.

A la pálida luz de la luna, que acababa de salir, se fue abriendo paso a través de los lechos de flores hacia el sendero donde había visto a la institutriz.

—¡Señorita Ellerby! —llamó, corriendo hacia ella.

La mujer retrocedió con un grito de alarma cuando él salió de las sombras.

—Señor, me ha asustado.

—Perdóneme. La he visto desde mi estudio y me he preguntado qué la traía por aquí a esta hora.

Su pregunta pareció pillarla desprevenida, como si esperase que él dijera algo más.

—La noche es cálida y los jacintos están en flor. He pensado dar un paseo con el aire fresco antes de retirarme. Eso me ayuda a dormir.

Aquello sonaba razonable, pero Rupert percibía que tenía otros motivos.

—¿Ha tenido problemas para dormir?

—En los últimos días, me cuesta un poco. —Ella empezó a alejarse despacio.

Rupert echó a andar con ella.

—Cuando la he visto aquí fuera, me ha preocupado que pudiese tener algún problema.

—¿Usted estaba preocupado... por mí? —La señorita Ellerby hablaba como si le costara

trabajo creerlo. Inhaló con fuerza y su tono de voz se volvió brusco—. Eso no es necesario, señor. Estoy bastante bien. Ya le dije cuando nos conocimos que me gusta dar paseos solitarios.

Rupert recordó entonces que era cierto que se lo había dicho. Pero ¿su alusión a los paseos solitarios era una indirecta de que estaba violando su adorada intimidad?

—Me temo que este no es el momento ni el lugar más seguro para caminar sola, señorita Ellerby.

—¿Me está ordenando que vuelva dentro?

—No. —Rupert eligió sus palabras siguientes con cuidado—. Solo me ofrezco a acompañarla, si no le resulta demasiado desagradable.

La institutriz ignoró la última parte, quizá porque no se atrevía a dar una respuesta sincera.

—Pero ¿eso no lo apartará de sus intereses? Pasa toda la semana en Londres atendiendo los asuntos de la nación y luego viene a casa con sus hijas y cuida de su hacienda. Eso le deja poco tiempo para actividades que le causen placer.

¿Qué actividades disfrutaba él? Rupert casi no podía recordarlas. Cualquier cosa en compañía de su difunta esposa: montar a caballo por la hacienda, jugar al *backgammon* al lado de la chimenea las noches de invierno, leerle en voz alta mientras ella bordaba. Esas cosas le habían producido una sensación de dulce satisfacción.

Intentó ignorar la punzada que le atravesó el corazón.

—El tiempo que paso con mis hijas no es un deber, señorita Ellerby. Solo me gustaría poder estar más con ellas.

—¿Ha considerado llevarlas a Londres con usted? —preguntó ella. Antes de que él pudiese contestar, se apresuró a añadir—: No todo el tiempo. Entiendo por qué quiere que estén en Nethercross. Pero una semana de vez en cuando no les haría ningún daño, ¿no cree? Quizá podría llevarlas a lugares de interés en la ciudad. Estoy segura de que a Charlotte le complacería eso. Está impaciente por ver más mundo. ¿No sería mejor que lo hiciera bajo su supervisión? Si no, me temo que pueda llegar a pensar en Nethercross como en una prisión de la que necesita huir.

—Para ser una persona a la que mi hija no aprecia, parece usted entenderla muy bien, señorita Ellerby —comentó él.

Tuvo la impresión de que su broma la ponía nerviosa.

—Creo que podría comprender mejor a Charlotte si ella me dejara.

¿La señorita Ellerby pensaba que la criticaba por no haber logrado ganarse la confianza de su hija mayor con la misma rapidez que la de las otras dos chicas?

—No se rinda con Charlotte —le aconsejó Rupert—. Acabará por ceder. Me temo que se parece mucho a mí en ese aspecto, necesita tiempo para confiar en las personas. Pero, cuando lo hacemos, le puedo asegurar que somos amigos leales.

—¿Eso significa que considerará mi sugerencia anterior, señor?

—Supongo que tendré que hacerlo, ¿no? —Rupert fingió estar contrariado—. ¿Se da cuenta de que ha desarrollado habilidad para guiarme, señorita Ellerby? Debo advertirle de que no me gusta que me manejen.

—En absoluto, señor —protestó ella—. Usted es un perfecto enigma para mí. Nunca he conocido a un hombre como usted.

Rupert se preguntó si eso pretendía ser un cumplido o una crítica. No podía estar seguro. Solo sabía que se sentía halagado.

MIENTRAS SEGUÍAN el paseo en esa cálida noche de primavera, Grace pensó que era cierto que el barón era muy distinto a la mayoría de los hombres que había conocido.

Su aparición repentina la había asustado, pero, cuando se había calmado, se había preparado para oír que Charlotte le había contado su secreto. Esperaba que le exigiera una explicación, quizá incluso su dimisión. En vez de eso, había expresado preocupación por su bienestar y se había ofrecido a acompañarla.

Después de sus experiencias con los hombres, su oferta la había puesto nerviosa. Pero a medida que pasaban los minutos y lord Steadwell seguía manteniendo la distancia, empezó a relajarse. Se recordó que, por supuesto, a ningún hombre se le ocurriría insinuarse a la fea y puritana señorita Ellerby. Sin embargo, cuanto más conocía a su señoría, más empezaba a pensar que quizá era un hombre en el que podía confiar.

¿Incluso con su aspecto normal? Sentía el impulso temerario de confesar y confiar en que él comprendiera las razones de su engaño. Pero la cautela era mucho más fuerte en ella que el valor. Si no decía nada, existía la posibilidad de que Charlotte no la traicionase. Pero si confesaba, era imposible predecir cuáles serían las consecuencias.

—¿Cómo ha pasado la semana? —preguntó el barón—. ¿Tiene razón mi hija en que en Nethercross nunca pasa nada emocionante?

Grace apartó las dudas de su mente, decidida a saborear unos momentos de conversación adulta.

—Supongo que depende de lo que uno considere emocionante. A mí me resulta emocionante que la primavera llegue antes aquí que en Lancashire. Me resulta emocionante que tenga tantos retratos buenos de sus antepasados. Eso me ha dado una idea para hacer el estudio de la historia más interesante para sus hijas.

—Por favor, cuénteme esa idea —le pidió él—. Yo sufrí muchas lecciones agotadoras sobre ese tema en el colegio. Cualquier cosa que prometa ahorrarles a mis hijas ese aburrimiento contará con todo mi apoyo.

Grace, a la que le encantaba encontrarlo tan receptivo, le explicó su plan de establecer una conexión entre sus ancestros y la época en la que habían vivido.

—Muy buena idea —declaró él cuando terminó—. Mi abuelo me contó muchas historias de las personas de esos retratos. Nunca se me ocurrió conectarlas con todas las aburridas fechas, batallas y reyes que me inculcaban mis profesores de historia.

—Para mí, la historia son esos relatos de personas de épocas pasadas, todos interrelacionadas en un gran tapiz. —Grace estaba deseando enseñar el tema así a las niñas—. Sería una gran ayuda que usted me contase esas historias para que pudiera colocarlas en la perspectiva histórica apropiada.

—Estaba Augustus Kendrick. —Su señoría parecía tan deseoso de contar sus historias como Ella de escucharlas—. Fue un cortesano de Jaime I. Habrá visto su retrato en el Gran Salón. Incluso hospedó al rey en Nethercross en una ocasión. El lecho en el que durmió Su Majestad sigue estando en el Aposento de Estado, en el ala oeste.

Grace estaba a punto de decirle que había visto la cama del rey, pero se detuvo a tiempo. Semejante admisión podía llevar a preguntas incómodas.

—Cuando tenía la edad de Phoebe, dormí una noche en ella, solo para poder decir que lo había hecho. Pero entre las quejas de mi conciencia culpable y el olor acre de los cortinajes de la cama, no descansé gran cosa.

Grace conocía muy bien las punzadas de una conciencia culpable.

—Luego estuvo James, el nieto de Augustos Kendrick —continuó su señoría—. Consiguió

pasar provisiones de contrabando a los monárquicos durante el asedio de Reading enviándolos río abajo en cestas flotantes después de oscurecer. Su retrato está colgado en el vestíbulo de la entrada.

—¿El hombre del sombrero enorme? —preguntó Grace.

—Y la nariz a juego. —Lord Steadwell soltó una risita—. Gracias a Dios que no heredé eso junto con el título.

Grace no pudo reprimir una carcajada. Pensaba que el barón tenía una nariz hermosa, recta y bien proporcionada con el resto de sus rasgos. Era un hombre muy atractivo, aunque su aspecto le importaba mucho menos que su personalidad, que cada vez le resultaba más atrayente.

—¿Y el otro retrato que hay en el vestíbulo, el de la dama de cabello rojizo? ¿Era su esposa?

—Cielos, no. Esa es la famosa lady Althea. Se casó con el nieto de James Kendrick.

—¿Famosa? —Grace no recordaba la última vez que había disfrutado tanto con una conversación—. ¿Qué hizo?

—Se cuenta que lady Althea se enamoró perdidamente de mi bisabuelo Rupert. Lo desafió a un duelo a menos que se casara con ella. No comprendo qué la impulsó a llegar a esos extremos para asegurarse la boda cuando era un matrimonio ventajoso para él. Ella aportó una dote muy generosa y añadió algunas buenas propiedades a la hacienda.

Por supuesto, las familias como los Kendrick tenían que pensar en consideraciones dinásticas a la hora de casarse.

—¿Y fueron felices juntos después de todo eso? —preguntó Grace.

—Lo fueron mientras duró el matrimonio. —El tono de voz del barón se volvió más contenido—. Mi bisabuelo murió doce años después. Lady Althea lo sobrevivió cuarenta años. Nunca volvió a casarse, a pesar de que tuvo bastantes pretendientes.

Su voz terminó en una nota nostálgica. Era obvio que simpatizaba con su bisabuela, que también había perdido a su cónyuge de joven. Grace se arrepintió de haberle preguntado por lady Althea.

Ese arrepentimiento la hizo volver al presente. Se había levantado aire, que ponía una nota fría en la noche atípicamente cálida.

Se estremeció.

—Ha sido un paseo agradable, señor, pero deberíamos volver. Espero poder convencerlo de que me cuente más historias de la familia cuando tenga a mano medios para copiarlas.

Su petición pareció sacar al barón de la cavilación melancólica en la que había caído.

—Será un placer para mí, señorita Ellerby.

Volvieron a la casa por una ruta que los llevó hasta la puerta principal. Grace sabía que el vestíbulo de la entrada estaba siempre bien iluminado hasta que el mayordomo cerraba las puertas con llave para la noche. Como no esperaba encontrarse con lord Steadwell durante el paseo, había dejado las lentes en la cómoda de su habitación. El aire nocturno sin duda habría puesto color en sus mejillas, y quizá hecho asomar mechones de pelo por debajo de la cofia. No podía permitir que el barón la viera así o dejaría de importar que Charlotte le guardara el secreto.

—Gracias por acompañarme en el paseo, señor —dijo con voz fuerte y apresurada—. Buenas noches.

Cuando él le abrió la puerta, Ella corrió dentro y subió las escaleras con toda la rapidez que le permitían sus pies. Resistió el impulso peligroso de lanzar una mirada a su señoría.

El ala infantil estaba oscura y tranquila. Solo se oía el crepitar de las ascuas en el hogar y el débil murmullo de la respiración de las chicas. Cuando entró de puntillas en su habitación, Grace encontró un papel clavado en su almohada. ¿Qué sería y quién lo habría dejado allí?

Encendió una vela y examinó el papel con más atención. Estaba escrito con la letra de Charlotte. Seguramente sería la redacción en la que llevaba varios días trabajando. Pero ¿por qué no se la había dado durante las horas de clase?

Cuando empezó a leerla, Grace lo entendió todo. En su escrito, Charlotte se disculpaba por haberle hecho tan difícil el trabajo desde su llegada a Nethercross. Al parecer, lo que había sabido del pasado de Grace le había hecho cambiar de idea con respecto a ella.

“No sabía lo cruel que habían sido con usted su horrible madrastra, todas esas profesoras bestiales y las chicas más mayores de su escuela. Yo jamás querría ser como ellas. Tiene mi palabra de que no diré nada a mi padre ni a ninguna otra persona”.

El escrito terminaba con un toque de melodrama adolescente.

“Guardaré su secreto hasta mi último aliento. Rezo para que decida usted perdonar a una persona que le ha hecho daño, pero que ahora se arrepiente amargamente. Su respetuosa pupila que la quiere, C.K.”.

GRACE SOLTÓ un profundo suspiro de alivio. Parecía que su puesto en Nethercross estaba seguro y que todo iba a ir bien.

Sin embargo, cuando se arrodilló al lado de la cama para dar gracias, las duras experiencias de su vida le hicieron temer que su buena fortuna no durara.

OCHO

Había llevado su tiempo, pero los asuntos domésticos en Nethercross volvían a estar en orden. Mientras abril bañaba el campo de Berkshire de flores de primavera, Rupert reflexionaba satisfecho en la situación.

Desde luego, la nueva institutriz era una criatura bastante extraña, solemne y distante en ocasiones, pero también extrañamente encantadora en otros momentos. Y sus hijas la querían más cada día que pasaba, especialmente Charlotte, que había sido la última de las tres en comenzar a apreciarla. Todas aprendían mucho y prometían convertirse en unas jóvenes inteligentes y cautivadoras. Rupert se felicitaba por haber elegido tan bien en el caso de Grace Ellerby.

Gratificado por ese éxito, sabía que debía avanzar con el siguiente paso de su plan... cortejar a la señorita Cadmore. Percibía que ella se mostraría receptiva. Siempre se esforzaba por hablar con él en la iglesia y elogiar a sus hijas. Le había pedido consejo sobre un tema menor relativo a la hacienda de su hijo y mencionado su pena porque Henry tuviera que crecer sin la guía de un padre.

Ese día, en el trayecto desde Londres a su casa, Rupert resolvió superar por fin sus vacilaciones. Golpeó el techo del carruaje y ordenó al cochero que hiciese una breve parada en Dungrove.

—¡Dios bendito, lord Steadwell! —exclamó la señora Cadmore cuando lo llevaron hasta su saloncito—. ¿A qué debo el inesperado placer de su visita?

Rupert intentó concentrarse en lo atractiva que estaba con un vestido de día amarillo y el cabello moreno recogido en un peinado elaborado y no pensar en que su efusividad lo ponía nervioso.

—He parado de camino a casa para preguntar si Henry y usted quieren venir a cenar a Nethercross mañana por la noche. ¿O es demasiado precipitado? Quizá les vendría mejor el domingo siguiente.

—Mañana es perfectamente conveniente. —La señora Cadmore sonrió con alegría—. Henry y yo llevamos una vida muy tranquila. He empezado recientemente a volver a aceptar invitaciones. Estoy segura de que mi querido muchacho se alegrará mucho de pasar algo de tiempo con sus encantadoras hijas. Ha sido muy amable por su parte pensar en él.

—Estupendo. —Aunque Rupert percibía que a ella le gustaría que se quedase más tiempo, estaba ansioso por llegar a su casa—. Hasta mañana, pues.

Se retiró tras una reverencia cortés y con la sensación del deber cumplido.

Cuando su carruaje entró, poco rato después, en el camino que llevaba a Nethercross, se fijó en que los tilos de ambos lados habían florecido. Recordó la promesa que había hecho a la

señorita Ellerby de llevarla a dar un paseo bajo el arco florido que formaban. Quizá la experiencia le arrancase una de sus raras sonrisas.

No conseguía entender por qué la perspectiva de mostrar el camino de los tilos a la poco agraciada y solitaria institutriz de sus hijas le seducía más que la idea de cenar con los Cadmore. Tal vez porque no estaba cargada de expectativas para el futuro, porque era solo una oportunidad de disfrutar de los placeres pasajeros de la primavera.

Se disponía a entrar en la casa cuando el sonido de las risas de las chicas lo guio hacia la orilla del río, donde encontró a la señorita Ellerby y a sus hijas sentadas en el suelo.

Sophie fue la primera en verlo.

—¡Papá! —gritó.

Las tres chicas se levantaron de la manta de pícnic donde estaban amontonadas alrededor de su institutriz. Corrieron hacia él y lo abrazaron a distintas alturas mientras él intentaba distribuir besos y palabras cariñosas entre ellas a partes iguales. Durante esa conmoción fue vagamente consciente de que la señorita Ellerby se levantaba y se ajustaba las lentes observando el recibimiento entusiasta de las chicas.

—¿Has tenido una buena semana, papá? —Charlotte apoyó la cabeza en su brazo y él se asustó de lo mucho que había crecido durante el invierno—. ¿Hay más noticias del extranjero?

La mención al renovado conflicto en Europa hizo fruncir el ceño a Rupert. Había intentado ocultar esas noticias preocupantes a sus hijas, pero había resultado imposible porque varios de los sirvientes tenían parientes en el Ejército.

—Se están congregando tropas en las fronteras con Francia preparándose para invadirla. No dudo de que Wellington actuará con rapidez.

—Nosotras hemos estado ocupadas, papá. —Sophie lo miró con una sonrisa tan cautivadora, que él no pudo resistirse a tomarla en brazos.

Solo lamentaba que Phoebe y Charlotte fueran ya demasiado mayores para llevarlas en brazos.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó—. Seguro que vuestras ocupaciones han sido mucho más agradables que las mías.

Phoebe fue la primera en contestar.

—La señorita Ellerby nos sacó de casa para dibujar fuera. Espera a ver mi dibujo de Jem.

—Su trabajo es muy bueno. —La institutriz se acercó unos pasos a sus hijas y a él—. Creo que merece enmarcarlo y colgarlo en la pared. Espero que no le importe que saque a las chicas a dar sus clases fuera. Hace un tiempo magnífico y los campos de Nethercross son encantadores en esta época del año.

—¿Importarme? —Rupert negó con la cabeza—. Lo apruebo sin reservas. Ya pasan demasiado tiempo encerradas durante gran parte del año. Creo que el aire del campo, el sol y las bellezas de la naturaleza son esenciales para la salud y la felicidad de los niños. Además, no parece que hayan descuidado sus estudios. ¿Qué libro les está leyendo ahora?

Ella apretó contra sí el volumen de piel marrón que llevaba en los brazos.

—*Los viajes de Gulliver*, señor.

—¿Lo has leído, papá? —preguntó Phoebe—. Es una aventura muy emocionante.

—Y muy fantás-ti-ca. —Sophie resplandeció de orgullo al conseguir pronunciar esa palabra—. Me gusta casi tanto como *Mamá Oca*.

—Es una obra excelente —asintió él—. Estoy seguro de que Phoebe disfrutará mucho la parte en la que Gulliver visita el país de las personas caballo.

Un grito excitado de su hija mediana corroboró esa suposición.

La señorita Ellerby le tendió el libro.

—¿Quiere unirse a nosotras y terminar de leerles el capítulo a las niñas?

—¿Queréis que lo haga? —preguntó Rupert a las chicas.

Las tres aprobaron la propuesta por unanimidad.

—Muy bien, pues. —Rupert dejó a Sophie en el suelo y tomó el libro que le ofrecía la señorita Ellerby.

Se sentaron en la manta de pícnic, con las chicas acurrucadas cerca de él.

—Usted también, señorita Elle. —Sophie se levantó y tomó a la institutriz de la mano.

—No hay sitio para todos —protestó la mujer.

—Podemos apretarnos. —Phoebe se pegó más a su padre—. Y puede sentar a Sophie en sus rodillas.

Al ver que las chicas estaban decididas a incluirla en su apretado grupo familiar, la señorita Ellerby cedió con renuencia manifiesta.

Rupert empezó a leer cómo compró la reina de Brobdingnag a Gulliver y lo convirtió en su favorito. Mientras leía, tomó conciencia de la proximidad de la señorita Ellerby. Su presencia parecía restaurar el círculo familiar que se había roto de un modo tan doloroso. Pero ella era solo una empleada contratada. Seguramente que una esposa y madre sería aún mejor.

Cuando terminó el capítulo, las tres niñas le pidieron otro. “Solo uno más”.

La respuesta de la institutriz fue amable pero firme.

—Pronto será hora de cenar. Pero si venís sin protestar, quizá vuestro padre quiera leerlos otro capítulo antes de ir a la cama.

Tanto Rupert como sus hijas aceptaron esa sugerencia.

Él cenó con ellas en el ala infantil, como tenía por costumbre hacer los viernes.

—¿Qué os parece si mañana os reunís vosotras conmigo en la cena? —preguntó mientras comían todas con buen apetito—. He invitado a la señora Cadmore y a Henry a cenar con nosotros.

Tanto Phoebe como Sophie dijeron que sí enseguida, pero Charlotte preguntó:

—¿Por qué los has invitado, papá?

—Son nuestros vecinos y la señora Cadmore os invitó a vosotras a Dungrove.

Al ver la mirada que le dirigió Charlotte, Rupert se preguntó si la chica había adivinado que había algo más detrás de esa invitación.

CUANDO LORD STEADWELL había empezado a desplazarse a Londres para asistir a las sesiones del Parlamento, Grace se sentía aliviada al oír alejarse el carruaje los lunes por la mañana temprano. A medida que se acercaba el viernes, se iba poniendo nerviosa en anticipación de su regreso. Pero en los últimos tiempos se había invertido el proceso. Las chicas se alegraban mucho de tener a su padre en casa y Grace había empezado a quererlas tanto, que no podía disgustarle nada que las complaciera a ellas.

Al menos, eso era lo que se decía a sí misma cuando reflexionaba sobre su cambio de actitud.

—Con su permiso, señorita Ellerby —dijo el barón cuando terminaron la cena en los aposentos infantiles—. Me gustaría que las chicas se acostasen pronto esta noche...

Su petición se vio interrumpida por gruñidos de protesta, siendo el de Phoebe el más ruidoso de los tres.

—Porque mañana por la noche se quedarán más tarde porque cenaremos con los Cadmore —

continuó el, mirando a las chicas con firmeza—. No quiero que estén cansadas y malhumoradas con nuestros invitados.

—¿Y qué pasa con Jem? —preguntó Phoebe, antes de que Grace pudiera contestar—. Se ha acostumbrado a que le dé las buenas noches. No puedo fallarle.

—Vete, pues. —Su señoría señaló la puerta con la barbilla—. Pero por esta vez intenta ser breve.

—Gracias, papá. —La niña se levantó de un salto y le dio un beso vigoroso en la mejilla antes de salir corriendo.

Cuando la puerta se cerró con un portazo detrás de Phoebe, su padre miró a Grace con una sonrisa de disculpa.

—Le pido perdón, señorita Ellerby. No debería haber asumido que usted aceptaría mi petición.

—No hay nada que perdonar, señor —repuso Elle—. Esta es su casa y son sus hijas. A menos que proponga algo que pueda hacerles daño, siempre puede dar por sentada mi aprobación.

—Eso es muy considerado por su parte. —El tono de respeto sincero y de gratitud de lord Steadwell la complació—. Pero lo que dije cuando vino aquí iba en serio. El ala infantil está bajo su autoridad. No deseo pisar esa autoridad, y menos teniendo en cuenta el trabajo excelente que ha hecho.

—Gracias, señor. —Su elogio la aturdí, pero no del modo que la habría molestado un cumplido sobre su apariencia—. Con pupilas tan inteligentes y con el apoyo que me ha demostrado usted, no es difícil tener éxito. Es una idea excelente que las chicas se retiren temprano para que estén frescas y descansadas cuando cenén con los invitados. Tendría que haberseme ocurrido a mí.

—Pero ¿nos leerás antes de acostarnos, papá? —le suplicó Sophie.

—Por supuesto. —El barón acarició el cabello rojo dorado de la chica—. Empezaremos en cuanto estéis preparadas.

Apenas habían terminado Charlotte y Sophie de ponerse los camisones, cuando Phoebe regresó de los establos. Su padre la recibió con una sonrisa de aprobación.

Cuando sus hijas estuvieron instaladas a ambos lados de él en el diván, lord Steadwell les leyó un capítulo más de las aventuras de Gulliver en el país de los gigantes.

Grace resistió las peticiones de las chicas para que se uniera a ellos. El rato pasado en la manta de pícnic por la tarde era toda la proximidad que podía soportar en un día, aunque él se había portado con un decoro irreprochable. Lo que la ponía nerviosa no era nada que hubiese hecho él, sino sus propios sentimientos desconcertantes.

Mientras él leía a las chicas, Grace se movía en silencio por la estancia, ordenándolo todo. Sin embargo, era muy consciente de la voz profunda y fluida del barón y de su fuerte presencia masculina en aquel dominio femenino. El cariño que sentía por sus hijas era tan fuerte, que parecía envolverla también a ella, como el aroma a pan recién hecho o el calor de un fuego crepitante. Prometía restaurar algo que había perdido hacía tiempo y había echado profundamente de menos desde entonces.

Cuando su señoría terminó de leer el capítulo, oyó las oraciones de sus hijas y las arrojó en la cama. Después se acercó a Grace. Ella asumió que lo hacía para darle las buenas noches y quizá dictarle instrucciones sobre cómo vestir a las chicas para la cena del día siguiente.

Pero sus palabras la sorprendieron.

—Me enorgullezco de cumplir siempre mis promesas, señorita Ellerby, y le prometí un paseo

por el camino que conduce a la casa cuando floreciesen los tilos.

¿Lo había hecho? Grace recordaba que había dicho algo de esa guisa el día de invierno que había llegado a Nethercross. Cuando miraba hacia atrás, le daba la impresión de que hubiesen pasado años y no meses.

—Es muy amable por su parte, señor. —La invitación había hecho que se le acelerara el pulso—. Pero seguro que tiene cosas mejores que hacer en el poco tiempo que pasa en casa. No se me ocurriría exigirle que cumpliera una oferta que hizo hace tanto tiempo.

—No puedo negar que podría hacer otras cosas. —La sonrisa de él era demasiado atrayente para resistirse—. Pero ¿emplearía mejor el tiempo que saboreando la belleza de la naturaleza cuando está en su mejor momento? A mí me parece que sería muy desagradecido por mi parte no admirar el exquisito trabajo de Dios.

Su comentario sobre admirar el trabajo de Dios hizo que Grace considerase su aspecto como no lo había hecho nunca. Durante la mayor parte de su vida, otras personas la habían hecho avergonzarse de su belleza y verla como una carga que debía ocultar. Sin embargo, admiraba la belleza en la naturaleza y en otras personas tanto como el que más. Tal vez no fuera vanidoso sentirse agradecida por la figura y los rasgos con los que había sido bendecida.

—Cuando lo expresa así, ¿cómo podría rehusar? —preguntó. Se arriesgó a alzar la vista y se vio recompensada al ver una expresión de satisfacción en las profundidades oscuras de los ojos de él—. ¿Es así de persuasivo cuando habla en el Parlamento?

Él negó con la cabeza.

—No soy un gran orador, pero, si la he persuadido a usted, vamos ahora, cuando todavía queda luz para ver los árboles.

—Sí, señor. —Grace se apresuró a tomar la capa y el gorro.

Mientras se ataba las cintas del poco favorecedor gorro, se miró un momento en el pequeño espejo colgado detrás de su aguamanil. Recordó la imagen tan distinta de sí misma que había visto el día que había jugado a disfrazarse con Sophie. Una parte de ella deseaba que lord Steadwell pudiese verla así, sacando el máximo provecho del aspecto que le había dado Dios en lugar de escondiendo su luz detrás de lentes apretadas y ropa sin gracia.

Su sentido de la cautela, tan profundamente enraizado en ella, puso fin a esos pensamientos. Su señoría quizá entendiera las razones por las que lo había engañado, pero no podía estar segura. Había empezado a apreciar demasiado Nethercross y a sus jóvenes pupilas para arriesgarse a perder aquel puesto seguro y agradable.

Cuando lord Steadwell y ella salieron de la casa, la luz de día primaveral empezaba a decaer rápidamente.

—Si no recuerdo mal, le prometí un paseo en carruaje bajo los tilos, señorita Ellerby. Pero me temo que para cuando quieran tener los caballos enganchados, será demasiado tarde para ver gran cosa. ¿Le importaría que fuésemos a pie? —Le ofreció su brazo.

Grace vaciló, pero su interés pudo más que sus recelos. Con un contacto muy leve, deslizó la mano en el hueco del codo de él.

—No me importa en absoluto. Si caminamos, tendremos más tiempo para saborear la experiencia.

—Muy sensata. —Su señoría echó a andar por el camino a paso rápido, lo que obligó a Grace a apresurarse. Pero cuando llegaron al camino bordeado de árboles, él aflojó mucho el paso. Durante unos momentos, Grace fue menos consciente de su proximidad y del ligero contacto entre ellos. Llevaba varios días viendo los árboles en flor en la distancia. Pero eso no era nada comparado con caminar entre ellos.

Alzó la vista a la bóveda de flores blancas y amarillas y soltó un respingo maravillado. Su respiración trasportó el aire oloroso hasta sus pulmones. El aroma a flores de lilo era uno de los más dulces que había tenido el placer de oler y, sin embargo, poseía también una calidez delicada y una frescura que le impedían resultar empalagoso.

Sus miedos no eran comparables en absoluto a aquel banquete para los sentidos. Sus labios se abrieron en una sonrisa de profunda satisfacción.

—¿Cree que esto es un anticipo del cielo? —La pregunta brotó de su corazón, sin pensamiento consciente.

—Eso espero. —El barón emitió un suspiro suave que hablaba de dolor amoroso no teñido de remordimientos—. Me reconfortaría pensar que Annabelle está en un lugar así.

—Todavía la echa mucho de menos. —A Grace le habría gustado que estuviera en su poder restaurar lo que habían perdido él y su amada. Aunque eso disminuyera su posición en Nethercross. Aunque implicara que no podría estar allí con él, saboreando una muestra de felicidad que no se parecía a ninguna otra que hubiera conocido.

No esperaba que lord Steadwell respondiera, pero lo hizo.

—¿Si echo de menos a mi esposa? ¡Oh, sí! A veces más ahora que al principio, cuando la incredulidad apagaba lo peor del dolor. Cuando vivo algo que la habría complacido, daría lo que fuera por compartirlo con ella. Cuando veo a nuestras hijas creciendo y aprendiendo, quiero compartir el orgullo que eso me produce.

Grace le apretó el brazo en un intento por consolarlo, aunque sabía que sería en vano. Al mismo tiempo, el corazón le dolía con una punzada hueca que casi se parecía a la pena. Quería que alguien la quisiera como amaba Rupert Kendrick a su difunta esposa, con una ternura que sobrevivía más allá de la propia vida.

—Y, sin embargo —musitó él con una voz que parecía surgir de lo más profundo de su ser—, esos sentimientos ya no son tan intensos y amargos como eran antes. No sé cómo ha sido, pero es una bendición por la cual me siento tremendamente agradecido.

Apenas había terminado de hablar, cuando un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Discúlpeme, señorita Ellerby. No la he invitado a venir aquí para entristecer su espíritu con esta conversación lastimosa. Dígame, ¿disfrutan mis hijas de sus lecciones de historia?

Grace aceptó el brusco cambio de tema, más por él que por ella misma.

—Parece que les gustan, sí. Hacen muchas preguntas, que son bastante perspicaces para su edad. Cuando hayamos terminado, calculo que sabrán al menos tanta historia de los últimos siglos como cualquier chico de un buen colegio.

—Y mucha más que la mayoría. —Lord Steadwell soltó una carcajada—. Incluido yo. Cuando se clausure la temporada del Parlamento, tengo que unirme a mis hijas en sus lecciones de historia para aprender lo que me perdí en el colegio.

Aunque Grace sabía que bromeaba, no pudo evitar imaginar con placer lo que sería tenerlo como pupilo.

—Para practicar la redacción, pedí a sus hijas que escribieran esas historias familiares para que se preserven para las futuras generaciones que vivan en Nethercross. Me pregunto si querría mirar las redacciones para comprobar si la información es exacta.

Pensaba que el proyecto le complacería, pero la respuesta de él sonó preocupada.

—Sí... Por supuesto. Estaré encantado de ayudarle en todo lo que pueda.

Habían llegado al final de la línea de árboles, así que dieron media vuelta y echaron a andar hacia la casa en la penumbra del atardecer. Las luces de las ventanas llamaban a Grace con la promesa del hogar y una sensación de pertenencia que no había conocido en muchos años.

Aunque lord Steadwell y ella siguieron hablando de sus hijas, Grace no pudo evitar que sus pensamientos vagaran a otros lugares. ¿Qué había dicho que lo había afectado tanto? ¿Era porque su mención del cielo lo había hecho pensar en su difunta esposa? A pesar de su afirmación de que la angustia de su pena se había aliviado en los últimos tiempos, ella percibía que su corazón siempre pertenecería a la madre de sus hijas.

EL SÁBADO POR LA TARDE, Charlotte, Phoebe y Sophie estaban vestidas, peinadas y dando muestras de su mejor comportamiento. A pesar del poco tiempo de aviso, la cocinera había estado a la altura de las circunstancias y había preparado una cena excelente. La señora Cadmore y Henry se mostraban encantados con la invitación y decididos a disfrutar de una velada fuera de su casa.

No obstante, mientras Rupert se esforzaba por sostener una conversación cortés y que todo el mundo se encontrara cómodo, se descubría entreteniéndose pensamientos de la velada del día anterior. Observando a la señorita Ellerby maravillarse cuando paseaban bajo el arco de árboles en flor, se había sentido casi como si lo viviera por primera vez. ¿Por qué lo había estropeado sacando el tema mórbido de su pena? ¿Había sido por culpabilidad, porque por primera vez en cuatro años había disfrutado de una experiencia agradable sin desear inmediatamente que Annabelle estuviera allí para compartirla?

Tal vez era algo natural, alentado por la bondad del tiempo. Rupert sabía que debería sentirse agradecido por cualquier cosa que le facilitara seguir con su vida y cumplir su deber para con Nethercross y con sus hijas. Sin embargo, eso no le impedía sentirse desleal con la memoria de su difunta esposa y el amor que habían compartido.

Hablar de Annabelle con la señorita Ellerby le había ayudado a calmar sus sentimientos conflictivos, aunque se arrepentía de haber lanzado una sombra sobre lo que tenía que haber sido un paseo agradable para ella. Los esfuerzos de él por volver al placer inicial habían funcionado durante un rato, hasta que ella había mencionado lo bueno que era transmitir la historia de Nethercross a las generaciones futuras. Esas palabras le habían recordado que, si no conseguía producir un heredero varón, su título y su herencia irían a parar a un primo lejano que no sabría nada de la vida en el campo ni de las orgullosas tradiciones de su familia.

Salió de su abstracción con un sobresalto, cuando se dio cuenta de que la señora Cadmore acababa de hablarle.

—¿Perdón, señora?

—Decía que puede estar muy orgulloso de sus hijas —casi gritó la mujer desde su puesto en la mesa—. Ha hecho un trabajo excelente educándolas. Usted me parece un ejemplo sobre cómo criar hijos sin una esposa.

A Rupert le molestó que sacase el tema de su esposa delante de las niñas. Sus hijas habían estado ya sin madre el tiempo suficiente para que aquel recuerdo de su pérdida no las afectara mucho, pero el hijo de ella había perdido a su padre hacía poco más de un año.

—He sido afortunado de contar con buena ayuda en la educación de mis hijas. El mérito es más de sus institutrices que mío. Si han salido tan bien, ha sido gracias a ellas. —Miró a sus hijas y les dedicó una sonrisa cálida para darles las gracias por su comportamiento ejemplar.

La señora Cadmore rio como si hubiese gastado una broma.

—Por muy excelente que sea una institutriz, supongo que no puede sustituir a una madre. Cuando pienso en cómo los abandonó esa chica francesa sin...

—Eso fue lamentable —la interrumpió Rupert. Quizá la mención a su difunta madre no molestara a sus hijas, pero *Mademoiselle* Audet se había ido solo unos meses atrás, aunque, por alguna razón, parecía mucho más tiempo—. Pero no tengo miedo de que se repita la historia con la señorita Ellerby.

—Desde luego que no. —La señora rio en voz aún más alta—. Fue muy inteligente al contratar a una mujer poco agraciada, que no presenta ningún peligro de atraer pretendientes secretos.

Lo que decía la señora Cadmore era verdad, pero Rupert no pudo reprimir sentir un impulso protector hacia su empleada.

Antes de que pudiese decir algo que quizá lamentara más adelante, se le adelantó Sophie.

—La señorita Elle no es una mujer fea. Es...

—Lo que quiere decir mi hermana —la interrumpió Charlotte— es que la señorita Ellerby es una institutriz excelente y nosotros no la juzgamos por su aspecto.

—Por supuesto que no, querida. —La señora Cadmore sonrió a Charlotte y a su hermana, sin que pareciera importarles que se hubieran entrometido en una conversación de adultos—. Eso es muy caritativo por vuestra parte. Esa no es una virtud que aprendan las niñas de una profesora contratada, por muchas otras cosas que consiga transmitir.

En ese momento, a Rupert le habría gustado estar en una cena informal en los aposentos infantiles con sus hijas y la institutriz. Pero el deber exigía algunos sacrificios y aquel no era tan oneroso después de todo.

Poco inclinado a soportar más indirectas sutiles sobre la señorita Ellerby, cambió de tema para hablar de las cosechas y el tiempo, cuestiones de interés mutuo para las dos haciendas. Cuando terminó la cena, sus hijas y él desearon buenas noches a sus invitados. Luego Phoebe corrió a visitar los establos, como le habían prometido en recompensa por su buen comportamiento. A Sophie empezaban a pesarle los ojos, así que Rupert la llevó en brazos a la cama, con Charlotte caminando a su lado.

—Papá —preguntó su hija mayor—. ¿Estás seguro de que solo has invitado a los Cadmore para ser un buen vecino?

La pregunta incomodó a Rupert, como si planeara algo vergonzoso, cuando hacía aquello por el bien de Charlotte y de sus hermanas.

—Hay otra razón. —Miró a Sophie, quien ya se había dormido en sus brazos—. La verdad es que... quiero que todos conozcamos mejor a los Cadmore porque... creo que redundaría en beneficio de todos... unir a nuestras dos familias... con el tiempo.

—¿Unir? —Charlotte as detuvo en seco—. ¿Quieres decir...?

En ese momento se abrió la puerta del ala infantil y la señorita Ellerby se asomó.

—Me ha parecido oír voces. Charlotte, ¿qué sucede? Tienes mal aspecto.

—Es papá. —La niña pasó al lado de la institutriz y entró en la habitación—. Se va a casar con la señora Cadmore.

La señorita Ellerby abrió mucho la boca y miró fijamente a Rupert por encima de la montura de sus lentes. Su aire de desaprobación logró que él se sintiera más decidido que nunca a cumplir con su deber.

NUEVE

—¡Casarse! —gimió Charlotte. Apoyó la cabeza en la página del libro que se suponía que estaba leyendo en la clase del lunes por la mañana. Era evidente que la niña tenía demasiadas cosas en la cabeza para concentrarse en estudiar—. ¿Por qué tiene que volver a casarse? Estamos perfectamente bien así.

Desde el sábado por la noche, las niñas habían hablado constantemente de los planes de su padre siempre que este no podía oírlas. Cuando estaba cerca, se mostraban rígidas y en guardia, como si esperaran que él les anunciara malas noticias.

Desde que el barón había vuelto a Londres, sus hijas se mostraban decididas a hablar abiertamente del tema. Grace percibió que cualquier intento por volver su atención a los libros solo serviría para prolongar su preocupación. Quizá fuera mejor que les dejara airear sus sentimientos y hacer lo posible por calmar sus miedos. Aunque eso no sería fácil, pues ella también tenía sus recelos respecto a los planes de matrimonio de lord Steadwell.

El anuncio brusco de Charlotte sobre las intenciones de su padre para con la señora Cadmore había afectado a Grace como un golpe fuerte en el vientre. Quizá fuera porque la situación le recordaba toda la infelicidad que le había causado el matrimonio de su padre. No podía soportar pensar que sus jóvenes pupilas tuvieran que pasar por lo que había pasado ella. Esa debía de ser la razón de que el corazón le doliera con cada latido.

En respuesta al estallido de Charlotte, dejó a un lado la historia que copiaba para Sophie y contestó:

—Sé que os disgustan los cambios. A mí también. Pero se producen aunque no nos gusten. Cada año que pasa nos hacemos más mayores. La gente nace, se casa... muere. Los gobiernos van y vienen. Las guerras se ganan o se pierden. Nada permanece igual para siempre excepto el amor de Dios. Lo único que podemos hacer es rezar para tener fuerzas de vivir lo mejor posible lo que venga.

Era un buen consejo, aprendido en años de amarga experiencia. Sin embargo, al hablar, Grace tenía la sensación de que sus palabras sonaban huecas. Sería un error que el barón se casara con la señora Cadmore y todas las oraciones del mundo no podían lograr que aceptara ese grandísimo error con resignación cristiana.

—Además —añadió, antes de que las chicas pudieran notar su falta de sinceridad—, creía que la señora Cadmore os caía bien. Hace poco teníais muchas ganas de ir de visita a Dungrove, ¿recordáis?

—Yo no quería ir porque me guste esa mujer. —Charlotte frunció el ceño con rebeldía—. Quería ir por ir de visita. Me habría dado igual a qué casa. ¡Ojalá hubiera sabido que solo nos invitaba para ganarse el afecto de papá!

Aunque Grace sabía que era su deber negar las sospechas de la niña, no pudo hacerlo, porque ella tenía las mismas dudas.

—No sé por qué se quiere casar papá con ella. —Por una vez, a Phoebe parecía importarle algo aparte de su pony—. No creo que le guste mucho.

Grace tampoco podía contradecir aquello.

—Es mejor que la gente se case por amor —dijo—. Pero en ocasiones puede haber otras razones que les parecen más importantes.

—¿Qué otras razones? —quiso saber Phoebe.

—Eso tendrías que preguntárselo a tu padre.

—Lo he intentado —murmuró Charlotte—. Y me dijo que era demasiado joven para entenderlo y que no quería discutirlo conmigo. Parece que cree que esto no es asunto nuestro.

Phoebe cerró su libro con fuerza.

—Si se casa con la señora Cadmore, seremos nosotras las que tendremos que cargar con una madrastra. Yo diría que eso hace que sea asunto nuestro.

—¿La señora Cadmore será nuestra madrastra? —preguntó Sophie. Empezaba a temblarle el labio inferior.

—Por supuesto que lo será —replicó Phoebe, cortante—. ¿De qué crees que hemos estado hablando todo este tiempo?

Antes de que Grace pudiera reprocharle a Phoebe que descargara su frustración en su hermana pequeña, Sophie aulló:

—Yo no quiero una madrastra. Me hará limpiar las cenizas y no me dejará ir a fiestas.

La niña se arrojó sollozando en brazos de Grace.

—¡Calla, calla! —Grace le acarició el pelo y lanzó una mirada de advertencia a las otras dos. Aunque no les gustara nada que su padre volviera a casarse, no tenían derecho a asustar a su hermanita—. Tú sabes que los cuentos de *Mamá Oca* no son reales. Las calabazas no se convierten en carruajes ni los ratones en lacayos.

—Pero las madrastras pueden ser crueles —insistió Charlotte—. La suya dijo cosas terribles sobre usted y la envió a esa escuela horrible. Eso fue mucho peor que limpiar ceniza.

Lo que decía la chica era cierto, como Grace no pudo por menos de reconocer para sí mientras intentaba consolar a Sophie. ¿Cómo iba a decirles a las niñas que no se preocuparan por algo que la perturbaba profundamente?

—¿Puede hablar con papá, señorita Elle? —le suplicó Phoebe—. Él escucha sus consejos. No podrá decirle que es demasiado joven para comprenderlo.

—No puedo. —Grace sacó un pañuelo para sonarle la nariz a Sophie—. No me corresponde a mí entrometerme en la vida personal de vuestro padre.

—Phoebe tiene razón —declaró Charlotte—. Papá le hace caso. Se lo hizo con lo de Phoebe y el pony. Y también le hizo más caso que a mí cuando intenté convencerlo de que la echara. Me dijo que confiaba en su criterio.

¿Lord Steadwell había dicho eso? Entre el torbellino de emociones que sentía Grace se abrió paso un aleteo de satisfacción.

—Eso no es lo mismo —dijo. No se atrevía a alentar a las chicas—. Solo aceptó mi consejo en temas que afectan a vuestra educación porque me contrató para eso.

—¿Y el plan de papá de imponernos una madrastra no tendrá ningún efecto sobre nuestra educación? —quiso saber Charlotte, con voz chillona.

Las niñas eran demasiado persuasivas. Sophie, con sus lágrimas, tanto o más que las otras dos con sus palabras. Grace no podía negar que su padre la había escuchado en el pasado. Podía

persuadirlo de que pensara mejor en las consecuencias de lo que se proponía hacer. O, como mínimo, podía escuchar sus razones para querer casarse y explicárselas a las chicas de un modo que pudiera calmar sus miedos.

—Muy bien. —Alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de rendición—. Veo que no vamos a poder trabajar en nada hasta que acceda. Pero, si prometo que hablaré del tema con vuestro padre, ¿intentaréis dejar de pensar en eso y concentraros en los estudios?

—Sí, señorita Ellerby —contestaron Phoebe y Charlotte con tanta seriedad como si estuvieran haciendo un juramento de sangre.

Sophie resopló con fuerza y asintió con vigor con la cabeza.

Las tres chicas la miraron llenas de confianza. Parecían creer que solo tenía que hablar con su padre para que este abandonara de inmediato su idea de casarse. Aunque apreciaba la fe que tenían en ella, Grace no sentía el mismo optimismo.

POR PRIMERA VEZ desde que regresara al Parlamento, Rupert estaba agradecido por haber pasado una semana lejos de sus adoradas hijas. No había esperado que reaccionaran con tanta hostilidad a la noticia de sus planes de matrimonio. Habría sido más inteligente no decir nada hasta que las chicas hubiesen tenido ocasión de conocer mejor a la señora Cadmore.

Pero eso ya no tenía remedio. Tendría que mostrarse firme con las chicas y dejar claro que había tomado una decisión. Hacía eso por el bien de ellas y sabía que era lo más conveniente para todos. Aun así, temía que los días siguientes fuesen incómodos para todo el mundo.

Cuando llegó a su casa, encontró a las chicas montando en el corral. Phoebe montaba a Jem y se veía natural y segura en la silla. Charlotte montaba a una yegua adulta con paso tranquilo y una postura erguida y rígida. Estaba claro que montar a caballo le parecía una habilidad necesaria que tenía que dominar, pero que no encontraba en ella el mismo placer que su hermana. Sophie iba a lomos de un pony más pequeño al que la institutriz llevaba de las riendas. Parecía algo inestable, pero ilusionada de tomar parte en una actividad con sus hermanas mayores.

—Bienvenido a casa, papá. —Phoebe lo vio y guio al pony hasta la valla—. ¿Qué tal tu semana en Londres?

El recibimiento cariñoso de su hija fue un gran alivio para él.

Se encogió de hombros con buen ánimo.

—Bastante bien. He tenido que oír muchos debates. El miércoles por la tarde fui al teatro. La obra era bastante buena. ¿Y qué tal vuestra semana?

Antes de que Phoebe pudiera contestar, Sophie lo saludó con la mano.

—¡Mírame, papá! —gritó—. Estoy aprendiendo a montar como las niñas mayores.

Rupert sonrió y le devolvió el saludo.

—Muy bien. Y tienes una postura muy buena.

—Hemos pasado una buena semana —continuó Phoebe con su respuesta interrumpida mientras Charlotte se acercaba con cuidado hacia donde estaban ellos en la valla—. La señorita Ellerby nos está enseñando la Guerra Civil. Hemos buscado cuadros de esa época por la casa. Creo que James Kendrick fue muy valiente y también muy listo al enviar flotando esas provisiones a Readign durante el asedio.

—Bienvenido a casa, papá. —El tono de Charlotte no era tan entusiasta como el de su hermana, pero sí lo bastante cálido para sugerir que no pensaba enfurruñarse por sus planes de boda—. Esta semana ha hecho muy buen tiempo. Un día jugamos al mallo y otro fuimos a remar

en el río.

—Me alegra oír eso. —Rupert miró a la señorita Ellerby, que conducía el pony de Sophie hacia ellos—. El sol y el aire fresco os sentarán bien.

Esas actividades habrían distraído a las chicas. Sin duda la institutriz les había instilado algo de sentido común y hecho comprender las ventajas de que Nethercross volviera a tener una señora de la casa. Se sintió más agradecido que nunca a Grace Ellerby y contento consigo mismo por haberla contratado. Estaba deseando cenar con ellas en la zona infantil y tener después una conversación con la dama cuando sus hijas se hubiesen acostado.

Desde la primera noche que pasearon al lado del río, esas conversaciones se habían convertido en una costumbre que esperaba con ganas. Le proporcionaban la oportunidad de oír de labios de ella todo lo que sus hijas habían aprendido y hecho en su ausencia, especialmente aquellas cosas que hubiesen olvidado contarle durante la cena. También era una ocasión para saber si la institutriz tenía alguna preocupación relativa a la salud de sus hijas, su buen humor o su comportamiento.

Al principio, la señorita Ellerby se había mostrado bastante contenida en esos encuentros, quizá porque había asumido que él juzgaba su trabajo. Pero últimamente parecía estar más cómoda.

Cuando las chicas hubieron devuelto los animales al establo, se reunieron con su padre y su institutriz para una cena relajada en el ala infantil. Sus hijas estaban de buen humor y nadie dijo ni una palabra del matrimonio con la señora Cadmore.

—Disculpe, señor —dijo la señorita Ellerby cuando las chicas se hubieron acostado—. ¿Podemos hablar un momento si no le resulta inconveniente?

Su postura rígida y su mirada errante sugerían que esperaba que él se negara... quizá incluso confiaba en que lo hiciese.

—Mi querida señorita Ellerby, nunca hay un momento que no sea conveniente para hablar con usted. —Rupert se esforzaba porque se sintiera cómoda—. Me decepcionaría mucho perderme una de nuestras conversaciones del viernes. He visto que algunos tilos conservan todavía las flores. ¿Quiere que paseemos de nuevo por allí?

La mujer se encogió al oír su sugerencia, lo cual lo molestó más de lo que habría sido normal.

—Gracias, señor, pero esta semana he pasado mucho tiempo al aire libre. ¿Podríamos hablar mejor en su estudio?

—Sí, si eso es lo que quiere, por supuesto. —Rupert intentó ignorar una estúpida punzada de decepción.

Estar en su estudio enfatizaría la distancia que había entre ellos como señor de la casa y empleada, en vez de ser simplemente dos personas que se interesaban mucho por sus hijas. Aun así, se esforzó por crear una conversación amistosa cuando se dirigían al estudio, hablando de los sucesos de Londres y los preparativos que había en marcha para enfrentarse a Napoleón. La señorita Ellerby lo escuchaba amablemente, pero contribuía poco a la conversación. Rupert se preguntó si no le preocuparía algo. Pero ¿qué? Las tres niñas parecían estar bien y contentas.

Cuando llegaron al estudio y estuvieron sentados, la señorita Ellerby no perdió tiempo en expresar lo que tenía en mente.

—Quiero hablarle del tema que comentó la semana pasada con Charlotte, señor.

—¿Se refiere a mi intención de cortejar a la señora Cadmore? —Rupert adivinó entonces lo que debía preocupar a la señorita Ellerby—. Si tiene miedo de que mi nuevo matrimonio afecte a su posición en Nethercross, puede estar tranquila. La señora Cadmore tiene tan alta opinión de

usted como yo. Estoy seguro de que se mostrará encantada de que siga usted al cargo de mis hijas. Puede que incluso haya más niños Kendrick a los que enseñar en el futuro. Teniendo en cuenta nuestro acuerdo relativo a su salario, puede terminar muy bien pagada por cada año de servicio, y en mi opinión, se merece usted hasta el último penique.

Sus palabras no parecieron tener el efecto que él esperaba.

—Gracias, señor. Le agradezco la confianza que deposita en mí. No estoy preocupada por mí misma, sino por sus hijas. Les disgusta terriblemente la idea de que se case con la señora Cadmore y me han suplicado que hable con usted en su nombre.

—¿Les disgusta terriblemente? Tonterías. Puede que la noticia las pillara por sorpresa la semana pasada. Pero hoy las he visto muy animadas. Ninguna de ellas ha dicho ni una palabra sobre la señora Cadmore.

La institutriz suspiró con impaciencia.

—Eso es porque les prohibió mencionar el tema. Y la única razón de que se muestren contentas es que tienen fe en mi habilidad para persuadirlo de que reconsidere su decisión antes de que sea demasiado tarde.

—¿Antes de que sea demasiado tarde? —Rupert se levantó del sillón y paseó detrás de este. Tenía la sensación de que había sido atacado y necesitaba una posición defensiva fuerte—. Habla usted como si pensara cometer un crimen cuando yo solo pretendo hacer lo más conveniente para mis hijas y para mi hacienda.

—Perdóneme, lord Steadwell. —Ella parecía sinceramente afligida por haberle ofendido—. Estoy seguro de que tiene razones excelentes para lo que intenta hacer.

—Pero cree que, a pesar de eso, hago mal. Supongo que comparte la opinión de mis hijas de que puede hacerme entrar en razón. —Rupert pronunció las últimas palabras con un desdén amargo.

La señorita Ellerby negó con la cabeza.

—¡Ojalá pudiera! Pero me temo que su decisión es irrevocable.

Aquello estaba mejor. Al menos ella reconocía su determinación.

—En ese caso, no perdamos más tiempo con argumentos fútiles.

—Me gustaría poder evitárselos, lord Steadwell. —Ella apretó los labios con terquedad—. Pero les prometí a las chicas que lo intentaría y tengo que cumplir mi promesa.

¡Diablos! La señorita Ellerby era casi tan terca como él.

—En ese caso, acabemos con esto cuanto antes. ¿Qué objeciones tienen mis hijas a que me case con la señora Cadmore?

—Primero quizá podría explicarme usted por qué quiere convertir a esa dama en su esposa.

—No necesito justificar mi decisión ante mis hijas —repuso él, cortante—. Y desde luego, tampoco ante usted, señorita Ellerby.

Ella se hundió en su sillón, lo que hizo que Rupert lamentara la dureza de su voz. Después de todo, la mujer solo hacía lo que sus hijas le habían suplicado que hiciera.

—No me siento con derecho a una explicación, señor. Pero supongo que sus hijas se merecen una. Quizá si comprendieran sus razones, pudieran reconciliarse con la idea con el tiempo.

Con ella expresándolo de ese modo, parecía irrazonable negarse.

—No es una decisión que haya tomado a la ligera. Ni tampoco he considerado solo mis propios intereses, sino los de todas las personas a las que afectaría eso.

—Nunca lo he tomado por un hombre egoísta, señor.

Por alguna razón, aquello significaba mucho para él.

—Si solo tuviese que pensar en mí, estaría satisfecho de permanecer viudo el resto de mi

vida.

La señorita Ellerby enarcó sus cejas pálidas.

—Y entonces, ¿por qué...?

—Para empezar, porque mis hijas necesitan una madre.

Cuando vio la expresión de dolor que cubrió los rasgos de ella, Rupert se apresuró a añadir:

—Usted hace un trabajo excelente con las chicas. Mejor de lo que cabría esperar. Pero no serán niñas eternamente. Cuando llegue el momento de presentar a Charlotte en sociedad y de que Phoebe cambie su pony por un caballero joven, esas situaciones requerirán algo más que lo que puede proporcionar la mejor institutriz del mundo.

La señorita Ellerby abrió la boca para contradecirlo, pero volvió a cerrarla, posiblemente porque reconocía la verdad de lo que él había dicho.

Rupert aprovechó su silencio para continuar.

—También está el tema de quién cuidaría de las chicas si a mí me ocurriese algo antes de que alcanzaran la mayoría de edad. Tienen padrinos, por supuesto, pero eso podría hacer que las separaran.

—¿Y usted cree que una madrastra sería mejor? —preguntó la señorita Ellerby.

—Lo creo —contestó él—. De no ser así, no pensaría en volver a casarme. Y finalmente, está el tema de Nethercross y lo que será de esta hacienda cuando yo muera. Si no tengo un hijo varón que me herede, el título y toda esta propiedad pasarán a un primo muy poco eficiente, al que yo no le confiaría nada de valor.

—¡Ah! —Al parecer, esa era la única contestación que la señorita Ellerby se sentía capaz de hacer en ese momento.

¿La había dejado sin palabras con su poco delicada alusión a ampliar la familia?

Después de un momento de silencio incómodo, la institutriz recuperó la voz.

—¿Esas son sus únicas razones para querer desposar a la señora Cadmore?

—¿No son suficientes? —quiso saber Rupert—. ¿Qué más quiere usted?

—Solo la más importante de todas, que quiere a la dama y le gustaría compartir su vida con ella. Sus hijas no creen que esté enamorado de la señora Cadmore y yo no he visto nada que sugiera otra cosa.

¿Enamorado de...? La mera idea produjo a Rupert un escalofrío de miedo en la columna. El miedo lo impulsó a atacar.

—¿Tanto sabe usted del amor que puede reconocer su ausencia, señorita Ellerby? Yo pensaba que sabía usted de ese tema tan poco como mis hijas. ¿Alguna vez ha estado enamorada para hablar por experiencia?

No era el tipo de pregunta que un caballero hiciera a una dama, pero Rupert no pudo contenerse. Además, una vez hecha, se sorprendió esperando la respuesta con una curiosidad mayor de lo normal.

Los puntos rojos en las mejillas de la señorita Ellerby se ampliaron hasta que todo su rostro dio la impresión de estar quemado por el sol. Bajó la cabeza.

—No soy una experta en asuntos del corazón, señor. Me creí enamorada en una ocasión, pero ahora no estoy segura de haberlo estado de verdad.

Su respuesta sorprendió a Rupert. No se le había ocurrido que una mujer como ella hubiera conocido los estímulos del amor. Quizá tampoco se le había ocurrido al hombre al que ella quería. Lo cual los convertía a los dos en un par de idiotas, por supuesto. Que Grace Ellerby no fuera una belleza no significaba que su corazón fuera incapaz de sentimientos hermosos. Él debería saberlo, porque había visto y oído la ternura que prodigaba a sus hijas.

¿Por eso era tan cautelosa en su comportamiento? ¿Porque su tierno corazón había sido lastimado por un hombre que la juzgaba demasiado poco agraciada y pobre para quererla?

Antes de que pudiera encontrar palabras para disculparse por haber llegado a la misma conclusión, la señorita Ellerby alzó la cabeza y le lanzó una mirada retadora.

—Tal vez yo, en mi ignorancia, me haya equivocado, lord Steadwell. ¿Está usted enamorado de la señora Cadmore después de todo?

¿ESTABA lord Steadwell enamorado de la mujer a la que tenía intención de cortejar y con la que quería casarse? Eso era lo que Grace quería saber al hacerle una pregunta tan indiscreta.

—Mis sentimientos por la señora Cadmore no son asunto suyo ni de nadie más —repuso él al fin—. Pero, ya que insiste en saberlo, no. No estoy enamorado de Barbara Cadmore.

Su brutal sinceridad escandalizó a Grace. Sin embargo, una parte de ella acogió la respuesta con una punzada de alivio.

—Sin embargo —continuó él—, encuentro a la dama atractiva y compatible, lo cual es suficiente para mí, y creo que lo será también para ella. No somos un par de jóvenes sentimentales que buscan el tipo de idilio romántico eterno del que hablan los cuentos de *Mamá Oca*. Los dos tenemos hijos, propiedades y responsabilidades en las que pensar por delante de nuestros sentimientos. He conocido el amor y descubierto el alto precio que se cobra cuando lo pierdes. Aunque creyera que fuese posible que volviera a vivir ese tipo de sentimiento, no querría intentarlo. No siento deseos de hundirme de nuevo en una pena tan honda. Y dudo de que la señora Cadmore los sienta.

Un breve atisbo de duda en sus ojos hizo que Grace se preguntara qué parte de todo eso era la que él no terminaba de creer del todo. Aunque la perturbaba mucho oírle renunciar al amor para siempre, podía comprender sus razones. ¿No había jurado ella proteger su corazón de daños futuros después de que el capitán Townsend se lo rompiera?

Grace recordaba el tormento que había padecido como si hubiese sido el día anterior. El encantador hermano de la primera mujer que la había contratado había pasado un invierno en casa de su hermana recuperándose de una herida que había recibido combatiendo en España. Ella estaba recién salida de la escuela, se sentía desesperadamente sola y se había sentido halagada por la admiración del galante capitán. Se había permitido, como una tonta, soñar con un futuro con él, con el idilio romántico eterno del que lord Steadwell había hablado con desdén.

Solo cuando el capitán había intentado tentarla a una relación deshonrosa, había entendido ella que él no correspondía a sus sentimientos. Que, en realidad, casi no la consideraba una persona, solo un adorno bonito que lo divertiría hasta que se desposara con una dama con fortuna suficiente para que mantenerlo con lujo. Después de eso, Grace no había vuelto a sentir otra cosa que miedo y aborrecimiento por los hombres que la habían perseguido.

Salió de su doloroso ensimismamiento y vio que lord Steadwell la miraba fijamente con un silencio expectante. ¿Acaso traicionaba su rostro sus sentimientos tanto como había hecho el rostro de él unos momentos atrás?

—¿Y bien? —preguntó el barón—. ¿No va a intentar convencerme de que cambie de opinión?

Por supuesto que sí. Pero Grace se daba cuenta de que eso iba a ser aún más difícil de lo que había creído. Les debía a sus hijas hacer todo lo que estuviese en su mano para impedirle a él cometer un error que todos podían pagar muy caro.

—Le ruego me perdone, señor, pero lo que ha dicho me ha recordado a otro hombre que se desposó con una mujer a la que no amaba por razones parecidas a las suyas.

—¿De quién habla usted? —preguntó su señoría—. Asumo que ese segundo matrimonio no resultó bien.

Grace asintió con pesar.

—Ese hombre era mi padre. Unos años después de la muerte de mi madre, se casó con una mujer con cierta fortuna, buscando seguridad para mí.

Se esforzó por pronunciar las palabras, venciendo la barrera de una renuencia de muchos años a hablar de los sucesos de su infancia. Después de haberle contado hacía poco a Charlotte algunas de sus experiencias en la escuela, hacerle confidencias al barón le resultó más fácil de lo que había esperado.

—Simpatizo con los motivos de su padre. —El tono de lord Steadwell parecía cuestionar por qué ella no podía hacer lo mismo.

—Sé que su intención era buena, como la de usted. No obstante, el matrimonio fue un error. El nuestro no era un hogar feliz. Cuando yo discutía con los hijos de mi madrastra, mi padre y ella, cada uno se ponía de parte de sus vástagos. Mi padre intentaba ocultar que era desgraciado y fingir que todo iba bien. Para compensarme por la frialdad de mi madrastra, me mimaba mucho, lo cual solo servía para irritarla y empeorar la situación.

¿La historia aleccionadora de su infancia haría dudar a su señoría? En ese caso, quizá valiera la pena el dolor de corazón que se había arrastrado desde algún rincón oscuro de su memoria y volvía a roer de nuevo su corazón.

—Creo que enfermó por las tensiones producidas por tanta frustración y arrepentimiento. Cuando murió, me quedé a merced de mi madrastra, quien había llegado a despreciarme.

Su voz se quebró y las lágrimas le escocieron los ojos.

Viejos sentimientos pisoteaban su corazón con la alegría fiera de verse libres. Tal vez Grace hubiese podido controlarlos, si hubiera creído que su dolorosa confesión producía el efecto deseado. Pero temía que el barón no se retractaría de su decisión, por mucho que se compadeciera de sus problemas pasados. La sensación de futilidad resultaba muy abrumadora.

Grace bajó la cabeza y se llevó la mano a la frente. Estaba tan concentrada en no derrumbarse, que casi no fue consciente de que lord Steadwell se acercaba a ella. De pronto se arrodilló a su lado y le puso un pañuelo en la mano.

Ella se sobresaltó y se apartó de él. Pero, junto con el pánico habitual de estar tan peligrosamente cerca de un hombre, Grace experimentó también un anhelo desacostumbrado.

DIEZ

No podía soportar ver a la señorita Ellerby tan alterada.

La imagen de ella encorvada y combatiendo las lágrimas, destrozaba a Rupert con una mezcla intensa de compasión, impotencia y una buena dosis de culpa. Él tenía la culpa de que ella se hubiese visto obligada a desenterrar todos aquellos recuerdos amargos.

Ansiaba reconfortarla, pero la naturaleza de su relación hacía que eso resultara indecoroso, aunque ella no se hubiese asustado con la proximidad súbita de él.

—No tenga miedo —le suplicó, ofreciéndole un pañuelo—. Siento mucho todo lo que sufrió en su infancia.

—¡No quiero que me compadezca! —Ella le quitó el pañuelo y se subió las lentes para apretarse los ojos con la tela—. Reserve su compasión para sus hijas si sigue adelante con su plan de volver a casarse.

Por mucho que la conmoviera verla tan afectada, Rupert se negaba a creer que Barbara Cadmore se comportaría con sus hijas como la madrastra de Grace Ellerby se había portado con ella. La señora Cadmore era una madre muy entregada a su hijo y seguramente se entregaría igual a sus hijas y a cualquier otro vástago futuro. Esa era una de las cualidades que habían hecho que se fijase en ella. Además, no tenía intención de permitir que le ocurriese nada malo hasta que sus hijas fueran adultas y hubiese engendrado un hijo que continuase su trabajo en Nethercross.

La señorita Ellerby quizá percibió su resistencia, pues recuperó la compostura y continuó:

—Apenas acabábamos de enterrar a mi padre cuando mi madrastra me envió a la Escuela Pendergast. Es un milagro que no muriera de pena, añoranza y de las terribles condiciones de esa institución.

Le habló de la comida, escasa y mala; del frío y la humedad; de las profesoras y de los tormentos que le infligían las niñas mayores. Rupert, escuchándola, apretaba los dientes y le ardía la cara. Le habría gustado poder volver atrás para sacarla de aquella miserable institución. Al mismo tiempo, no podía evitar admirar la fuerza con la que había seguido adelante ante una adversidad tan implacable. Seguramente había sido allí cuando se había creado una fachada severa y rígida para proteger a la niña herida que había debajo. Sin embargo, todo lo que había sufrido parecía que había servido para fortalecer su carácter y su fe.

—¿Nunca culpó a Dios de lo que le había pasado? —preguntó cuando ella terminó de hablar y se derrumbó en el sillón, agotada por el esfuerzo que le había costado—. ¿Nunca sintió que la había abandonado?

Era una pregunta indiscreta, pero sabía que ella jamás volvería a confiar en él tan plenamente como esa noche. Y sentía una necesidad urgente de oír su respuesta.

Grace Ellerby permaneció pensativa un momento, buscando quizá en su corazón los sentimientos que él había mencionado. Después negó con la cabeza.

—La fe y la amistad fueron lo que me sostuvieron en esos días oscuros. Me consolaba mucho la certeza de que nuestro Padre Celestial no juzga por las apariencias externas, como hacen otros, sino que él ve la belleza del espíritu.

Rupert no creía que se refiriese a él cuando hablaba de la gente que juzgaba por las apariencias. No obstante, le remordía la conciencia por no haber sido capaz de mirar más profundo y ver a la mujer fuerte y buena que era ella en su corazón. Se recordó que, si no hubiese sido por su aspecto anodino, no la habría llevado a su casa ni habría permitido que creciera tanto la camaradería entre ellos. Y eso habría sido un error grave para sus hijas y para él.

Verlo tan pensativo seguramente dio esperanzas a la señorita Ellerby.

—¿Escuchar mis experiencias lo ha persuadido de reconsiderar su decisión, señor? —preguntó.

Por mucho que odiara decepcionarla, Rupert no podía engañarla.

—Siento mucho que haya revivido en vano esas experiencias dolorosas, pero estoy tan decidido como antes a seguir adelante con mis planes.

Pensó que, después de todo lo que ella le había contado, se merecía una explicación.

—Supongo que comprende que la situación de mis hijas es muy distinta a la suya. Creo que los beneficios potenciales de mi matrimonio, tanto para ellas como para Nethercross, superan los riesgos.

Habló con firmeza, para transmitirle su determinación en ese tema. Cuanto antes aceptase ella lo inevitable, mejor sería para sus hijas. Al mismo tiempo, se esforzaba por que sus palabras sonaran cálidas, para que ella no pensase que le molestaba que hubiese hecho ese esfuerzo.

—Agradezco que quiera proteger a mis hijas de lo que usted considera una amenaza. Pero creo que el mejor servicio que puede prestarles es ayudarlas a entender por qué debo volver a casarme y pedirles que lo acepten. ¿Puedo confiar en que haga eso, por el bien de ellas y por el mío?

—Lo intentaré, señor. —La señorita Ellerby suspiró—. Eso es lo máximo que puedo prometer.

Rupert le dio una palmadita en la mano, que descansaba en el brazo del sillón.

—Con eso me conformo.

Pero ¿bastaría con eso? Percibía que la señorita Ellerby seguía sin estar convencida de que él hiciera lo correcto. Y temía que, en lo relativo al bienestar de sus hijas, su modesta institutriz fuera tan testaruda como él.

—¿PUEDE intentar hablar otra vez con papá, por favor, señorita Elle? —le suplicó Charlotte cuando sus hermanas y ellas dibujaban en el jardín una tarde soleada de finales de mayo.

—Ha ido a visitarla todas las semanas desde finales de abril. —Phoebe miró su cuaderno de dibujo con el ceño fruncido—. Si no paramos pronto eso, me temo que le pedirá matrimonio y, cuando estén comprometidos, ya no habrá nada que podamos hacer.

Grace se encogió de hombros con pesar.

—Lo intentaría si creyera que podía servir de algo. Pero sabéis mejor que yo que vuestro padre puede ser un hombre muy testarudo. Sobre todo, si cree que actúa por el bien de las personas a las que quiere.

Había cumplido su promesa al barón, explicado a las niñas las razones por las que quería volver a casarse e intentado persuadirlas de que aceptasen la situación. Pero ellas se mostraban tan poco inclinadas a hacerle caso como su padre. Y sin duda no ayudaba el hecho de que probablemente captaban las dudas de ella.

—Si no la escucha, vamos a tener que tomar acciones drásticas —anunció Charlotte.

—Ya lo sé —dijo Phoebe—. ¿Por qué no invitamos a la señora Cadmore a Nethercross cuando papá está en Londres y nos portamos muy mal? Podemos correr por la casa y fingir una pelea a gritos. Así no querrá casarse con papá para no tener que vivir con nosotras.

—Podemos tirarnos comida a la hora del té —sugirió Sophie, entrando en el espíritu del plan de su hermana— y deslizarnos por la barandilla encima de una bandeja de plata. Siempre he querido hacer eso.

—¡No! —exclamó Grace, antes de que Charlotte pudiera sugerir más travesuras—. No debéis pensar en eso. Vuestro padre se enfadaría mucho con vosotras cuando se enterase de lo que habíais hecho. Y no queréis predisponer a la señora Cadmore en contra vuestra por si se convierte en vuestra madrastra. Podría haceros la vida imposible.

—Que lo intente —gruñó Charlotte—. Papá no se lo permitiría.

Grace confiaba en que lord Steadwell protegería a las niñas todo lo que pudiera.

—Si ella se quedara en Nethercross cuando vuestro padre está en Londres, estaríais a su merced cinco días de siete.

Sophie dejó caer su lápiz de dibujar y corrió hasta Grace.

—Usted no dejará que sea cruel con nosotras, ¿verdad, señorita Elle?

A Grace le había costado semanas persuadir a la niña de que su futura madrastra no la obligaría a barrer las cenizas ni a dormir en el sótano.

—Por supuesto que no. —Grace envolvió a la niña en un abrazo reconfortante—. Pero si os portáis tan mal como ha sugerido Phoebe, la señora Cadmore podría persuadir a vuestro padre de que me despidiera porque os he educado muy mal.

—No había pensado en eso —admitió Phoebe—. Si es preciso que tengamos una madrastra, no queremos perderla a usted, señorita Elle.

La niña frunció el ceño con una expresión de concentración intensa y un momento después chasqueó los dedos.

—¡Ya lo sé! ¿Y si le decimos a la señora Cadmore que papá bebe mucho brandy? Oí a nuestra cocinera decirle a Bessie que ninguna mujer sensata se casaría con un hombre que bebe.

Charlotte negó con la cabeza.

—Yo no podría decir esas mentiras de papá.

Phoebe se dejó caer sobre la hierba.

—¿Y qué podemos hacer entonces?

—Tenemos que seguir pensando —intentó alentarla Charlotte.

—Entretanto —sugirió Grace—, podéis recoger los materiales de dibujo. No parece que os interese mucho hoy. Quizá os convenga más jugar al mallo.

Las niñas podrían descargar su frustración golpeando las pelotas de madera con los mazos. Eso sería menos peligroso que los planes de Phoebe para alterar el cortejo de su padre.

Poco tiempo después, Grace estaba sentada a la sombra de un olmo grande viendo jugar a las niñas. En su regazo había una carta de su amiga Rebecca que había llegado esa mañana. Estaba intentado asimilar las sorprendentes noticias que contenía.

Rebecca estaba prometida para casarse. Y su futuro esposo no era un funcionario humilde ni un clérigo, que era a lo que podía aspirar una institutriz sin dinero. Era un vizconde rico. Las

últimas noticias que había tenido Grace de su amiga habían sido que el vizconde Benedict intentaba romper el compromiso entre su medio hermano y la joven con la que Rebecca trabajaba de acompañante. Aunque Grace había sospechado que a su amiga le gustaba el noble mucho más de lo que admitía, no se le había ocurrido que su relación de conocidos pudiera terminar en un compromiso de amor.

Rebecca se merecía toda la felicidad y seguridad que ese matrimonio podía ofrecerle, porque era una de las personas más buenas y leales que Grace había conocido. Además, tenía antecedentes apropiados para ser la esposa de un noble, pues su familia materna era de la aristocracia. Aun así, había un trecho largo desde la Escuela Pendergast hasta la mansión de un vizconde.

—Hemos fijado la fecha para la última semana de junio —escribía Rebecca con su caligrafía familiar—. Me haría muy feliz que vinieses a la boda. Anhele volver a veros a nuestras amigas de la escuela y a ti.

Por mucho que Grace deseara ir a los Costwolds para asistir a la boda de Rebecca y ver a sus demás amigas, temía que le sería imposible. Con el cortejo de lord Steadwell avanzando implacable hacia el compromiso, sus jóvenes pupilas la necesitaban más que nunca para mantener el buen ánimo y para impedirles que pusieran en práctica algún plan temerario para impedir el matrimonio.

Se imaginó en la iglesia de Costwold viendo la boda de Rebecca, pero, poco a poco, su sueño despierta fue cambiando hasta que la novia se parecía a la señora Cadmore y el novio a lord Steadwell. Esa visión imaginada le produjo un dolor intenso. Seguramente se debía a lo que ese matrimonio iba a suponer para sus queridas pupilas, ¿no? Por alguna razón, el dolor parecía más personal e intenso que eso.

No podía ser. “¡Dios santo, no!”. Grace se esforzó por respirar y apartar de su mente aquella posibilidad inquietante. Lo que sentía por lord Steadwell no podía ser ese sentimiento peligroso que se negaba a nombrar, ni siquiera en la intimidad de sus pensamientos. No se parecía nada a la fantasía romántica e ilusionada que había vivido con el capitán Townsend.

Tras analizar despiadadamente su interior, Grace tuvo que admitir que sus sentimientos por lord Steadwell eran más profundos que los que había albergado en otro tiempo por el encantador y deshonesto capitán. Lo que había empezado con dudas y miedo se había convertido en gratitud, admiración y confianza. Como esos sentimientos habían ido madurando muy despacio a partir de un comienzo poco prometedor, ella apenas había sospechado que podían ir encaminándose en una dirección peligrosa.

¿Era demasiado tarde para arrancarlos de raíz, como malas hierbas que amenazaban convertirse en enredaderas perniciosas, capaces de enroscarse en torno a su corazón y estrangularlo? Tenía que intentarlo, porque no soportaba pensar en las consecuencias de permitir que florecieran.

El barón jamás podría corresponder a sus sentimientos por muchas razones. Aunque sus procedencias y sus posiciones no estuvieran tan alejadas entre sí, lord Steadwell le había dicho claramente que no quería tener nada que ver con el amor. Su corazón seguía perteneciendo a su difunta esposa y se negaba a volver a arriesgarlo. En vez de eso, había decidido elegir esposa guiado por su testaruda cabeza.

Grace había conocido antes el dolor del rechazo, por parte de un hombre que quería sus favores, pero no su amor. En esa ocasión, al menos había podido marcharse y empezar de nuevo en un lugar donde no había corrido peligro de encontrarse con el objeto de su amor. Pero había llegado a querer demasiado a Nethercross y a las hijas del barón para abandonarlas cuando más

la necesitaban. Si no quería sufrir el tormento de vivir en la misma casa que el hombre al que amaba en secreto cuando él pertenecía a otra mujer, no tenía más remedio que arrancar de su ser esos sentimientos impropios por su señor.

Pero antes tenía que tomar la pluma y escribir una carta de felicitación a Rebecca, lamentando no poder asistir a la boda.

SI GRACE ELLERBY imaginaba que podía hacerle renunciar a sus planes matrimoniales mostrándose fría con él, le aguardaba una desagradable sorpresa.

Rupert, que se acercaba a su casa un día de finales de junio, se esforzaba por pensar en temas más agradables, como las excelentes noticias que estaba impaciente por compartir con su familia. Pero en su mente se colaban sin cesar pensamientos de la institutriz de sus hijas. Todo lo contrario de lo que la dama en cuestión hacía últimamente con él. Aunque mantenía sus modales educados y profesionales, la señorita Ellerby se las arreglaba para transmitir la sensación de que había aparecido una barrera entre ellos.

Cuando cenaba con las niñas y con ella los viernes en el ala infantil, la mujer se esforzaba al máximo por paliar cualquier posible incomodidad entre las niñas y él. Pero, una vez que las niñas se habían acostado, siempre tenía alguna excusa para no ir a dar un paso con él o comentar cómo habían pasado sus hijas la semana. Para Rupert había sido una sorpresa perturbadora darse cuenta de hasta qué punto echaba de menos esas conversaciones.

Confiaba en que, una vez casado, la señorita Ellerby se diera cuenta de que su matrimonio no era el tipo de desastre que ella anticipaba. Las niñas y su institutriz se adaptarían a la nueva situación y ella volvería a tratarlo con más amabilidad... hasta donde ella era capaz de eso. Entretanto, procuraba no resentir su comportamiento para con él ni el hecho de que no aprobara sus planes. Sabía que ambas cosas se debían a su preocupación por sus hijas. Y eso lo conmovía, aunque pensase que esa preocupación carecía de base.

Empezaba a resultar claro que, cuanto antes se desposasen la señora Cadmore y él, mejor sería para todos. Ya no había ninguna excusa para retrasarlo. En las últimas semanas, había visitado Dungrove regularmente. Barbara Cadmore por fuerza tenía que conocer sus intenciones. De hecho, daba señales de alentarlos. Él había dejado a sus hijas tiempo de sobra para acostumbrarse a la idea. Más tiempo solo incrementaría su aprensión. Tenía que mostrarles que sus miedos eran infundados. El único modo de hacerlo sería dejarles vivir la nueva situación familiar.

Las semanas siguientes serían un buen momento para seguir adelante con sus planes. Eso les daría a todos unos meses para acostumbrarse al cambio antes de que se viera obligado a regresar a Londres para la breve temporada de sesiones de otoño en el Parlamento. Con la incertidumbre de los temas en el continente ya resuelta, sin duda era el momento adecuado para nuevos comienzos.

Esa idea volvió a recordar a Rupert las buenas noticias que tenía que dar a su familia cuando llegase a Nethercross. Aunque había intentado ocultarles la gravedad de la situación a sus hijas, estas sabían más del conflicto de lo que a él le habría gustado. Sin duda se mostrarían aliviadas y contentas con el resultado.

Durante la última milla del viaje, se las arregló para mantener la mente fija en ese pensamiento feliz. Su anticipación fue creciendo a media que aparecían a la vista las tierras familiares de Nethercross y que veía a sus campesinos recogiendo el heno.

Cuando el carruaje se acercaba a la casa, vio a sus hijas jugando a la sombra de un olmo grande. Charlotte y Phoebe jugaban al bádminton contra Sophie y su institutriz. Las chicas se giraron al oír el carruaje y las tres soltaron las raquetas de bádminton y corrieron a recibirlo.

—¡Buenas noticias! —gritó Rupert cuando salió del carruaje—. Wellington y Blücher le han parado los pies al ejército francés en un lugar llamado Waterloo. Bonaparte ha huido y tendremos por fin una paz duradera.

Las niñas aplaudieron y gritaron de alegría.

—Es una noticia espléndida, papá. —Charlotte se abalanzó sobre él en el abrazo más cariñoso que le había dado desde que anunciase su intención de volver a casarse.

Vio por el rabillo del ojo que Phoebe abrazaba a la institutriz y Sophie saltaba de alegría.

Cuando Charlotte lo soltó para abrazar a la señorita Ellerby, Sophie corrió a ocupar el lugar de su hermana en los brazos de su padre. La ronda de alegres abrazos continuó entre los cinco hasta que de pronto Rupert se encontró rodeado con sus brazos a Grace Ellerby sin saber bien cómo había ocurrido. La institutriz parecía igual de atónita. Después de un apretón convulsivo, ambos se apartaron como si el contacto físico los hubiera quemado.

A Rupert le sonaba el pulso en los oídos y le cosquilleaba la mejilla donde la había rozado la fea cofia de ella. Se sorprendió deseando ver, solo por una vez, el cabello de ella sobre su cara sin aquellas condenadas lentes. Para ser una persona a quien no le gustaba que la juzgaran por su apariencia, no hacía nada para parecer más atractiva. ¿Pensaba que sería inútil?

—Como podéis imaginar, hay mucha alegría en Londres y en todos los periódicos —se apresuró a decir para distraer la atención, la de los demás y la propia, de lo que acababa de ocurrir—. La gente está planeando todo tipo de celebraciones. Antes de salir de Londres he recibido una invitación de la condesa de Maidenhead para un gran baile de máscaras en Winterhill dentro de dos semanas. ¿De qué pensáis que debo ir disfrazado?

Normalmente llevaba siempre el mismo disfraz a todas las mascaradas a las que asistía, pero quizá había llegado el momento de cambiar.

—Puedes ir de príncipe —gritó Sophie, más contenta por la idea del baile de disfraces que por la gran victoria militar que celebraba.

Rupert negó con la cabeza con una sonrisa indulgente.

—El príncipe regente podría estar entre los invitados. No me gustaría que creyera que quiero rivalizar con él.

—¿Y por qué no de Robin Hood? —contrarrestó Sophie—. O de pirata.

A Rupert tampoco le apetecía disfrazarse de bandido, aunque fuese de uno heroico. Miró a sus hijas mayores, con la esperanza de que ofrecieran sugerencias adicionales. En vez de eso, sorprendió a Charlotte y Phoebe intercambiando una mirada de preocupación.

—ESTOY seguro de que papá quiere declararse a la señora Cadmore en ese baile de máscaras —anunció Charlotte por décima vez desde que su padre había regresado a Londres esa semana.

Grace y las chicas acababan de volver de dar un paseo en bote en el río. Los días buenos, a la institutriz le gustaba que pasaran todo el tiempo posible al aire libre. La actividad física era mucho mejor que sus estudios para apartar sus mentes del preocupante tema del matrimonio de su padre. Y para Grace era también una distracción bienvenida de sus pensamientos sobre lord Steadwell.

Desde que se había dado cuenta de la dirección peligrosa en la que avanzaban sus

sentimientos por él, había intentado invertir su rumbo o, como mínimo, de procurar no comprometer demasiado su corazón. Pero eso era igual que intentar andar con un viento fuerte en contra o nadar con una corriente poderosa.

Se repetía una y otra vez que él no tenía intención de volver a entregar su corazón. En vez de eso, quería un matrimonio de conveniencia con la señora Cadmore. Aunque no amase a su nueva esposa, su unión lo vincularía a ella durante el resto de sus días.

Si Grace permanecía en Nethercross teniendo sentimientos por él, se haría a sí misma más desgraciada de lo que había sido en la escuela o después del segundo matrimonio de su padre. Y sería aún peor si se cumplían sus temores y la nueva unión del barón resultaba ser desgraciada. Ella anhelaría ofrecerle consuelo, pero eso no sería apropiado, sino más bien claramente indecente.

—Deja de decir eso, Charlotte. —Phoebe tomó una piedra y la lanzó al agua, donde dio varios saltos—. Es inútil hablar de ello si no hay nada que podamos hacer para parar a papá.

—Simplemente todavía no se nos ha ocurrido una buena idea. —Charlotte intentó imitar a su hermana, pero su piedra golpeó el agua y se hundió con un fuerte plaf—. Si dejamos de pensar en ello, nunca se nos ocurrirá.

—Yo he tenido muchas ideas distintas —gruñó Phoebe, que buscaba otra piedra apropiada en la orilla del río—. Pero todo el mundo les pone pegas.

—Si no podemos parar a papá, tenemos que intentar retrasarlo —musitó Charlotte—. Darle tiempo para que recupere el sentido común.

Sophie, que llevaba un rato callada, intervino de pronto.

—¿De quién es el carruaje que sube por el camino? No puede ser papá. Hoy solo es miércoles.

—¿Son los Cadmore? —Charlotte miró hacia el camino—. Si lo son, me voy a esconder para no tener que hablar con ella. Odio cómo mira la casa como si estuviera deseando cambiar cosas, y también que nos hable como si fuéramos bebés.

—¡Charlotte, vuelve aquí! —la llamó Grace. Echó a andar hacia el carruaje e hizo señas a Phoebe y Sophie para que se unieran a ella—. No puedes permitirte antagonizar a la señora Cadmore.

Charlotte no le hizo caso.

—Creo que no son los Cadmore —dijo Phoebe—. He visto a un hombre asomado a la ventanilla y a una dama a la que no conozco.

El carruaje se detuvo y de él bajó un hombre. Grace tampoco lo reconoció. A la dama a la que ayudó a bajar, sí. Aunque llevaba un vestido de viaje azul a la moda y no el babi feo de alumna de una escuela de caridad, Grace habría reconocido a su amiga Rebecca Beaton en cualquier parte.

Se recordó que ya no era Rebecca Beaton, sino lady Benedict. Cuando volvió a ver a su querida amiga, Grace sintió un nudo en la garganta que le impidió hablar.

Pero Rebecca no dio muestras de reconocerla.

—Perdone —le dijo, como si se dirigiera a una extraña—. ¿Esta es la propiedad de lord Steadwell?

—Sí, lo es —repuso Sophie ante de que Grace pudiera recuperar la voz—. ¿Quién es usted y qué quiere de mi papá?

—Sophie, cuida tus modales —la riñó Grace.

Pero lord y lady Benedict soltaron una risita indulgente.

—No venimos a ver a tu papá, Sophie, sino a tu institutriz. —Rebecca se agachó a la altura

de la niña—. ¿Dónde puedo encontrar a la señorita Ellerby?

Sophie, confusa, frunció el ceño.

—Esta es la señorita Elle. —Señaló a Grace—. ¿Para qué la quieren?

Rebecca alzó la vista desde su posición acucillada. Abrió mucho los ojos, atónita, y luego los entornó y miró a su vieja amiga, buscando algún rasgo que le resultase familiar—. Grace, ¿eres tú de verdad?

—Lo soy. —Grace se quitó la cofia y dio unos pasos vacilantes hacia su amiga—. ¿Qué te trae por Nethercross, Rebecca? Es un placer volver a verte.

La inmensa alegría que le produjo ver de nuevo a una amiga de la escuela después de tantos años la pilló por sorpresa.

—¡Grace, eres tú! —Una sonrisa de reconocimiento iluminó por fin el rostro de Rebecca.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo cariñoso.

Cuando por fin se separaron, Rebecca le presentó a su reciente esposo.

—Estoy aquí gracias a Sebastian. Me decepcionó mucho que ninguna de mis amigas de la escuela vinieseis a mi boda, aunque comprendo bien vuestras razones. Sebastian sugirió que hiciésemos el viaje de recién casados por el país y fuéramos a visitaros. Es el regalo de boda más considerado que podría haberme hecho.

Grace sonrió al vizconde Benedict sin la menor aprensión. Su evidente cariño por Rebecca implicaba que se sintiera segura permitiéndose ese gesto amable sin preocuparse de que pudiera llamar a error.

Pero dirigió sus palabras a su amiga.

—Parece que has encontrado un esposo tan amable como yo habría deseado para ti. Me apetecía mucho asistir a tu boda, pero tenía mis responsabilidades.

Acercó más a las niñas.

—Estas son Phoebe y Sophie. Su hermana mayor está por ahí. Phoebe, ¿quieres ir a buscar a Charlotte y decirle quién ha venido?

—Sí, señorita Elle. —Phoebe salió corriendo en la dirección en que se había ido su hermana.

—Unas niñas encantadoras. —Lord Benedict le guiñó un ojo a Sophie—. Señorita Ellerby, me parece que ha hecho usted un trabajo tan bueno educándolas como el que hizo mi querida Rebecca con su pupila, quien ahora es mi cuñada.

A Grace le complació oír a su señoría elogiar a Hermione, a la que tenía la sensación de conocer bien por las cartas que había recibido de Rebecca a lo largo de los años.

—No puedo arrogarme el mérito de mis pupilas, señor. Solo llevo unos meses en Nethercross, mientras que su esposa pasó muchos años en Rose Grange.

—Pero yo solo tenía una pupila y tú tienes tres —protestó Rebecca—. Es evidente que las niñas te aprecian, a pesar del poco tiempo transcurrido. ¿Verdad que sí, Sophie?

La niña asintió vigorosamente con la cabeza.

—La señorita Elle no se enfada cuando me despierto con pesadillas. Me acaricia la cabeza y me ayuda a volver a dormir.

—Conmigo hacía lo mismo cuando estábamos en la escuela —dijo Rebecca—. Ya entonces tenía un corazón tierno para todas las que nos sentíamos tristes o solas.

Las alabanzas de su amiga conmovieron profundamente a Grace.

—Era lo menos que podía hacer después de todas las veces que vosotras dabais la cara por mí.

Rebecca se quedó pensativa.

—¿Te imaginas lo que dirían nuestras antiguas profesoras si supieran que me he casado con

Sebastian? Después de todos sus esfuerzos por inculcarnos que éramos demasiado pobres y feas para aspirar al matrimonio. Estoy segura de que pensaban que tú eras la única de nosotras lo bastante hermosa para atraer a un marido.

El comentario amable de su amiga le dolió a Grace. Su aspecto jamás le había conseguido el interés sincero que tan claramente sentía lord Benedict por Rebecca. Y con razón. Los encantos superficiales solo podían atraer un interés superficial.

Por fortuna, la llegada de Phoebe y Charlotte le ahorró la necesidad de contestar. Grace presentó a la hija mayor de lord Steadwell a sus invitados.

—¿Lord y lady Benedict se quedarán a tomar el té, señorita Elle? —La pregunta de Charlotte sonó más bien como una indirecta.

Grace se dio cuenta de la cantidad de tiempo que había mantenido a los Benedict en la puerta. Confiaba en que no pensarán que no eran bienvenidos, pero, por otra parte, le resultaba incómodo ofrecerles la hospitalidad de una casa que no era la suya.

Una vez más, Charlotte acudió en su rescate.

—Espero que sí. Me gustaría oír cómo se hicieron amigas en la escuela y saber más cosas de las otras de su círculo.

Grace no necesitaba que la alentaran más. Con lord Steadwell fuera en Londres, Charlotte era la señora de la casa. Su deseo de que los visitantes se quedasen a tomar el té daba autoridad a Grace para extender una invitación, que fue aceptada en el acto.

—Espléndido. —Charlotte parecía más animada de lo que había estado en semanas. Quizá la visita de Rebecca fuera justo la distracción que necesitaban sus hermanas y ella para apartar de su mente los planes matrimoniales de su padre—. Iré a decírselo a la cocinera.

—Espero que nos cuentes todos los detalles de tu boda —le suplicó Grace a Rebecca cuando entraban en la casa.

Cuando su amiga empezó a describir sus alegres nupcias, ella volvió a ponerse con desgana la poco favorecedora cofia. Había sido una sensación muy agradable sentir la brisa del verano en el pelo, pero confiaba en que no la hubiese visto ninguno de los sirvientes desde la casa. Lo último que necesitaba era convertirse en objeto de habladurías que podían llegar a oídos de lord Steadwell.

Cuando se la puso, Rebecca le lanzó una mirada interrogante y Grace contestó con un sutil encogimiento de hombros para comunicar que se lo contaría luego si conseguían hablar un momento a solas.

Los seis disfrutaron de un té agradable. Lord Benedict parecía levemente incómodo por ser el único caballero entre las cinco hembras, pero las chicas no tardaron en hacerle hablar con sus preguntas sobre dónde vivía, cómo había conocido a su esposa y cuántos caballos tenía. Su animada conversación permitió que Rebecca y Grace intercambiasen algunas palabras en voz más baja, suficientes para que Grace viera que su amiga estaba profundamente enamorada de su esposo.

—Todas las mañanas tengo miedo de abrir los ojos y descubrir que toda esta felicidad es solo un sueño —le susurró Rebecca—. Pero siempre me siento agradecida de que sea verdad. Incluso cuando estaba reñida con Sebastian por el compromiso de su hermano, sabía que era un buen hombre. Y nunca imaginé que consideraría para esposa a una mujer como yo.

—Yo creo que lord Benedict es afortunado de tenerte. —Grace extendió el brazo debajo la mesa y apretó la mano de su amiga—. Me alegra mucho ver que se da cuenta de su buena suerte y te hace tan feliz.

La alegría de su amiga por su matrimonio obligó a Grace a reconocer que anhelaba una

conexión de ese tipo. Aunque tenía que admitir que solo había un hombre en el que pudiera pensar en ese sentido. Desgraciadamente, ese hombre no tenía ningún interés en una relación que pusiera en peligro su corazón.

Lord y lady Benedict se despidieron después del té.

—Sé que tienes tus deberes —dijo Rebecca cuando se iban—, pero espero que podamos vernos lo más posible mientras esté en la zona. ¿Las niñas y tú querríais venir mañana a dar un paseo en carruaje con nosotros?

Siguió proponiendo una serie de excursiones más, a las que Charlotte, Phoebe y Sophie respondieron con alegría.

—No olvides el baile de máscaras de lord Maidenhead —le recordó a Rebecca su esposo—. Nos tomamos la libertad de conseguirle una invitación, señorita Ellerby. —El vizconde metió la mano en el bolsillo y extrajo una tarjeta bellamente grabada.

Cuando se la tendió a Grace, esta se apartó como si quisiera darle una araña gigante.

—Es usted muy amable, lord Benedict, pero no puedo asistir.

—¿Por qué no? —Phoebe arrancó la invitación de la mano de lord Benedict.

—¡Phoebe! —la riñó Grace, cortante.

Charlotte salió enseguida en defensa de su hermana.

—Phoebe tiene razón, Señorita Elle. Tiene usted que ir al baile.

Por las miradas que intercambiaron las niñas, Grace notó que tenían algún plan en mente, un plan que la incluía a ella.

ONCE

—Tiene que ir al baile, señorita Elle. —Las súplicas de las niñas iban creciendo en insistencia a medida que avanzaba la semana—. Así, si papá intenta declararse a la señora Cadmore, podrá detenerlo.

—¿Y cómo esperáis que haga eso? —Grace intentaba resistirse, pero la posibilidad de vestir bien y asistir a un baile de disfraces la seducía más de lo que se atrevía a confesar—. ¿Y cómo los voy a reconocer?

—No será difícil reconocer a papá —le aseguró Charlotte—. Siempre lleva la misma ropa. Le haré un dibujo. Y para estar más seguras, podemos preguntarle a la señora Cadmore cómo va a ir vestida. Y en lo de cómo impedir que se le declare papá, estoy segura de que se le ocurrirá algo cuando llegue el momento.

—Provoque una distracción —sugirió Phoebe.

—Échese algo en el vestido. —Sophie arrugó su dulce rostro en una mueca taimada.

Grace no quería admitir cuánto la atraía el plan malvado de las niñas. Hacía semanas que se sentía impotente para impedir que lord Steadwell cometiese un error grave. La tentación de hacer algo, por fútil que resultase, amenazaba con vencer sus escrúpulos.

Hizo un último intento por disuadir a las chicas... y a sí misma.

—Aunque haga lo que pedís, eso solo retrasaría lo inevitable. Vuestro padre propondrá matrimonio a la señora Cadmore al día siguiente o al otro.

—Tal vez. —Charlotte se encogió de hombros—. Pero cualquier retraso es una oportunidad para que papá cambie de idea. Por favor, diga que lo hará, señorita Elle.

Sus dos hermanas se unieron a ella formando un coro suplicante que Grace no habría podido resistir, aunque hubiese estado mucho más decidida a ello de lo que estaba. Opuso una resistencia simbólica recordándoles que no tenía nada apropiado que ponerse para un evento tan elegante.

—El vestido antiguo del cuadro le queda muy bien —le recordó Sophie.

—Pero vuestro padre lo reconocería —protestó Grace.

—Los hombres nunca se fijan en la ropa —repuso Charlotte, alegremente.

Cuando Rebecca añadió su persuasiva voz a la de las niñas, Grace no tardó en dejarse convencer para hacer lo que en secreto deseaba hacer.

LA NOCHE del baile la sorprendió vestida y con un antifaz, con el cabello liberado de los confines de la fea cofia y ataviada con un estilo a juego con la época del vestido. En los primeros

momentos, permaneció al lado de Rebecca y de lord Benedict, pero poco a poco fue adquiriendo valor. Entre la multitud de máscaras se sentía anónima y libre para ser ella misma por primera vez desde su llegada a Nethercross.

Se recordó que no había aceptado la invitación para divertirse. Las chicas contaban con que vigilara a su padre y le impidiera hacer algo que todos podían lamentar amargamente.

De pronto vio a una dama disfrazada de Colombina, que era como había dicho la señora Cadmore a las niñas que iría ella. Miró un momento a sus amigos, que estaban en la pista de baile, y la persiguió entre la multitud. Cuando consiguió acercarse lo suficiente para ver al acompañante de Colombina, el corazón le dio un vuelco, pues el caballero iba vestido de Polichinela y su estatura era al menos una cabeza más baja que la de lord Steadwell.

Grace volvió hacia la pista de baile, sin dejar de buscar entre la multitud a la pareja que le interesaba. De pronto, un hombre se colocó en su camino. Un poco más alto que ella y tirando a grueso, llevaba la ropa suelta de un sultán oriental con una mezcla de colores chillones. Un turbante gigantesco cubría su cabeza.

—¿Busca a alguien, mi hermosa dama? —Sus ojos depredadores brillaban a través de las ranuras de su antifaz negro—. ¿Su acompañante ha sido tan descuidado como para perderla entre la multitud?

—No tengo acompañante, señor. He venido con amigos. He creído ver a unas personas conocidas y los he seguido para hablar con ellos, pero estaba confundida. Por favor, discúlpeme. —Grace pasó a su lado, salió del salón y volvió a la galería.

Otra Colombina atrajo su atención. Aunque su encuentro con el sultán la había puesto nerviosa, Grace sabía que debía concentrarse en su misión. Cambió de rumbo y se abrió paso a través de la galería hasta la sala de música, donde tocaba un cuarteto de cuerda para una docena de parejas que bailaban allí.

Después de un momento, Grace divisó a Colombina y su acompañante. El último era un hombre larguirucho y delgado vestido de Robin Hood.

—¿Una dama tan encantadora asiste a un baile sin acompañante? —Un murmullo sugerente en su oído hizo que Grace se apartara una vez más del odioso sultán—. Eso es una vergüenza inaceptable. Por favor, hágame el honor de concederme un baile, hermosa mía, para que podamos conocernos mejor.

—No deseo bailar, señor —contestó Grace con una opresión en la garganta—. Solo quiero encontrar a mis amigos. Que tenga una buena velada.

Se giró y corrió hasta el salón de baile, donde no vio ni rastro de lord y lady Benedict. De pronto tuvo la sensación de que todos los caballeros la seguían con la mirada. Esforzándose por calmar su miedo creciente, se acercó a una dama que iba vestida con miriñaque y gola.

—Discúlpeme. ¿Ha visto a una pareja que bailaba aquí hace un momento? —Describió las ropas que llevaban sus amigos.

Para alivio suyo, la mujer asintió.

—Se han ido después del último baile. En esa dirección, creo. Seguramente en busca de un refresco.

Grace le dio las gracias y echó a andar en la dirección indicada. Estuvo a punto de tropezar con otra Colombina, pero esa era demasiado pequeña para tratarse de la señora Cadmore. Aunque hubiera respondido a la descripción de la dama en cuestión, Grace no estaba segura de que eso hubiese supuesto ninguna diferencia. Su objetivo en ese momento era alcanzar la seguridad de la compañía de sus amigos.

Pero estos demostraron ser tan esquivos como lord Steadwell y la señora Cadmore. Grace

comprobó distintas habitaciones, sin éxito y cada vez más nerviosa. ¿Dónde se habían metido Rebecca y lord Benedict?

Rodeó un grupo de invitados que conversaban y reían y se encontró con que el sultán le bloqueaba de nuevo el paso. ¿Cómo podía ser tan difícil encontrar a cualquier de las dos parejas que buscaba y tan fácil chocar en cada esquina con el hombre al que quería evitar?

—Volvemos a encontrarnos, querida mía. —El hombre sonreía con lujuria—. Parece que los hados conspiran para juntarnos. ¿No reconsiderará usted mi invitación a bailar? Le seguro que será un modo mucho más agradable de pasar el tiempo que corriendo de acá para allá, acalorándose y cansándose. Aunque lo primero le sienta muy bien.

¿Por qué tenía que asediarla con sus atenciones aquel hombre repulsivo? ¿Acaso creía que ella se hacía la difícil para suscitar su interés?

—Los hados pueden conspirar todo lo que quieran, señor. No tengo intención de bailar con usted, así que, por favor, no me lo pregunte más. —Huyó del sultán con pánico, sin importarle por dónde iba siempre que eso la alejara de él.

¿Qué la había empujado a creer que podía asistir a un evento lleno de hombres ricos y poderosos que se sentían con derecho a tomar lo que quisieran de una mujer? Peor aún, había sido tan tonta como para hacer alarde de su belleza y de su figura con un vestido halagador, con la única defensa débil de un antifaz para ocultar su identidad.

¿El hecho de que lord Steadwell se hubiera comportado de un modo honorable con la poca agraciada señorita Ellerby le había hecho olvidar las libertades que otros hombres estaban decididos a tomarse con una mujer atractiva? ¿O había estado dispuesta a correr ese riesgo con la esperanza de que su señor la viera con su verdadero aspecto y se sintiera atraído? ¿Cómo era posible que sus ganas de gustarle hubieran escalado a alturas tan peligrosas cuando había hecho todo lo que estaba en su mano por suprimirlas? ¿O esos esfuerzos habían servido para intensificar sus sentimientos... igual que cuando se pone un pitorro a una tetera cuya agua está hirviendo?

Esas ideas revoloteaban por la mente de Grace como una bandada de estorninos mientras se esforzaba por huir del libertino que la perseguía. Pero solo servían para incrementar su miedo, miedo que el depredador parecía olfatear. Las largas puntas curvadas de sus babuchas no lo frenaban y terminó por arrinconarla en una sala distante, donde se dispensaban refrescos.

—Permita que le sirva un vaso de ponche, querida señora —insistió—. Así quizá se sienta más inclinada a bailar.

Aunque Grace se dijo que su virtud estaba segura con tanta gente a su alrededor, nadie parecía darse cuenta de que aquel hombre horrible la acosaba. Su persecución implacable revivió en ella recuerdos terroríficos de la noche en la que había regresado a sus aposentos y descubierto que el tío de su señor la esperaba allí.

La había adulado y le había ofrecido que se convirtiese en su amante. Cuando ella había rehusado e intentado huir, él le había bloqueado el paso y había intentado tomar por la fuerza lo que ella se negaba a entregar de buen grado. Ella había logrado liberarse como había podido, había huido de él y se había escondido debajo de las escaleras. A la mañana siguiente, había salido, había recogido sus cosas y se había despedido. Ni siquiera se había molestado en decirle a la señora lo que había ocurrido, pues ya había aprendido en su puesto anterior lo inútil que era eso. Percibió que la señora Hesketh sospechaba que había ocurrido algo, pero no se molestó en averiguar la verdad. Quizá se sentía culpable por ello y por eso había dado buenas referencias a la institutriz que se acababa de despedir.

—Por favor, señor, déjeme —imploró Grace a su perseguidor. Aunque era poco más alto que

ella, el sultán parecía capaz de dominarla con facilidad—. Le he dicho que no deseo bailar. Estoy buscando a mis amigos.

Buscó con la mirada a Rebecca y lord Benedict. ¿Por qué había sido tan tonta como para alejarse de la protección de su compañía?

—No son muy buenos amigos si la dejan vagar sola, hermosa mía. —Él le tomó la mano y la sometió al asalto de sus exigentes labios. La sensación produjo náuseas a Grace. El olor acre a madera de sándalo que emanaba de él le provocó aún más náuseas—. Permita que yo sea su amigo y le aseguro que seré más constante.

—Por favor, señor, apártese. Constancia es lo último que quiero de usted. —Quería gritar pidiendo auxilio, pero el miedo a atraer la atención hacia ella era todavía más grande que su terror de él. Desde que había dejado la escuela y la protección de sus amigas, la experiencia le había enseñado que nadie acudiría a rescatarla.

¿HABÍA PERMANECIDO ALLÍ el tiempo suficiente? Rupert se asomó a una de las salas de refrescos menos atestadas en el Baile de la Victoria de la condesa de Maidenhead y se preguntó si alguien se daría cuenta si se marchaba temprano.

La velada no había resultado para nada como la había planeado. Había estado seguro de que un baile de máscaras proporcionaría el entorno apropiado para llevar a cabo su proposición de matrimonio. En aquella atmósfera festiva, con los rostros parcialmente ocultos, podía fingir que la señora Cadmore y él eran personas muy diferentes. Eso podía darle el incentivo que necesitaba para superar su resistencia irracional.

Cuando estaba vestido y listo para partir, había recibido el mensaje de Dungrove de que la señora Cadmore no podría asistir al baile después de todo. El joven Henry estaba enfermo y ella no se decidía a apartarse de su lado. Rupert no la culpaba por poner el bienestar de su hijo por delante de cualquier otra consideración. Después de todo, su devoción como madre era lo que más valoraba en su futura esposa. Sin embargo, sí lamentaba haber perdido esa oportunidad para declararse. ¿Cuándo encontraría otra igual de buena?

Le apetecía quitarse el disfraz y pasar la velada en su casa, puesto que su principal objetivo para asistir al baile se había evaporado. Pero captó su imagen en un espejo y se dio cuenta de que eso podía no ser inteligente. Llevaba un disfraz de la *Bauta*. La amplia capa y la capucha cubierta por un tricornio negro grande era el disfraz tradicional de los hombres en Venecia durante los carnavales. La máscara grande blanca sin rasgos cubría toda la cara excepto la boca y la barbilla. Su tío le había traído aquel traje de vuelta de un viaje y Rupert lo había llevado bastantes veces a lo largo de los años, a pesar de que Annabelle insistía en que llevar siempre el mismo disfraz era ir contra el propósito de un baile de máscaras.

Si no hubiera sido famoso por su *Bauta* veneciana, podría haberse quedado en su casa y nadie se habría dado cuenta de que no asistía al baile. Pero no quería que se notara su ausencia y la comentaran. Eso le haría parecer poco patriota y no había nada más lejos de la verdad. Amaba su país y a sus gentes. Se alegraba de que estuviera por fin a salvo de ser conquistado. Honraba el sacrificio de aquellos que habían luchado para mantenerlo libre. Asistir a una velada de entretenimiento era lo menos que podía hacer para mostrar su gratitud.

No obstante, sabía que no podía esperar disfrutar de la velada por sí mismo. Nunca se había sentido cómodo entre la multitud. Lo único que le había hecho soportables esos eventos en el pasado había sido el placer que proporcionaban a Annabelle y él se había contentado con

disfrutar de la alegría de ella. Si de él dependía, prefería estar en casa, saboreando un paseo tranquilo bajo los lilos o viendo ponerse el sol y aparecer las primeras estrellas en el cielo.

El baile de máscaras estaba ya en pleno apogeo cuando llegó. Daba la impresión de que al menos la mitad de la buena sociedad se había desplazado a Bekshire para el baile de la condesa. Todas las estancias estaban llenas de invitados con trajes chillones que bebían y hablaban en voz muy alta. El aire cálido e inmóvil estaba saturado de los olores contradictorios de perfumes caros. A Rupert le revolvían el estómago.

Se abrió paso entre los invitados, aceptando los saludos entusiastas de varias personas a las que no reconoció, pero que claramente lo conocían. Al fin encontró una sala menos atestada, a la que llegó atraído por el susurro de una brisa que entraba por unas puertas de cristal que se abrían a uno de los magníficos jardines de la condesa. Rupert tomó un vaso de ponche de la mesa de los refrescos y se retiró a un punto cerca de las puertas abiertas.

Una hora después, debatía consigo mismo si era demasiado temprano para irse a su casa, cuando fue consciente de un problema cerca de él. Un hombre disfrazado de sultán de Oriente se ponía en evidencia con una belleza de cabello rubio. Algo en la dama le resultaba familiar a Rupert, aunque no conseguía adivinar quién podía ser. Ella llevaba un vestido de la era Estuardo de color rosa coral, con una falda amplia y enormes mangas abullonadas bordeadas de encaje. Sus rizos dorados iban recogidos en dos matas de tirabuzones que enmarcaban sus delicados rasgos. Parecía delicada, femenina y vulnerable a las atenciones no deseadas del canalla que la perseguía incansable.

—Por favor, señor, déjeme sola —la oyó Rupert suplicarle al sultán—. Le he dicho que no deseo bailar. Estoy buscando a mis amigos.

—No son muy buenos amigos si la dejan vagar así, hermosa mía. Conviértame en amigo suyo y le aseguro que yo seré más constante. —Con esas, el villano le tomó la mano y se la llevó a los labios una y otra vez como si pretendiera devorarla.

La dama se encogió e intentó huir de sus atenciones.

—Por favor, señor, apártese. Constancia es lo último que quiero de usted.

A Rupert se le aceleró el pulso con una rabia que le costó mucho contener. Dejó el vaso de ponche en la mesa de los refrescos, se acercó a la pareja y se colocó entre el sultán y su víctima.

—La dama le ha pedido que la deje sola, señor. Sugiero que se comporte como un caballero y se retire.

El sultán sonrió de un modo que más que sonrisa parecía una mueca siniestra.

—¿Y si no hago caso de su sugerencia?

—En ese caso, la cambiaré por una exigencia. —Rupert bajó la voz hasta un murmullo amenazador—. Y será peligroso para usted ignorarla.

La mirada de su adversario vaciló.

—La quiere para sí, ¿verdad? Ya veremos lo lejos que llega con esta puritana tan poco amable.

Se alejó con rabia, chocó intencionadamente con un lacayo y arrojó al suelo una bandeja de refrescos.

Rupert se giró. Esperaba no ver nada que no fuera la falda rosa de la dama alejándose entre la multitud. Para su considerable sorpresa, vio que ella seguía allí de pie.

—Gracias por su ayuda, señor —dijo. Le hizo una reverencia algo temblorosa—. Ha sido muy galante por su parte intervenir para asistirme.

Su voz era jadeante y aguda, pero a Rupert le pareció haberla oído antes en alguna parte. ¿Podía ser una de las debutantes a las que había conocido en el club Almack's? Seguramente no,

o él no se habría apresurado a descartarla.

—No haga caso de la afirmación maliciosa de ese canalla de que lo he hecho solo para obtener su compañía para mí. Nada más lejos de la verdad. No obstante, si quiere permanecer cerca de mí, puede que eso desaliente a otros libertinos que puedan intentar imponerle sus atenciones a la fuerza.

—Es muy amable de su parte, señor. —Ella lo miró con recelo, como si intentara decidir si él era mejor que el depredador que la había asustado—. Pero ¿no interferirá con su disfrute de la velada tener a una desconocida siguiéndolo?

La rabia feroz que se había apoderado de él un momento atrás empezaba a derretirse bajo la influencia del encanto tranquilo de la dama. Sus labios se relajaron en una sonrisa.

—Al contrario. En primer lugar, mi disfrute de tales eventos no es muy grande. Y, en segundo lugar, que me siga una belleza misteriosa me parece una novedad bastante agradable.

La parte visible de la cara de ella adquirió un color que era solo un poco más claro que el de su vestido.

—Perdone mi curiosidad —dijo ella—, pero ¿qué hace aquí si no disfruta de estas fiestas?

Rupert no mencionó a la señora Cadmore ni sus intenciones, pero le explicó que la persona a la que había planeado acompañar no había podido asistir en el último momento.

—Sigo creyendo que nuestra victoria es un acontecimiento que vale la pena celebrar —concluyó. De pronto se alegraba bastante de haber decidido asistir al baile después de todo.

Sin embargo, por alguna razón, su explicación pareció alarmar a la dama. Respiró con fuerza y su esbelta figura se puso rígida. O quizá eso se debiera a algo que nada tenía que ver con él.

—Perdóneme. —Rupert se disculpó con una inclinación de cabeza—. Tenía que haberle preguntado si se ha recuperado del susto que le ha dado ese condenado villano. ¿La reviviría una copa de ponche? O quizá prefiera buscar un asiento en el jardín y dejar que el aire fresco la calme. Yo estaría encantado de hacer guardia a cierta distancia y asegurarme de que no la molesten.

Ella lanzó una mirada anhelante a las puertas abiertas.

—Eso sería muy agradable. Pero tengo que localizar a mis amigos.

O sea que eso no había sido una excusa para ahuyentar las atenciones del sultán. Rupert intentó reprimir una inesperada punzada de decepción.

—Si quiere que la acompañe en su búsqueda, estoy a su servicio. Eso me proporcionará al menos una ocupación útil.

Después de tomarse un momento para considerar la oferta, la dama asintió con la cabeza, lo que hizo que sus rizos dorados se balancearan de un modo encantador.

—Agradecería mucho su asistencia, aunque temo que puede ser difícil localizar a mis amigos en esta multitud.

Rupert descubrió que no le importaba en absoluto la perspectiva de una búsqueda larga e infructuosa en compañía de la dama. De hecho, la tarea demostró ser aún más placentera de lo que esperaba. La siguió de habitación en habitación, siempre lo bastante cerca para desalentar a otros hombres que quisieran acercarse. Al mismo tiempo, procuraba mantener una distancia respetuosa entre ellos para que ella no se sintiera amenazada por su presencia. Cada vez que intercambiaban unas palabras, él se devanaba los sesos intentando recordar dónde había oído antes su voz.

Después de buscar en una serie de estancias sin éxito, Rupert preguntó:

—¿Puede describir cómo van vestidos sus amigos? Dos pares de ojos ven más que uno.

—Una sugerencia excelente. —Ella se acercó más y alzó la voz para hacerse oír por encima

del ruido de conversaciones que los envolvía—. El caballero va disfrazado de rey Arturo y la dama de Helena de Troya.

Rupert sintió un ridículo aleteo de satisfacción cuando ella no mencionó a un tercer caballero, que podía haber sido su acompañante. Se dijo que no debía ser tan tonto. A él no podía importarle si la dama estaba libre o no. Él estaba a punto de pedirle a Barbara Cadmore que fuera su esposa. Sin embargo, no pudo evitar sentirse aliviado porque sus planes para esa noche se hubieran visto truncados.

Aunque buscaban diligentemente a los amigos de la dama, cuanto más tiempo pasaba sin que los vieran, más se alegraba. Al fin su misteriosa acompañante y él volvieron a encontrarse en la sala de refrescos donde se habían conocido.

—Siento haberle hecho perder tanto tiempo, señor. —Ella le permitió ofrecerle un vaso de ponche—. Y que no haya ganado nada a cambio de sus esfuerzos aparte de sed.

Rupert tomó un sorbo de la mezcla ácida y fría de zumo de naranja y limón endulzado con sirope de azúcar especiado con canela y clavo. El ponche era un refresco casi tan bienvenido como la compañía de ella.

Se encogió de hombros con buen ánimo.

—Yo lamento por usted que no hayamos podido encontrar a sus amigos. Por mí no lo siento en absoluto. Con nuestra búsqueda he pasado el tiempo de un modo más agradable que si hubiera estado yo por mi cuenta.

Rupert se quitó el enorme sombrero del disfraz y se abanicó con él. Ansiaba salir al aire fresco, pero no se atrevía a abandonar a la dama.

Ella pareció adivinarle el pensamiento.

—¿Su invitación anterior de dar un paseo por el jardín sigue en pie, señor? Después de tanto andar entre toda esta gente, me resultaría muy agradable disfrutar de un poco de paz y de frescor.

—A mí también. —Lo único que a Rupert le apetecía aún más que eso era tener la oportunidad de saborear más tiempo la compañía de ella en un lugar más tranquilo e íntimo.

Después del desagradable encuentro de ella con el sultán, Rupert habría entendido que no le apeteciera estar a solas con ningún hombre. Por eso lo halagó aquella demostración de que ella confiaba en su honor, especialmente después de lo poco que lo conocía y teniendo en cuenta que ni siquiera se habían presentado todavía. Esa dama misteriosa, a la que había conocido menos de una hora, suscitaba más su interés que su prometida en potencia.

¿Sospechaba quizá también ella que se habían visto antes? Rupert no podía evitar una sensación de familiaridad. Pero, aunque se esforzaba mucho por ubicarla, su identidad se le seguía escapando. Además, en el fondo no deseaba que ningún pensamiento lo distrajera del disfrute de su compañía.

Cuando salieron juntos al jardín iluminado por la luna, Rupert optó por pensar que su disfraz lo protegía de su antiguo dolor de corazón y del miedo a sufrir en el futuro. De pronto quería vivir de nuevo. No solo por el bien de sus hijas y de Nethercross, sino también para experimentar los divinos dones de la vida, y quizá del amor, en su sentido más profundo. Tal vez había hecho mal en sacrificar toda esperanza de una felicidad futura en el altar de la seguridad.

Una persona había intentado decirle eso, pero él no había podido entenderlo hasta esa noche.

EL CABALLERO de la capucha negra y la extraña máscara blanca era el mismo que Grace había ido a buscar. Cuando había acudido en su rescate, ella se había sentido demasiado sorprendida y

agradecida para fijarse en que llevaba el mismo disfraz que había descrito Charlotte. En cualquier caso, parecía estar solo. Hasta que él no le explicó cómo había llegado a estar solo en el baile de máscaras, no comprendió ella su verdadera identidad.

En cuanto supo que no había peligro de que el barón se declarase esa noche a la señora Cadmore, Grace quiso volver a casa y dar la buena noticia a las niñas. Pero para eso tenía que encontrar a sus amigos al tiempo que intentaba esquivar al horrible sultán y a otros como él. En contra de su criterio, aceptó la oferta de ayuda de lord Steadwell.

Pero mientras buscaban en vano a los Benedict y como el barón no daba muestras de reconocerla, Grace empezó a preguntarse si debería aprovechar aquel encuentro de incógnito. Puesto que sus esfuerzos previos por suprimir sus sentimientos por el caballero solo habían servido para intensificarlos, quizá actuando sobre esos sentimientos pudiera quebrarlos de algún modo. Esa noche podía ser su única oportunidad de averiguarlo sin arriesgar el puesto del que disfrutaba en Nethercross.

Hizo acopio de valor y le preguntó si quería acompañarla a dar un paseo por el jardín.

La rapidez con la que él aceptó hizo que le aleteara el corazón, como una mariposa que emergiera de su capullo soso y seguro para extender sus gloriosas alas por primera vez. ¿De verdad estaba buscando purgar sus sentimientos, como exigía la prudencia, o solo los usaba como una excusa para disfrutar de su fantasía prohibida? Su rebelde corazón se negó a considerar esa pregunta.

Cuando salieron al jardín, el clamor frenético del baile dio paso al susurro de la brisa fresca nocturna, sutilmente endulzada con el aroma a flores silvestres. Una bienvenida sensación de calma envolvió a Grace cuando inhaló una bocanada profunda de aquel aire fresco perfumado de flores.

—Estoy en deuda con usted, señor. Primero ha acudido a rescatarme y después me ha brindado protección y asistencia. ¿Cómo puedo pagárselo?

Él descartó su sugerencia moviendo una mano en el aire.

—¿Qué necesidad hay de pagar servicios que usted no pidió? ¿No dicen que hacer el bien es ya una recompensa en sí mismo?

Antes de que Grace pudiese contestar, él continuó.

—No digo que lo mío haya sido hacer el bien. Eso suena demasiado presuntuoso. Solo quiero decir que he actuado por voluntad propia. Y aunque estuviese de verdad en deuda conmigo, el placer de su compañía sería un pago más que justo.

La música y las voces altas de la fiesta se habían convertido en un agradable telón de fondo para el suave murmullo de las faldas de ella y los pasos lentos de ambos en el sendero enladrillado que serpenteaba entre lechos de flores y parterres de hierba. El placer de la compañía de él tenía para Grace más valor del que se atrevía a reconocer.

—Eso es un gran elogio, pues la ayuda que me ha proporcionado ha sido para mí de un valor incalculable. Y más, si cabe, porque ninguno de los demás huéspedes parecía dispuesto a intervenir para asistirme.

—Eso es una vergüenza por su parte, no un mérito por la mía —repuso él con desdén—. No apruebo el modo en que algunas personas renuncian a sus principios cuando se ponen una máscara. Dudo de que ese villano del turbante color púrpura se hubiese atrevido a acosarla de un modo tan reprochable si se hubiesen conocido en un encuentro donde todos conocieran su rostro y su nombre.

—Quizá yo tenga parte de la culpa —aventuró Grace. Ese era un miedo secreto que la había perseguido desde que el capitán Townsend le había ofrecido convertirla en su amante y no en su

esposa—. Si hubiese vestido con más modestia en lugar de un modo que llama la atención...

—¡Tonterías! —La respuesta de él cortó el aire nocturno como un cuchillo, pero no alarmó a Grace, pues sabía que su irritación no iba dirigida contra ella—. Ninguna mujer debería verse obligada a ocultar su belleza para impedir que los hombres se tomen libertades. Parte de la razón de que haya acudido en su rescate es que quería mostrarle que no todos los hombres somos como él.

—Eso ya lo sé —murmuró ella con auténtico convencimiento.

Durante años había considerado a todos los hombres iguales en ese sentido y los había tratado así. Pero desde que llegara a Nethercross, había empezado a darse cuenta de que algunos eran diferentes. Él era diferente. Su actuación de esa noche probaba lo que ella llevaba tiempo creyendo de él. Su declaración sobre que las mujeres no ocultaran su belleza aliviaba su sensación de responsabilidad por el acoso que había sufrido.

—Pero no hablemos de este tema desagradable —propuso él—. No deseo entristecerla.

—Ni yo —asintió Grace—. Disfrutemos de este momento pacífico juntos a nuestro modo insociable.

—Yo no me considero insociable. —Él atemperó la protesta con una risita nerviosa—. Me gusta la buena compañía en dosis pequeñas y en entornos familiares.

—¿Cómo de pequeñas le gustan las dosis? —preguntó ella con una coquetería a la que la anodina señorita Ellerby jamás se habría atrevido.

—Normalmente más de uno —respondió él—. Pero esta noche ese es un número perfecto.

¿Hablaban en serio? Él no sabía quién era y debía de asumir que ella también desconocía su identidad. Quizás pensara que podía decirle lo que quisiera sin miedo a las consecuencias. Tal vez él también tuviera sentimientos incómodos que buscara purgar antes de embarcarse en un matrimonio en el que el amor no jugaría ningún papel.

Por esa única noche, Grace se sentía libre de pronunciar palabras que nunca se había atrevido a decirle, palabras que se vería obligada a encerrar en su corazón a partir del día siguiente. ¿Pesarían luego menos en su corazón si las dejaba libres en ese momento?

—Esta noche también es mi número favorito —respondió—, siempre que ese uno sea usted.

Él aflojó aún más el paso.

—¿Usted también lo siente?

—¿Qué quiere decir?

—Esto. —Él se señaló a sí mismo y después a ella—. Entre nosotros... un vínculo... una conexión.

Se esforzaba por explicar algo que parecía que él mismo no entendía, pero que confiaba en que ella sí.

—Tengo la impresión de que la conozco mucho mejor de lo que permite nuestro breve encuentro. ¿Es posible que nos hayamos visto antes?

¿Cómo podía contestar ella a esa pregunta amenazadora? Las deliciosas burbujas pequeñas que sentía Grace en el estómago subieron hasta obstruirle la garganta. ¿Tenía que negar sus sentimientos por él con una mentira directa? ¿O se atrevía a decirle la verdad y confiar en que pudiera comprenderla?

DOCE

¿Qué lo había impulsado a plantear esa pregunta? Cuando su acompañante misteriosa, aunque extrañamente familiar, respingó y se detuvo en seco, Rupert maldijo su torpeza.

El propósito de una fiesta de disfraces era el secreto en el que envolvía la identidad de los invitados, liberándolos de los límites del decoro estricto y permitiéndoles comportarse de un modo en el que no actuarían normalmente. Había hablado en contra de eso en el caso de hombres como el sultán lujurioso. Pero, para otras personas, en particular las damas, los motivos y consecuencias podían ser mucho más inocentes.

¿Su encantadora acompañante habría osado salir a pasear con él por el jardín a la luz de la luna si su reputación no hubiese estado protegida por el antifaz? Su pregunta indiscreta amenazaba con desgarrar esa débil protección. ¿Podía ella considerarla una libertad casi tan odiosa como la que había intentado el sultán? ¿Huiría también de él y quizá del baile de máscaras?

Si la espantaba, tal vez nunca descubriría quién era ni supiera si los sentimientos que suscitaba en él eran genuinos.

—¡Perdóneme! —exclamó, antes de que ella pudiese salir corriendo—. No le pido que me diga su identidad.

—¿No? —preguntó ella. Las sombras de esa noche de verano no podían ocultar su alivio.

Rupert negó con la cabeza.

—Solo quería explicar esta sensación de familiaridad que me produce usted y que no sé a qué se debe. Pero puedo estar equivocado, engañado por un truco de la luz de la luna.

—Yo también tengo la sensación de conocerlo. —Ella echó a andar de nuevo—. Usted es Hércules y Galahad y todos los héroes de cuentos de hadas que han acudido alguna vez a ayudar a damiselas en peligro.

¿Podía ser así de sencillo? Rupert, en parte, quería aceptar su explicación. ¿Tenía la cabeza tan llena con los cuentos de *Mamá Oca* de sus hijas que la hermosa dama a la que había rescatado representaba todas las princesas de los cuentos de hadas? ¿Por eso le había gustado ella tanto desde el principio? ¿Porque así era como florecía el amor en esos cuentos?

¿Amor? Rupert se rió por permitir que esa noción estúpida penetrase en su cabeza. Aquella belleza misteriosa le despertaba un interés que rayaba en fascinación, pero eso era algo completamente diferente. Sin embargo, no podía negar que también era lo más cerca que había estado de ese sentimiento embriagador desde Annabelle. Había asumido que su capacidad para sentir así había muerto con ella. O quizá que se había visto canalizada en su cariño por sus hijas.

Una parte de él quería resistirse a la atracción abrumadora de la dama disfrazada y su aire de gran inocencia. Temía que ese sentimiento pudiese ser una traición al recuerdo de su difunta

esposa. Y, sin embargo, su corazón daba la bienvenida a ese despertar inesperado después de una larga temporada de pena. Eso le hizo cuestionarse si hacía mal en buscar un matrimonio que no fuera otra cosa que un “acuerdo pragmático” no santificado por el amor.

—No soy ningún héroe de cuento —advirtió, pues no quería que ella se prendara de una imagen falsa—, solo un hombre sencillo que disfruta con placeres campestres sencillos.

Ansiaba hablarle de sí mismo y descubrirlo todo sobre ella: sus gustos, sus creencias, sus experiencias pasadas... Pero ¿y si ella consideraba que esas preguntas eran otro esfuerzo por su parte por descubrir su identidad?

—No veo razón para que un hombre de campo sencillo no pueda ser también un héroe a su modo, si cumple con su deber y trata a quienes lo rodean con honor y bondad.

Algo en la voz de la dama parecía sugerir que seguía considerándolo un héroe a pesar de sus protestas de lo contrario.

No parecía que ella se refiriese a un ideal nebuloso, sino a él en concreto, alabando cualidades que ella sabía que poseía. Aunque sus palabras lo halagaron, también incrementaron su convicción de que se habían conocido antes. ¿Era posible que ella lo reconociera en su disfraz de la Bauta, pero él a ella no? Aunque eso lo situaría en desventaja, a Rupert no le importaba.

Se preguntó de qué temas podrían conversar sin revelar demasiados detalles personales.

—Hace una noche hermosa, ¿verdad? —Sus palabras le horrorizaron a él mismo. ¡Qué aburrido por su parte hablar del tiempo! Como siguiera así, su dama misteriosa volvería corriendo a la casa, dispuesta a arriesgarse a las libertades del sultán antes que a morir de tedio con él.

—Muy buena, sí. —Ella no parecía aburrida... al menos todavía.

Pero él tenía que encontrar algo más interesante que decir que hiciera que ella quisiera permanecer en su compañía.

—La luna es muy brillante hoy. Casi puedo ver rasgos humanos en su rostro pálido. Al hombre de la luna observándonos desde el cielo nocturno.

Como tema de conversación, era un poco mejor que el último.

—Yo veo la cara. —Ella se detuvo en un puente de piedra ornamental, que cruzaba un arroyo estrecho que serpenteaba colina abajo—. Pero siempre he pensado que parece más de mujer. ¿Ve lo delicados que son sus rasgos?

—Tal vez. —Rupert se colocó a su lado, lo bastante cerca para satisfacer su potente inclinación a estar próximo, pero no tanto que pudiera espantarla—. Pero una mujer calva parece bastante improbable.

Su ocurrencia provocó una carcajada melódica que se fundió con el susurro del agua debajo del puente.

—Supongo que sí. Pero ¿y si el cielo nocturno fuera su cabello negro adornado con peinetas cuajadas de diamantes.

En opinión de Rupert, ni siquiera eso podía compararse con la belleza de la dama que pronunciaba esas palabras. Anhelaba ver sus rizos dorados besados por los primeros rayos del amanecer, mientras el horizonte de color rosado copiaba el tono de su vestido y de sus labios.

—Pero ¿de qué sirve esa belleza cuando la dama de la luna parece tan triste? —La mujer suspiró—. Me pregunto qué penas son las que la afligen.

—Quizás soledad —sugirió Rupert—. O dolor por estar separada de su adorado el sol.

—La soledad es una gran pena. —El tono de añoranza en la voz de la dama dio a entender a Rupert que ella había conocido esa pena, tal vez incluso por más tiempo y de un modo más profundo que él. Pero no conseguía imaginar cómo una persona con tantas cualidades atractivas

podía estar sola.

Ella miró hacia la gran casa iluminada y vibrante con los sonidos de la fiesta.

—Es posible estar sola incluso rodeada por una multitud. En realidad, creo que una persona puede sentirse más sola que nunca cuando todo el mundo que la rodea se está divirtiendo.

—Estoy de acuerdo. —Rupert recordó sus miserables experiencias en la sociedad de Londres buscando esposa.

—Sin embargo, solo se necesita la compañía de una persona con la que congenias para disipar esa sensación.

Las manos de la dama descansaban en la barandilla del puente. Rupert acercó la suya izquierda, no para cubrir la de ella, sino para que descansara al lado, casi sin tocarla. Contuvo el aliento, temeroso de que ella se apartara y rompiera aquel contacto tenue entre ellos. Para alivio suyo, ella no lo hizo.

Un hormigueo de calor le subió desde la mano por el brazo y en dirección al corazón. La prudencia le advertía que no tenía sentido una conducta así por su parte cuando estaba a punto de proponerle matrimonio a otra mujer. No, su recién despertado corazón respondió que lo que no tenía sentido era planear casarse con una mujer a la que no amaba. Tal vez haber conocido esa noche a aquella belleza enmascarada fuese un aviso en esa dirección. De pronto compadecía a todos los que no se sentían tan vivos y ardientes como él, incluida una esfera grande y pétrea que giraba alrededor de la Tierra.

—Quizá los fuegos artificiales animen a nuestra triste doncella de la luna —sugirió.

—¿Fuegos artificiales? —repitió su acompañante, aunque no con el tono de alegría que él esperaba. Y en el poco trozo de piel donde se tocaban sus manos le pareció que podía sentir que a ella se le aceleraba el pulso.

—Inmediatamente antes de la medianoche. —Él arqueó la mano y volvió a bajarla para rozar la de ella en una caricia sutil—. Para celebrar nuestra gloriosa victoria y señalar el momento tradicional de quitarse las máscaras.

Estaba deseando que llegara ese instante, ver la cara completa de ella en toda su belleza y descubrir si la reconocía. Era demasiado pronto para especular si aquel encuentro iba a continuar de algún modo.

Pero nada le impedía a su corazón albergar esperanzas.

LA PERSPECTIVA de quitarse el antifaz a medianoche alarmó a Grace más que si la alumbraran directamente con una vela romana encendida. Sus pies querían salir huyendo con toda la rapidez posible. Y, sin embargo, no soportaba poner fin a aquel interludio ni un momento antes de lo que fuese imprescindible.

El paseo y la charla de esa noche con Rupert le recordaban los que habían compartido en Nethercross. Pero eran cien veces mejores, porque no estaba obligada a cuidar constantemente sus palabras para intentar no traicionar sus sentimientos delante de él. En su papel de dama misteriosa enmascarada podía decir cosas que la señorita Ellerby no habría osado decir e ilusionarse con palabras que él jamás dirigiría a la institutriz de sus hijas.

¿Su encuentro con la dama enmascarada le habría hecho dudar de sus planes de casarse con la señora Cadmore? Grace confiaba y creía que podía ser así. Era un caballero demasiado honorable para jugar con ella si seguía pensando en desposarse con otra. Hasta el contacto inocente de sus manos era una intimidad mayor de la que se habría tomado si pensara

comprometerse con otra persona.

Las chicas estarían encantadas de saber eso.

Pero Grace sabía que no sería inteligente por su parte creer que Rupert Kendrick la quería de verdad. De haberlo hecho, seguramente habría expresado sus sentimientos a la señorita Ellerby, a pesar de su aspecto poco agraciado y de su posición humilde. Él solo creía estar embelesado con una dama hermosa. Tales sentimientos no tenían más sustancia que la de un cuento de hadas ni más verdad que un baile de máscaras.

A pesar de todo eso, ella notaba que a través de la conversación de esa noche empezaban a conocerse mutuamente a un nivel diferente y más profundo. Al intentar evitar temas que pudieran revelar demasiado de sus identidades, hablaban de sentimientos comunes a todas las personas independientemente de su aspecto exterior o de su rango. Era como si las máscaras y los disfraces les permitiesen dejar las fachadas que llevaban en la vida diaria para mostrar destellos de su verdadero ser.

—Dígame —le preguntó ella al fin—, ¿qué es lo que desea de la vida y del futuro?

Seguían de pie uno al lado del otro sobre el puente ornamental de piedra, rozándose solo en los laterales de las manos. Sin embargo, Grace era tan consciente de ese leve contacto como si se hubiese tratado de un abrazo apasionado.

Rupert dedicó unos momentos de reflexión a la pregunta, buscando quizá en su corazón una pizca de verdad que ofrecerle.

—Antes pensaba que quería ser el tipo de héroe que ha mencionado: cumplir con mi deber para con las personas que confían en mí, sin buscar nada para mí mismo. O, al menos, nada más allá de aliviar el dolor que lleva tanto tiempo royendo mi corazón.

—Pero ¿eso ha cambiado? —preguntó Grace con un murmullo gentil, como lo haría con una de las niñas que buscaba desahogar su corazón—. ¿Qué es lo que quiere ahora?

Él negó despacio con la cabeza.

—Es demasiado pronto para decirlo. Solo sé que encontrarla aquí esta noche me ha hecho cuestionarme si no me estaré conformando con muy poco. Usted me ha hecho esperar que la vida todavía pueda reservarme algo mejor.

¿Ella le había hecho eso? Grace sintió un hormigueo en los ojos. ¡Había tanto que deseaba hacer por él, tantas cosas que le habría gustado darle! Pero podía conformarse con aquel único favor.

—¿Soy un tonto al hacerme ilusiones sobre la base de un encuentro casual y unas pocas horas con usted? ¿Soy intolerablemente egoísta al pensar en olvidar mi deber para con las personas a las que más quiero?

—Jamás. —Ella apretó más su mano contra la de él porque no se atrevía a ofrecerle una confirmación mayor—. Solo sobre la base de un encuentro casual y unas pocas horas, yo sé que no es ni tonto ni egoísta. Se merece mucho más de la vida de lo que está dispuesto a buscar. Estoy segura de que las personas que lo aman no querrían que renunciase a ninguna esperanza de felicidad por ellas. Si fuese yo, no lo soportaría.

Se le quebró la voz y se vio obligada a hacer una pausa para recuperar la compostura.

—Espero con todo mi corazón que encuentre el modo de cumplir con su deber sin sacrificar la felicidad que merece.

—Tal vez lo haga. —Él alzó el dedo meñique y lo colocó sobre el de ella—. Quizás lo haya hecho ya.

Esa noche podía ser simplemente una ilusión esquiva, sin más sustancia que el brillo de la luna, pero la felicidad que le proporcionaba a Grace era tan genuina como cualquier que hubiera

sentido en su vida.

—¿Y usted? —preguntó él, en un murmullo cálido por el interés que contenía y, sin embargo, ensombrecido también por la duda—. ¿Quiere las cosas a las que aspiran la mayoría de las mujeres? ¿Un buen matrimonio, hijos, una vida social resplandeciente?

¿Qué quería ella? Hasta ese momento, Grace nunca había considerado en serio esa pregunta. ¿Qué sentido tenía querer cosas que sus circunstancias volvían imposibles? En ese momento buscó en su corazón y se esforzó por poner en palabras lo que encontró allí.

—Preferiría una luz suave y firme al brillo y el resplandor. Preferiría contar con cariño y ternura, o incluso simple amistad, al matrimonio más ventajoso del mundo sin amor. En cuanto a hijos, no siempre he sentido el anhelo de tenerlos, pero ahora sí.

Quería hijos y gracias a él los tenía. Tres chicas, cada una distinta a las otras, pero las tres muy queridas. Eran suyas para enseñarles, educarlas y quererlas.

—Hay una cosa más que quiero —dijo. No había sido su intención mencionarla, pero había relajado la guardia y las palabras se le escaparon.

Él le había preguntado y esa noche Grace no podía negárselo.

—Quiero ser valorada por la persona que soy por dentro, no solo por mi apariencia externa.

¿Se había traicionado? En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, temió que él reconociera el sentimiento que le había confesado la señorita Ellerby. ¿Quería que él adivinara su identidad, aunque implicara poner en peligro la vida segura y satisfactoria que había encontrado en Nethercross?

Rupert dudó antes de contestar. Ladeó levemente la cabeza, como si se esforzara por captar un susurro esquivo. Cuando se giró hacia ella, Grace no pudo resistir el impulso de mirarlo de frente.

—No puede culpar a la gente por sentirse atraída por un aspecto tan encantador. —Él alzó la mano con la que había rozado la de ella y le tocó la mejilla con una caricia que no era más fuerte que el roce de un ala de mariposa—. Por lo que veo, es usted tan hermosa por dentro como por fuera.

Grace entreabrió los labios para liberar un suspiro estremecido. Quizás él pudiese interesarse por ella como no lo había hecho ningún otro hombre: mezclando su respeto y simpatía por la señorita Ellerby con su atracción por la dama del antifaz.

—Hay algo que debo decirle. —A Grace le habría gustado ver sus ojos para juzgar su reacción, pero, a la luz de la luna, estaban oscurecidos por la máscara.

—Hable, pues. —Los dedos de él volvieron a rozar su mejilla—. Tiene toda mi atención.

Grace respiró hondo y reunió valor.

De pronto, el cielo nocturno explotó en una explosión atronadora de luz y de color. Grace se encogió como si acabase de recibir un disparo de mosquetón... y con razón. Los fuegos artificiales despertaron todos sus miedos hasta un nivel que era imposible ignorar.

En pocos momentos Rupert se quitaría la máscara para revelar su identidad y esperaría que ella hiciese lo mismo. ¿La reconocería entonces? ¿O la luz de la luna, las sombras y su negativa a pensar en la institutriz de sus hijas de un modo romántico conspirarían para mantenerlo en la ceguera? Grace no podría soportar eso, porque sería una burla cruel de su afirmación de admirarla por algo más que su aspecto. Y destruiría su creencia de que él era distinto a todos los demás hombres que la habían perseguido.

¿Y si él se daba cuenta de que el objeto de su reciente ilusión era la mujer que había vivido los últimos meses bajo su techo y cuidado de sus hijas? ¿Esa revelación le gustaría tanto como ella deseaba, o reaccionaría con sorpresa y recelo? Mientras los fuegos artificiales iluminaban el

cielo nocturno con todo su violento esplendor, Grace imaginaba a lord Steadwell exigiendo respuestas y cuestionando sus motivos para haber ido allí esa noche.

¿La acusaría de espiarlo? Y si lo hacía, ¿podría ella negarlo con sinceridad? Peor todavía, él podía sospechar que ella había asistido al baile con la intención deliberada de apartarlo de la mujer con la que había planeado casarse.

Los colores vibrantes del cielo bañaban la máscara blanca de él en tonos estridentes rojos y naranjas. Grace se imaginaba sus cejas oscuras enarcadas sobre sus ojos llameantes y su labio superior fruncido por el desdén. Recordaba muy bien esas muecas en otros hombres cuando les había negado lo que querían de ella. Sus reacciones le habían hecho temer por su seguridad y su virtud, y, sin embargo, no eran nada comparadas con el daño que podía infligir ese hombre a su corazón si quería hacerlo. Sus sentimientos por Rupert Kendrick le daban a él un arma poderosa, un arma que quizá era capaz de destruirla.

El ruido de los fuegos artificiales atrajo al jardín a muchos invitados de la mascarada. En poco tiempo se reunió una multitud sustanciosa alrededor del pequeño puente. Mientras Rupert tenía la vista fija en el espectáculo del cielo, Grace aprovechó la oportunidad para proteger su corazón y la felicidad que había encontrado en su empleo en Nethercross. Se deslizó entre un par de juerguistas y se agachó detrás de los arbustos. Cuando estuvo fuera de la vista de lord Steadwell, se levantó la falda y huyó del jardín tan deprisa como le permitían las piernas.

Solo cuando estuvo bastante segura de que ya no la encontraría fácilmente, se detuvo a pensar cómo volvería a casa. Nethercross estaba a pocas millas de distancia de Winterhill, pero no era una distancia para ir andando con un vestido antiguo tan elaborado y unos botines prestados que empezaban a hacerle daño. Pero tampoco se atrevía a ir con nadie que no fueran Rebecca y su esposo.

Al pensar en sus amigos, tuvo una idea, aunque temía que no fuese factible. Iría a donde habían dejado el carruaje por si, caso improbable, lord y lady Benedict siguieran todavía en la fiesta. Si el vehículo seguía allí, se refugiaría en él hasta que estuvieran listos para marcharse.

Para su sorpresa, el carruaje estaba exactamente donde lo habían dejado. No solo eso, sino que además el cochero estaba cerca, en un grupo con otros cocheros alrededor de una hoguera pequeña.

—Señorita, es usted —dijo cuando la vio—. Estaba empezando a preocuparme. Milady no se encontraba bien y no podían encontrarla a usted, así que han pedido prestado un carruaje que los llevara a la posada. Milord ha dicho que usted probablemente vendría aquí antes o después y me ha encargado que la lleve a su casa.

—Yo también los he buscado a ellos —declaró Grace, sin aliento, cuando él la ayudaba a subir al vehículo—. Nos habremos cruzado entre la multitud. ¡Ojalá se me hubiese ocurrido venir aquí antes a preguntar!

“Pero entonces me habría perdido ese inocente encuentro amoroso con Rupert”, pensó. El cochero subió al pescante y el vehículo comenzó a moverse. Aunque Grace no se atrevía a apostar su futuro a lo que había ocurrido entre ellos esa noche, lo recordaría siempre.

LOS FUEGOS brillantes cruzaban el cielo, estallando en un centelleo de estrellas que caían. Al mismo tiempo, emociones vibrantes iluminaban el corazón de Rupert con asombro olvidado.

Era el tipo de noche en la que los cuentos de hadas podían hacerse realidad con sus promesas de amor a primera vista y felicidad eterna. Por supuesto, no amaba a la mujer a la que acababa de

conocer ese día y cuyo nombre aún no sabía. Pero había estado enamorado antes y sabía que sus sentimientos eran ya más profundos que una mera atracción superficial por su belleza. Cómo de fuertes podían llegar a ser dichos sentimientos a medida que la conociese mejor, no lo sabía.

Aunque los fuegos eran impresionantes, Rupert dudaba de que pudieran compararse a la belleza de su acompañante cuando esta se quitara el antifaz. Entonces él sabría de cierto si la había visto antes o no.

Bajó la vista hacia ella, con intención de acercarla más a sí en el caso de que se sintiera amenazada por la llegada de otros invitados. Pero cuando miró el punto en el que se encontraba ella solo un momento atrás, vio que ya no estaba allí.

Su primer impulso fue llamarla a gritos, pero eso era imposible, puesto que no conocía su nombre. En lugar de eso, miró a su alrededor en el jardín, buscando desesperadamente un atisbo de faldas rosas o rizos dorados. Grupos de invitados le bloqueaban la vista en distintas direcciones. Invitados que miraban al cielo y lanzaban exclamaciones a cada nuevo estallido de color. A Rupert ya no le importaban nada los fuegos artificiales. No eran más que una distracción ruidosa y chabacana de su búsqueda.

Se abrió paso a empujones entre un grupo de espectadores, sin hacer caso de sus protestas indignadas. Apenas si pensaba en ellos como personas, vecinos, aliados políticos o quizá incluso parientes. Para él eran solo estatuas animadas que se interponían en el camino de lo que intentaba hacer. Estaba rodeado de gente y nunca se había sentido más solo, como había observado antes su acompañante.

Tiró del brazo de un hombre.

—¿Ha visto a una dama con un vestido rosa? Estaba aquí hace solo un momento.

El dueño del brazo lo empujó bruscamente con un juramento que probablemente Rupert merecía.

—Por favor. —Probó con otra persona, esforzándose por mostrarse más educado y mostrar mejores modales. Repitió la pregunta.

—Ha pasado a mi lado —le contestaron a gritos, para hacerse oír por encima del ruido de los fuegos artificiales y de la multitud—. Creo que ha ido hacia la casa.

Rupert dio las gracias también gritando y se alejó entre el montón de gente, estirando el cuello y confiando en ver a la dama.

La exhibición de fuegos artificiales finalizó con un estallido ensordecedor y los invitados empezaron a quitarse las máscaras. Rupert tiró el sombrero, echó atrás la capucha y se arrancó la máscara blanca de la cara.

¿Dónde estaba la dama de rosa y por qué había desaparecido tan bruscamente?

Corrió por la casa, que ya estaba casi vacía. Se asomó a todas las habitaciones, pero tuvo tan poco éxito como en el jardín.

Ella tenía que estar en alguna parte. Rupert se pasó los dedos por el pelo. Tenía que encontrarla para asegurarse de que no tenía problemas y exigirle una explicación por su repentina desaparición. ¿Pensaba que él no notaría su ausencia o no le importaría que lo abandonara sin decir palabra? Si era así, estaba equivocada en los dos sentidos.

Había notado su ausencia y le importaba. Le importaba mucho más de lo que hubiese esperado, mucho más de lo que quería. Especialmente por el modo en el que había desaparecido. Un momento estaba allí, a su lado, con todo el tiempo del mundo por delante de ellos. Y al siguiente se había largado sin una explicación y sin despedirse siquiera.

Mientras la rabia luchaba en su interior con una sensación de abandono, Rupert se preguntó si pensaba en su misteriosa acompañante o en su difunta esposa. Aunque sabía que Annabelle no

había querido abandonarlo, no podía negar que su muerte lo había afectado de ese modo. Los acontecimientos de esa noche se acercaban un poco a eso y no le gustaba.

Decidido a conseguir respuestas, se colocó en la entrada principal de la casa de campo de lord Maidenhead y se dispuso a esperar a la dama. Cuando los últimos invitados partieron, ya de madrugada, le quedó claro que ella se había ido hacía mucho. Si no hubiese sido una persona tan pragmática, Rupert quizá se habría cuestionado si había imaginado aquel encuentro con la dama enmascarada.

Así solo le quedaba preguntarse qué la había hecho huir. El momento sugería que no quería que él descubriera su identidad. ¿Qué razón podía tener para eso a menos que quisiera ocultar algo más que su rostro? ¿Podía tratarse de una mujer casada que había coqueteado con él por un momento de diversión?

Entre tantas preguntas sin respuesta, había dos cosas que sabía de cierto. La primera era que había sido un tonto al prescindir de su cautela habitual y perseguir a una desconocida engañosa. La otra era que había hecho bien al elegir una esposa con su sensata cabeza y no con su insensato corazón. El incidente de esa noche renovó su intención de declararse a Barbara Cadmore a la primera oportunidad.

TRECE

Grace estaba con Rupert Kendrick en un jardín bañado por la luz de la luna. Él se había quitado la máscara blanca, lo que le permitía a ella mirarlo a los ojos. En ellos divisaba un brillo suave de admiración y un destello seductor de atracción. Ambas cosas reflejaban los mismos sentimientos por él que habitaban en el corazón de ella. Él alzó la mano para acariciarle la mejilla... o eso esperaba ella. En lugar de eso, sus dedos tiraron del antifaz de ella y se lo arrancaron de la cara. Entonces la reconoció y eso hizo que se apagaran toda la luz y el calor con los que la miraba solo un momento atrás, para ser reemplazados por un desdén frío y una expresión de recelo.

Grace se despertó con un sobresalto de ese sueño perturbador. Abrió los ojos y lanzó un respingo cuando vio dos ojos azules mirándola con fijeza.

—Buenos días, señorita Elle —dijo Sophie, animosa—. ¿Se divirtió anoche en el baile? Espero que no perdiera un zapato.

Al principio, Grace estaba demasiado desorientada para entender lo que obviamente pretendía ser una broma. Después cayó en la cuenta.

—¿Quieres decir como Cenicienta? —Tengo el placer de comunicar que regresé a casa con los dos botines que lady Benedict tuvo la amabilidad de prestarme.

Había huido del baile a medianoche, pero Grace no tenía intención de contarle eso a su imaginativa pupila.

El sonido de su conversación atrajo a Charlotte y Phoebe a la habitación de Grace.

—¿Qué pasó anoche, señorita Elle? —preguntó Charlotte—. ¿Papá intentó declararse a la señora Cadmore? ¿Pudo usted impedirlo?

—No tuve que hacerlo. —Grace se sentó en la cama, se desperezó y bostezó—. La señora Cadmore no pudo asistir a la mascarada después de todo.

Las chicas gritaron de alegría y se subieron a la cama. Aunque Grace sabía que podía ser un error alentar esa familiaridad, no pudo decidirse a ordenarles que se bajaran. En lugar de ello, pasó un brazo por los hombros de Sophie y sonrió a las dos chicas más mayores. Era un gusto verlas a todas aliviadas y felices.

Grace no conseguía decidir qué sentía sobre los sucesos de la noche anterior. Aunque temía que hubiese corrido un riesgo terrible para nada, no podía arrepentirse de haber compartido una velada de casta intimidad con Rupert a la luz de la luna. Había sido un encuentro que recordaría y atesoraría siempre.

—¿Papá fue al baile de máscaras? —Phoebe arrugó la nariz con aire de duda—. A lo mejor fue a Dungrove y se declaró a la señora Cadmore allí.

Grace negó vigorosamente con la cabeza.

—Vuestro padre estuvo toda la velada en la mascarada. Hablé con él.

—¿Y no la reconoció? —preguntó Charlotte—. ¿Ni reconoció su vestido del cuadro? Ya le dije que los hombres no se fijan en la ropa.

—¿De qué habló con él? —preguntó Sophie.

—De distintas cosas. —Grace, poco deseosa de prolongar ese tema, salió de la cama—. Dijo que yo le resultaba familiar pero que no se le ocurría de qué me conocía. Ahora tenemos que vestirnos todas y tenéis que ayudarme a guardar de nuevo ese vestido rosa en su baúl antes de que alguien lo vea. No queremos que vuestro padre sepa que fui allí a vigilarlo.

Sus palabras alejaron cualquier otra pregunta de las mentes de las niñas. Saltaron de la cama y fueron a vestirse.

Mientras Grace se ponía su vestido más feo y escondía su cabello dentro de la cofia menos halagadora que poseía, recordó lo agradable que le había resultado la noche anterior llevar un vestido favorecedor y sentir la brisa murmurar entre sus rizos. Pero después de lo de la noche anterior, era preciso que tuviese un cuidado especial en parecer lo menos atractiva posible para que Rupert... lord Steadwell... no tuviera ningún motivo para sospechar que ella pudiera ser la dama de la mascarada.

Aun así, el riesgo y la necesidad de ser más cautelosa valdrían la pena si su encuentro lo había persuadido de que su corazón no estaba tan muerto a los sentimientos románticos como él había intentado fingir. Grace esperaba que su conversación le hiciese dudar de que fuera buena idea conformarse con un matrimonio de conveniencia mutua.

Las chicas y ella tomaron un desayuno rápido y se pusieron en marcha para volver a guardar el vestido rosa en su lugar de descanso. Charlotte y Sophie fueron delante para explorar la ruta y avisar a su institutriz si se acercaba alguien. A Phoebe le encomendaron la misión de cerrar la marcha por si se acercaba alguien por detrás.

Resultó que no habría sido necesario planificar tanto. Llegaron al Aposento de Estado sin haberse cruzado con nadie. Cuando Grace envolvía el vestido rosa en su tela de lino, imaginó que la prenda suspiraba de satisfacción por haber sido sacada una vez más para ser usada y admirada.

—Ha sido emocionante —anunció Sophie cuando saltaba por la galería de regreso a la zona infantil—. Me gustaría que hiciésemos cosas secretas de estas más a menudo.

El comentario de la niña provocó una punzada en la conciencia de Grace. Su trabajo consistía en lograr que Sophie y sus hermanas fueran unas damas bien educadas, amables y de buen carácter. No se podía decir que entrara en sus deberes enseñarles a actuar a escondidas y tener secretos con su padre.

Los saltos de Sophie ahogaron el sonido de pasos que se acercaban hasta que de pronto el ayuda de cámara de lord Steadwell dobló una esquina caminando más deprisa de lo que Grace le había visto nunca. Estuvo a punto de chocar con la niña y esta buscó refugio en los brazos de Grace. Todos se sobresaltaron con aire culpable.

—Perdonen, señoritas. —El ayuda de cámara parecía muy agitado—. No esperaba encontrar a nadie en esta parte de la casa. ¿Qué hacen aquí?

Aunque Grace resentía su tono acusador, no podía por menos de admitir que el hombre tenía razón para mostrarse receloso.

Phoebe acudió en su ayuda.

—Mi padre quiere que estudiemos la historia de nuestra familia. Todos los cuadros más antiguos están en estas habitaciones.

Ambas declaraciones eran ciertas y la niña no había afirmado que fuese eso lo que hacían. Lo

cual no impidió que Grace pensara que estaba dando muy mal ejemplo a sus jóvenes e impresionables pupilas.

—Volvemos al aula, chicas. —Las envió delante y miró al ayuda de cámara con aire interrogante—. ¿Sucede algo, señor Willis? Lo noto alterado.

—Es el señor el que está alterado —murmuró el ayuda de cámara, quien normalmente era la discreción personificada—. Esta mañana está de un humor pésimo. Si no fuese el caballero más tranquilo al que he servido en mi vida, juraría que está sufriendo una mala “mañana de después”.

—Eso no parece propio de su señoría —asintió Grace, esforzándose por no mostrar cuánto la perturbaba esa noticia—. Quizá no haya dormido bien después de toda la excitación de anoche.

El señor Willis no dio la impresión de creer mucho en esa explicación.

—Lord Steadwell me ha enviado a decirle a la cocinera que puede que tengamos invitados para cenar. “Puede”. La cocinera me va a decir claramente lo que piensa de eso, se lo aseguro.

—¿Su señoría ha dicho quién puede venir a cenar con él? —A Grace no le gustaban nada aquellos planes, aunque no fuesen seguros.

—La señora Cadmore y su hijo, si el chico se ha recuperado de la enfermedad que lo aquejaba —respondió el señor Willis—. Tengo que entregar la invitación en Dungrove en cuanto termine de hablar con la cocinera. Si me disculpa, será mejor que me apresure o me arrancará la cabeza con el mal humor que tiene hoy.

—Sí, por supuesto. —Grace lamentó haber retrasado al pobre hombre, aunque agradecía la información. Lástima que no supiera lo que significaba.

Después de las atenciones que Rupert le había mostrado la noche anterior, ¿por qué invitaba a cenar a la señora Cadmore? Grace se planteó esa pregunta en cuanto se separó del ayuda de cámara. ¿O el barón no había hablado en serio la noche anterior y solo había coqueteado con ella amparado por la seguridad de su máscara?

¡No! Rupert Kendrick no era esa clase de hombre, estaba dispuesta a apostar su vida a eso. Pero si era sincero, ¿cómo habría reaccionado ante su brusca desaparición? Como no sabía quién era, no había podido adivinar sus motivos para huir. ¿Asumía que ella no quería tener nada que ver con él? ¿Podía ser que por eso estuviera de mal humor esa mañana y se viera quizá empujado a volver con la señora Cadmore?

En ese momento apareció Sophie al final de la galería con los brazos en jarras en una imitación perfecta de la cocinera cuando se enfadaba.

—¿No va a venir nunca, señorita Elle?

—Sí, claro que sí, querida mía. —Grace la siguió de regreso al área infantil, con la cabeza llena de preocupaciones y arrepentimientos.

—Traed las cajas de dibujo, niñas —les pidió—. Nos vamos fuera a buscar flores que dibujar.

No quería que las niñas hicieran ruido que molestara a su padre si él intentaba descansar.

El aire en el exterior era cálido, inmóvil y pesado. Una niebla ligera velaba el cielo. Aunque en el jardín habían florecido muchas plantas, Grace sugirió que se alejasen por el camino en busca de flores silvestres. Cuanto más lejos estuvieran de la casa, mejor.

Justo detrás de las hileras de tilos, las niñas encontraron material de sobra para su trabajo artístico: margaritas, campanillas, silenes rojas y diente de león. Hicieron dibujos interesantes y empezaban a cansarse cuando el carruaje de lord Benedict entró en el camino y se detuvo cerca de ellas.

Grace corrió hacia él, mirando con aire culpable en dirección a la casa.

—Rebecca, ¿cómo te encuentras hoy? Me preocupó saber que anoche no te sentías bien.

Su amiga se encogió de hombros, estoica como siempre, como habían aprendido a ser en la Escuela Pendergast.

—Solo fue una molestia digestiva, probablemente por comer más de lo que estoy acostumbrada. Yo también me sentí mal por dejarte atrás. Me alegró saber que habías tenido la presencia de ánimo de buscar nuestro carruaje.

—Fue culpa mía —le aseguró Grace—. No tenía que haberme alejado cuando empezasteis a bailar.

—Pero espero que te divirtieras. —Rebecca buscó la verdad en los ojos de Grace—. Eras la dama más hermosa de la mascarada con diferencia. Escuché a más de un caballero preguntar quién podías ser.

El interés de esos caballeros no halagaba a Grace. Más bien al contrario. Solo había habido un hombre presente cuya admiración le importase. Aunque, en aquel momento, temía que ese hombre se asomase a la ventana y viese el carruaje de lord Benedict.

El vizconde habló entonces, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Nos vamos a Londres y desde allí iremos a visitar a la señorita Fletcher en Kent. He pensado saludar a lord Steadwell antes de partir. Hace tiempo que admiro la diligencia con la que cumple con sus deberes en la Cámara de los Lores. ¡Ojalá hubiese más nobles como él!

Aunque a Grace le habría gustado concederle ese deseo al esposo de Rebecca, temía que un encuentro entre los dos caballeros pudiese traicionar alguno de sus cada vez más numerosos secretos.

Arriesgó una mirada furtiva hacia la casa. ¿Era su imaginación o había alguien mirando desde una ventana de arriba?

—Estoy segura de que lord Steadwell se sentiría muy honrado con sus elogios, señor. Pero me temo que este no sea un buen momento para que reciba visitas. —Lanzó una mirada a Rebecca suplicándole comprensión.

—Muy bien. —El vizconde parecía decepcionado y quizá también un poco ofendido—. Si está indispuesto, no deseo molestarlo.

Rebecca y Grace se separaron con despedidas algo tensas.

—Por favor, dales mis saludos a Hanna y a nuestras demás amigas cuando las veas. Espero que algún día volvamos a coincidir todas —dijo la segunda.

Para alivio suyo, el cochero consiguió dar la vuelta al vehículo de lord Benedict sin tener que llegar hasta la casa y suscitar preguntas que ella prefería que no se produjesen.

Cuando las niñas y ella despedían con la mano a sus amigos, Grace no pudo evitar pensar lo agotador y preocupante que era mantener su engaño. Cada vez deseaba más poder decir la verdad y ser ella misma. Si no hubiera tanto en juego...

¿CON QUIÉN DEMONIOS hablaba la señorita Ellerby al final del camino de entrada a la casa? Desde la ventana de su habitación, Rupert solo podía divisar trozos de figuras lejanas, que los tilos ocultaban parcialmente a la vista. Sí veía lo bastante del vehículo para reconocer que era un carruaje de viaje como el que usaba él para ir a Londres y volver.

¿Qué hacía allí, tan lejos, en lugar de acercarse a la casa? ¿Podía ser alguien que se hubiese perdido y hubiera parado a preguntar la dirección correcta? Cuanto más tiempo pasaba, menos plausible resultaba esa explicación. Los ocupantes del vehículo habrían podido conseguir direcciones hasta Dover en el tiempo que pasaron hablando con la señorita Ellerby.

Cuando el carruaje dio media vuelta y se alejó, la curiosidad y los recelos de Rupert habían llegado al máximo. Se abrochó la levita y salió en busca de respuestas.

Encontró a sus hijas y a la institutriz dibujando flores silvestres al final del camino. Las niñas no lo llamaron ni corrieron hacia él como solían hacer, y la señorita Ellerby pareció encogerse al verlo. ¿Tan formidable resultaba?

Tal vez sí, reconoció de mala gana, y se esforzó por relajar el ceño fruncido, el paso nervioso y los brazos unidos a la espalda. Después de lo de la noche anterior, no le resultó fácil.

—Otra vez dibujando, ¿verdad? —Miró el dibujo de Sophie y asintió con aprobación—. Muy bien. Quizá más tarde puedas repasarlo con acuarelas.

—Creo que lo haré, papá.

Él pasó al lado de las otras dos niñas y admiró también su trabajo. Daban la impresión de estar muy concentradas en lo que hacían. Tanto, que no podían mirarlo a los ojos.

Su institutriz mantenía la mirada baja y parecía prepararse para el encuentro con él. Rupert nunca había visto a nadie que tuviese un aspecto tan claramente culpable. No tenía ni idea de qué podía ser culpable, pero pensaba averiguarlo.

—Señorita Ellerby.

—Señor. —Ella hizo una pequeña reverencia y se negó a mirarlo.

—Me ha parecido ver un carruaje detenido aquí y a sus ocupantes hablando con usted.

—Sí, señor. —La institutriz apretó los labios en una línea terca, como si temiera que él intentase arrancarle los dientes.

—Me ha resultado extraño que el carruaje no continuase hasta la casa. ¿Puede explicarme por qué?

Ella tragó saliva visiblemente.

—Esas personas solo han parado un momento, señor. Iban de camino a Londres. Yo no quería que lo molestaran después de lo tarde que llegó anoche.

—¿Cómo sabe que llegué tarde? —preguntó él, con voz más cortante de lo que era su intención.

La señorita Ellerby se sobresaltó.

—Lo he asumido, señor. Puesto que fue a un baile...

—La verdad es que llegué tarde —admitió Rupert.

Más aún, una vez en la casa, no había podido dormir bien. ¿Era por eso por lo que estaba tan malhumorado y receloso esa mañana?

—Pero ahora estoy bien despierto. Dígame, ¿las personas del carruaje eran conocidas mías? ¿O suyas?

Ella respiró hondo.

—Mías, señor. La dama es una antigua amiga de mi escuela, que acaba de contraer matrimonio. Su esposo y ella han parado a despedirse de camino a Londres.

Rupert miró a sus hijas, que los miraban con fijeza, pero volvieron rápidamente a concentrarse en sus dibujos.

—Chicas, ¿por qué no lleváis las cajas de dibujo al ala infantil? Y después os llevaré a remar al río.

—Sí, papá —contestaron a coro, pero sin el entusiasmo que Rupert esperaba.

Guardaron el material de dibujo a la velocidad del rayo y se dirigieron a la casa. Su institutriz intentó seguirlas, pero él se interpuso en su camino.

—Un momento, por favor, señorita Ellerby. He enviado a las niñas delante porque quiero hablar con usted en privado.

—¿De qué, señor?

—De las personas del carruaje, por supuesto —replicó él cortante, irritado con ella por fingir que no lo sabía—. Si eran amigos suyos, ¿por qué no los ha invitado a entrar en casa?

Ella seguía con la vista baja.

—Porque no es mi casa, señor.

Su respuesta lo pilló por sorpresa. No era la dueña de la casa, claro, pero a él le gustaba pensar que sí era su hogar.

—Me decepciona que asuma que yo no le permitiría recibir invitados en Nethercross.

—Lo siento, señor. Pero eso no se permite habitualmente.

—Y les ha hecho seguir su camino, a una amiga de... ¿cuántos años?

Ella vaciló.

—Nueve, señor.

—Me temo que no la creo. —Rupert confiaba en que esa declaración le arrancara la verdad—. No veo motivos para que se muestre tan evasiva porque venga a verla una vieja amiga. Confiese. ¿Está buscando una nueva posición con otra familia?

Esa posibilidad le hacía sentirse traicionado y extrañamente... ¿celoso? No, eso era ridículo. Seguramente sería un sentimiento residual de la noche anterior.

Había llegado a creer que Grace Ellerby era una mujer que jamás los abandonaría a sus hijas ni a él. Al principio había pensado que sería porque ella no tenía otras opciones. Pero últimamente había llegado a confiar en su lealtad y su cariño. Sus respuestas evasivas a las preguntas de él hacían que se sintiera tonto por haber puesto su confianza en ella. La noción de que pudiera hacer planes para irse a otra parte le parecía una traición personal.

La señorita Ellerby tardó un momento en producir una respuesta audible.

—¡Eso no es cierto! —dijo al fin—. No tengo intención de dejar Nethercross a menos que usted quiera que me vaya.

Su voz sonaba sincera, pero cuando él intentó buscar la verdad en sus ojos, la señorita Ellerby frunció el ceño y apartó la vista. Era la viva imagen de una conciencia culpable. Sería bastante malo que quisiera irse. Que además le mintiera, le dolería terriblemente.

—Por supuesto que no deseo que se vaya. Pero si no puede confiar en mí para decirme la verdad y yo no puedo confiar en lo que me diga... —Rupert se encogió de hombros con un suspiro.

No había dicho aquello como una amenaza. Y aunque hubiese sido así, sus palabras no parecieron tener ningún efecto en la señorita Ellerby, quien permaneció con los labios tercamente cerrados, aprisionando tras ellos cualquier palabra que pudiese haberle confiado.

—En ese caso, quizá lo mejor sea que me case con la señora Cadmore lo antes posible —dijo él, comunicándole así su decisión—. Si su hijo y ella pueden venir a cenar con nosotros esta noche, se lo propondré hoy. Por favor, procure que las niñas estén preparadas y adviértales que traten con educación a la dama que va a ser su nueva madre.

Y sin más, dio media vuelta y se alejó, con el alma en los pies.

—¡PERO usted dijo que todo fue bien anoche en el baile! —gritó Charlotte cuando Grace informó a las niñas de los planes de su padre—. ¿Qué le ha hecho cambiar de idea? ¿Ha sido ver a sus amigos?

—No digas tonterías, Charlotte —Phoebe frunció el ceño a nadie en particular—. ¿Cómo va

a influir eso en lo de papá y la señora Cadmore? Nos vamos a tener que acostumbrar a la idea de que vamos a tener una madrastra, eso es todo.

A Grace le habría gustado que lo que decía Phoebe fuese verdad, pero temía que no era así. Tal y como Charlotte había insinuado, aquello era culpa suya. Su cobarde huida del baile probablemente había provocado que Rupert quisiera una mujer que permaneciera a su lado, aunque la razón de su constancia no fuese el amor.

—Yo no me acostumbraré nunca —aulló Sophie—. No quiero una madrastra.

—Ni yo tampoco. —Charlotte se acercó y abrazó a su hermana pequeña—. Y menos a la señora Cadmore.

—A mí tampoco me cae bien. —Phoebe se dejó caer en una de las sillas del aula infantil—. Pero si papá está decidido a casarse, podría haber mujeres peores.

Grace hizo lo posible por tranquilizar a las chicas mientras las ayudaba a vestirse y arreglarse para la cena. Pero ¿cómo podía esperar convencerlas de que todo iría bien cuando ella estaba más segura que nunca de que su padre cometía un grave error... un error al que lo había empujado ella?

—Por favor, señorita Elle —suplicó Sophie cuando Grace le cepilló el pelo—. ¿No hay nada que usted pueda hacer?

“¿Lo hay?”, preguntó la conciencia de Grace, aunque ella intentaba fingir otra cosa.

Se le ocurrió una idea, pero le dio miedo. Lord Steadwell había insinuado ya la posibilidad de despedirla y, si hacía lo que pensaba, esa posibilidad se convertiría en certeza.

Pero si se casaba con la señora Cadmore, Grace sospechaba que acabaría siendo tan desgraciado como sus hijas. No podía soportar que ocurriese eso, aunque sus esfuerzos por impedirlo le imposibilitaran a ella seguir en Nethercross.

—Calla. —Le limpió las lágrimas a Sophie y la besó con suavidad en la frente—. Quizá sí haya algo que puedo hacer para ayudar. Pero quiero que te portes muy bien en la cena y hagas como si no pasara nada. ¿Puedes hacer eso por mí?

La niña asintió con seriedad y entreabrió los labios en una sonrisa temblorosa.

—¿Lo dice de verdad? —susurró Charlotte cuando Grace se acercó a ella—. ¿O solo lo ha dicho para que Sophie no se pase la cena llorando y haga enfadar a papá?

—Un poco de las dos cosas —confesó Grace—. No quiero que empeore todavía más esta velada. Pero hay una última cosa que quiero probar. No sé si funcionará, pero no puedo quedarme quieta y no hacer nada.

A pesar de la duda que acababa de expresar, un brillo de esperanza iluminó los ojos de Charlotte.

—Gracias por intentarlo al menos. —Le echó los brazos al cuello a Grace.

Esta sintió un nudo en la garganta con el abrazo caluroso de Charlotte. Intercambió una sonrisa cariñosa con Phoebe. Había llegado a sentir mucho más por aquellas tres queridas niñas que por ninguna otra de sus pupilas anteriores. Aunque no sabía cómo podría soportar separarse de ellas, prefería hacer eso a seguir allí y ver cómo esa familia se volvía tan desgraciada como había sido la suya propia. La angustia de ser testigo de su infelicidad sería doblemente amarga sabiendo que ella podría haberla impedido con solo que hubiese tenía el valor de intentarlo.

—Bien, estáis preciosas, como siempre. —Grace no pudo resistirse a tocar a cada una de ellas. Le alisó el pelo a una, le colocó mejor una cinta a otra y aflojó un poco la banda de la cintura de la tercera—. Bessie, ¿puedes llevar a las niñas al comedor? Y por favor, pregunta a su señorita si puedo hablar un momento con él de un tema urgente antes de la cena.

—Sí, señorita —respondió la doncella con una mirada de curiosidad—. ¿Va todo bien? No

está usted enferma, ¿verdad?

Grace negó con la cabeza. Enferma no. Solo muerta de miedo. Su respuesta instintiva a ese sentimiento era huir y esconderse. Eso era lo que había hecho toda su vida. Pero ese día debía mantenerse firme y retirar su disfraz protector.

Se volvió hacia el espejo, se quitó las lentes de su padre y la cofia blanca almidonada con sus poco favorecedoras ínfulas. A continuación, tomó un cepillo y empezó a peinarse de un modo favorecedor.

Poco después, estaba en la puerta del comedor, apretando sus manos unidas en un esfuerzo por detener su temblor. Intentó respirar hondo para calmarse, pero cada espiración iba acompañada de un suspiro tembloroso. Si lord Steadwell no aparecía pronto, temía que daría media vuelta y saldría corriendo de regreso a su habitación.

Tan alterados estaban sus nervios, que el débil crujido de la puerta al abrirse casi le hizo gritar. Reprimió el sonido hasta convertirlo solo en un gemido.

—¿Qué es lo que desea decirme, señorita Ellerby? —preguntó el barón con un gruñido de impaciencia, cerrando tras de sí la puerta del comedor—. Espero que sea bre...

Al verla claramente, se interrumpió. Abrió mucho la boca y los ojos.

—¡Santo cielo!

El primer shock fue seguido de uno todavía mayor. Grace temió que se le salieran los ojos de las órbitas.

—¡Santo cielo! —repitió—. Usted.

CATORCE

¿Qué demonios tenía que decirle la señorita Ellerby en ese momento que no hubiese podido decirle antes cuando había hablado con ella en el camino?

Sus hijas y sus invitados estaban ya sentados a la mesa cuando Bessie le entregó el mensaje.

Estuvo a punto de contestar que lo que la señorita Ellerby quisiera podía esperar hasta que se fuesen los Cadmore. No tenía intención de retrasar la cena para que ella continuase suplicándole que abandonase su plan de desposarse con su agraciada vecina. ¿No se daba cuenta de que sus hijas empezaban a resignarse a ello? Cuando vieran que no les había impuesto una madrastra malvada como las de los cuentos, aceptarían su matrimonio y todo iría bien.

Pero ¿y si la institutriz quería ir más lejos y amenazar con renunciar a su puesto si se declaraba a la señora Cadmore? Aunque Rupert no tenía intención de dejarse coaccionar por ella, pensó que valía la pena oír al menos lo que quería la señorita Ellerby.

—Si me perdonan un momento. —Miró a la señora Cadmore con aire de disculpa—. Hay un asunto que debo atender antes de empezar.

—¿Tan urgente es? —La dama no hizo ningún esfuerzo por disimular su impaciencia—. Supongo que puede esperar hasta después de la cena.

—No estoy seguro de eso —respondió Rupert, aunque sabía que su invitada probablemente tenía razón—. Será solo un momento, se lo aseguro.

Cuando se encaminaba a la puerta, se negó a admitir que en parte agradecía ese retraso, por corto que fuera.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señorita Ellerby? —murmuró cuando cerraba la puerta tras de sí. Su impaciencia era menos con ella que con las dudas que lo embargaban—. Espero que sea bre...

Entonces se giró y subió la vista por el vestido familiar marrón apagado hasta el rostro de la mujer increíblemente atractiva que lo llevaba.

—¡Santo cielo!

No podía ser la poco agraciada señorita Ellerby... pero lo era. Rupert jamás habría pensado que una cofia y unas lentes pudieran cambiar tanto el aspecto de una persona. Solo podía imaginar lo hermosa que estaría con un vestido bonito.

Y, para más sorpresa aún, se dio cuenta de que podía imaginarlo perfectamente.

—¡Santo cielo! —volvió a exclamar—. Usted.

La mujer que tenía ante sí era Grace Ellerby, eso lo sabía. Pero también era la belleza misteriosa de la mascarada. Por fin comprendió por qué le resultaba tan familiar. No era de extrañar que no hubiese conseguido ubicarla. Había repasado en su memoria todas las mujeres hermosas que había conocido, pero la anodina institutriz de sus hijas no había estado entre ellas.

—¿Sabe quién soy, pues? —Ella parecía preparada para esquivar un golpe que podía llegar en cualquier momento.

Él asintió con rigidez.

—Ahora que la veo sin su disfraz, sí. Sin ninguno de sus dos disfraces.

¡Y pensar que se había felicitado por contratar una institutriz que nunca abandonaría a su familia para fugarse! ¡Qué ciego había estado!

Darse cuenta de que lo habían engañado tan completamente no mejoró su humor.

—Me debe una explicación, señorita Ellerby, si es que ese es su verdadero nombre.

Ella se encogió como si ese fuese el golpe que esperaba.

—Lo es. Puede que no le haya dicho toda la verdad sobre mí misma, pero he intentado decirle lo más posible. En cuanto a mi explicación, se la daré, se lo prometo. Pero ahora no tenemos tiempo.

Sus palabras recordaron a Rupert que en el comedor esperaban su regreso. Ver a Grace de ese modo había apartado todo lo demás de su mente.

—¿Y qué quiere de mí? —preguntó.

—Solo suplicarle que no se declare a la señora Cadmore hasta que tenga la oportunidad de explicarle mi situación. Tengo motivos para saber que no ha renunciado usted al amor tanto como proclama. Sería un gran infortunio que se impusiese un matrimonio de conveniencia y después conociera a una dama a la que podría amar.

Rupert suspiró. Aquella mujer lo había engatusado la noche anterior hasta el punto de creer que sentía algo por ella.

—¿Para eso se coló en el baile de máscaras? —quiso saber—. ¿Para buscarme y seducirme y que abandonara mis planes de matrimonio?

Los sentimientos que habían embargado su corazón la noche anterior en el jardín bañado por la luz de la luna no lo habían abandonado por completo. Pero luchaban con sentimientos igual de potentes de traición y abandono.

—No me colé. —Grace negó con la cabeza con tanta fuerza que su cabello dorado formó una nube en torno a su rostro—. Mi amiga, lady Benedict, me había conseguido una invitación. El carruaje que vio antes era el de ella y su esposo. El vizconde Benedict quería presentarle sus respetos, pero yo temía que eso provocara preguntas incómodas y usted descubriera lo que había hecho.

¿Lady Benedict? Rupert había oído habladurías sobre el reciente matrimonio del vizconde y el rumor de que se había declarado a su prometida delante de una gran multitud en Bath. Pero eso no significaba que Grace Ellerby dijera la verdad.

—No me acerqué a usted para arruinar sus planes de matrimonio —continuó ella con sinceridad vehemente—. Acudió usted en mi rescate, ¿recuerda? Y yo no sabía quién era al principio.

—¿Al principio? —Rupert se aferró a esas palabras para distraerse del recuerdo de ir tras ella como un adolescente enamorado, deseoso de protegerla de las atenciones no deseadas de otros hombres—. ¿Cuándo se dio cuenta de quién era? ¿Y por qué siguió fingiendo que éramos desconocidos?

Ella bajó la cabeza, al parecer avergonzada.

—Porque temía que sospechara lo peor de mí... como hace ahora. La verdad es que acepté la invitación de mi amiga para vigilarlo en caso de que intentase declararse a la señora Cadmore.

—¿Y qué habría hecho en ese caso? ¿Echarse en mis brazos? ¿Fingir que tenía derechos previos sobre mí? —A pesar de su enfado, Rupert no pudo reprimir el deseo traidor de que ella

hubiera hecho eso.

—¡No! —La negativa de Grace Ellerby le pareció un rechazo de los sentimientos que había suscitado en él—. Eso es... No lo sé porque no ocurrió. En lugar de eso, usted acudió en mi ayuda y después salimos al jardín y hablamos. Usted me dijo...

—No soy responsable de nada de lo que dije bajo la influencia de una atmósfera romántica— replicó Rupert, cortante por el dolor del rechazo—. Hoy me he despertado pensando en las necesidades prácticas de la vida.

Ella se encogió por la intensidad del enfado de él, pero se negó a rendirse por completo.

—En cualquier caso, lo que ocurrió anoche me convenció de que nunca será feliz casado con una mujer a la que no ama.

Su certeza tranquila fue como una sacudida para él y amenazó con movilizar sus propias dudas contra sí mismo.

—Aquí hay mucho más en juego que mi felicidad.

—Pero si usted no es feliz, sus hijas tampoco lo serán. —Si ella hubiese respondido con rabia, a él le habría sido más fácil ignorar sus palabras. Era mucho más difícil pasar por alto sus sentidas súplicas—. Sé que intenta hacer lo mejor para ellas, pero esto no lo es. No creo que su esposa hubiese querido esto para ninguno de ustedes.

Rupert la miró furioso.

—No se le ocurra decirme lo que habría querido mi esposa. Yo juzgaré qué es lo mejor para mis hijas, señorita Ellerby. Y ahora debo volver con mis invitados. Pero después espero una explicación clara de por qué entró a mi servicio con un engaño que ha mantenido hasta hoy.

Temiendo que ella pudiera decir algo más para detenerlo, dio media vuelta, regresó al comedor y cerró con firmeza la puerta tras de sí.

—¿Hay algún problema, lord Steadwell? —preguntó la señora Cadmore con un gesto de preocupación—. Hemos oído que alzaba la voz.

Rupert negó con la cabeza y se esforzó por recuperar la compostura.

—Un tema menor con el servicio, aunque el momento ha sido de lo más inoportuno.

A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, el rostro de Grace Ellerby se coló en su mente. Incidentes de los últimos meses circulaban por su memoria y mostraban a la institutriz de sus hijas con su aspecto atractivo real.

Cuando volvió a su silla e intentó seguir adelante como si no hubiera pasado nada, sorprendió miradas furtivas entre sus hijas. ¿Habían empujado ellas a su institutriz a asistir a la mascarada para espiarlo? De pronto entendió por qué le resultaba tan familiar el vestido rosa de la época Estuardo. ¿Cuánto tiempo hacía que sus hijas conocían la belleza secreta que se ocultaba en el ala infantil?

YA ESTABA. Por fin había hecho lo que tenía que haber hecho desde el principio, si hubiese sabido la clase de hombre que resultaría ser su nuevo empleador.

Cuando Grace miró cómo se cerraba la puerta del comedor tras él, su conciencia protestó. No había tardado mucho en descubrir que Rupert Kendrick era un caballero fiable y honorable, que jamás intentaría aprovecharse de ella como muchos otros hombres que había conocido. Y a partir de ese momento, no había tenido ya excusa para pagar su honorabilidad con engaño. La única excusa había sido su falta de valor.

Rebecca jamás se habría comportado como había hecho ella. Grace suspiró con

arrepentimiento y volvió a su habitación con pasos lentos y cansados. Su amiga habría confesado la verdad en el acto y aceptado las consecuencias con fortaleza. Tal vez por eso la vida había recompensado a Rebecca con seguridad y felicidad y a ella estaba a punto de arrancarla de la seguridad y la serenidad de Nethercross, el primer lugar que había considerado un hogar en muchos años.

Era evidente que su madrastra y sus profesoras tenían razón. Su belleza era una máscara superficial que ocultaba un carácter defectuoso. Se había dejado arrastrar muy fácilmente a la pegajosa red del engaño. Pero ya se había liberado. Ya no tendría que inventar nuevas mentiras para tapar las viejas. Ya podía ser totalmente sincera con el hombre al que admiraba y quería.

Quizá esas bendiciones pudiesen compensar por el castigo que debía sufrir por sus transgresiones.

Cuando llegó al ala infantil, decidió que podía empezar a recoger sus cosas. Lord Steadwell podía ser lo bastante amable para no obligarla a irse esa misma noche, pero el enfado con el que había reaccionado a sus revelaciones era innegable. No querría que una persona que había demostrado una falta tal de integridad siguiera educando a sus adoradas hijas. Y no podía culparlo por ello.

Si ella hubiese estado en su lugar, habría hecho lo mismo. Sin embargo, confiaba en que hubiese encontrado también algo de compasión en su corazón por la persona que había actuado por miedo y desesperación, pero sin malicia.

El tiempo avanzaba lentamente mientras reunía sus pocas pertenencias y las guardaba en su baúl. De vez en cuando se preguntaba qué estaría ocurriendo en el comedor. ¿Había pedido matrimonio lord Steadwell a la señora Cadmore delante de sus hijas? Si tenía que hacerlo, Grace confiaba en que esperase al menos hasta que se fueran las chicas. Temía que Sophie en particular no sería capaz de ocultar su decepción.

Si la niña estallaba en lágrimas o mencionaba a las malvadas madrastras de los cuentos de hadas, podía provocar la ira de su padre y el rencor de la señora Cadmore. Cualquier posibilidad de felicidad familiar futura que pudiese haber quedaría envenenada. ¿Eso también sería culpa suya? Grace no podía negar esa posibilidad.

Quizá si no hubiese permitido que las heridas de su infancia supuraran en su interior, no habría alentado la resistencia de Charlotte, Phoebe y Sophie a que su padre volviera a casarse. Entonces la señora Cadmore y él podrían haber tenido alguna esperanza de fusionar sus dos familias en otra razonablemente feliz. Aunque Grace seguía teniendo sus dudas sobre eso, no podía negar su responsabilidad por haber empeorado una situación mala.

Al fin oyó pasos que se acercaban. Tragó la mezcla amarga de miedo y arrepentimiento, procuró serenarse y salió al encuentro de las chicas. Su prioridad en ese momento tenía que ser facilitar todo lo posible a las chicas los cambios que se avecinaban.

Las niñas entraron corriendo, empujándose unas a otras en la puerta y hablando todas a la vez.

—¡Chicas, por favor! —Grace recurrió a la disciplina de su puesto—. No puedo entender nada de lo que decís. Hablad de una en una y luego tenéis que acostaros. Que empiece Sophie, que parece a punto de explotar.

Charlotte y Phoebe no se mostraron muy contentas con eso, pero dejaron hablar a su hermana pequeña.

—¿Qué le ha dicho a papá, señorita Ellerby? Los hemos oído hablar en voz alta fuera del comedor. Pero debe de haber funcionado, porque no le ha pedido a la señora Cadmore que se case con él.

La inesperada buena noticia hizo que a Grace le saltara el corazón en el pecho. Si había conseguido impedir que lord Steadwell cometiera un terrible error, su exilio de Nethercross, aunque doloroso, no sería en vano.

Una vez que había hablado Sophie, Phoebe debió de pensar que había llegado su turno.

—¿Por qué ya no lleva la cofia y las gafas, señorita Elle? ¿Ha dejado que papá la vea guapa? ¿Ha pensado que eso haría que quisiera casarse con usted en vez de con la señora Cadmore?

—¡Claro que no! —exclamó Grace.

Notaba por la expresión de las chicas que esa idea las sorprendía mucho. No querían cambiar a una madrastra por otra. Y ella no podía culparlas por pensar así. Después de todo, las había alentado a resistirse a la idea de tener una madrastra, independientemente de que fuera o no fuera alguien que capaz de quererlas a su padre y a ellas.

—Quería que supiera que había hablado conmigo en el baile de máscaras. Algunas de las cosas que dijo allí me hicieron estar segura de que sería un error que se desposase con la señora Cadmore. Además, vuestro padre me ha tratado con amabilidad y respeto desde que llegué a Nethercross. Y yo he correspondido a eso no siendo sincera con él. Pensaba que tenía buenos motivos para guardar secretos, pero ya no estoy segura de que esa excusa sea lo bastante buena. Solo espero que aprendáis de mis errores y no sigáis mi ejemplo.

—¿Por eso se ha enfadado papá? —preguntó Charlotte, pálida de pronto—. La primera vez que yo la vi guapa dijo que papá la despediría si se enteraba.

Antes de que Grace pudiera contestar, se le adelantó Phoebe.

—Papá ha dicho que le digamos que baje a su estudio cuando nos acostemos. ¿La va a despedir, señorita Elle?

—¡No! —gritó Sophie, abrazándose a la cintura de Grace—. No puede.

Aunque conmovida por lo mucho que les disgustaba esa idea, Grace lamentaba también ser responsable de causarles esa tristeza.

—Calla. —Pasó la mano por la cabeza de la niña en una caricia reconfortante y consiguió sonreír a sus hermanas—. No anticipemos problemas, solo serviría para estropearos el sueño. Vuestro padre me ha dicho que quería una explicación por mis acciones. Seguro que es por eso por lo que quiere verme.

Si lord Steadwell quería que se marchara de Nethercross, ya hablaría con las chicas al día siguiente e intentaría hacerles entender que sería para bien. Estarían en mejores condiciones de aceptar la noticia después de haber dormido bien.

—Venga, tenéis que prepararos para acostaros. —Grace se esforzó por hablar con calma para no preocupar a las niñas—. No quiero hacer esperar a vuestro padre.

—¿Y nuestro cuento de antes de dormir? —preguntó Sophie cuando Grace le puso el camisón por la cabeza.

—Me temo que hoy ya es muy tarde. Quizá mañana podáis prepararos para dormir un poco antes y leamos dos cuentos. —Grace intentó hablar como si no tuviese ninguna duda de que ella estaría allí al día siguiente para leer esos cuentos.

Las dos más jóvenes parecieron aceptar sus palabras, pero Charlotte no. Al menos la chica tuvo la bondad de no comunicar su preocupación a sus hermanas. En cuanto las tres estuvieron en la cama, Grace se sentó un momento con cada una de ellas antes de ir al encuentro de su padre.

Lord Steadwell le dio permiso para entrar en cuanto ella llamó con los nudillos a la puerta del estudio. Lo encontró de pie al lado del escritorio, de espaldas a la ventana y con los brazos rígidos detrás de él. Sus rasgos bien marcados estaban fruncidos con severidad y sus cejas

oscuras estaban muy juntas.

A pesar de su imagen de severidad, se sobresaltó cuando apareció ella, como si todavía no hubiese conseguido conciliar la imagen que tenía de la poco agraciada institutriz de sus hijas con el verdadero aspecto de esta.

—Señorita Ellerby, me ha prometido explicarme la razón por la que me ha engañado desde el momento en que nos conocimos. —Su tono duro y su postura rígida dejaban claro que no le satisfaría ninguna de las excusas que ella se había dado a sí misma por su comportamiento.

Ya había tomado la decisión de despedirla. Nada de lo que ella pudiese decir salvaría el respeto que sentía antes por ella. Resultaba igual de dudoso que nada de lo que dijese pudiera hacer que la despreciara más. Eso la dejaba sin nada que perder ni ninguna razón para ocultar ni un ápice de la verdad.

CUANDO GRACE ELLERBY entró en su estudio, Rupert se esforzó por ocultar el shock y la incomodidad que todavía le producía su presencia. Desde que lo había sorprendido con la revelación de su verdadero aspecto, una parte de su mente no había dejado de esforzarse por entender que la poco agraciada institutriz de sus hijas era la belleza misteriosa de la mascarada. Lo que más lo preocupaba era que alguna intuición profundamente enterrada en él parecía haber captado ya esa idea confusa. ¿Podía ser la misma parte que quería invitar a la señorita Ellerby a dar un paseo por el jardín para comentar el tema? La razón le decía que esa sería una idea pésima.

Por supuesto, la razón seguía enfadada porque no hubiese conseguido hacer que se declarara esa noche a la señora Cadmore. A pesar de sus deseos y de las indirectas de la dama, había permanecido tercamente silencioso sobre el tema. Difícilmente podía culpar a la pobre mujer por querer asegurarse de sus intenciones después del interés que le había demostrado. Sin embargo, no se atrevía a dar un paso tan irrevocable hasta que hubiese aclarado sus complicados sentimientos por Grace Ellerby.

Mientras ella hacía acopio de valor para ofrecerle una explicación, él se preguntó cómo podía haber estado tan ciego a la belleza oculta solo por una cofia fea y un par de lentes. Por irritado que estuviera con ella por haberse burlado de él, le resultaba imposible olvidar la admiración creciente y la fascinación inmediata que le habían inspirado sus dos personalidades distintas.

¿Cuál de ellas era la verdadera Grace Ellerby? ¿O esa era una mujer a la que no reconocería, una mentirosa calculadora y fría con motivos que él no podía ni imaginar?

—La verdad es que al principio disfracé mi aspecto porque no estaba segura de poder confiar en usted —dijo ella.

—¿Confiar usted en mí? —preguntó Rupert, consciente de que sus palabras estaban impregnadas de una amarga ironía.

Grace Ellerby se encogió, pero él no sabía si fue por su estallido de rabia o por el dolor de su propia conciencia.

—Ahora sé que usted es un caballero honorable, pero al principio no tenía modo de saberlo. He conocido a demasiados de la otra clase.

—¿Qué quiere decir? —musitó Rupert, aunque, después de lo que había presenciado entre el bruto del sultán y ella en el baile, podía adivinar la respuesta.

Ella tenía las manos cruzadas ante sí. Empezó a jugar con los dedos. Sus rasgos delicados reflejaban la lucha que se producía en ella. No quería hablar de sucesos dolorosos del

pasado, pero sabía que no tenía opción.

—Empezó durante mi primer empleo, cuando yo solo tenía diecinueve años, estaba recién salida de la escuela y era tremendamente ingenua. El hermano de la señora me prestaba mucha atención, me halagaba, decía que me amaba y me persuadí de que los dos estábamos enamorados. Asumí que pretendía casarse conmigo, pero descubrí que los caballeros como él no quieren a una institutriz huérfana y pobre como esposa. Cuando me ofreció comprarme una casa e instalarme en ella como su amante, salí huyendo.

—¡Un auténtico canalla! —exclamó Rupert sin poder contenerse—. Yo habría azotado a cualquier cuñado mío que hubiese osado comportarse de un modo tan vil bajo mi techo.

No era solo indignación justificada lo que provocaba su ira. Envidiaba al joven tonto que había conquistado el corazón de Grace Ellerby cuando era inocente y confiado.

Ella alzó la vista hacia él, claramente decidida a hacer una confesión completa.

—Fue tan culpa mía como de él. Yo no me protegí nada. Alenté sus atenciones.

Por mucho que se esforzó, Rupert no pudo dejar pasar aquello.

—Pero usted misma ha dicho que era poco más que una niña. ¿Cómo iba a saber que sus intenciones eran tan deshonestas?

—Estaba empleada en casa de su hermana —insistió ella—. No debí permitir ninguna familiaridad entre nosotros. La experiencia me enseñó una lección dolorosa, pero útil, que no pensaba olvidar. En mi siguiente empleo, intenté ser más cuidadosa. Me concentré en mis deberes y me esforcé al máximo por desalentar cualquier atención por parte de los caballeros visitantes. Eso funcionó bien una temporada. Pero después un amigo del señor se fijó en mí. Por alguna razón, pareció considerar mi cautela como un desafío. Se empeñó en conseguir mis favores y, cuanto más me resistía yo, más decidido estaba él.

—¿Por qué no se quejó a los señores? —preguntó Rupert con cono cortante. Tenía el estómago revuelto de rabia indignada. Le habría gustado tener delante a los dos canallas que la habían molestado y golpear juntas sus viles cabezas.

—Lo intenté —insistió Grace, a la defensiva, como si pensara que la rabia de él iba dirigida contra ella—. Conté mis miedos a la señora, pero se negó a creerme incluso cuando aquel hombre intentó coquetear conmigo en presencia de ella. Dijo que no me correspondía a mí criticar a un invitado a su casa. No me quedó más remedio que buscar trabajo en otro sitio.

La rabia ascendía por la garganta de Rupert convertida en bilis negra espesa. El número de personas a las que quería enfrentarse y castigar iba creciendo mientras Grace Ellerby iba bajando cada vez más en esa lista.

—¿Y supongo que en la siguiente casa ocurrió lo mismo?

—Peor. —Ella vaciló y movió las manos con más nerviosismo que nunca—. No solo cultivé unos modales más cautelosos, también vestí con toda la modestia que pude y llevaba el pelo recogido en un moño severo. Eso me mantuvo a salvo hasta que el tío del señor Hesketh regresó de las Indias y se quedó a vivir con la familia.

Pasó a describir cómo la había perseguido aquel libertino y sus esfuerzos cada vez más desesperados por evitarlo hasta la noche en que entró en su habitación y lo encontró esperándola. Cuando terminó de hablar, Rupert tenía la garganta tan oprimida, que apenas podía hablar.

—Después de eso, entendí que no podía seguir cambiando de trabajo o jamás podría ahorrar para la vejez —concluyó ella—. Decidí que tenía que recurrir a medidas más drásticas para desalentar el interés de los caballeros.

—¡Pero yo no soy como esos hombres! —exclamó Rupert, con un nudo en la garganta—. Jamás me comportaría con una mujer como ellos.

A pesar de su insistencia, su conciencia no podía negar la atracción inmediata que había sentido por Grace en la mascarada. Ni el impulso que sentía en ese momento de tomarla en sus brazos y jurar protegerla de cualquiera que pudiese hacerle daño.

¿De verdad era mejor que esos otros hombres? ¿Y no la asustaba como habían hecho ellos?

El modo en que ella apartó la vista le hizo sospechar que tal vez sí.

—Eso lo sé ahora. Pero ¿cómo iba a saberlo al principio? Sobre todo, cuando descubrí...

—Que era viudo —terminó Rupert la frase. Recordó la reacción de ella ante ese descubrimiento y cómo lo había sorprendido entonces. Ahora lo entendía.

Grace asintió.

—Ninguno de los hombres que me persiguieron estaban casados. Si hubiese sabido que usted no lo estaba, no habría solicitado el puesto. Cuando me convencí de que era un hombre de honor, adiviné que usted me había contratado porque creía que era poco agraciada y no tenía esperanzas de casarme. Y temí que, si descubría otra cosa, me echara de Nethercross y no volviera a ver a sus hijas.

Grace Ellerby era la viva imagen del remordimiento y Rupert descubrió que su enfado con ella se derretía como la nieve en un día soleado de primavera. ¿Cómo podía culparla por hacer todo lo posible por permanecer en Nethercross con sus hijas? ¿Qué estaría dispuesto él a hacer en su lugar? ¿Qué reglas de buen comportamiento quebraría él? ¿Hasta dónde permitiría que se relajara su honor?

—Quería decirle la verdad. —A ella le temblaba la voz—. Cuanto más tiempo pasaba, más lo deseaba, pero más difícil resultaba. Estaba segura de que usted no lo entendería, y ahora sé que tenía razón.

Rupert anhelaba asegurarle que no tenía razón. Había partes de lo que ella había hecho que él comprendía demasiado bien. Pero otras partes todavía lo confundían.

—Mis hijas lo sabían, ¿verdad?

La institutriz asintió con aire culpable, como si esa fuese la faceta de su prolongado engaño que más la perturbaba.

—¿Cuándo se enteraron? —Rupert se sentía tonto pensando que había estado ciego a algo de lo que sus hijas se habían dado cuenta tiempo atrás.

¿Había sido su inocencia, su falta de interés por las apariencias lo que había permitido a sus hijas ver a través de su anodino disfraz? Él, por su parte, solo había mirado a Grace Ellerby lo suficiente para decidir que no era atractiva y, en consecuencia, no presentaba ninguna amenaza para la estabilidad de su hogar. Después de eso, no se había molestado en observarla con más atención.

—Hace varios meses. —Ella le contó cómo la había convencido Sophie para que se probase el hermoso vestido y cómo las había sorprendido Charlotte.

—Le han guardado el secreto todo este tiempo. —Rupert no sabía si sentirse traicionado por sus hijas o admirar hasta dónde habían llegado para proteger a su institutriz.

—No debí pedirles que participaran de mi engaño —murmuró Grace—. No estoy orgullosa de ninguno de mis actos, pero ese es el que más lamento.

—¿De quién fue la idea de que asistiera a la mascarada? —preguntó Rupert, decidido a llegar hasta el fondo de aquel asunto.

Cuando vio que dudaba en contestar, se le ocurrió que estaba tan decidida a proteger a sus hijas como las niñas a ella. Evidentemente, la noche anterior no había intentado ganarse su afecto por sí misma, como una parte de él ansiaba creer. Sino que, al ver cuánto le gustaba, le había seguido la corriente en un esfuerzo por impedir un matrimonio que temía haría desgraciadas a

sus hijas.

—Las chicas la obligaron a ir, ¿verdad?

—Ellas no me obligaron a hacer nada —protestó Grace—. Mi amiga lady Benedict me ofreció una invitación. Sus hijas me pidieron que aceptara y me proporcionaron el traje. Yo fingí que me dejaba convencer, pero la verdad es que quería ir. Lo que ocurrió anoche no fue culpa de ellas.

A pesar de todo, él no podía enfadarse ni lamentar que ella hubiese ido, aunque su encuentro a la luz de la luna le hubiese hecho darse cuenta de que su corazón no estaba preparado del todo para renunciar al amor.

—Sé que no tiene razones para creerme. —La mirada de Grace subió desde el suelo hasta el rostro de él y volvió a bajar—. Le iba a decir la verdad anoche, pero en el último momento, me faltó valor y salí huyendo. Es lo que he hecho siempre cuando las cosas se tuercen.

Rupert pensó en una cervatilla salvaje alerta al más mínimo ruido, olfateando en el aire cualquier olor de peligro, con los músculos tensos, preparados para salir corriendo a la primera señal de peligro. Necesitaba un refugio seguro y un protector fuerte. Se lo merecía.

—Esta vez no ha salido huyendo —le recordó, consciente de lo difícil que debía de haber sido eso—. Podría haberse marchado y haberme dejado una nota explicando todo esto.

—Casi me gustaría haberlo hecho —admitió ella con una mueca de pesar—. Pero sus hijas se merecen algo mejor de mí. Y usted también, después de lo que he hecho. Aunque el resultado será el mismo, ¿verdad? Tendré que marcharme. Después de la falta de carácter que he demostrado, no puedo culparle de que no confíe en mí para educar a sus hijas.

¿Marcharse? La perspectiva de que se fuera de su casa asustó a Rupert. No había pensado en las consecuencias de aquella conversación. La razón le aconsejaba que despedirla era lo más prudente. Ya se había introducido peligrosamente en sus afectos. Ella era, por propia admisión, el tipo de mujer que más peligro representaba para su corazón... una mujer que podía marcharse y abandonarlo.

Pero ¿cómo iba a hacerles eso a sus hijas cuando era evidente lo mucho que habían llegado a querer a su nueva institutriz?

—No voy a fingir que apruebe sus acciones. —Casi no podía hablar de lo dividido que estaba sobre el rumbo que debía seguir—. Pero comprendo por qué se sintió obligada a ocultar su belleza al principio.

Su lengua tropezó en la palabra “belleza”, porque le recordó de nuevo lo mucho que lo atraía su aspecto.

Carraspeó y siguió hablando:

—Reconozco la parte que tuve yo en hacerle sentir que debía continuar el engaño o perder su puesto. Pero me decepciona mucho que, cuando empezamos a conocernos mejor, usted siguiera dudando de que yo lo entendería.

Por primera vez esa noche, le pareció ver un débil brillo de lágrimas en los ojos de ella.

—Lo siento, señor.

—Creo que lo siente.

Rupert resistió el fuerte impulso de acercarse a ella y ofrecerle el consuelo de su abrazo. Si lo hacía, ella asumiría que no era mejor que los demás hombres que habían intentado aprovecharse de su inocencia y acosarla por su belleza. Al recordar cómo había ignorado su cariño creciente por la poco agraciada señorita Ellerby pero respondido en el acto con interés a la dama enmascarada, Rupert no podía estar seguro de que él fuese mejor.

—Y espero que intente compensar por ello a mi familia permaneciendo en Nethercross como

institutriz de mis hijas.

Contuvo el aliento esperando la respuesta. Él sabía que no podía despedirla por el bien de sus hijas. Pero no podía decidir qué lo asustaba más, ¿la perspectiva de que Grace se fuera... o la de que se quedase?

QUINCE

—¿Que me quede? —Grace no podía creer lo que oía. Después de todo lo que le había dicho, estaba segura de que su señoría la enviaría a Reading sin demora.

Él asintió.

—Por favor. Está claro que mis hijas la quieren mucho y usted también a ellas. Le prometo que bajo mi techo nunca tendrá que temer nada de lo que ha sufrido en otras casas. A cambio, espero que a partir de ahora siempre será sincera conmigo.

—Lo seré, señor, desde luego. —Grace no necesitaba que se lo pidiera. Había aprendido lo traicionera que podía ser la resbaladiza pendiente de los secretos—. Gracias, señor. Esto es más indulgencia de la que merezco.

Agradecida y aliviada como estaba, Grace no podía reprimir la sensación de que había escapado al justo castigo que merecía.

—Si me disculpa, señor, voy a volver al ala infantil por si alguna de las niñas está todavía despierta.

El barón asintió sin palabras.

Grace estaba a mitad de camino de la puerta, cuando la curiosidad fue más fuerte que ella.

—Por favor, señor, si preguntan las niñas, ¿qué debo decirles de la señora Cadmore y usted?

¿Estaba ya rompiendo la promesa que acababa de hacerle a lord Steadwell de ser sincera? Quería saberlo tanto por ella misma como por sus pupilas.

—Señor, lo pregunto porque temo que la dama no aprobará que siga aquí cuando vea mi verdadero aspecto. Y no me gustaría que mi presencia en la casa creara tensiones en su matrimonio.

Lord Steadwell se volvió a mirar por la ventana.

—Ahora que conozco la intensidad de la oposición de mis hijas a ese matrimonio, creo que debo abandonar esa idea. —Terminó sus palabras con un suspiro.

¿Se había equivocado Grace en los sentimientos de él por la señora Cadmore? ¿Eran más profundos de lo que había querido creer? ¿O el barón había admitido que era probable que sus hijas jamás aceptaran a ninguna otra mujer en el lugar de su madre?

Cuando cerró la puerta del estudio y se dirigió a su habitación, Grace pensó que, de ser cierto eso, sería una gran lástima para él. Cuando por fin empezaba a superar las crueles ataduras de la pena, ¿tenía que permanecer solo hasta que se casaran sus hijas y se atreviera a tomar otra esposa? ¿Cuántos años más tendría que soportar la soledad a la que había hecho referencia en la mascarada?

La mascarada. A Grace le parecía que hubiese transcurrido semanas atrás y no la noche anterior. Recordó las cosas que le había confiado Rupert y el contacto tierno de su mano. Había

estado segura de que sentía algo por ella. Pero una vez descubierta la identidad de la mujer oculta tras la máscara, no había habido ninguna mención a lo que había ocurrido entre ellos. En vez de eso, él se había enfadado con ella por haberlo engañado y fingido ser una dama a la que él podía haber querido como a una igual.

Estaba dispuesto a permitirle conservar su puesto por el bien de sus hijas. Pero su promesa de que ella no estaría expuesta a atenciones románticas bajo su techo dejaba claro que no se permitiría sentir algo por una mujer en su posición.

El vizconde Benedict había estado dispuesto a aceptar una novia empobrecida de noble cuna. Pero lord Steadwell claramente compartía la creencia del capitán Townsend de que un caballero no debía tomar una esposa tan por debajo de él.

Cuando Grace llegó al cuarto de las niñas, Charlotte se movió y preguntó en un susurro:

—¿Qué ha dicho papá, señorita Elle? ¿La va a despedir? No le dejaremos que lo haga. Iremos y le diremos que el baile de máscaras fue idea nuestra y que usted no quería ir.

—Calla. —Grace se acercó a la cama de la niña y se sentó en el borde—. No queremos despertar a tus hermanas. Te agradezco que quieras interceder por mí ante tu padre, pero no será necesario. Después de oír mi explicación, ha tenido la bondad de decir que puedo seguir en Nethercross.

Charlotte se incorporó y se abrazó a su cuello.

—Eso es maravilloso, señorita Elle. Mis hermanas se alegrarán mucho. Así podemos seguir como estábamos. A menos... —se separó de Grace—. ¿Y la señora Cadmore? ¿Papá sigue pensando casarse con ella?

Grace, dividida entre el alivio y la culpa, negó con la cabeza.

—Ahora comprende que no vais a soportar una madrastra. Y ha renunciado a la idea de casarse por el momento.

Charlotte renovó el abrazo, más fuerte que antes.

—Entonces todo ha salido bien. Seremos felices y comeremos perdices, como diría Sophie.

UN PAR de semanas después de la entrevista con Grace, Rupert todavía recordaba claramente la expresión de inmenso alivio de ella cuando él le había suplicado que permaneciese en Nethercross y le había prometido que no la molestaría con sus atenciones no deseadas. Era obvio que su encuentro en el baile de máscaras había tenido un significado muy distinto para ella que para él. ¿Solo le había permitido acercarse a ella para que se diese cuenta de que no podía conformarse con un matrimonio sin amor?

Al pensar en sus antiguos planes matrimoniales, recordó que le debía a la señora Cadmore una explicación y una disculpa. Como no quería postponerlas más tiempo, pidió que ensillasen su caballo y cabalgó hasta Dungrove.

La dama lo recibió con frialdad.

—Lord Steadwell, ¿a qué debo este inesperado honor? Me sorprende que pueda alejarse de su casa estos días... y del ala infantil en particular.

Rupert no quiso preguntar a qué se refería con ese comentario.

—Sé que debería haber venido a hablar con usted antes. Tengo que pedirle perdón por eso y por mucho más. Últimamente le he impuesto mi presencia de un modo desvergonzado.

—Eso es verdad, señor. —Ella agitó el abanico para mover el sofocante aire de agosto, aunque sus modales no traicionaban ni la más leve muestra de calidez—. Confieso que no

comprendo por qué. Pensaba que ambos considerábamos que una alianza entre nuestras familias sería beneficiosa para los dos.

—Yo también pensaba eso. —Rupert toqueteaba nervioso el ala de su sombrero—. Le aseguro que no fue mi intención darle falsas esperanzas. Mi intención era ofrecerle matrimonio, pero cuando llegó el momento, no pude.

La señora Cadmore enarcó una ceja negra y le dedicó una mirada helada.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Por la misma razón que usted debería haberme rechazado si se lo hubiese propuesto. —Por mucho que lamentara aspectos de su conducta, Rupert ya no dudaba de que había hecho lo correcto—. Porque no la amo ni creo que usted albergue ese sentimiento por mí. Me convencí a mí mismo de que eso no importaba y luego descubrí que... sí.

La dama cerró el abanico con fuerza.

—Tonterías sentimentales. Yo lo tomaba por un hombre racional y práctico, lord Steadwell, no por un colegial soñador. Usted me parece un caballero muy atractivo y una compañía excelente. No tengo dudas de que habríamos llegado a apreciarnos mucho el uno al otro con el tiempo.

Rupert movió la cabeza con decisión.

—Siempre podrá contar con mi apoyo como amigo y como vecino, pero he comprendido que habría sido un grave error casarnos sin amor.

La señora Cadmore resopló.

—Es por esa institutriz, ¿verdad? La vi la semana pasada en la iglesia y casi no la reconocí sin esa odiosa cofia y sin las lentes. Supongo que adoptó un aspecto poco agraciado y respetable para introducirse en su casa y después se quitó el disfraz para seducirlo.

—¡Eso no es cierto! —protestó Rupert, sorprendido al descubrir la intensidad de la rabia que le provocaba que insultaran a Grace—. La señorita Ellerby es una institutriz excelente para mis hijas, sea cual sea su aspecto. Pero para mí es solo eso.

Quería asegurarle a la señora Cadmore que Grace no tenía nada que ver con el cambio de intenciones con respecto a ella, pero no sería verdad.

Pero ¿era cierto que Grace Ellerby no significaba para él más que cualquier otro empleado valioso? Cuando Rupert se despidió de la señora Cadmore e inició el camino de vuelta a su casa, su conciencia le exigió una respuesta sincera.

Desde luego, quería que fuese verdad sobre todo después de la conversación sobre la permanencia de Grace en Nethercross. Lo último que necesitaba era entregar su corazón a una mujer a la que había prometido no dedicar atenciones románticas, cuando ella seguramente no tardaría en atraer el interés de otros hombres. Su única esperanza de conservar a Grace en su casa estaba en reprimir cualquier sentimiento tierno que quisiera echar raíces en su corazón. En cuanto a los otros hombres que podían intentar llevársela, Rupert tenía que confiar en que las experiencias pasadas de ella la empujaran a no alentarlos, ni siquiera en el caso de que sus intenciones fueran honorables.

Por otra parte, a Rupert le molestaba pensar en conservarla en Nethercross atada allí por la fuerza de sus miedos. Por mucho que ella quisiese a sus hijas, ¿era justo negarle la oportunidad de disfrutar de un hogar y de una familia propios?

Esas preocupaciones siguieron atormentándolo a medida que pasaban las semanas y cerraba el Parlamento. Rupert, como sus compañeros de la nobleza, se dirigió al campo, aunque no para dedicar sus días a la caza, como harían muchos de ellos. Él estaba deseando supervisar la cosecha y pasar más tiempo con sus hijas... lo que implicaba estar más tiempo en compañía de

Grace Ellerby.

Intentó convencerse de que eso no era diferente a cuando ella había llegado a Nethercross, pero no tardó en darse cuenta de que no era verdad. Cada vez que ella aparecía, él tenía que reprimir un respingo maravillado por su delicada belleza dorada y preguntarse cómo podía haber estado ciego tanto tiempo.

Quizá porque ella se sentía segura y podía ser ella misma, su rostro había adquirido una cualidad luminosa, como si un devoto rayo de sol la siguiera a todas partes. Sus ojos ya no iban cubiertos por las horribles lentes de pinza y Rupert veía que eran de un adorable azul suave, como el cielo en los primeros momentos después del amanecer. Cuando sonreía, como hacía ya a menudo, él no podía por menos de admirar la forma generosa y el color vibrante de sus labios. ¡Cuánto tenía que haberse esforzado para ocultar antes esos rasgos tan atractivos!

Su aspecto no era lo único que se había transformado. Su actitud se había vuelto más animada y su voz había adoptado un deje dulce. Su risa alumbraba algo en el interior de Rupert, instándolo a unirse a ella. No obstante, bajo esos cambios superficiales, seguían existiendo todas las buenas cualidades que había valorado en la poco agraciada y estricta señorita Ellerby: gentileza de espíritu, mente rápida y corazón tierno.

Rupert empezaba a sospechar que había estado medio enamorado de ella mucho antes del baile de máscaras. ¿Había ignorado voluntariamente cualquier asomo de su belleza por un miedo secreto de que pudiese obligarlo a reconocer sus sentimientos por lo que eran?

Se esforzaba por combatir esos sentimientos, sabedor de lo que podían costarle si les permitía vencer su terca voluntad. Pero cada día perdía más terreno y alguna parte traicionera suya celebraba esas pequeñas derrotas.

Estar en compañía suya y de sus hijas era una alegría que henchía su corazón de nueva vida, pero ya no satisfacía su sed de compañía. Quería pasar tiempo a solas con Grace Ellerby, descubrir más sobre ella. Quería confiar en ella y buscar su consejo. Quería saber lo que sentía y ofrecerle su apoyo.

Pero, aunque se deslizaba por esa pendiente resbaladiza, preguntándose cuándo tocaría fondo, Rupert sabía que no se atrevía a actuar sobre sus sentimientos por miedo a espantar a Grace. También sabía por amarga experiencia lo que esa pérdida sería para él.

¿EL “FUERON FELICES Y COMIERON PERDICES” era aquello? Esa fue la pregunta que se hizo Grace cuando las chicas y ella se reunieron con su padre en la fiesta tradicional que daba a sus inquilinos para celebrar la cosecha. En muchos sentidos, las últimas semanas habían estado entre las más felices que había conocido. La vida en Nethercross había vuelto a ser como debía ser... como era antes de que Rupert hubiese tenido la idea de volver a casarse.

Para Grace, la vida había mejorado mucho porque ya no tenía que esconderse tras aquella horrible cofia y tras las lentes de su padre. En vez de reprimir su alegría por miedo a que estropeará su imagen de severidad poco agraciada, ya podía sonreír cuando le apeteciera, lo cual era gran parte del tiempo.

La oportunidad de ser ella misma sin miedo a críticas o a atenciones no deseadas era una bendición que no había conocido desde la infancia y por la que siempre estaría agradecida. Le debía mucho a lord Steadwell. Mucho más de lo que nunca podría pagarle. Pero procuraba pagárselo enfocando sus deberes de un modo nuevo. Siempre había sido diligente en su trabajo, pero en ese momento lo hacía con placer. Cada día que pasaba se convencía más de que enseñar

no era solo un medio respetable de ganarse la vida, sino también una auténtica vocación que le producía una satisfacción enorme.

Cuanto más entusiasmo empleaba en su trabajo, más recompensaban sus alumnas el esfuerzo con sus excelentes progresos. Charlotte ya no se quejaba de que aprender demasiado perjudicaría sus posibilidades de hacer un buen matrimonio, sino que se aplicaba en sus estudios, especialmente en los de geografía e historia. Phoebe se interesaba por temas distintos a los caballos y Sophie estaba demostrando ser un prodigio en lectura y redacción.

Como estaba encantada con sus progresos, Grace buscaba muchas oportunidades para que disfrutaran una infancia libre de preocupaciones. Desde que su padre volviera de Londres, estaba dispuesta a dejar las lecciones en cualquier momento para que fuesen a montar con él o a jugar. A medida que se acercaba la fiesta de la cosecha, las cuatro se habían volcado en preparar uno de los cavernosos edificios exteriores para la celebración.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —preguntó Rupert, cuando Sophie y Phoebe lo llevaron a ver su trabajo antes de recibir a sus granjeros y a los vecinos.

—Todavía no —contestó Charlotte, que iba delante del brazo de Grace—. Solo un minuto más. Eres muy impaciente.

La niña estaba especialmente contenta ese día porque Grace le había permitido recogerse el pelo en alto. Se acercaba su catorce cumpleaños y estaba hecha toda una señorita.

Grace pensó con un suspiro que todas estaban creciendo. Hasta Sophie había aumentado una pulgada completa desde el invierno anterior. El tiempo se deslizaba feliz pero rápidamente. Ese era un trago amargo en la rebotante taza de felicidad de Grace. Las chicas crecerían y se irían una por una a formar hogares propios.

Y entonces ella tendría que irse también de Nethercross. Y Rupert se quedaría solo.

“¿Aprovechará entonces la oportunidad para volver a casarse?”, se preguntó Grace cuando Charlotte y ella abrían las puertas. Esa idea le produjo una punzada en el pecho, aunque se dijo que era egoísta desear que estuviese solo. Incluso cuando estaba en compañía de sus hijas, ella percibía en el barón un aire de soledad que sabía que él se esforzaba en ocultar a las chicas. ¿Había confundido sus sentimientos por la señora Cadmore? ¿Eran más profundos de lo que él mismo había sabido... hasta que era demasiado tarde?

—Ya puedes abrir los ojos, papá. —Sophie vibraba de energía, con sus rizos dorados rojizos balanceándose en torno a su rostro resplandeciente.

—¿Qué te parece, papá? —preguntó Phoebe con una voz que traicionaba su orgullo por el esfuerzo.

Su señorita miró el interior del viejo edificio, las tiras de banderines brillantes, los fardos de maíz y los barriles de manzanas atados con cintas de colores alegres. Cestas de coloridas verduras cubrían las mesas de caballete, decoradas con hojas de otoño y gruesas bellotas marrones. Las velas y antorchas contribuían con un brillo cálido a la rústica escena de abundancia.

—¿Pensar? —Rupert sonrió—. Creo que supera con mucho los salones del club Almack. Será la comidilla del condado, eso seguro.

Abrazó con orgullo a sus dos hijas menores y después a Charlotte.

Absorto en el momento de alegría, se volvió hacia Grace y pareció a punto de abrazarla también. En el último momento se contuvo y solo le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, señorita Ellerby. Usted me asombra.

—Gracias, señor. —Grace se sentía como si antorchas minúsculas hubiesen empezado a arder en sus mejillas. El hombro le cosquilleaba por el contacto, tan distinto al roce incierto de

los dedos de ambos en el baile de máscaras—. Las chicas han trabajado mucho. Charlotte tiene muy buen ojo para la decoración.

Le habría gustado seguir allí, disfrutando de su admiración, pero enseguida empezaron a invadirlos los invitados, impacientes por aprovechar la hospitalidad del barón. Mientras las chicas y su padre se colocaron en la entrada para recibirlos, Grace se retiró a las sombras, para pasar más desapercibida entre los hombres. Y eso le proporcionaba también un punto de observación ideal para observar a Rupert todo lo que quisiera.

Su escrutinio se intensificó cuando llegó la señora Cadmore en compañía de un caballero rubicundo y robusto al que presentó como el almirante DeLancey, recién retirado de la Marina Real. Rupert le estrechó la mano al almirante y se declaró encantado de recibir en su casa a un amigo especial de su buena vecina. Pero a Grace le pareció captar un amago de anhelo nostálgico bajo su cordial saludo. Aunque no pudo estar segura porque, en aquel momento, él miró en dirección a ella y ella se apresuró a apartar la vista porque no quería que la sorprendiera observándolo.

Cuando empezó la fiesta, las chicas insistieron en que Grace se reuniera con su padre y con ellas en la cabecera de la mesa, con el vicario y su hermana y con la familia del magistrado de la zona. La cocinera y sus ayudantes se habían superado a sí mismas con un buen festín: piezas grandes de ternera y cordero, empanadas de caza, succulentas salchichas y patatas asadas, todo ello regado con sidra de los manzanos de Nethercross. Pero el apetito de Grace no pudo hacerle justicia. Cuanto más pensaba en el reciente comportamiento de Rupert, más temía que él estuviera sufriendo por haber perdido la oportunidad de ser feliz con la señora Cadmore.

De ser así, ella era la responsable de su infelicidad. ¿De verdad había intentado separarlos por el bien de sus hijas? ¿O, como había sugerido Phoebe, había sido porque lo quería para sí misma, aunque solo fuese como institutriz de sus hijas huérfanas de madre? ¿Tenía razón Rupert al pensar que las chicas habrían aceptado que volviera a casarse si ella las hubiera alentado en lugar de envenenar sus mentes en contra de la malvada madrastra?

Cuando todo el mundo hubo comido y bebido hasta saciarse, despejaron el suelo y un grupo de músicos de la zona empezó a tocar sus gaitas y violines para una velada alegre de baile campestre. Las chicas estaban encantadas de tener permiso de su padre para seguir levantadas mucho más allá de la hora habitual. A diferencia de la noche de la mascarada elegante de lady Maidenhead, Rupert tomó parte activa en el baile, buscando parejas entre las esposas de sus granjeros, la hermana del vicario y la señora Cadmore.

Cuando el vicario invitó a bailar a Grace, ella estuvo a punto de declinar por la fuerza de la costumbre, hasta que se dio cuenta de que no tenía nada que temer de un hombre de iglesia y en una ocasión como aquella. Disfrutó más de lo que esperaba de la oportunidad de bailar. Apartó sus pensamientos del arrepentimiento por sus acciones y de la creciente convicción de que no merecía ninguna de las bendiciones de las que disfrutaba en ese momento. Una vez roto el hielo, aceptó una invitación del ayuda de cámara de Rupert y después del almirante.

Estaba a punto de sentarse cuando una voz familiar detrás de ella hizo que se le desbocara el corazón.

—¿Me concede el honor de este baile, señorita Ellerby?

—Lord Steadwell —contestó ella con voz nerviosa—. Creía que no le interesaba bailar.

De inmediato se regañó por aludir así a su encuentro la noche de la mascarada. Una noche que era mejor olvidar... suponiendo que pudiera. Confió también en que Rupert no se tomase su contestación como una negativa a bailar con él. La perspectiva de ser su pareja, aunque fuese solo durante una pieza de música, la entusiasmaba.

Para alivio suyo, Rupert soltó una risita.

—Creo que mencioné que no tengo nada que objetar a socializar en números pequeños y en ambientes más familiares. También disfruto más en eventos menos formales.

Tal vez solo la invitaba porque consideraba que era su deber de anfitrión bailar con todas las damas posibles. Sin embargo, la expresión de entusiasmo en sus ojos oscuros sugería algo más.

Grace aceptó la invitación con una reverencia.

—En ese caso, estaré encantada de bailar con usted, señor.

—Fantástico. —Él le tendió la mano y se apresuraron a ocupar sus lugares porque empezaba ya la música.

Hasta ese momento, los músicos habían tocado melodías animadas y briosas, muy apropiadas a la alegría de los invitados y el ambiente rústico. Pero la melodía de esa pieza era más lenta, con un aire nostálgico. Los pasos eran una sucesión fácil de uno al lado del otro, espalda contra espalda y giro, con la pareja que estaba en cabeza moviéndose poco a poco a lo largo de la fila de bailarines. Grace disfrutaba en especial del giro, cuando Rupert y ella unían las manos y hacían un círculo con paso saltarín. Cada vez que llegaba ese paso, su corazón parecía saltar junto con sus pies. Cuando la música se detuvo por fin, ella hizo la reverencia final lamentando que no se hubiese prolongado más.

En ese momento, la señora Cadmore y el almirante pasaron cerca, conversando con coquetería. Rupert dejó de sonreír y se disculpó bruscamente para ir a buscar a la compañera siguiente en su lista de deberes. Grace no tardó en verse asediada de invitaciones, pero las declinó todas con la excusa de que tenía que vigilar a las niñas, que disfrutaban inmensamente de la fiesta.

Sophie corría por el borde de la pista de baile participando en algún tipo de juego con algunos hijos de los granjeros. Charlotte bailaba con Henry Cadmore y Phoebe con su antiguo enemigo Peter, el chico del establo. Grace las observaba sorbiendo sidra y moviendo un pie en el suelo al ritmo de la música, buscando también a menudo con la vista a su padre entre la multitud. El barón mantuvo toda la velada una fachada amable. Pero de vez en cuando, sus rasgos adoptaban una expresión de tristeza inquieta. Y Grace sentía una punzada aguda cada vez que lo veía así.

Cuando avanzó la noche, Sophie se acercó a Grace y se acurrucó en su regazo. Más tarde, Phoebe se sentó a su lado.

—Creo que Sophie se ha dormido, señorita Elle —dijo. Bostezó y apoyó la cabeza en el hombro de Grace

—Es verdad —murmuró esta—. Y creo que tú también te dormirás pronto. Tenía que haberla llevado a la cama cuando todavía podía andar sola. Pesa demasiado para que la lleve en brazos hasta allí, pero tengo miedo de que proteste mucho si la despierto ahora.

—Pues démela a mí.

Grace se sobresaltó cuando apareció el padre de las niñas, como si lo hubiera invocado su necesidad de ayuda. Charlotte lo seguía con aire de sueño.

—Sé que tendrían que estar durmiendo hace tiempo —prosiguió él con tono de disculpa. Extendió los brazos para recibir a su hija menor—. Pero parecía que lo estaban pasando muy bien.

—Trasnochar de vez en cuando no les hará ningún daño. —Grace colocó a Sophie en brazos de su padre con una débil punzada de envidia. Debía de ser agradable descansar segura en sus fuertes brazos, con la cabeza apoyada en su hombro—. Mañana las dejaré dormir más.

—Vamos, chicas. —Rupert miró a Charlotte y Phoebe y señaló la puerta con la cabeza—.

Antes de que vosotras también os quedéis dormidas.

Para sorpresa de Grace, ninguna de ellas protestó, sino que lo siguieron, cada una a un lado de ella, bostezando de vez en cuando. Una vez en el ala infantil, se acostaron en seguida y no tardaron en dormirse.

—Yo debería volver a la fiesta. —Rupert hizo un gesto vago con la mano en esa dirección—. A dar las buenas noches a mis invitados.

La prudencia innata de Grace parecía haberse quedado dormida con las niñas.

—Si me permite, señor —musitó—, antes de irse, hay algo que quiero decir.

Tenía que aprovechar el momento en que estaban solos, algo que sucedía muy pocas veces últimamente. Además, temía que, si esperaba más, sus sentimientos por él serían demasiado profundos para permitirle decir lo que debía decir.

—No puedo entretenerme mucho. —Él parecía incómodo en su presencia e impaciente por escapar, pero respondió a la mirada suplicante de ella—. Adelante. ¿De qué se trata?

Grace hizo acopio de valor y se lanzó.

—Señor, no he podido evitar notar que parece usted... triste últimamente. Sé que no es asunto mío, pero le suplico que me diga lo que le ocurre. Quizá yo pueda ayudar.

—Se equivoca, señorita Ellerby. —Él se apartó moviendo la cabeza—. Le aseguro que estoy bastante... contento.

Antes de que él pudiera escapar, Grace volvió a probar.

—Usted dice eso, pero su tono lo contradice. Señor, le prometí que sería sincera con usted. Le suplico que tenga la misma cortesía conmigo.

Él se quedó inmóvil, como si dos fuerzas igual de fuertes tirasen de él en distintas direcciones. Su lengua también parecía paralizada.

—¿Es por la señora Cadmore? —lo alentó Grace—. ¿Me equivoqué respecto a sus sentimientos por ella? ¿La quiere más de lo que pensaba? ¿Anhela su compañía y desearía que yo no lo hubiese obligado a renunciar a sus planes de matrimonio?

Rupert dio la impresión de que intentaba responder pero no podía. Quizá necesitara conocer la opinión de ella.

—Si es ese el caso, siento mucho haberme interpuesto entre ustedes. —Grace se esforzaba por hablar en voz baja para no molestar a las niñas, pero, al mismo tiempo, transmitir convicción sincera y preocupación por él—. Quizá no sea demasiado tarde. Si quiere pedir la mano de la señora Cadmore, haré todo lo que esté en mi poder por convencer a las chicas de que la acepten. Estuvo mal por mi parte hacer otra cosa.

La tensión en el interior de Rupert pareció estallar bajo presión, como la cuerda de un arco que soltaran de repente.

—Ella no me importa —dijo él. Las palabras brotaron de sus labios como impulsadas por una fuerza mucho mayor que su voluntad, una fuerza que su voluntad quizá se había esforzado por contener—. Me importa usted, Grace Ellerby.

Su declaración, abrupta e inesperada, hizo saltar el corazón de Grace con una mezcla de entusiasmo e incredulidad. Al mismo tiempo, sus experiencias pasadas y el tono feroz de él le produjeron miedo.

DIECISÉIS

Tendría que haberse mordido la lengua y haber guardado sus sentimientos para sí mismo como había prometido a Grace que haría.

A Rupert le dio un vuelco el corazón al ver que la mujer a la que quería se apartaba de él. En las últimas semanas se había esforzado mucho por reprimir sus crecientes sentimientos por ella. Cuando eso se había vuelto imposible, había optado por ocultarlos, lo cual había demostrado ser igual de difícil.

Esa noche había sido peor, porque le había recordado la que habían compartido en el baile de máscaras de lady Maidenhead. La fiesta de la cosecha era mejor en muchos sentidos. En la mascarada, el rango y los títulos estaban ocultos, pero se daban por sentados. Esa noche se reconocían, pero se dejaban de lado para celebrar todos juntos la cosecha que coronaba un año de esfuerzo común. En una velada así, el señor de Nethercross podía bailar con la esposa de un granjero o con la institutriz de sus hijas sin que nadie lo encontrase extraño.

Sin duda que debería haber resistido la tentación de bailar con Grace Ellerby. Pero ver a la señora Cadmore y a su nuevo enamorado tan felices había erosionado su determinación. Su baile había acercado sus sentimientos enterrados a la superficie. Después, cuando habían llevado a sus hijas a su habitación y las habían acostado, Rupert no había podido escapar a la abrumadora sensación de que eran una familia... o deberían serlo.

La tierna muestra de interés de Grace por su felicidad le había hecho perder el poco control que le quedaba. Lo había empujado a hacer y decir justo lo que había jurado que no haría ni diría. Y una vez hecho y dicho, el único camino que le quedaba ya para deshacer el daño era seguir adelante y confiar en lo mejor.

Respiró hondo e invocó su voz, intentando mantenerla baja y en calma. Sabía que, si Grace se sentía amenazada, podía perderla, y sus hijas también.

—Perdone que la haya asustado. Sé que prometí no someterla a este tipo de atenciones y juro que no volveré a hablar de mis sentimientos si eso la perturba. Pero no puedo permitir que asuma que me importa la señora Cadmore cuando no es así y nunca lo ha sido. Me arrepiento incluso de haber pensado que podía desposarme con una mujer a la que no amo. Usted tenía razón en eso y me gustaría haber escuchado antes su excelente consejo.

—No fue un buen consejo —repuso ella, con expresión afligida—. Fue un consejo egoísta disfrazado de preocupación por sus hijas. No debí entrometerme en su vida privada de ese modo.

¿Por qué? ¿Porque si no lo hubiese hecho, él podía estar casado con otra mujer y no molestarla con sus atenciones no deseadas? A Rupert le estremecía pensar el terrible anhelo y culpa que habría sufrido si hubiese descubierto sus sentimientos por Grace después de haberse casado con Barbara Cadmore.

—Por favor, escúcheme, se lo suplico. —En contra de sus inclinaciones más profundas, Rupert retrocedió para que ella no se sintiera arrinconada—. He intentado arrancar de raíz mis sentimientos para no perturbarla con ellos, pero han demostrado ser más tercos que mi voluntad. ¿Hay alguna esperanza de que pueda persuadirla de que confíe en mí y corresponda a esos sentimientos?

Ella abrió mucho sus gentiles ojos azules. Rupert divisó en ellos demasiadas emociones que no quería ver: miedo, tristeza, arrepentimiento.

—Confío en usted —admitió ella con un susurro furtivo, como si fuese algo vergonzoso—. Más de lo que he confiado nunca en ningún otro hombre. Y le he tomado mucho más aprecio del que debería.

—¿Por qué más del que debería? —preguntó Rupert, no muy seguro de si debía sentirse alentado.

—Porque soy su empleada, por supuesto. —La voz de ella adoptó un todo afilado, como si estuviese enfadada con él... o consigo misma—. Además, solo cree que le gusto por mi aspecto. Me he encontrado eso lo bastante a lo largo de los años como para saber que no es amor.

Había un pequeño grano de verdad en lo que decía. ¿Cómo iba a convencer a aquella hermosa mujer de que la quería cuando no había dado muestras de sentir nada por la poco agraciada señorita Ellerby?

—Nuestras posiciones no deberían afectar a lo que sentimos el uno por el otro —argumentó él—. Si alguna vez he pensado de otro modo, he sido un tonto. En cuanto a lo otro, ya antes de ser consciente de su belleza exterior, había empezado a admirar la belleza de su corazón y su personalidad. Me sentía más próximo a usted que a ninguna otra mujer desde mi esposa, aunque no podía reconocerlo ni siquiera ante mí mismo.

¿Creería ella algo de eso? ¿O asumiría que era solo uno más en la vergonzosa lista de hombres que estaban dispuestos a hacer o decir lo que fuera con tal de poseerla?

—Cuando la encontré en el baile de máscaras —continuó él—, no pude negar la atracción inmediata que sentí. Pero creo firmemente que, más que a su belleza, se debió a lo cómodo que me sentí en su compañía. Estoy seguro de que mi corazón la reconoció aquella noche, aunque mi terca mente rehusara hacerlo.

—¿De verdad? —A ella le temblaba la voz—. Pero me dijo que jamos podría querer a otra mujer como había querido a su esposa. Y que, aunque pudiese, no quería bajo ningún concepto volver a arriesgar así su corazón.

—Dije muchas tonterías —admitió Rupert, encogiéndose de hombros—. Las retiraré encantado con solo que usted me dé alguna esperanza. Antes de conocerla, creía que la pena era el castigo que debía pagar por haber amado. El precio eran tan alto que temía que iba a destrozar mi corazón.

Su voz se volvió ronca por la emoción.

—Pero usted me ha hecho ver que el amor no es como el oro, algo que haya que atesorar e ir gastando poco. El amor es un pozo sin fondo que no se secará nunca mientras sigas extrayendo de él. Cuanto más das, más deprisa se rellena, así que no se acabará nunca.

Daba la impresión de que ella deseara desesperadamente creerlo, pero algo la retuviera.

—En cuanto a que sea mi empleada —prosiguió él—, yo jamás abusaría de ese poder para imponerme a usted. Quiero hacerle una oferta de matrimonio. Si de verdad me quiere como yo a usted, por favor consienta en ser mi esposa.

—¿Esposa? —Ella se llevó una mano temblorosa a la garganta como si le costara trabajo respirar—. Yo... yo...

Posó su mirada asustada en las niñas dormidas. ¿Tenía miedo de que solo pudiese permanecer con las chicas que tanto quería si aceptaba su proposición de matrimonio?

¿CASARSE CON RUPERT KENDRICK? La mera posibilidad de que ocurriese eso hacía que el corazón de Grace saltase de alegría. ¡Y pensar que todo ese tiempo el alejamiento inquieto de él había surgido de los sentimientos reprimidos por ella! Parecía demasiado bueno para ser cierto. Y quizá lo era... Demasiado bueno para ella comparado con lo que se merecía.

Miró a su alrededor, a sus pupilas dormidas. Si había temido que la oportunidad de seguir en Nethercross fuera una bendición que no merecía, la posibilidad de desposarse con su padre era una bendición cien veces mayor.

Y, sin embargo, merecida o no, anhelaba aceptar su propuesta. Se sentía tan empujada en direcciones opuestas, que no podía dar una respuesta coherente.

—Pero... las chicas.

Obviamente, Rupert no entendía lo que quería decir. ¿Y cómo culparlo por ello?

—Estoy seguro de que sería una madre maravillosa para mis hijas. Pero si siente que debe rechazarme, quiero lo siguiente mejor para ellas: que siga siendo su institutriz. Le juro que no volveré a hablarle de mis sentimientos. Podríamos seguir como hasta ahora. Pero, por favor, no me rechace por las razones equivocadas. Rechace mi oferta solo si está plenamente segura de que no me ama como yo he llegado a amarla y de que nunca podrá hacerlo.

A Grace le temblaron las piernas. Con miedo a caerse, se acercó al diván de la zona infantil y se dejó caer en él. El libro de cuentos de Sophie estaba al alcance de la mano, lleno de historias imposibles de gatos parlantes, hadas madrinas y sirvientas que conquistaban los corazones de príncipes. Esas historias también hablaban de algo en lo que Grace había alentado a las niñas a creer: madrastras crueles y despiadadas.

—El matrimonio es algo más que el amor —dijo con un suspiro—. Lo dijo usted, y en eso al menos tenía razón.

Cuando se derrumbó en el diván, Rupert fue corriendo a su lado. Eso recordó a Grace su primera entrevista en la posada de Reading y la amabilidad injustificada que había mostrado a una institutriz asustada y poco agraciada. Al recordarlo en ese momento, se preguntó si había empezado a enamorarse de él aquel mismo día.

—¿No intercambiamos ya opiniones usted y yo? —Él la miró con ternura y se acucilló a su lado—. Dígame, pues, si el matrimonio es algo más que el amor, ¿qué otra cosa se le puede comparar en importancia?

—La felicidad de sus hijas, por supuesto. —Grace bajó la mirada, con el temor de ceder a sus deseos egoístas si seguía más rato mirando sus seductores ojos oscuros—. Sabe lo mucho que se oponen a que se vuelva a casar. Y yo he hecho más que nadie por alimentar esa actitud poco caritativa. Este es mi justo castigo. Por mucho que lo desee, no puedo casarme con usted y arriesgarme a que me odien las chicas a las que quiero tanto.

De inmediato pensó que quizá no debería haberle confesado su deseo de aceptar la proposición, porque eso parecía alentarle de un modo que no podía permitirse.

Él le tomó las manos con gentileza, como había hecho esa noche durante el baile.

—Querida Grace, sabe que mis hijas la quieren tanto como usted a ellas. No creo que eso vaya a cambiar porque sea su madre en vez de su institutriz.

Él podía no creerlo, pero a ella le resultaba muy fácil. Negó con la cabeza a intentó soltarse

las manos.

—Usted no oyó lo que dijeron cuando les conté lo ocurrido en la mascarada. Sophie se mostró horrorizada por la idea de que pudiese ser su madrastra. Jamás me aceptarán, de eso estoy segura. Y la gente de la zona murmurará que somos de distinto rango, y eso lo empeorará todo.

Sus miedos empezaban a superarla, alentados por el potente conocimiento de todo lo que había hecho mal desde su llegada a Nethercross. No podía soportar hacer aún más, solo para conseguir lo que quería.

—Calle, calle. —Rupert aferró sus manos con determinación tierna pero firme—. Hablaré con las chicas y las convenceré de que no tienen nada que temer. Todo irá bien, se lo prometo.

¿Cómo iba a resistir sus sentimientos por un hombre así, cuya presencia le prometía seguridad, protección y comprensión... todo lo que anhelaba? Pero ¿cómo iba a ceder a ellos cuando el resultado podía ser el tipo de conflicto que había ensombrecido su infancia? Quería demasiado a Rupert y a sus hijas para permitir que eso ocurriese.

—¿No lo entiende? Pueden fingir que se resignan a un matrimonio entre nosotros por miedo a perder su estima. Si no consiguen aceptarme de corazón, eso podría envenenar sus sentimientos por ellas y los de ellas por usted. Es un riesgo demasiado grande. No puedo correrlo. Por favor, no me pida eso.

Aunque se esforzó mucho por mantener la compostura, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Cuánto miedo! —susurró Rupert compasivo—. Después de todo lo que ha sufrido a lo largo de los años, creo que es normal que espere siempre lo peor. No tengo derecho a decir nada, porque yo tenía el mismo miedo de volver a entregar mi corazón a riesgo de perderlo para siempre. Pero, aunque tuviese que perderla, jamás lamentaría haberla amado. Usted me ha devuelto a la vida y me ha devuelto mi corazón. Su presencia en Nethercross ha sido una bendición por la que siempre estaré agradecido.

Le soltó unan de las manos y secó una lágrima que bajaba por la mejilla de ella. Aunque sus palabras la conmovían y su gesto la reconfortaba, su alusión a una bendición le recordaba por qué no podían estar juntos.

—Sus hijas y usted también han sido una bendición para mí, pero una bendición que no merezco. He tenido secretos con usted y he estropeado sus planes. Peor aún, he hecho a las niñas cómplices de mis actos. Las he alentado a creer que todas las madrastras tienen que ser horribles. Ahora tengo que recoger lo que he sembrado. Es lo justo.

—¿Por eso no acepta mi proposición? —preguntó él—. ¿Porque siente que no merece ser feliz?

Ella parpadeó para reprimir las lágrimas y asintió lentamente.

—Todos cometemos errores —respondió Rupert—. Yo la contraté por las razones equivocadas. Me negué a reconocer mis sentimientos por usted y planeé casarme con una mujer a la que no amaba a pesar de las objeciones de mis hijas. ¿Eso significa que nunca debería conocer la felicidad?

—¡Por supuesto que no! No es lo mismo en absoluto.

—¿Está segura? —Rupert señaló con la cabeza a sus hijas, que dormían pacíficamente—. No puede negar que las chicas tengan defectos, pero usted las quiere igual y haría todo lo que estuviese en su poder para que fueran felices.

—Usted sabe que sí —repuso ella. Era justo lo que intentaba hacer en ese momento, aunque deseaba que él no la dejara.

—¿Hasta Charlotte, quien se lo puso tan difícil cuando llegó usted aquí? —insistió él.

—No era su intención —protestó Grace—. Al principio no lo entendió y, cuando lo hizo, se

mostró muy arrepentida.

—¿Y usted la perdonó sin más? —Rupert parecía escéptico—. ¿Aunque ella pudiera no merecerlo?

—Yo... —Grace entendió por fin lo que él intentaba decir—. Es decir...

—Y entonces, ¿por qué le resulta tan difícil creer que Dios la perdonaría como perdonó usted a Charlotte? —Rupert le tomó la mano izquierda y se la llevó a los labios—. Por favor, confíe su corazón a mi amor y a la gracia del Señor.

¿Podía ser así de fácil? Para ella no.

Las voces de su madrastra y de sus profesoras surgieron desde lo más hondo de su memoria para recitar una larga letanía de sus faltas, que justificaban su hostilidad y su dureza para con ella. Los hombres que la habían perseguido se unieron al coro para afirmar que ella había invitado sus intenciones deshonestas.

Pero, después, las voces de Rebecca y de sus otras amigas se alzaron en protesta para decir que ella era digna de su apoyo y de su afecto. Charlotte, Phoebe y Sophie se unieron a la defensa. Y lo mismo hizo su padre.

Grace alzó la vista hasta mirarlo a los ojos.

—Quizás...

Al parecer, eso era todo lo que él necesitaba. Las sombras de frustración y pena que había visto últimamente en sus ojos desaparecieron. Más que las palabras, su mirada amorosa le aseguró que los sentimientos que él le profesaba eran completamente sinceros y que el amor de ella podía ayudarlo a encontrar la felicidad que deseaba para él.

—Por la mañana hablaremos con las chicas. —Rupert se llevó la mano de ella a los labios—. Si después de eso sigue pensando que nuestro matrimonio destruiría el cariño que ahora le profesan, supongo que podríamos seguir como hasta ahora y esperar a casarnos hasta que crezcan y se casen ellas. No sería fácil para mí, pero por su bien y el de ellas, podría esperar.

Su oferta palió lo peor de los miedos de ella. Grace alzó una mano con cautela para acariciarle la mejilla. Rupert se apoyó en esa caricia delicada con un murmullo de satisfacción suprema.

Ahora que Grace estaba segura de los sentimientos de él y de los suyos, no sería fácil esperar tanto. Tenía que confiar en la comprensión de las chicas, en el amor de Rupert y, sobre todo, en el poder de la gracia.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Rupert se levantó temprano, impulsado por una mezcla volátil de entusiasmo y ansiedad. No podía culpar a Grace por su dificultad para aceptar la buena suerte cuando él casi no podía creer la suya.

Por el bien de sus hijas, se había resignado a amar en secreto a su hermosa institutriz. Pero cuando ella había confundido sus sentimientos y le había ofrecido ayudar a unirlos con la mujer a la que creía que él amaba, Rupert no había sabido si eso implicaba que a ella no le importaba nada... o que le importaba mucho. Solo había sabido que debía ser tan sincero con ella como le había pedido que fuese ella con él. Su recompensa había sido descubrir cuánto los quería ella a sus hijas y a él.

Pensar en las niñas lo ponía nervioso. La noche anterior, en sus ganas de persuadir a Grace, había estado seguro de que sus hijas no bloquearían su felicidad, pero a la fría luz de aquella mañana otoñal, ya no estaba tan seguro.

Tenía también otra preocupación. ¿Encontraría esa mañana a Grace con las chicas, o habría huido durante la noche, como había hecho con otras situaciones difíciles en el pasado?

Incapaz de soportar más tiempo la incertidumbre, fue rápidamente al ala infantil, donde paseó adelante y atrás por el pasillo hasta que oyó voces dentro, que demostraban que las chicas estaban despiertas.

—¿Ocurre algo, papá? —preguntó Phoebe cuando él entró con su creciente preocupación claramente visible en su rostro.

En cuanto Rupert vio a Grace, pálida y con aire ansioso, pero muy presente, sonrió aliviado.

—No, querida. Todo va perfectamente. Espero que hayáis dormido bien todas.

Las niñas asintieron.

—Acabamos de despertarnos —anunció Sophie, aunque eso era evidente por el hecho de que todavía llevaban lo camisones.

—¿Qué haces aquí tan temprano si no pasa nada? —preguntó Charlotte, con voz nerviosa.

Él les hizo señas de que se acercaran al diván, que contenía los dulces recuerdos de su conversación de la noche anterior con Grace.

—Hay algo de lo que quiero hablaros.

—¿No puede esperar hasta después de desayunar? —preguntó Phoebe.

Rupert colocó a Sophie en su regazo y las otras dos se colocaron una a cada lado de ellos. Él negó con la cabeza.

—Es algo muy importante y, cuanto antes lo hablemos, mejor será para todos nosotros.

—Venga a sentarse con nosotros, señorita Elle —llamó Sophie.

Rupert añadió una sonrisa alentadora a la invitación de su hija, pero Grace no se acercó.

—Tal vez me una luego al grupo —dijo.

Comenzó a hacer cosas por la habitación. ¿Creía que sería menos probable que las niñas dieran una respuesta sincera si ella estaba sentada allí? Razón de más para resolver el tema lo antes posible.

—Hijas —empezó él—, sabéis que amaba mucho a vuestra querida madre, y yo sé que vosotras también.

Todas respondieron asintiendo con seriedad, incluso Sophie, aunque Rupert dudaba de que tuviese recuerdos claros de Annabelle.

—Después de su muerte, todos estuvimos tristes mucho tiempo y yo tenía miedo de querer a otra persona aparte de vosotras tres, por si la perdía como la perdí a ella. Por eso quería casarme con la señora Cadmore, porque sabía que a ella nunca podría quererla tanto. Pero la señorita Ellerby y vosotras me ayudasteis a ver que estaba equivocado y que era un poco cobarde.

—Tú no eres un cobarde, papá. —La voz de Phoebe sonó cargada de indignación.

Él sonrió de mala gana.

—En lo relativo a arriesgar mi corazón, me temo que lo he sido. Ahora estoy intentando ser más valiente, pero necesito vuestra ayuda.

—No has cambiado de idea sobre la señora Cadmore, ¿verdad? —preguntó Charlotte.

Antes de que Rupert pudiese contestar, intervino Sophie.

—Espero que no, porque no queremos una madrastra malvada.

Él miró a Grace, quien se había dado la vuelta y tenía los hombros hundidos.

—No he cambiado de idea sobre la señora Cadmore, pero he alterado mi opinión del matrimonio. Espero que vosotras también tengáis la mente y el corazón abiertos al cambio. No todas las madrastras son iguales, igual que no lo sois vosotras tres. Algunas puede que no sean tan buenas como deberían, pero otras son buenas y cariñosas. Espero que no permitáis que la

pérdida de vuestra madre os cierre el corazón a querer a otras personas, como intenté hacer yo. Para mí ha sido una lección difícil de aprender, pero creo que vosotras sois más listas que yo.

Sus hijas parecía que intentaban entender lo que quería decirles. Rupert se arrepintió de no haber tenido aquella conversación con ellas mucho tiempo atrás.

—No comprendo, papá —dijo Phoebe al fin—. Si no te vas a casar con la señora Cadmore, ¿qué importa todo eso?

—Importa porque —dijo Charlotte— creo que quiere casarse con la señorita Elle.

—¿Eso es verdad, papá? —Sophie lanzó una mirada acusadora a su padre—. ¿Quieres convertir a la señorita Elle en una madrastra cruel?

Rupert negó con la cabeza.

—Quiero convertirla en una madrastra que os quiera tanto como vuestra propia madre. Pero ella tiene miedo de casarse conmigo si eso os hace desgraciadas y si vais a dejar de quererla. ¿Qué opináis de eso?

—¿Eso es cierto, señorita Elle? —preguntó Phoebe.

Grace se volvió hacia ellos y asintió.

Rupert contuvo el aliento, esperando la respuesta de sus hijas.

Charlotte se levantó del diván.

—Eso es ridículo —anunció con tono ácido. Caminó hacia Grace—. La señorita Elle jamás podría ser cruel y nadie puede hacer que lo sea, y mucho menos papá.

Tomó a Grace de la mano y la llevó hacia el diván.

—Por supuesto que no —asintió Phoebe—. Por favor, ¿quiere casarse con papá, señorita Elle?

Grace se secó una lágrima y se sentó en el diván con el resto de la familia.

—¿Qué dices tú, Sophie?

La niña pensó un momento.

—Esto no es un cuento, ya sabe —dijo con sabiduría inocente—. Podemos hacer que el final sea como nosotros queramos.

Y sin más, se bajó de las rodillas de Rupert para subirse al regazo de Grace.

—Yo sé cómo quiero que termine nuestra historia. —Grace rodeó a la niña con sus brazos y apoyó la cabeza en el hombro de Rupert en un gesto de dependencia y confianza tierna.

—¿Cómo? —preguntó Phoebe, cuando Rupert abrió sus brazos para abrazar a las cuatro.

La sonrisa de Grace pareció iluminar toda la habitación.

—... y comieron perdices y vivieron felices... en Berkshire.

EPÍLOGO

Un mes más tarde

Cuando se miró al espejo la mañana de su boda, Grace se obligó a respirar lenta y profundamente para mantener la compostura. Cada vez que pensaba en la ceremonia que la convertiría en esposa y madre, tenía miedo de estallar en lágrimas de alegría.

La mujer que la miraba desde el espejo era completamente distinta a la que había llegado a Nethercross el invierno anterior. En lugar de una cofia poco favorecedora, una diadema de hiedra y mirto cuajada de rosas blancas del invernadero de Winterhill resaltaba a la perfección sus rizos dorados. Su vestido marrón poco halagador había sido sustituido por un vestido blanco, sencillo pero elegante, y un pequeño jubón de terciopelo rosa coral. Sus ojos ya no estaban oscurecidos por lentes, sino que brillaban de felicidad.

Grace contempló su imagen con un brillo cálido de satisfacción. Aunque quería estar guapa para Rupert y las niñas, creía que la querrían igual incluso en el caso de que siguiera siendo fea y sin gracia.

En la distancia oyó campanas que daban la media hora, seguidas de una llamada a la puerta.

—¿Está lista, señorita Elle? —preguntó Charlotte con tono ansioso—. Lord y lady Benedict han llegado ya para llevarnos a la iglesia.

—Estoy preparada. —Grace abrió la puerta y saboreó el respingo de admiración de la niña—. ¿Tus hermanas y tú también? No queremos hacer esperar a vuestro padre.

—Hace siglos que estamos listas, por culpa de Charlotte —dijo Phoebe, quien se hallaba cerca y llevaba a Sophie de la mano—. Espero que no vuelva a ser así de mandona siempre que usted no esté con nosotras para controlarla.

—Vamos, vamos. —Grace dejó de estar nerviosa al asumir su rol familiar con las niñas—. No estropeemos un día tan feliz con peleas. Estáis todas preciosas. Vamos a ser un buen cortejo nupcial, ¿no os parece?

Antes de bajar al encuentro de los Benedict, abrazó a cada chica y les dio un beso.

—Una de las mejores bendiciones de este día será que me proporcionará tres hijas tan encantadoras como vosotras.

—Hijastras —le recordó Sophie.

—Llámalo como quieras. —Grace le apretó la mano con un gesto tranquilizador—. Yo os querré igual.

Cuando bajaban las escaleras un momento después, Rebecca parpadeó para reprimir las lágrimas al verla.

—Siempre he sabido que serías una novia hermosísima.

Las dos amigas se abrazaron.

—Estoy muy contenta de que hayas podido venir a mi boda —dijo Grace—. ¡Ojalá que Hannah, Leah y Evangeline pudieran estar aquí también!

Rebecca asintió.

Evangeline tiene una distancia muy larga para venir desde el Distrito de los Lagos y Leah acaba de estrenar un nuevo empleo. En cuanto a Hannah, está muy ocupada en Kent. Ya te contaré sus noticias por el camino.

Subieron todas al hermoso carruaje de lord Benedict y se dirigieron a la iglesia. Rebecca no dejaba de darle noticias de sus amigas, sin duda esperando distraer a la novia de los nervios de la boda.

Pero Grace se sentía sorprendentemente tranquila.

Cuando llegaron a la iglesia, Sophie, Phoebe y Charlotte caminaron por el pasillo delante de ella y Grace las siguió del brazo de lord Benedict. Cuando se acercaban al altar, Rupert se volvió para mirar a su novia institutriz y, al verla, abrió mucho los ojos y dio la impresión de que contenía el aliento. Sus labios mostraron una sonrisa amplia llena de ternura que llenó de felicidad el corazón de Grace.

—Queridos hermanos —empezó el vicario. Y la ceremonia procedió de acuerdo con su fórmula habitual.

Cuando llegó el momento de pronunciar sus votos, Grace y Rupert se miraron a los ojos y hablaron como si no hubiese nadie más presente. Aunque ella sabía que su prometido había hecho aquellas mismas promesas sagradas a su primera esposa, Grace no sentía que eso disminuyera en lo más mínimo su compromiso con ella. Al contrario, sabiendo que había sido un esposo entregado para Annabelle, creía con todo su corazón que a ella le mostraría el mismo amor, fidelidad y bondad.

Más tarde, cuando Sophie leyó una parte de las Sagradas Escrituras sin cometer ni un solo error, sus padres intercambiaron sonrisas tiernas y orgullosas.

Por fin concluyó el servicio, firmaron en el registro parroquial y la feliz pareja salió de la iglesia de la mano para volver a Nethercross para el desayuno de la boda.

Cuando se instalaron en el carruaje, Rupert se apoyó en el asiento y soltó una risita cálida mezclada con un suspiro de suprema satisfacción.

—Debo confesar, querida esposa, que he pasado un momento de nervios cuando estaba en el altar esperando tu llegada.

—¿De verdad? —Grace le lanzó una sonrisa coqueta, encantada de que, como casados, ya no tuvieran que preocuparse tanto por lo que resultaba apropiado—. ¿Y por qué estabas nervioso? ¿Tenías dudas sobre casarte conmigo?

Se sentía lo bastante segura del cariño de él para bromear con un tema que antes le habría dado miedo.

—Todo lo contrario. —Él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí—. Tenía un miedo irracional a que cambiaras de idea o alguna desgracia te impidiese llegar a nuestra cita con el vicario. Pero cuando te he visto llegar por el pasillo, tan serena y feliz, he sabido que todo iría bien.

Se habían alejado ya de la vista de la pequeña multitud de invitados congregados en el patio de la iglesia. Rupert aprovechó su intimidad para sellar su unión con un beso lento, tierno y suave.

Grace se lo devolvió con todo el sentimiento que albergaba por él en su corazón. No mucho tiempo atrás, se habría visto asaltada por miedos de lo que podía ir mal y no habría sido capaz de

creer en su buena suerte. Pero ese día contemplaba el futuro de ambos con fe, esperanza y amor.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Después de ganar el prestigioso premio Golden Heart™, Deborah Hale ha escrito más de dos docenas de novelas románticas históricas, plagadas de inspiración y fantasía para Harlequin™ Enterprises. Ha sido traducida a muchos idiomas y vendido millones de ejemplares en todo el mundo. En los últimos años ha empezado a publicar de un modo independiente tanto obras nuevas como versiones revisadas de sus libros antiguos. Deborah y su familia viven en la bella Nueva Escocia, en Canadá, un lugar impregnado de historia y romance.

Visita su página web

www.deborahhale.com

o la página de Facebook

<https://www.facebook.com/AuthorDeborahHale>